COMO SI FUERA NUESTRA PRIMERA VEZ



VERÓNICA ESPINOSA

Copyright © 2024 Verónica Espinosa

PERFILES SOCIALES:
instagram.com/ veronicaespinosa.autora
twitter.com/AutoraVeronica

DISEÑO Y MAQUETACIÓN:
Diseño de cubierta: Verónica Espinosa
Maquetación: Verónica Espinosa
Corrección: Rocío García

Todos los derechos reservados. Queda prohibido, sin la autorización de los titulares del copyright y bajo las sanciones establecidas por la ley, la reproducción de esta obra por cualquier medio o procedimiento. No obstante, sí está permitida la reproducción parcial de esta obra con fines promocionales, publicitarios, reseñas del contenido de la misma en cualquier medio escrito o digital, con la única obligación de mencionar al titular de copyright.

Este relato ha sido publicado de forma autónoma por el titular del copyright, sin el apoyo de una editorial y/o terceros. Por este motivo, es posible que el contenido pueda tener algunas erratas y/o errores ortográficos.

A mis abuelos, por enseñarme la importancia
que tiene amar de verdad.

Verónica Espinosa

INDICE

INDICE
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
26
27
28
29
30
31

32
33
34
35
36
37
38
39
40
41
42
43
44
45
46
47
48
49
50
51
52
53
54
55
56
57
58
59
60
61
62
63
64
65
66

AGRADECIMIENTOS
DEL ANONIMATO AL SALTO LITERARIO
TODAS LAS NOVELAS DE LA AUTORA





1

LA INVITACIÓN DE BODA

VICTORIA

Madrid. 2 de julio, 2024

El mundo es un completo caos y a esta hora del día la redacción es un ir y venir de personas. Las guerras que están asolando el mundo empeoran con el paso de los meses y Europa está sometida a una presión que en algún momento saltará por los aires. Todos los que nos dedicamos a la información no dejamos de preguntarnos cuando acabará esto, pero yo trato de mantener la cabeza fría y seguir la línea de los acontecimientos sin hacer demasiadas conjeturas.

Es la una de la tarde y mi escritorio está lleno de noticias a las que dar pase o desechar, pero en vez de prestar atención a lo que debo hacer, mis ojos están anclados en un sobre de color azul que recogí hace unos días de mi buzón.

Cuando supe que Carolina, mi mejor amiga, se iba a casar, no pensé que el momento llegaría tan pronto. Si no calculo mal, conocí la noticia en febrero y ahora queda poco menos de un mes para verla convertida en la mujer de Jorge, el hermano pequeño de mi exmujer. No dejo de dar golpecitos a la mesa con el sobre, de marcar el ritmo de mi corazón en un intento por vaciar la mente de información y así tomar una decisión. Carolina quiere que sea su dama de honor, es obvio que Elena estará allí y aunque tengo muchas ganas de celebrar algo así, no sé si será bueno que nos reencontremos después del pasado que vivimos juntas.

La última vez que nos vimos, actué como un robot frío y sin vida. Aquel día sabía que o me enfundaba en esa coraza o no sería capaz de firmar nuestro divorcio. Me arrepiento de haber fingido no sentir nada porque ver destrozada a Elena me rompió por dentro. Nuestro matrimonio fue una locura. Tengo muy presente los gritos, las lágrimas, la frustración y el dolor… No fue fácil, aunque fue peor enfrentarme al paso de los meses y a la soledad que me quedó una vez que ella se marchó. Me costó muchísimo seguir adelante y mirar hacia el futuro, encontrar un hogar, avanzar y hacer realidad unos sueños que me arrebataron de cuajo y sin anestesia.

En un intento por silenciar mis pensamientos, dejo el sobre entre los papeles y me levanto acercándome a la ventana para respirar aire fresco. Cierro los ojos un par de segundos y, al hacerlo, viajo a través del tiempo a mi playa favorita. La brisa del mar roza mis mejillas y cuando miro a mi derecha, Elena me dedica una sonrisa que revoluciona mi interior. La echo de menos y no sé qué hago dudando tanto. Un par de toques en la puerta me obliga a regresar a la realidad y centrarme en Joana, que aparece con su encantadora sonrisa y se acerca para robarme un beso de los labios.

—¿Cómo está mi chica hoy? ¿Muy ocupada?

—¿Cuándo no? —suelto un suspiro y señalo el escritorio—. Estos días son una locura y tengo tantas noticias que no sé cuál colocar para mañana, pasado o al otro. El mundo se ha vuelto loco y…

—Ey… —Joana coloca su mano en mi mejilla y la acaricia con el pulgar—. Si sigues arrugando la cara así, te convertirás en una pasa antes de los cuarenta.

—Creía que te gustaban —bromeo y levanto una ceja—. Pero hablando en serio, necesito unas vacaciones o me estallará la cabeza. Siento la presión en las sienes.

—¿Y si nos vamos un par de días a un spa? —planea sin pensar demasiado.

—Ya veremos —suspiro de nuevo—. ¿No tienes nada que hacer? ¿La previsión del tiempo para la próxima semana ya está en orden?

—¿Me estás echando? —Se cruza de brazos con un enfado fingido.

—No, solo que es la una y no sé tú, pero yo estoy deseando terminar —concluyo caminando hasta mi silla y me dejo caer en ella sin mucha delicadeza.

—¿Y si nos vamos ya? —sugiere, apoyándose en la mesa—. Podríamos ir a por algo de comer y después, disfrutar de un baño relajante juntas…

—Me interesa el plan, pero al paso que voy tendré que conformarme con un bocadillo y un refresco de la cafetería de enfrente —respondo sin mirarla, sujetando el dosier que cubría la invitación—. Podemos dejarlo para otro día, si te parece bien.

—Claro, sin problema. Además, así podemos planear juntas las vacaciones —dice y, curiosa como siempre, sujeta el sobre entre sus dedos—. ¿Esto qué es? ¿La carta de una fan?

—Mi mejor amiga se casa en agosto. Me ha pedido ser su dama de honor.

Joana deja que su curiosidad mande sobre ella, lo abre y lee su contenido en silencio.

—Vaya, Ibiza… —susurra interesada—. Podríamos ir, aquí dice que puedes llevar acompañante.

—No creo que eso sea lo mejor.

—¿Por qué razón? Llevamos juntas más de seis meses. —Me recuerda y la miro a los ojos sin saber muy bien cómo contarle algo que debería haberle dicho antes—. ¿O es que no quieres que conozca a tus amigos?

—Conoces a Martín y a Tere. Ellos son mis amigos también.

—Ya sabes de lo que hablo. Siempre me has comentado que en Ibiza está tu familia. —Bufa exasperada—. Pero mira, está bien. Haz lo que quieras. —Suelta la invitación sobre el escritorio—. Ya veo que lo nuestro no es lo suficientemente serio para ti como para llevarme a un acontecimiento como ese.

—No digas eso… —Tardo dos segundos en levantarme, rodear su cintura entre mis brazos y evitar que se marche de mi despacho—. Deja que lo piense, ¿vale? Para mí no es fácil volver. Pasaron muchas cosas y…

—Como quieras, pero tengo la sensación de que, aunque pase el tiempo, seguimos

estancadas en el mismo lugar.

—¿Qué tengo que hacer para que dejes de pensar esas tonterías? —pregunto buscando su mirada.

—Centrarte en el trabajo, elegir las cuatro noticias e invitarme a comer —señala, se gira entre mis brazos y rodea mi cuello con los suyos—. Eso, y pasar el resto del día conmigo.

—Está bien. Te enviaré un mensaje cuando haya terminado.

—Así me gusta.

Una vez que me quedo a solas, me llevo una mano a la frente y suelto un suspiro. Debería haber escondido el sobre y evitar que Joana lo leyese, porque ahora tendré que contarle a Carolina que no asistiré sola a la boda.





2

¿SERÁ BUEN MOMENTO PARA VOLVER?

VICTORIA

El calor sofocante de julio persiste incluso a estas horas de la madrugada. Joana duerme plácidamente en mi cama, ajena al torbellino de pensamientos que me consume y evita que pegue ojo. Desde la terraza de mi habitación, el barrio parece mucho más tranquilo de lo que en realidad es; solo se escuchan algunos grillos o el ruido de la circulación de los vehículos procedente de las avenidas cercanas. Todo está oscuro a pesar del brillo de las farolas y este vacío me envuelve y provoca que me centre mucho más en mí de lo que debería.

La invitación descansa entre mis manos y me pesa como si entre sus letras estuviese escondido un saco de hormigón. Sé que esta sensación no es más que el reflejo de mis dudas, de mis miedos, de mi nostalgia… Mi mente está tan agitada que no he conseguido cenar nada, y tampoco he sido capaz de hacer disfrutar a Joana en la cama como ella esperaba. Me avergüenza haberme escondido en el trabajo tal como hacía con Elena en el pasado, pero es que no puedo evitar darle demasiadas vueltas a todo esto.

*Ibiz*a. Desde que leí donde será la ceremonia, un centenar de recuerdos se han revuelto dentro de mí como fantasmas de un pasado que siempre ha estado ahí. Al principio, durante mi adolescencia, la isla fue un simple lugar vacacional, pero allí maduré, me enamoré por primera vez, descubrí lo que era el placer sexual y aquello que todos llaman *eternidad*. No recuerdo cuándo fue la última vez que pisé sus playas, pero sé que algo de mí se quedó allí, entre sus aguas, en los rincones de sus calles, en el mercadillo de Las Dalias y en mi cafetería favorita. Regresar no solo es volver a esos momentos de mi vida en los que fui muy feliz, es tener que reencontrarme con Elena y todo lo que aún despierta en mí.

Aunque han pasado cinco años, su nombre todavía resuena dentro de mí con fuerza arrolladora y su recuerdo activa algo que yo creía dormido. Ella, mi exmujer, mi primer amor, mi más grande arrepentimiento. Nos quisimos muchísimo, pero a veces el amor no es suficiente para mantener unidas a dos personas, y yo supe el significado de los momentos vitales el día que la vi rota por mi culpa porque coloqué mis aspiraciones laborales por

encima de ella y, sin vergüenza, puedo decir que se me fue de las manos.

Esta boda me enfrenta a la posibilidad de saber cómo la ha tratado la vida, de revivir en sus ojos instantes que creí enterrados en lo más profundo de mi corazón, de reencontrarme con personas que hace siglos que no veo y recuperar esa felicidad que lo envolvía todo verano tras verano desde que cumplí los dieciséis años.

Resignada a no encontrar respuestas a las preguntas que me hago, abandono la terraza y camino hacia el interior de mi dormitorio acariciada por la oscuridad. Joana sigue dormida, la luz del exterior cae sobre su rostro con suavidad y respira profundamente, ajena a lo que me está pasando. Ella es mi presente y, desde hace unos meses, la mujer que ha conseguido devolverme algo de felicidad en un mundo de caos. Me sabe mal esconderle que no me encuentro bien, que desde que vi el sobre en el buzón mi vida se está tambaleando. Quiero ser sincera con ella y hablarle de mi matrimonio, de lo que provocó mi divorcio, pero no puedo hacerlo porque eso me llevaría a confesar que no he podido olvidarme de Elena. Ahora, incluso en su presencia, no puedo evitar pensar en lo que habría sido de nosotras si las cosas hubieran sido diferentes, si hubiera tomado otro camino distinto a nuestra separación. ¿Estaríamos juntas aún?

Decirle a Carolina que no voy a su boda le romperá el corazón y decirle que iré acompañada hará que todo salte por los aires. Tengo que enfrentarme a mis miedos, sé que es la única opción posible, así que dejo el sobre apoyado en el pie de la lamparita y me deslizo entre las sábanas para acurrucarme buscando calor. Cierro los ojos y mientras dejo que el sueño me envuelva, las preguntas golpean mi cabeza de nuevo: ¿Si hubiera seguido a mi corazón en lugar de mis miedos y hubiera arriesgado todo por amor, las cosas habrían sido diferentes? No tengo una respuesta clara.

Y, al final, las dudas se convierten en un laberinto sin salida en el que me pierdo una y otra vez, mientras el ritmo de mi corazón se ralentiza y el silencio se convierte en la calma que necesito.





3

CREMA DE LIMÓN Y MENTA

ELENA

Ibiza. 3 de julio, 2024

El hotel está a rebosar. Apenas he tenido un momento de descanso, tengo las piernas entumecidas y la cabeza embotada, aunque lo que más me pesa es el dolor insistente en la parte baja de la espalda. Me encantaría poder sentarme como lo hacen los huéspedes a esta hora del día: con un cóctel en la mano, las gafas de sol y la brisa del mar acariciando mi cara. Pero no puedo y quejarme no hará que el resto de tareas se esfume. La temporada alta empezó hará un par de semanas y estos meses es cuando el trabajo se vuelve más intenso. Cada día cuando me levanto recuerdo las palabras que mi padre me dijo cuando dejó Gardenias en mis manos: «Esto es mucho más que un oficio, acabará convirtiéndose en tu vida y lo amarás o lo odiarás». Él se dejó la piel durante años para conseguir que el hotel fuese un referente en la hostelería de la isla y sabía muy bien a lo que tendría que enfrentarme, pero yo no atravesaba mi mejor momento y solo quería algo con lo que escapar.

Desde la ventana de mi despacho veo los veleros y los yates balanceándose en la lejanía del mar. Ibiza ya está llena de visitantes que buscan dejar atrás el ritmo peninsular y encontrar un oasis donde descansar. Este lugar es paradisíaco, con sus acantilados, el arrullo de las olas y sus preciosas aguas turquesas; con su brisa alterando los sentidos y su magia rodeándote el corazón. De vuelta al montón de papeles que hay sobre el escritorio, suelto un suspiro y encierro mis pensamientos en un pequeño cofre en alguna parte de mi cabeza. No puedo permitirme perder el tiempo con divagaciones. Tengo muchas cosas que hacer además de organizar la boda de mi hermano, y no puede escapárseme nada.

Cuando Jorge y Carolina me comentaron su deseo de casarse aquí, me ofrecí a planificar la boda sin pensarlo demasiado. Estaba tan emocionada que la cabeza me estalló en mil ideas que anoté durante semanas. Disfruté muchísimo de compartir mis ideas con ellos y ahora sé que será una boda maravillosa y mágica.

—Toc, toc… —La voz de mi hermano rompe mi concentración y, por arte de magia, una

sonrisa surca mis labios—. ¿Demasiado ocupada para una visita?

—Me vienes de perlas —respondo arrastrando el sillón de oficina para salir disparada y darle un gran abrazo—. Dime que ya tienes la lista de invitados.

—Pues… respecto a eso…

—Ya estoy aquí. —Carolina atraviesa la puerta, con sus mejillas rojas y un gesto de agobio que me arranca una risa—. Mi madre no me quería soltar —añade y me da dos besos—. ¿Me he perdido mucho?

—No. Acabo de llegar. Elena me preguntaba por la lista de invitados —comenta mi hermano—. ¿Se lo dices tú o se lo digo yo?

—¿Decirme qué? —pregunto con curiosidad.

—Primero que nada. La tarta de crema de limón y menta —señala mi futura cuñada al mirar todo lo que tengo esparcido por la mesa—. Es la que más nos ha gustado, ¿verdad, cariño?

—Totalmente.

—Pues ya tenemos algo más solucionado; pero decidme, ¿qué pasa con los invitados?

Ellos se miran, se hace un silencio que me pone de los nervios y, cuando estoy a punto de estallar, Carolina me sujeta de las manos y me obliga a sentarme de nuevo.

—Le he pedido a Victoria que sea mi dama de honor —anuncia y, al escuchar la noticia, se me paraliza el corazón—. Sé que debería habértelo dicho antes, pero…

—Es tu boda y tú eliges a quién invitar. —«Pero no hubiese estado de más comentármelo, sí», pienso, y me estrujo el pulgar con mi otra mano.

—No es eso, Elena, es… —Jorge se acerca a mí y se arrodilla para que mis ojos se encuentren con los suyos—. ¿Cuántos años han pasado? ¿Cuatro?

—Cinco, cuatro meses y veinte días. —Avergonzada por llevar una cuenta tan extrema, doblo mi espalda y me apoyo sobre las piernas, tapándomela cara con las manos—. ¿Ya sabes cuándo vendrá? —pregunto aterrada—. Decidme que al menos tendré un tiempo para hacerme a la idea de que la volveré a ver.

Carolina frunce su nariz y cuando la miro, no puedo evitar suspirar.

—Aún no nos ha dicho nada —responde mi hermano—. Pero supongo que…

—En una semana más o menos estará aquí. Estoy segura de que vendrá, le importo y no se va a negar, así que… —murmura ella, apoyándose en mi escritorio. Al momento, intento recomponerme y mantenerme fría—. Pensábamos que la familia y los amigos cercanos podrían instalarse aquí… —añade entrecerrando los ojos un poco y apartando el tema de Victoria—. Es muy poco tiempo, ¡lo sé! —Me pone morritos—. Pero los dos pensamos que es mejor que ya estén aquí y no esparcidos por toda la isla, ¿no te parece?

Mi hermano no sabe qué decir para arreglar un poco la situación y, aunque me gustaría tener la capacidad de negarme, enderezo mi espalda y los miro. En realidad no puedo hacer nada con su boda y sus decisiones.

—Jonathan se va a echar las manos a la cabeza… ¿lo sabéis?

—Seremos muy pocos —responde jocoso mi hermano—. Unos treinta más o menos. No son tantos.

—¡Y menos mal! —digo echándome a reír—. Dejad que hable con él y veré qué hacemos. Pero darlo por hecho.

—Eres la mejor… —Carolina me estrecha entre sus brazos y yo disfruto de este instante unos segundos. Una vez que nos separamos, sonrío con una mezcla de miedo, emoción y preocupación—. Acuérdate que el viernes tenemos la prueba de los vestidos. Ya

quiero ver cómo te queda el rojo…

—¿No crees que es demasiado chillón para una boda? Yo prefería el morado.

—Es perfecto, y va a juego con las flores de mi ramo. —Me guiña un ojo y me da un beso en la mejilla—. Y ahora, vámonos. Quiero un helado gigante.

—Llévatela —le pido a mi hermano y le doy un pequeño empujón—, y no dejes que su madre la agobie más o a este paso la modista tendrá que aumentarle dos tallas al vestido.

—Te lo prometo. —Jorge se acerca a mí y, tras abrazarme, se despide regalándome un beso en la frente—. Y tú no te estreses mucho, ¿vale?, ¿de acuerdo? Todo irá bien.

Cuando salen por la puerta del despacho dejándome a solas, me siento y el peso del pasado cae sobre mis hombros. Hace cinco años que Victoria y yo nos vimos por última vez, y desde entonces he vivido alejada de todo a pesar de mis ganas por saber de ella, pero ya no hay remedio y cuando ella vuelva a la isla, tendré que enfrentarme a lo que siento. En este tiempo he vivido alejada de todo a pesar de que mis ganas por saber de ella eran inmensas, pero ahora ya no hay remedio y una vez que regrese a la isla, tendré que enfrentarme a lo que ha pasado y a lo que siento.





4

¿CREES QUE TODO IRÁ BIEN?

JORGE

Ibiza. 3 de julio, 2024

Aún queda para la boda y ya siento la tensión de los preparativos sobre los hombros. Si ya estaba preocupado desde que Carolina me dijo que Victoria sería su dama de honor, después de nuestra visita, me ha quedado claro cuánto le ha afectado a Elena y no dejo de darle vueltas a lo que pasará una vez que se vuelvan a ver. Su separación no fue fácil; según me contó mi hermana, el matrimonio se vio afectado hasta que la situación se volvió insoportable para ellas. La verdad que yo sé es que Victoria antepuso su trabajo a su mujer, que ella destruyó lo bonito que tenían y que el divorcio fue el método que usó para romper su relación y que cada una tomase su camino a pesar de que aún existía amor.

Bajo el agua cristalina y transparente de la piscina, el mundo se ha reducido a la nada vestida de colorines turquesas que brilla por los rayos del sol que se filtra y me ciega mientras buceo a pleno pulmón. Necesitaba romper con la rutina de las últimas semanas, apartarme de mi trabajo en el gimnasio, dejar a un lado las obligaciones y centrarme, por fin, en lo importante… pero a este paso me vuelvo loco. «Si es que no lo estoy ya», pienso una vez que saco la cabeza y recupero el aliento.

—Estaba a punto de llamar al socorrista. —Carolina, desde la tumbona, se quita las gafas de sol y me guiña un ojo—. ¿Todo bien por ahí abajo? ¿Algún gresite fuera de lugar?

—Deberías venir, el agua está increíble. —La invito soltando una risa y después, me apoyo en el borde y me paso una mano por el pelo para sacudirme el agua—. Yo de ti evitaría exponerme tanto al sol, empiezas a parecer un salmonete y no creo que el color combine con tu vestido de novia… ¿o sí?

—¿Estás intentando sacarme información? —pregunta levantando una ceja. Al momento, deja caer las gafas en la tumbona de al lado y, tras quitarse el pareo a toda prisa, corre y salta hasta caer en el agua. El salpicón me deja ciego y rompo a reír recordando que sigue siendo la misma chica de la que me enamoré cuando era un niño, quien se picaba por tonterías y quería superarme en todo—. ¿Me has llamado salmonete? —añade cuando sale

del agua y se acerca a mí, rodeándome la cintura con las piernas y el cuello con los brazos.

—Que yo sepa las sirenas no parecen gambas —respondo, y ella me da un tirón de pelo. Aún no me creo que nos vayamos a casar, pero… «Es real, amigo mío», me recuerdo en cuanto su nariz roza la mía y me roba un suspiro con un beso.

—¿Tienes algo más que añadir?

—Sí, que me sobra el sol y la gente… —susurro con voz melosa y segundas intenciones —. Pero como no soy el genio de la lámpara, diré que no importa si combina o no el color de tu cara con el vestido. Siempre serás mi salmonete favorito.

—No esperaba más, capitán Pescanova. —Los dos rompemos a reír y ella se suelta para zambullirse en el agua y apartarse el pelo de la cara. Yo no me muevo del sitio, me quedo mirándola hasta que emerge y sus ojos verdes se encuentran con los míos—. Oh, oh… creo que hay alguien preocupado por aquí.

—No he dejado de pensar en mi hermana desde que fuimos a verla —aseguro antes de sujetarme a los palos y escapar de la piscina por una escalerilla—. Sigo pensando que lo de Victoria es demasiado fuerte. No deberías haberle enviado la tarjeta.

—¿Otra vez con esas? —pregunta acercándose a la piedra del borde y se apoya mientras me siento en la tumbona y busco una toalla con la que secarme un poco—. Te recuerdo que Vicky es mi mejor amiga y que, al igual que tú, tengo derecho a que ella esté en el día más bonito de mi vida.

Su reclamo no me toma por sorpresa. Esta situación ya nos ha llevado a discutir varias veces estas últimas semanas, pero lo único que quiero es que todos pasemos un tiempo increíble juntos.

—Tienes razón, perdóname —me disculpo y ella hace una mueca con los labios apartando la mirada, centrándose en la gente de nuestro alrededor—. Mi cabeza va a estallar en cualquier momento… —musito cubriéndome la cara con la toalla.

—Sabes que también quiero a Elena —dice—, pero tú y yo entendemos que ninguna ha conseguido seguir adelante en los últimos años. Se han estancado, no tienen pareja y sigo creyendo que el amor que sintieron está ahí… —Carolina sale del agua y, empapada, decide sentarse en mis rodillas—. ¿No crees que es mejor que se den cuenta de eso ahora, que no dentro de cinco años más?

—¿Ya estás actuando de celestina otra vez? —pregunto rodeándola con mis brazos.

—Las conozco desde hace mucho y aunque es cierto que ahora mismo la situación es tensa para las dos, no van a estropear nuestro día —predice, coloca una mano en mi mejilla y pone su atención por completo en mí—. Pero sabes tan bien como yo que no deberían haberse separado, y que solo nosotros, el grupo entero, podemos abrirles los ojos.

—Estás loca… —Por un momento, llevo la mirada hacia el edificio principal y, como si pudiese atravesar los tabiques, imagino a Elena sentada en su sillón del despacho con la mirada perdida en ese pasado que la marcó—. Solo espero que tengas razón porque si no…

—Si no la tengo habrá que echarles una mano… —responde y me roba la toalla—. Pero no te preocupes. Son adultas, lo llevarán bien.

—¿De verdad lo crees? —Levanto una ceja—. Yo tengo la sensación de que estallará la tercera guerra mundial.

—Eres un melodramático, ¿lo sabías?

—Solo soy realista. —Me encojo de hombros—. Mi hermana lo pasó bastante mal cuando todo acabó con Victoria. La quería mucho y me costó semanas arrancarle una sonrisa. Me jodería mucho volver a verla así.

Carolina libera un suspiro, se lleva la mano a su pelo castaño y lo escurre antes de envolverme con sus brazos y reconfortarme. Soy consciente de que sabe cómo me siento, de todas las posibilidades que hay de que sus planes no funcionen, pero también sé que está cansada de la situación y que lo único que desea es ayudar.

—Pase lo que pase, te prometo que haré lo imposible para que ninguna sufra, ¿vale? —asegura—. Lo único que quiero es que pasemos estas semanas juntos. Hace muchísimo tiempo que el grupo no se reúne al completo.

—En eso tienes razón.

—Entonces deja de darle vueltas al coco y sonríe. —Carolina usa sus manos y estira mis labios hacia arriba con mimo—. Si lo haces, prometo enseñarte el conjunto que me he comprado para la noche de bodas.

—¿De verdad?

—No, pero me encanta cómo te cambia la cara cada vez que te lo sugiero. —Suelta una carcajada—. Todos los hombres sois iguales…

—Para qué voy a decir que no, si es verdad. —Me encojo de hombros de nuevo—. ¿Te parece si subimos al dormitorio, nos cambiamos y vamos a buscar un sitio para comer?

—Me parece el plan perfecto, mi amor.

Mientras recogemos todas nuestras cosas y caminamos hacia la habitación, no puedo evitar regresar al momento que hemos vivido en el despacho hace un rato. Odiaría que mi hermana sufriera por nuestra culpa; sin embargo, creo que reencontrarse con Victoria la ayudará a soltar ese dolor que la ha acompañado todo este tiempo y darse cuenta de que, a veces, hay que luchar por lo que se quiere.





5

HAY COSAS QUE NO SE SUPERAN

ELENA

Ibiza. 3 de julio, 2024

Han pasado ya unas horas desde la visita de mi hermano y Carolina, y sigo sin poderme sacar de la cabeza que Victoria estará en la boda. He intentado por todos los medios no entrar en pánico, hacer las respiraciones de yoga que he aprendido en estos dos últimos años y recurrir a los ejercicios que la psicóloga me recomendó cuando me encontrase en una situación como esta. No sé por qué no pensé en esta posibilidad; en ningún momento se me pasó por la cabeza que ella y yo podríamos vernos otra vez, pero va a pasar y… va a ser una auténtica locura.

La última vez que Victoria y yo compartimos algo más que un saludo, fue el mismo día que firmamos nuestro divorcio. Habíamos pasado más de seis meses separadas y, al verla, tuve que reconocer que aún la amaba. Ella se mantuvo seria, distante y fría, como si el contenido de esos papeles no pesara en su corazón. Su rúbrica cruzó los folios con una facilidad que me dejó de piedra y me hizo sentir como si fuera un recuerdo, algo pasajero de lo que se desprendía para meterlo en un baúl y olvidarse. Nuestro vínculo se rompió tan rápido que no fui consciente de lo que había pasado hasta que las cajas llegaron a la casa de mi madre en Ibiza, y el mundo se me vino encima. Jorge y ella estuvieron conmigo y de no ser por ellos, no habría salido adelante.

Ahora, con la oscuridad de la noche bañando las aguas del Mediterráneo camino por la orilla de la playa de Las Salinas con la mirada puesta en mis pies y el sonido de las olas atravesando mis oídos. Este siempre ha sido uno de los lugares más concurridos de Ibiza, el lugar preferido de los famosillos para tostarse al sol y disfrutar de la belleza de este paraíso en mitad del mar, pero para mí es un rincón especial, ese sitio donde mi vida cambió y donde la conocí. Han pasado casi veintidós años de eso y, cuando regreso aquí, no puedo evitar recordar el día que evitó que una ola repentina me arrastrase. Aquella mañana descubrí en ella una amiga, y tengo miedo de que tantos años separadas nos hayan convertido en completas desconocidas.

«Algo que no me extrañaría», pienso una vez que decido sentarme ahí donde el agua no me puede alcanzar. Recojo mis piernas contra mi pecho, a mi espalda los *pubs* ya han comenzado a vibrar y las luces de neón llegan hasta donde me encuentro transformando mi vestido amarillo en un arcoíris. A Vicky le encantaba esta playa y yo empecé a amarla el día que nos besamos por primera vez, en nuestra primera noche estrellada como algo más que amigas. Tengo tanto miedo que se me ha revuelto el estómago, pero otra parte de mí está feliz y es esa la que ha mantenido este tiempo la esperanza de verla regresar. Siempre esperé que lo hiciera, que diese marcha atrás, que dejase su trabajo y volviera a mi lado… pero nunca lo hizo y al final, bueno… lo único que me quedó fue encontrar algo con lo que ser feliz y aferrarme a ello cada día hasta este momento.

No sé cómo voy a afrontar estas próximas semanas, ni qué voy a hacer una vez que la vea, pero sé que tengo que esforzarme, esconder mis emociones y evitar por todos los medios que mi relación con ella estropee la celebración que Carolina y mi hermano se merecen. Debo dejar todo atrás, vestirme con una coraza y ser fuerte; como lo son las rocas de los acantilados en los días de tormenta.




6

LA ÚLTIMA VEZ QUE NOS VIMOS

Valencia. 15 de octubre, 2019

Tras una noche de insomnio en la que ninguna dejó de darle vueltas a lo que iban a hacer, Victoria y Elena estaban sentadas la una frente a la otra, separadas por una inmensa y moderna mesa de nogal. Se podía notar la tensión en el ambiente, y el choque de las ramas de los árboles del exterior resonaba, sumándole a la escena ese toque melancólico y triste perfecto. Solo ellas sabían lo duro que era ese momento, lo que se rompería una vez que firmasen el divorcio, todo lo que cambiaría en sus vidas. Sus abogados permanecían en silencio, sentados a su derecha respectivamente, esperando a que el notario leyera los papeles de la separación tras meses en los que su relación había cambiado hasta el punto de no reconocerse. Elena miraba a Victoria, rezando para esta levantase su vista y se retractase, pero Dios ya no tenía nada que hacer; las peleas, la falta de comunicación, los reproches, las noches enteras llorando… El trabajo de Victoria siempre estuvo por encima de ella, y aunque lo sabía, mantenía la esperanza de que el amor encontraría su momento de renacer.

Victoria, con su cabello color chocolate, peinado en un bonito moño francés y su rostro imperturbable parecía una estatua de mármol en contraste con la figura quebradiza de Elena, cuyos ojos enrojecidos revelaban el tormento emocional que padecía. Aunque eso no significaba que no sufriera, que solo se hacía la dura para no romperse y mostrar la inseguridad ante una decisión que ella misma tomó a la desesperada. Se sentía agotada, y no podía arrastra consigo a la mujer que amaba.

—Bueno, empecemos… —El notario, un poco más joven que ellas, de aspecto serio y expresión compasiva, llamó la atención de todos y abrió el dosier con los papeles correspondientes—. Estáis aquí para formalizar vuestra separación legal y, antes de empezar, quiero saber si estáis seguras de hacerlo.

Las palabras resonaron en la habitación logrando que las dos se mirasen por fin a los ojos un par de segundos. Elena negó un par de veces invitando a Victoria a hacer lo mismo, pero, al contrario de lo esperado, esta miró al hombre y respondió:

—Por mi parte, sí. —Pese a su apariencia, no podía creer que estuviese a punto de hacerlo, pero tenía claro era la solución para evitar más dolor y que el amor que les quedaba se quemase bajo el odio y el rencor.

—¿De verdad vamos a hacerlo? —preguntó Elena con voz entrecortada y su vulnerabilidad aflorando en cada palabra—. ¿No podemos ir a casa y pensarlo bien? —añadió con voz temblorosa y la esperanza de una última reconciliación.

Victoria, al verla así, cerró los ojos y luchó contra la oleada de emociones que amenazaba con tumbar esa coraza bajo la que se escondía. Verla así, tan triste, dolida y rota era justo lo que la había llevado a hacerlo; no podía permitir que su historia acabase convertida en un infierno, jamás se lo perdonaría.

—Sabes que es lo mejor para las dos… —respondió con la voz quebrada, sintiendo como su corazón se estremecía con cada palabra que pronunciaba.

—Entonces todo está dicho… —Los abogados intervinieron en ese momento y cortaron la conversación a la vez que explicaban los términos del acuerdo al que habían llegado tras varias semanas, mientras que la mente de ambas se llenaba de los recuerdos que tenían juntas, de los instantes felices que habían vivido.

—Les recuerdo que una vez firmados los documentos, estarán oficialmente divorciadas —continuó el notario—. Ya no las unirá ningún lazo legal y podrán rehacer sus vidas y seguir adelante por separado.

Ninguna de las dos fue capaz de imaginar un futuro en el que no estuviesen juntas; sin embargo, cuando llegó el momento de estampar sus firmas, lo hicieron sin hablar, dejando que el sonido del bolígrafo arrastrándose por el papel se convirtiera en el final de un tiempo maravilloso y el inicio de un capítulo nuevo en sus vidas.

—Pues todo está listo. En cuestión de unos días se les notificará de manera legal —dijo el notario tras recoger los papeles y guardarlos de nuevo en el dosier. A continuación, estrechó las manos de todos los presentes y se marchó.

Ellas se levantaron mirándose una última vez. Eran conscientes de que su matrimonio había terminado, pero el amor que sentían siempre las uniría; seguían enamoradas y, aunque el tiempo era fiel amigo de los corazones rotos, sabían que nada podría sepultar sus emociones. Con pasos vacilantes salieron de la notaría y se enfrentaron al mundo exterior donde el viento frío las envolvió acunando sus corazones; protegiéndolos, cuidándolos y acompañándolos cuando decidieron alejarse y mirar hacia un futuro incierto bañado en grises, pero repleto de posibilidades.





7

LAS COSAS INESPERADAS DE LA VIDA

CAROLINA

Ibiza. 5 de julio, 2024

Me parece increíble que estemos a cuatro semanas de mi boda, pero es real y no puedo dejar de sonreír. Noto los nervios a flor de piel y aunque Jorge me lo niegue, sé que él también desea que el tiempo pase corriendo. Hemos tenido suerte de que Elena nos ha ayudado en todo y que prácticamente esté todo listo, pero eso no quita que los últimos detalles no nos lleven de cabeza. Ya estamos recibiendo confirmaciones de asistencia y me alegra saber que, de momento, solo fallarán dos. Vicky aún no me ha dicho nada y me preocupa que se niegue para evitar una situación incómoda.

Cuando Jorge y yo decidimos casarnos, la felicidad me desbordó y en lo único que pensé fue que quería que mis mejores amigos se reuniesen para celebrar con nosotros este momento tan especial. Él cree que no lo hice, pero sí tuve en cuenta lo que Elena y Victoria habían pasado, las conversaciones que tuve con ellas durante estos años, cómo se extrañaban y lo mucho que preguntaban por la otra a pesar de negarme a contarles algo. Pero ahora me preocupa que todo vaya mal.

No le he dicho a Jorge que me estoy arrepintiendo de ser una celestina y que solo quiero disfrutar con él de estos días en vez de pensar si mi boda será el inicio de otra.

—¿A qué hora has quedado con las chicas? —Mi futuro marido me abraza por la espalda mientras me retoco el pintalabios y recibo encantada un beso en el cuello.

—En cuestión de… —comento mirando el reloj de muñeca—, media hora. ¿Por qué?

—Había pensado que podríamos ir a cenar a ese restaurante a pie de playa que vimos la otra tarde —me recuerda y me giro en la banqueta para rodear su cintura con mis brazos —. Quiero que disfrutemos de estos días al máximo. Cuando los chicos estén aquí, no tendremos un momento para nosotros.

—¿También pretendes dormir con ellos? —cuestiono y levanto una ceja—. Porque si es así, me busco a otro para hacer la cucharita —bromeo y rompo a reír—. No te preocupes por nada. Estoy segura de que encontraremos la manera de escaparnos.

—Espero que sí, porque ya sabes cómo es Pablo —refunfuña—, una vez que se le mete una idea en la cabeza, nadie le saca de eso.

—No te preocupes, damisela. Prometo ir al rescate cuando lo necesites —me burlo y después de levantarme, le regalo un piquito en los labios antes de moverme por el dormitorio para colocarme las zapatillas—. ¿Tú qué harás esta tarde?

—Creo que senderismo.

—Eso está… —Cuando estoy a punto de terminar mi frase, el teléfono suena y al ver que es Victoria, sonrío—. ¡Ey, madrileña! ¿Hace mucho calor por ahí? —pregunto animada, y coloco el manos libres para que Jorge pueda escuchar la conversación.

—No tanto, pero estoy segura de que allí ya os estáis tostando al sol —asegura y yo sonrío como si la tuviese delante—. ¿Qué tal va todo? ¿Ya os habéis hecho a la idea de lo que os viene?

—Ya sabes que estamos preparados para esto desde hace mucho —confieso, y Jorge me regala una sonrisa—. Aunque los preparativos… —suspiro—. Hoy tengo que ir a la última prueba del vestido y estoy nerviosa.

—Tranquila, estoy segura de que te quedará como un guante.

—Eso espero porque la modista no termina de ajustarlo como quiero. —Suelto una carcajada—. Presiento que lo hace adrede para ponerme de mala leche. —Victoria se ríe conmigo—. Que, por cierto, si vienes, no te compres vestido, ¿eh? He visto uno que te quedará precioso… —añado—. Pero cuéntame, ¿has recibido la invitación?

—Sabes que sí. Por eso mismo te llamaba… —Jorge y yo nos miramos un par de segundos. Parte de mí quiere escuchar que no puede venir, que tiene mucho trabajo, pero la otra guarda la esperanza de que lo haga y podamos reunirnos todos como aquellos veranos del pasado—. Dile a la modista que soy muy tiquismiquis con los vestidos.

—¿¡Vendrás!? —pregunto emocionada.

—¿Pensabas que no lo haría?

—No, no es eso. —Jorge se parte de la risa y yo le saco la lengua—. Ya sabes…

—Sí, bueno… —murmura y, de repente, el silencio atraviesa la línea—. ¿Pasa algo si voy acompañada?

—¿Qué? —Mi chico responde en ese momento y se tapa la boca con las manos.

—Espera, ¿Jorge me está escuchando también?

—Si, está aquí —respondo quitándole importancia—. Saluda, cariño.

—Hola, Vic, ¿cómo te va la vida?

—No me puedo quejar —dice, y él me hace señas para que intente sacarle más información—. En el periódico las cosas están moviditas. Al parecer, a partir de agosto hay cambios en la plantilla y todos están un poco revueltos.

—Me lo puedo imaginar… —decimos los dos a la vez.

—Y bueno… volviendo a lo de antes. Llevo saliendo medio año con una chica y le hace mucha ilusión conoceros —admite y hago una mueca con los labios—. Y como encontró la tarjeta, no pude decirle que no.

—Sí, me imagino… —susurro sin saber bien qué añadir, dándole vueltas a cómo le diré a Elena que su ex vendrá acompañada a la boda—. Pero no te preocupes, estaremos encantados de conocerla.

—Claro, claro… tráela sin problema. —Jorge se encoge de hombros y, con el gesto descompuesto, comienza a dar vueltas por la habitación.

—Bueno, Vicky, tengo que dejarte o llegaré tarde.

—¡Claro! Perdona por entretenerte —se disculpa—. Nos vemos en unos días. Tengo ganas de veros a todos.

—Y nosotros a ti.

—Pasad una buena tarde —añade.

—Lo haremos… hasta luego… —Una vez que la llamada se corta, suelto el teléfono como si me pesase un quintal y miro a Jorge sin saber qué hacer—. ¿Y ahora qué? ¡Madre mía, joder! —Me levanto de la cama de golpe—. ¡Es que soy idiota!

—Eso te pasa por hacer de celestina y no tener en cuenta todas las posibilidades. —Él se acerca y me rodea entre sus brazos para calmarme—. ¿No sabías nada de esa chica?

—¡Qué va…! —murmuro—. Ahora va a resultar que estaba equivocada y que Victoria ha hecho borrón y cuenta nueva.

—Bueno… sea como sea, tienes que contárselo a mi hermana.

—Pero hacerlo… —Niego un par de veces con la cabeza—. No, no puedo.

—¿Prefieres que se entere cuando la vea llegar acompañada? —suspira y se aparta de mí para mirarme a los ojos—. Ya que hemos sido los que han provocado la situación creo que se lo debemos.

—Me va a matar…

—Coméntaselo a Ana —me aconseja—. Quizás ella tenga una idea de cómo contárselo a Elena sin que le afecte tanto.

—¿Tú crees que me va a ayudar? —Río con ironía—. Ana no soporta a Victoria. Ya me amenazó en su día por ser su amiga, ¿no te acuerdas?

—Sí, pero es la única que puede hacer que Elena se calme —asegura—. Coméntaselo. Algo me dice que te ayudará.

—Se va a morir en cuanto lo sepa… ¡joder! —exclamo de los nervios—. No tenía que haber invitado a Vicky a la boda.

—Ey… lo único que querías es compartir ese día con tus mejores amigos… —Acaricia mis mejillas con suavidad—. Sé que te lo he echado en cara muchas veces, pero quizá no vayan tan mal las cosas y esto las ayude a recuperar la amistad. Además, son adultas —añade y me dedica una sonrisa repleta de comprensión—. Ya no son las mismas que hace cinco años.

—Pero siguen siendo mis amigas…

—Y por eso sabrán comportarse… —Tras regalarme un beso en los labios, convierte mis nervios y mi malestar en algo pasajero—. Ahora vete y disfruta con las chicas, que nada te estropee la tarde.

—Vale…

Cuando dejo nuestro dormitorio, lo hago con un malestar de estómago que me impide respirar. No sé cómo voy a contarle todo esto a Elena, ni cómo reaccionará una vez que sepa que Victoria está saliendo con alguien; pero Jorge tiene razón, son mis amigas y pase lo que pase, no harán nada que me pueda dañarme… aunque odio estar en medio y ser la causante de que tengan que reunirse y enfrentarse después de tanto tiempo.





8

NECESITO UN DESCANSO

VICTORIA

Madrid. 5 de julio, 2024

Llamar a Carol para confirmarle que sí que voy a la boda me ha quitado un peso de encima y, a la vez, ha colgado sobre mi espalda otro mucho mayor. Hasta el momento no le había dicho a nadie que estaba saliendo con Joana porque ni yo me sentía segura de si funcionaría; mi última pareja formal fue Elena y su sombra permaneció fuerte e imbatible en mi corazón durante demasiado tiempo. No me veía con alguien más que no fuese ella y, a lo largo de los primeros meses, la sensación que tenía era de estar suplantándola, pero al final consiguió hacerse un hueco y no puedo negar que ha conseguido que mis días sean diferentes.

Ella es una persona muy diferente a mi exmujer; sabe lo que quiere y no duda en esforzarse por conseguirlo. Es tan clara y extrovertida que todo es fácil, sencillo y sin complicaciones. Además, la atracción sexual que existe entre nosotras es tan fuerte que a mis casi cuarenta años me siento en la plena adolescencia, pues ardo cada vez que me besa. Estoy segura de que la noticia de que vuelvo a Ibiza acompañada se va a convertir en el chisme del día, y que todos los que me conocen hablarán de ello. La verdad es que no me importa lo que digan, aunque sí lo que pueda sentir Elena cuando lo sepa. Puede que hayan pasado años, pero ella sigue ahí, forma parte de la historia de mi vida y lo único que no quiero es que lo pase mal.

El viernes está aquí y tengo por delante un fin de semana que espero disfrutar. Han sido días muy intensos: recibir la tarjeta de invitación, los problemas que están pasando en la redacción, las noticias que han llegado a última hora… Tengo la cabeza tan embotada que he apurado hasta el último segundo para dejar todo listo y olvidarme del trabajo hasta el lunes. Ahora ya puedo irme a casa, darme un baño de burbujas y descansar. Además, es mejor que comience a preparar las maletas y mire bien lo que me voy a llevar a la isla ibicenca porque soy de las que siempre se olvida algo importante por meter.

«Es que ni siquiera tengo ganas de cocinar», pienso en cuanto me cuelgo el bolso y

sujeto las llaves del coche en una mano. Es muy posible que pase por un McDonald's de camino a casa y me lleve un menú XXL conmigo, porque la idea de tener que preparar algo me agota. Cuando sujeto el pomo de la puerta de mi despacho, esta se abre y Alfredo, mi jefe, aparece tras ella con intenciones de retenerme un poco más. Todos en la redacción sabemos que lo único que le aparta de su puesto de trabajo es el interés y, por alguna razón, presiento que ha venido justo a eso.

Este tío es el típico lobo capaz de saber hasta el detalle más pequeño de tu vida. Lo conocí cuando era becaria en el periódico Información en Valencia. Él fue, en parte, el culpable de que mi matrimonio con Elena se fuese a la mierda, y el mismo que me arrastró hasta El País ofreciéndome el puesto de mis sueños en las noticias internacionales; le debo mucho, aunque no se lo agradezca en absoluto. Nadie podría teniendo en cuenta lo mucho que he sufrido por su culpa.

—Alfredo, ¿qué te trae por aquí? —pregunto disimulando una de mis mejores sonrisas —. Casi me pillas. Estaba a punto de irme a casa.

—¿Puedes darme unos minutos? —pide, con tono casual y esa chispa de curiosidad en sus ojos. Yo asiento con resignación, suelto mis cosas sobre el escritorio y me apoyo en él sabiendo que la conversación no será rápida. Enseguida pasa, cierra la puerta y se acomoda en uno de los sillones que hay junto a las ventanas—. He oído que le has pedido a Pepa adelantar tus vacaciones.

—Sí, bueno… —Dudo en las palabras que debo elegir para explicarle la situación—. Mi mejor amiga se casa en Ibiza, hace años que no nos reunimos todo el grupo de amigos y los novios tienen planeado pasar el verano con nosotros. —«Así decía en la tarjeta y así te lo pienso decir», pienso—. Ya sabes que no me tomo un solo día de descanso. Y, salvo excepciones, me tienes en la redacción hasta los fines de semana…. —le recuerdo por si acaso—. Me lo merezco un poco, ¿no?

Él frunce el ceño sin apartar su mirada de mis ojos y no sé por qué lo hago, pero le dedico una sonrisa.

—Pero es demasiado tiempo… —medita en voz alta—. Sobre todo, teniendo en cuenta cómo están las cosas por la redacción. Va a haber muchos cambios a partir de ahora y no sé si será bueno.

—Estoy segura de que os podréis arreglar. Para algo están los becarios, ¿no? —pregunto rememorando sus palabras en el pasado; las mismas que usaba conmigo cada vez que quería llegar antes a su casa porque tenía algo importante—. Ellos saben realizar bien su trabajo. Yo lo hice cuando era más joven, no creo que haya problema.

Alfredo tiene una forma peculiar de manipular las situaciones para llevarlas a su favor y sé que detrás de su insistencia se esconde algo más que no me quiere contar.

—La verdad es que eres la mejor de la redacción —me halaga con una sonrisa forzada —. Los buenos se merecen ser premiados con algo, ¿verdad? —Afirmo un par de veces y me cruzo de brazos—. Te has ganado esas vacaciones, pero recuerda que las noticias no pueden esperar y que un buen periodista debe seguirles el ritmo.

—Y los jefes a veces tenéis que recordar que no somos máquinas y necesitamos descansar —replico a sabiendas de que no le va a gustar. Sé que él es el tipo de persona que haría cualquier cosa por mantener el control de la vida de sus empleados, y no pienso dar el brazo a torcer y cambiar de opinión—. Ibiza es mi segunda casa y llevo más de siete años sin ir. Ya va siendo hora de que lo haga.

—Ya veo… —responde con una sonrisa falsa en los labios. No me fío ni de él ni de sus

intenciones. Pero lo único que puedo hacer es centrarme en mis propios planes y no permitir que haga con ellos lo que le dé la gana—. Estar en un periódico tan importante puede dar muchos dolores de cabeza, pero es lo que tiene este trabajo. No todo el mundo está preparado para él… —aclara y se acomoda mejor—. Pero, ¿qué te voy a contar a ti? Eres la candidata perfecta para suplir mi puesto.

—No digas tonterías. —Me río.

—Me marcho a Le Monde en unos meses —anuncia y me quedo desconcertada por un momento sin entender del todo el significado de sus palabras—. Pepa y yo estamos buscando quién ocupe mi lugar.

—¿Y no habéis pensado en Joana? —Por un momento siento miedo y mis barreras se levantan protegiéndome de todo eso que me hace sentir incómoda. Nunca me había planteado ser subdirectora del periódico, tampoco había imaginado cómo sería ir más allá de mi puesto de trabajo actual—. Ella ha trabajado en los más grandes del país. Está más capacitada que yo.

—Aún no lo hemos decidido… ya sabes cómo son estas cosas. —Me mira con una mezcla de satisfacción y desafío en los ojos que no aguanto y, cuando estoy a punto de hablar, se levanta y camina hacia la puerta—. Disfruta mucho de tus vacaciones. Pero no te separes del teléfono. Nunca se sabe. Quizá te conviertas en la próxima jefa de esta madeja de…

—De buenos periodistas —apunto, y él me guiña un ojo.

—Ya hablaremos —dice sin más—. Cuídate.

Una vez que desaparece, recojo mis cosas como si fuese un robot, tratando de apartar de mi mente las preocupaciones que me han asaltado de golpe. Salgo del despacho con prisa y cierro con un golpe tan fuerte que llama la atención de varios compañeros que me miran de repente poniéndome nerviosa. Lo último que me faltaba hoy era tener que pensar en mi futuro laboral, pero es algo que no puedo evitar. Ni siquiera cuando la figura de Joana aparece al final del pasillo y, en cuanto se acerca, rodea mi cuello con sus brazos para besarme.





9

YO VOTO POR EL ROJO

ANA

Ibiza. 5 de julio, 2024

Cuando supe que Carolina había invitado a Victoria a la boda, la erupción del monte Vesubio estalló dentro de mí. Jorge intentó explicarme que detrás de esa decisión no había malas intenciones, pero… ¿cómo es posible después de lo que pasó entre ellas? Me tiré semanas enfada, ignoré mensajes y llamadas hasta que mi amiga se plantó delante de mi casa y me contó el motivo por el que lo hizo. Ese día predije que algo malo sucedería, pero lo que nunca esperé es que fuese a ser un infierno.

Hace diez minutos que he descubierto que Victoria volverá a Ibiza con su nueva pareja y llevo un cabreo tan fuerte encima que me he tenido que excusar un momento para tomar aire. Estoy enfurecida y si la tuviese delante le daría un guantazo para espabilarla. ¿En qué mundo vive? ¿Es que no le importa una mierda cómo se va a sentir Elena cuando la vea con *esa*?

Con la cabeza a punto de estallarme, le doy un buen sorbo a la botella de agua y suelto mi mal humor en un suspiro que arrastro conmigo hasta el interior de la boutique. Tras la prueba del vestido de novia, Carol empujó a Elena a los probadores para que no se percatase de que estaba pasando algo. Pero me va a ser imposible controlar mis emociones y sé que tengo que hacerlo, porque he sido la elegida para contárselo.

—Esto es una puta locura… —exclamo en cuanto me siento en el sillón a la espera de que terminen de ajustarle a la futura novia el vestido, aunque mi mirada está puesta en la tela roja que se ve más allá de la cortina—. A esto me refería cuando te dije que no estaba de acuerdo.

—¡No me esperaba algo así! —masculla Carolina—. ¿Crees que yo quería que ella se reuniese con Victoria así?

—Chicas, ¿cómo va todo por ahí afuera? ¿Habéis elegido ya los zapatos? —nos interrumpe Elena y yo empujo a la novia a responder.

—Sí, ya tenemos unos aquí. Te van a encantar…

—Que sepas que hago esto porque es mi mejor amiga —bufo sujetando el primer par de zapatos que más me llama la atención para acercárselos a Elena en el probador y volver de nuevo al sofá—. Pero te juro por mi madre que no voy a permitir que esa idiota le haga daño —añado levantando un dedo—. ¡Es que no sé qué mierda tiene en la cabeza! —Levanto la voz.

—¿Pasa algo?

—¡No, no! —exclama Carolina fingiendo una sonrisa—. Tranquila. Estamos hablando de Iñaki.

—¡Es verdad! Los chicos llegan también en unos días, ¿estás nerviosa, cariño? —pregunta refiriéndose a mí.

—Estoy un poco estresada ahora mismo cómo para pensar en él… —respondo con frialdad y Carol me da un codazo en el costado—. Pero lo estoy, claro que sí. ¿Cómo no iba a estarlo?

Tan pronto como hablo, el ruido de la cortina al arrastrarse corta la conversación y, frente a nosotras, aparece una Elena que me deja con la boca abierta. El día que se cortó el pelo para dejárselo en media melena la llamé loca; pero ahora, vestida de rojo fuego, con ese escote hasta el centro del pecho y una falda abierta que muestra el largo de una de sus piernas está… «Impresionante, y Victoria es gilipollas por haberla dejado escapar», pienso casi de inmediato.

—Joder… —exclama Carolina adelantándose a mi comentario—. Creo que ya sabemos quién va a mojar el día de mi boda.

—¡Serás idiota! —Elena se gira sobre sí misma y comienza a mirarse al espejo desde varias perspectivas—. El escote es demasiado pronunciado, ¿no creéis?

—Es lo mejor del vestido —apunto y me levanto para acércame a ella—. Nunca te había visto tan… *wow*…

—¿*Wow*? ¿Qué adjetivo es ese?

—Creo que lo que Ana quiere decir es que estás impresionante. —Carolina acude a mi rescate y mira el reflejo de Elena en el espejo—. Y, aunque sea idiota, no iba de broma con lo que he dicho. ¿¡Tú te has visto esas piernas!?

—Todos los días. —Elena ríe y busca mi mirada en el reflejo del espejo—. ¿De verdad que no es demasiado?

—Es el vestido ideal… —«Así le darás en toda la cara a tu exmujer», pienso—. Quizá Carol tenga razón y mojes la noche de la boda —confirmo y, tras el golpe que recibo de Elena, las tres rompemos a reír.

—No sé si quiero eso ahora mismo —confiesa—. Creo que el morado estaba mejor. Era menos…

—¿Provocativo? —Levanto una ceja—. Bueno, llevas escondida bajo los vestidos de algodón desde que tenías doce años, ya va siendo hora de que cambies un poco el estilo, ¿no?

—¡Serás…! —Nos reímos sin parar y después, volvemos a la imagen del espejo—. A mí me encanta, la verdad, pero…

—Deja de buscarle peros y quédate con este. Hazme caso —le insisto—. Vas a ser la acompañante del novio más guapa que ha visto nadie en toda Ibiza.

—Pues ya está decidido. Me lo quedo… —asiente antes de esconderse una vez más en el probador, dejándonos a Carolina y a mí a solas de nuevo.

—¿Te imaginas la cara que pondrá Victoria cuando la vea así? —comento señalando

hacia mi derecha—. No sé por qué Elena se esconde bajo su estilo *hippie*, nunca la había visto tan… —Dejo de hablar porque soy incapaz de buscar las palabras.

—Después del divorcio ha estado en una pequeña crisálida y acabamos de ver su renacimiento.

—Ojalá el cambio fuese completo —deseo soltando un pequeño suspiro—. Pero han pasado cinco años y ella sigue enamorada de Victoria.

—¿Cómo lo sabes?

—¿Me lo preguntas de verdad? —cuestiono dedicándole una sonrisa—. Elena y yo somos mucho más que mejores amigas. Tenemos un vínculo especial, y bueno…

—Imagino que te lo habrá dicho.

—No exactamente, pero lo sé —afirmo sin más—. Ella es la clase de persona que se viste de acero para no dejar ver lo que siente de verdad.

—Siempre lo ha hecho. Ayer, por ejemplo.

—¿Qué pasó ayer?

—Bueno, Jorge y yo la visitamos y le contamos que Victoria sería mi dama de honor —me explica—. Y, antes de que me digas que podía haberlo hecho con más tiempo, te diré que no sabía cómo y al final lo retrasé aún más.

—Seguro que fingió que todo estaba bien…

—Hizo eso mismo —asiente y suelta un suspiro a la vez que se abraza a sí misma—. Jorge se preocupó bastante, pero intenté restarle importancia hasta que Victoria nos llamó y nos contó lo de su novia. Él está nervioso, no quiere que toda esta situación se convierta en un completo caos. Ya no sé cómo arreglarlo.

—No hay manera de solucionarlo —comento y niego un par de veces—. Se van a tener que ver las caras y enfrentarse a todo lo que ha cambiado estos años —medito en voz baja mirando hacia el probador—. Será una prueba de fuego, pero quizás a Elena le venga bien para dar un paso hacia adelante y seguir con su vida. Se merece ser feliz.

—¿Y si ocurre lo contrario?

—Estaremos aquí, como siempre.

—Bueno, ¿qué? ¿Nos vamos a por ese helado? —pregunta Elena pillándonos desprevenidas, mirándonos con curiosidad a las dos.





10

ENFRENTARSE A LA VERDAD

CAROLINA

Ibiza. 5 de julio, 2024

Hace más de media hora que hemos dejado la boutique para salir a recorrer la isla tal como hacíamos cuando éramos unas crías. Llevábamos mucho tiempo sin pasar juntas una tarde completa, y de no ser por la pequeña discusión que he tenido con Ana, habría sido perfecta. Sé que su relación con Victoria dejó de ser buena después de que ella le contase las razones por las que se había separado, que no la aguanta y que le tiene muchas ganas desde entonces, pero era a la única persona que podía acudir para que me echase una mano con todo este lío.

Respecto a ella, le pedí que esperase a estar a solas con Elena para contárselo, así que mis nervios se han calmado lo suficiente como para poder disfrutar del resto del día con una sonrisa en los labios. Ibiza es preciosa, con ese encanto mediterráneo que baña la costa de las islas presentes en este precioso mar; pintada de azul y blanco, de flores, sol y luz por todas partes. Me encanta haber tenido la oportunidad de conocerla y disfrutarla desde que era una niña. La primera vez que pisé sus playas tenía diez años. Mis padres buscaban un lugar vacacional diferente y se enamoraron de todo esto el primer día que navegaron por sus aguas turquesas. Ese mismo verano conocí a Elena y a Jorge, a Ana e Iñaki… y dos años después, a Victoria. Pablo fue el último, y desde entonces formamos un grupo que se ha mantenido en contacto a pesar de la distancia que nos separa y las cosas raras que han pasado.

Ana y Elena se han quedado atrás, aún no sé cómo pueden caminar tan lento y que no les duela la cadera. Me he adelantado un poco y me he dejado llevar por la curiosidad que he sentido hacia el escaparate de una librería; hace un montón que no leo nada y eso me recuerda las ganas que le tenía al final de *Alas de sangre*. Mi cabeza se despeja cuando escucho reír a las chicas y sonrío al recibirlas, rompiendo la unión que tienen para colocarme entre ellas y dirigirlas con algo más de prisa.

—Ana y yo nos preguntábamos si mi hermano y tú habíais pensado en vuestra

despedida —comenta Elena mirándome a los ojos con curiosidad.

—La verdad es que no. —Me encojo de hombros—. Aún quedan unas semanas para celebrarla, ¿no? Seguro que se nos ocurre algo.

—Elena había pensado en algo que quizá te guste. Cuéntale.

—Eso, cuéntame —insisto—. Y no me digas que quieres que nos vayamos de juerga porque tu hermano ya tiene organizadas muchas cosas. No sé de dónde saca tanto tiempo.

—Imagino que entre carrera y carrera le da mucho para pensar. —El comentario de Ana provoca que rompamos a reír y niego un par de veces con la cabeza—. Rezo para que no se vuelva loco y nos lleve de ruta por la isla.

—Créeme, ya lo está. Bueno… dime, ¿cuál es el plan?

—¿Os gusta la idea de hacer una barbacoa nocturna en mi casa? —pregunta Elena con un toque de emoción en la voz—. Hace mucho tiempo que el grupo no se reúne, y estaría bien algo así, ¿no te parece?

—La verdad es que es una buena idea… —respondo aminorando mis pasos para pensar bien en ello—. Se lo comentaré a tu hermano, a ver qué le parece. ¡Pero me encantaría!

—¿Quién puede negarse a una buena barbacoa? —pregunta Ana y continuamos hasta chocar con nuestra heladería preferida—. Además, las vistas desde la casa de Elena son la hostia. ¿Queréis un cucurucho de chocolate?

—Os prometí un helado, así que sí. Yo invito.

Mientras Ana se marcha a pedirlos, nosotras dos caminamos entre las mesas de la terraza para encontrar una que esté bañada por los últimos rayos del sol.

—Este lugar es precioso… —comento y llevo la mirada a las macetas repletas de geranios rosas—. Tiene un toque griego que me vuelve loca.

—Creo que por eso es mi favorita desde niña. —Elena recorre con los ojos la decoración de la cafetería y, de repente, veo en ellos esa chispa de melancolía que aparece cuando el pasado se revuelve en su mente—. A Victoria y a mí nos encantaba venir aquí.

—¿A quién no…? —pregunto y cruzo una de mis piernas intentando relajarme—. ¿Cómo llevas lo de volver a verla?

—No muy bien, pero ya han pasado unos cuantos años y quiero pensar que no será para tanto —explica sin mirarme—. Al final es algo que tenía que pasar tarde o temprano puesto que Jorge es mi hermano, Victoria es tu amiga y…

—También lo fue tuya —le recuerdo y entonces, pone su atención en mí—. Creo que os merecéis hablar y recuperar lo que teníais.

—No creo sea posible, Carol —se niega en rotundo—. Hay líneas que cuando las cruzas ya no tienen marcha atrás. Ella y yo fuimos mucho más, se estropeó y… —suspira—. Es mejor dejar las cosas como están.

—¿No la echas de menos?

—Todo el mundo extraña a la persona que quiere, ¿no? —me confiesa y noto una punzada en el corazón al ser consciente de lo que esas palabras significan—. Pero no te preocupes. Todo irá bien, eso es lo que importa.

—Si tú lo dices… —Ana, tan cortarrollos como siempre, rompe el encanto de la conversación, entregándonos los helados. Yo, en cambio, le hecho una de mis miraditas de odio—. No me mires así, que no he dicho nada.

—¿Pasa algo? Os he notado muy raras en la boutique —recalca Elena.

—¿Como qué? —Niego un par de veces y silencio mis labios con el cucurucho—. Ya

sabes lo gruñona que es. La idea de que Victoria vuelva no le hace mucha gracia.

—Ya veo… —Elena mira su helado y, con la cucharilla, atrapa un poco de chocolate y se lo lleva a la boca. No deja de mirarnos, sé que lo hace porque busca en nosotras algo que le haga saber que mentimos—. Mirad, si hay algo que odio por encima de todo es que mis mejores amigas me oculten cosas, así que ya podéis empezar a hablar o si no… —Se acomoda mejor en la silla—. Tú te puedes olvidar de la orquesta en la boda y tú… —Señala a Ana—. Ya se me ocurrirá algo.

—Victoria tiene novia y vendrá con ella a la boda —confieso tan rápido que hasta yo misma me tapo la boca sorprendida.

—¡Carolina, joder! —reclama Ana—. ¡Tenía que decírselo yo! ¡Bocachancla!

—Espera, ¿qué? —Cuando centramos nuestra atención en Elena, puedo ver en sus ojos una mezcla de emociones que no sé bien cómo describir; me encantaría poder echar atrás el tiempo y cambiar mi decisión—. ¿Que Victoria tiene pareja? ¿Desde cuándo?

—Seis meses. ¡Pero no me preguntes más porque no sé nada! —exclamo algo nerviosa —. Me he enterado hoy y bueno… no podía ocultártelo.

—No quería que lo supieras así… —Ana la abraza y yo me siento la peor persona del mundo en este momento. No sé qué debo hacer, cómo convertir este instante en uno menos doloroso para mi cuñada, así que me levanto y abrazo a ambas en silencio sabiendo que la única persona culpable de todo esto soy yo, y que soy la única que puede encontrar una solución.





11

LAS COSAS SIEMPRE EMPEORAN

ELENA

Ibiza. 6 de julio, 2024

Tiempo atrás, el sábado era la excusa perfecta para robarle un poco de maquillaje a mi madre y vestir con la ropa más *sexy* que tenía escondida en el armario. Carol, Ana, Vicky y yo nos enviábamos mensajes a lo largo de la semana para organizar el plan perfecto mientras que las primeras suspiraban por Jorge e Iñaki respectivamente. Y yo me dedicaba a leerlas y reír ya que Victoria estaba presente y me era imposible expresar cómo me sentía cuando estaba con ella.

Aquellas noches las disfrutábamos en la playa con música, hacíamos pícnics bajo la luz de la luna, bailábamos, nos reíamos y vivíamos la vida al máximo. Yo era una cría incapaz de poner nombre a sus sentimientos, pero mi exmujer me gustaba mucho, me sentía cómoda, era feliz en su compañía y sin ella me sentía muy extraña. Ahora, es mi único día libre y he decidido librarme de la tentación de las responsabilidades —y mis miedos— para visitar a mi madre.

Siempre he creído que la zona norte de la isla es la que representa a la perfección la vida ibicenca de la que todo el mundo habla. Aquí no hay *pubs*, famosos o ruido; los turistas se cuentan por docenas y existe una paz que se te mete en el alma y se lleva todo lo malo. Antes de volver a casa me he tomado un momento para pasear y caminar por las callejuelas, regresar a esos días en los que era una niña que solo pensaba en disfrutar. Hoy me siento fría e imperturbable y, en contraste con el mar, soy una balsa de agua que no emite ni sonido ni ritmo. Estoy bloqueada, soy incapaz de soltar lo que llevo dentro y voy a estallar en mil pedazos si no consigo echar abajo estas barreras. Pensaba que en las sesiones de terapia con la psicóloga había aprendido a no tragármelo todo, a no tener miedo de abrirme y a expresar mi opinión. Pero a la vista está que sigo siendo la misma que regresó de Valencia hecha un hielo; con el corazón roto y el alma fuera de sí, insegura e insignificante.

Victoria ha seguido adelante y estoy segura de que es muy feliz. Parte de mí se alegra,

pero la otra, la que siempre ha esperado y guardado la esperanza, se duele y llora. Con el pesar de la noticia rondando en mi cabeza, subo la pequeña cuesta empedrada que va directa a la plazuela donde se encuentra la casa en la que nací. La palmera sigue en el mismo lugar y los geranios rojos de mi madre le dan un toque diferente a esos maceteros azules que descansan sobre la fachada blanca. No puedo evitar sonreír y eso me ayuda a liberar mis pensamientos y sentirme menos cansada en cuanto toco al timbre y espero a que mi madre abra la puerta.

—¿Elena? —No sé cuánto pasa hasta que ella me recibe con dos besos y expresión preocupada. El trabajo me ha robado más tiempo del que quisiera y no he podido visitarla estas últimas semanas—. ¿Pasa algo?

—¿Ya te ha llegado el cotilleo del verano?

—¿De qué hablas? —pregunta confusa y preocupada—. Nadie me ha contado nada, pero entra y me lo dices tú.

En silencio, me abro paso hacia el interior de la casa y, de inmediato, percibo el aroma del sofrito de la paella.

—Estaba cocinando —explica una vez que caminamos hacia la cocina—. Tu hermano y Carolina vienen a comer. ¿Quieres quedarte? Puedo poner un poco más.

—Me encantaría.

—Así puedes echarme una mano y me cuentas.

Como si me encontrase en mi propia casa, camino a su alrededor y busco un delantal limpio en el cajón de los paños de cocina. No necesito que me dé ninguna pauta porque siempre compartimos estos momentos juntas; algo que cambió cuando me casé con Victoria y me mudé a Valencia.

—¿Cómo van los preparativos de la boda? —pregunta mientras corta la sepia en dados y empieza a echarla al sofrito—. Espero que tu hermano se esté portando bien. Le pedí por favor que no te añadiese más trabajo del que ya tenías.

—Ya sabes que eso es imposible, mamá… —murmuro mientras rallo un par de tomates —. Una boda no es fácil de organizar, pero si es la de tu hermano, aún menos. No quiero que tenga una ceremonia cualquiera, tiene que ser algo especial.

—Ay, mi niña… qué buena eres —dice con cariño y me regala un beso en la mejilla—. Me siento orgullosa de saber que mis hijos se llevan tan bien.

—No siempre ha sido así, de pequeño era insoportable.

—¡Pero eso son cosas de la edad! —suelta con una sonrisa—. Tú también has tenido épocas difíciles.

—Ni me las recuerdes —suplico y rompo a reír—. Fueron horribles.

—La vida no es fácil, cariño. De ser así, no aprenderíamos nada.

El rugir del aceite silencia nuestra conversación cuando echo en la paellera los tomates y el olor se levanta en el aire activando todos mis sentidos. De repente, vuelo al pasado, reviviendo la imagen de mi padre y esos recuerdos son los que me empujan a contarle a mi madre lo que está pasando.

—¿Sabes que Victoria vendrá a la boda? —pregunto sin apartar la mirada de los fogones—. Carol me dijo ayer que la llamó para confirmárselo y que, bueno, no vendrá sola. Al parecer tiene pareja.

—¿Y a ti qué te parece?

—No soy quién para opinar sobre su vida —respondo siendo lo más fría posible—. Si es feliz, me alegro por ella.

—Hablaba sobre que vaya a venir acompañada —aclara y me roba la paleta de madera de la mano—. Pero es bueno saber que te alegras por su felicidad.

De repente, el silencio se forma en la cocina, las dos nos miramos y no sé bien qué decir. Sé que espera que me libere, que suelte lo que llevo dentro y que le explique por qué razón he venido a verla; sin embargo, no puedo, y eso me frustra lo suficiente como para apartarme de ella, esquivar su mirada y buscar algo de beber en la nevera.

—Elena… —llama mi atención con suavidad—. Sabes que a mí no me puedes ocultar nada, ¿verdad?

—No lo hago…

—Tiene que ser muy duro saber que tu exmujer ha seguido adelante con su vida. —Se cruza de brazos y se apoya en la encimera de la cocina—. Lo pasaste muy mal cuando os separasteis y vería natural que ahora mismo te echases a llorar.

—Sería un drama por mi parte, ¿no crees? —Con la vista puesta en lo que se esconde dentro del frigorífico, noto cómo se me cierra la garganta y los ojos se me empañan; había olvidado la facilidad que tiene mi madre para sacar a relucir todas mis emociones.

—Cariño, mírame… —Una de sus manos me sujeta la cara y me obliga a mirarla; y, cuando lo hago, me rompo hasta caer en sus brazos. Hacía mucho que no lloraba así y mientras las lágrimas caen por mis mejillas, siento cómo el dolor que he cargado estos días afloja su amarre—. Vamos mi vida, sabes que esto es algo que podía ocurrir.

—Pero no imaginaba que tuviera que verlo en primera fila… ¡Es que no podía ser peor!

—Yo creo que sí —me acaricia el pelo—. Si Victoria hubiese decidido no venir a la boda, significaría que Carolina y tu hermano no le importan en absoluto —reflexiona con ese gesto maternal que siempre la ha caracterizado—. Y eso habría generado un malestar grupal que enturbiaría un momento feliz.

—Pero eso va a pasar igual…

—¿Estás segura? —cuestiona con curiosidad—. Yo creo que tienes miedo de saber qué es lo que ocurrirá una vez que os encontréis de nuevo, ¿me equivoco? —Niego un par de veces—. No puedes pensar en un futuro que no sabes si pasará o no, mi vida.

—No puedo evitarlo…

—Pues intenta centrarte en lo que de verdad importa. —Me sujeta de las manos—. Es la boda de tu hermano. También te mereces disfrutar y pasarlo bien. Estamos en Ibiza, la isla de la diversión y no puedes permitir que el trabajo, Victoria o lo que sea, te prohíba sonreír.

—No sé qué voy a hacer cuando la vea, mamá —comento y me seco las lágrimas—. Me gustaría decirte que estaré bien, pero supongo que no lo sabré hasta que pase.

—No pienses mucho las cosas. La cabeza lo empeora a veces —me anima y tras un abrazo más, todo vuelve a la normalidad—. ¡Sigamos con la comida o tu hermano refunfuñará por no tenerla en la mesa cuando llegue!




12

LAS MARIPOSAS SE ESTÁN CANSANDO

Valencia. 24 de julio, 2018

Tras pasar toda la mañana en la cocina, Elena estaba sentada en la mesa del salón esperando a su mujer, con un elegante y provocativo vestido rojo. Sus ojos se mantenían en las paredes donde las luces de las velas bailaban y creaban sombras que la entretenían. Delante de ella, la cena que había preparado permanecía caliente a la espera de que Victoria llegara. Ella no sabía nada de esa sorpresa y estaba ansiosa de verla aparecer por la puerta. Era su primer aniversario de bodas, un día especial, un momento para celebrar ese amor que las conectó desde el primer día que se conocieron. Los últimos meses no habían sido fáciles, Victoria pasaba la mayoría del tiempo en el periódico y aunque Elena no quería darle demasiada importancia, dentro de sí misma empezaba a sentir que las mariposas se dormían y quería esforzarse para que su relación no cayese en picado.

Consumida por las demandas de su trabajo como becaria y las exigencias de un jefe egoísta, su mujer dedicaba más tiempo a su carrera que a su matrimonio. Estaba centrada en superarse a sí misma cada día, en demostrarle a su superior que podía con todo y en hacerse un hueco poco a poco en la plantilla. Era consciente de que su relación con Elena no podía avanzar si ella no estaba presente y cada vez que la fallaba, lo que las unía se rompía un poco más; pero ahora, no podía dejar de prestar atención al trabajo, no cuando su futuro dependía de ello.

Mientras esperaba la llegada de su mujer, Elena divagaba y viajaba a través del laberinto de emociones que la atormentaban. Recordaba los primeros días de su relación, cuando cada momento juntas parecía estar impregnado de magia, sueños y promesas. Sin embargo, todo eso parecía desvanecerse poco a poco, dando paso a un vacío que desde hacía meses la hacía sentir insegura. Tanto, que ni siquiera había sido capaz de contárselo a Victoria.

Rompiendo el silencio que la rodeaba, su teléfono la avisó de un mensaje entrante que sabía era de Victoria. No era la primera vez que los planes se iban al traste frente a sus ojos, que el esfuerzo quedaba en nada y tenía que irse a dormir sola… así que lo cogió y se

dispuso a oírla:

—Hola, cariño, escucha… Ha surgido un problema en el periódico y mi jefe nos ha pedido a los nuevos que nos quedemos. Aún no sé cuánto tardaré, así que no me esperes despierta. Es posible que esté aquí hasta tarde. Lo siento mucho. Descansa. Te quiero.

Cuando el mensaje terminó, un profundo peso se hundió en el corazón de Elena. Todos sus esfuerzos por hacer de ese día algo especial, quedaron en nada y la situación se llenó de una tristeza que consiguió abrumarla. Era consciente de que su mujer estaba atrapada en una circunstancia que se escapaba de su control, pero eso no mitigaba el dolor que sentía en ese momento y, por primera vez, sintió que la magia se había apagado.

Con las lágrimas amenazando por salir, se levantó de la mesa, apagó las velas y caminó hasta el dormitorio. Impulsada por lo que sentía, comenzó a llenar una mochila con cuatro prendas de ropa y, tras cambiarse, se marchó al aeropuerto donde pasaría la noche hasta coger el primer avión que la llevara a Ibiza. Lo único que quería era que su hermano la estrechase entre los brazos y notar que los pies se le hundían en la arena, que el sol bañaba su piel y el mar se llevaba lo malo.

Sintiéndose abandonada y sola, miró hacia el exterior. El sueño que había empezado a vivir cuando se casó con Victoria se esfumaba delante de sus ojos y no podía quedarse a ver cómo se derrumbaba. Se preguntó si serían capaces de volver a encontrar el camino de vuelta a ese pasado repleto de felicidad, o si ese era solo el comienzo del fin de su bonita historia de amor. Quizás era demasiado egoísta, quizá se había convertido en esa clase de mujer tóxica que no puede soportar vivir alejada de su pareja… pero, en ese instante, la distancia, la falta de intimidad, el no poder conversar y expresar cómo se sentía estaba transformándose en una dolorosa grieta por la que todo se iba a la mierda.





13

LA CAJA DE RECUERDOS

VICTORIA

Madrid. 6 de julio, 2024

Como adicta al trabajo que soy, tener un fin de semana completo de descanso ha provocado que tenga ansiedad y me suba por las paredes. He salido a correr, he ido a por algo de desayunar y he dado uno de esos baños que te sacan el mal de este mundo y te hacen volar. Joana ha ido a ver a sus padres y vendrá en unas horas. Mientras espero, he decidido ponerme manos a la obra y organizar la maleta que me llevaré a Ibiza la próxima semana. Carolina y yo nos estuvimos mensajeando ayer, le prometí que estaría allí antes del viernes y si no lo hago ahora, no podré en otro momento. La última vez que visité la isla fue para mi despedida de soltera. Elena quería que la hiciésemos conjunta y las chicas organizaron una fiesta que culminó con un amanecer que guardo muy fresco en mi memoria. Esas semanas fueron inolvidables, el grupo al completo disfrutó como nunca y fue el preámbulo de una boda digna de las películas románticas que tanto me gustan. Aquel día, sobre el altar, me juré a mí misma que la protegería, que daría todo de mí por verla sonreír, por hacerla feliz… y cuando me di cuenta de que yo era quien le hacía sufrir, decidí que era mejor dejarla ir y que encontrase su felicidad en otra parte.

Ahora que nos volveremos a ver, no he dejado de darle vueltas a cómo estará. A pesar de haber mantenido el contacto con Carolina e Iñaki, los dos decidieron no contarme nada sobre ella y a mí me pareció bien. Me centré en mí misma, me escondí en mi trabajo, sepulté mis emociones bajo tierra y seguí hacia adelante. Jamás dejé de amarla, pero asumo la culpabilidad de lo que pasó, de que nuestro matrimonio se fuese a la mierda y nunca me atreví a disculparme por el daño que hice.

Después de cinco años, sigo sintiéndome de la misma manera, solo que con el tiempo he aprendido a llevar ese peso conmigo. Todo el mundo tiene cicatrices y la mía es haber dejado pasar la oportunidad de compartir mi vida con una mujer que tenía magia en los ojos. Elena te hacía sentir alguien especial y bastaba una sonrisa suya para caer en su red. Yo descubrí el amor con ella y fui muy feliz a su lado, más de lo que supe expresar.

Rebuscar en el armario me ha hecho dar con una caja que guardé cuando me mudé a Madrid, repleta de fotografías, recuerdos y cositas del pasado. Ni siquiera me acordaba de que estaba ahí, y abrirla ha supuesto partir un candado que creía fuerte e irrompible. Revivir todos esos instantes ha traído cierto malestar y también que renazcan dentro de mí tantas cosas que no sé cómo sentirme al respecto. No tengo idea de si ya le habrán contado que no iré sola y la cabeza me estallará si continúo pensando qué pasará.

—Será mejor que lo dejes estar —me pido en voz alta. El teléfono es el único que consigue sacarme de mi propio monólogo; es Carolina y su don especial para saber cuándo alguien necesita una charla. Así que, con una sonrisa en los labios, sujeto el teléfono entre mi hombro y mi oreja y respondo—. Aquí la madrileña, ¿qué se te ha perdido al otro lado de la línea?

—¿Cómo estás pasando el fin de semana? ¿Ya has hecho las maletas?

—No va mal del todo, pero ya sabes como soy. —Hago un gesto con la boca como si ella estuviese delante—. El tiempo libre me estresa. Y las maletas… —murmuro mirando el desastre que tengo encima de la cama—. Espero que estén listas al final del día.

—Estoy deseando verte…

—Yo también—respondo y sonrío brevemente—. Ha pasado mucho tiempo desde que no nos juntamos todos.

—De eso quería hablarte. —Baja un poco la voz y después, carraspea—. Elena ya sabe que vienes a la boda acompañada. Se lo contamos Ana y yo hace un par de días.

—¡Joder! Esperaba que supiera que había aceptado la invitación, no que también llevaría a Joana—exclamo, sintiendo cómo los nervios crecen dentro de mí.

—No podía ocultárselo, Vicky —subraya con sinceridad—. La quiero y no quiero que lo pase mal. Elena no se merece sufrir. Ya lo pasó mal cuando os separasteis.

—¿Crees que fue la única? —protesto soltando un suspiro—. Carol, tengo claro que yo provoqué el divorcio, que fui la única tonta que le hizo daño… no me digas que lo pasó mal porque el remordimiento que tengo es peor.

La línea se queda en silencio y aunque me gustaría seguir hablando, no lo hago. Dejo el teléfono sobre la cama y pongo el manos libres para seguir doblando la ropa. No me importa que todos me vean como la mala de la historia porque es verdad, pero no puedo dejar que se les olvide que yo también lo he pasado bastante mal.

—Sí que eres tonta, pero eso ya lo sabíamos todos —aclara y, sin poderlo evitar, rompo a reír—. No hay nada que podamos hacer al respecto.

—Eso mismo pensaba yo —bromeo y, al final, me muerdo el labio inferior conteniendo la maraña de preguntas que me vienen a la cabeza en un momento así—. ¿Elena está bien? ¿Se lo ha tomado muy mal?

—¿Tú qué crees? —Carolina suelta un suspiro y me llevo una mano a la frente—. No he hablado con ella, pero estoy segura de que no está bien.

—Debería haberle contado a Joana cómo estaban las cosas y haberme negado en rotundo a la idea de viajar juntas —digo una vez que abro los ojos y me doy cuenta de que es lo mejor—. Es la boda de su hermano, es su momento feliz y no tengo por qué estropearlo. Ni siquiera debería ir yo.

—No digas tonterías… ¿Lo tuyo con esa chica va en serio? —pregunta y, de repente, tras seis meses de relación, me asaltan las dudas—. Quiero decir… —murmura dubitativa —. ¿Te ves con ella de cara al futuro?

—Joana me ha ayudado mucho este tiempo —respondo sin pensarlo mucho—. Ha

conseguido que estos meses no sean tan oscuros, que el trabajo no me pese tanto y que sonría y vuelva a divertirme.

—No has contestado a mi pregunta —insiste—. ¿La amas o solo es una follamiga?

—¡Joder, Carol! ¡Sigues siendo igual de bruta que siempre!

—Las cosas buenas nunca cambian. —Se ríe desde el otro lado de la línea—. Dime, ¿novia formal o…? —Deja la pregunta en el aire—. Es que es muy extraño que siendo tu mejor amiga, no me hayas contado nada hasta hace unos días. No entiendo por qué me lo has ocultado, ni por qué no has querido celebrarlo conmigo.

—Si te soy sincera… ni siquiera yo lo sé —admito sentándome en el borde de la cama —. Supongo que ni yo misma me creía capaz de tener algo duradero. Todo empezó de la manera más simple y, de pronto, me di cuenta de que ya llevábamos seis meses. Joana me gusta mucho, me hace reír, ya sabes. Es una buena chica, tiene mi mismo trabajo y horario…

—Entiendo…

—Pero no sé si me siento capaz de ir más allá con ella. —La seguridad en mis palabras es tan aplastante que necesito llevarme una mano a la nuca—. Hasta ahora todo ha ido bien, no hemos tenido problemas ni nada, pero…

—Imagino que la boda ha hecho que te revuelvas un poco…

—Sí, y no he dejado de pensar en Elena. Ahora mismo me importa mucho más ella que pasar las vacaciones y que conozcáis a la persona con la que salgo.

—¿Entonces por qué la traes a la boda?

—Porque no he sido capaz de explicarle que estuve casada, que mi exmujer estará en la boda, que es la hermana del novio y que nos separamos porque fui una gilipollas.

—¿En serio no le has contado nada? —pregunta sorprendida.

—Sé que tendría que haberlo hecho, pero…

—Bueno, eso es decisión tuya, pero creo que estaría bien que lo hicieras, que le contases cómo te sientes y ver cómo solucionas lo de la boda —aconseja—. Si te soy sincera, no me apetece que tú y Elena estéis mal. Lo único que quiero es que hagáis lo posible por disfrutar de estas semanas y dejar a un lado el pasado.

—Eres una soñadora, ¿lo sabías?

—Al menos dime que lo intentarás —pide y afirmo moviendo la cabeza a pesar de que no me ve—. Hace muchos años que no os veis, pero creo que os vendrá bien hablar.

—Haré todo lo posible, pero ahora tengo que seguir con esto y ver cómo le cuento todo a Joana.

—Está bien. Te dejo que sigas con la maleta, ya me escribes cuando hayas hablado con ella, ¿vale?

—Sí, cotilla. Te quiero.

—Y yo a ti.

—*Ciao*…





14

HAY ALGO QUE QUIERO QUE SEPAS

VICTORIA

Hace tanto que no salgo de Madrid que la idea de volver a Ibiza y pisar sus playas se ha convertido en lo que más quiero en este momento. Durante nuestra conversación, no le comenté nada a Carolina pero su boda se ha convertido en la excusa perfecta para apartarme del trabajo y dedicarme un poco de tiempo; el periódico puede ser agotador y estas últimas semanas me he sentido un poco abrumada. Además, la visita de Alfredo no ha hecho otra cosa que empeorar mi estado y no he dejado de pensar en lo que hablamos el viernes y en su partida a Le Monde, en que es muy posible que me ofrezcan el puesto de subdirección… No sé si estoy preparada para aceptarlo. Ese puesto implicaría muchos cambios y no tengo ganas de tener que hacerlos en mi vida solo por perseguir mis sueños.

Cuando me divorcié y Alfredo supo que estaba buscando un puesto de trabajo en Madrid, me ofreció la posibilidad de formar parte de la plantilla de redacción de El País y no pude negarme. Era lo que necesitaba, escapar, y durante los dos primeros años todo fue muy fácil y complicado a la vez. Acostumbrarme al vacío de Elena fue terrible; no lograba dormir, mis costumbres eran horrorosas… Permanecí lejos del grupo durante mucho tiempo porque sabía que todos me juzgarían como la culpable de la situación y no tenía ganas de admitir mi error. Me encerré en mí misma, me hundí hasta el punto de arrepentirme y verme empujada varias veces a ir en busca del amor de mi vida. Pero, al final, la rutina y el día a día en el periódico me absorbieron, y cuando quise darme cuenta me había convertido en un robot. Me habitué a mi vida y seguí adelante como si nada. Y así, hasta que apareció Joana.

Recordaré siempre el día que llegó a la redacción y Pepa la presentó. Ella venía de la delegación de Sevilla y su acento andaluz, junto con su risa escandalosa, hizo de un día nublado y lluvioso de otoño, uno más brillante e interesante. Desde ese momento comenzamos a hablar y la conexión fue inmediata. Jamás pensé que encontraría a alguien con quien sentirme cómoda de nuevo, a una persona que llamar amiga y con la que ser yo misma; Carolina estaba lejos y ella se convirtió en lo que necesitaba, en un apoyo diario que

estuvo ahí y me empujó a seguir adelante sin saber que me pasaba algo. No vi venir el cambio de actitud de ella hacia mí hasta que un día, tras una noche de copas, se lanzó a mi cuello y me besó. Yo no la aparté porque estaba muy pedo y accedí a acostarme con ella sabiendo que a la persona que extrañaba era Elena. A la mañana siguiente me disculpé y le dije que no podía darle lo que ella quería, pero su cabezonería hizo mella en mí y al final lo consiguió.

Apenas son las nueve de la noche, no tardará en llegar y aunque he intentado no pensar en todo esto, ha sido imposible. No sé cómo voy a contarle que no he podido olvidar a mi exmujer durante estos años, que nuestra relación llegó cuando más la extrañaba y que seguí adelante porque no fui lo bastante fuerte para confesarle la verdad. Nunca quise hablarle de mi pasado porque no sentía la necesidad, pero ahora debo hacerlo y sé que las cosas no irán bien una vez que le confiese cómo me siento.

Han pasado pocos días desde que recibí la invitación y tengo que ser franca conmigo y admitir que desde que leí el nombre de Jorge, Elena se instaló en mi mente como la llama de una hoguera que se niega a apagarse. No he dejado de recordarla, de imaginarla, de preguntarme cómo estará, si me habrá perdonado por haberla hecho sufrir tanto. Parte de mí siente miedo a enfrentarla y volver a mirarla a los ojos; me rompería el alma ver en ellos resentimiento y rencor, pero si así pasa, sé que lo merezco. Supongo que son cosas que descubriré una vez que nos veamos, pero el miedo es capaz de volverte loca y eso es lo que me pasa ahora mismo.

Joana no tiene idea de lo que le espera una vez que atraviese la puerta de mi casa, así que he intentado organizar una cena casual y fingir que las cosas van bien. La otra noche que se quedó en casa apenas conseguí dormir dándole vueltas a las cosas, y a la mañana siguiente tuve que decirle que el insomnio había vuelto para quedarse. Ni siquiera sé por qué me cuesta tanto abrirme, quizá sea la huella que dejaron las continuas peleas con Elena lo que me empujó a hacerlo.

En poco más de quince minutos llega el pedido de la comida y espero que ella no tarde mucho más. Lo bueno de vivir la una frente a la otra es que estamos a un paso, que no tenemos que vernos rodeadas del tráfico de Madrid para encontrarnos y que eso nos facilita quedar. Estoy tan nerviosa que llevo varios minutos dando vueltas; he encendido y apagado las velas porque me he dado cuenta de que era algo demasiado íntimo, me he cambiado tres veces de ropa y he tenido que esconder la botella de vino porque me niego a recibirla borracha. Es una locura y lo peor es que no sé la razón por la que siempre acabo metida en esta clase de líos.

Con la intención de relajarme un poco, busco mi teléfono y empiezo a escribirle a Iñaki un mensaje no demasiado largo, y que responde a uno que me dejó él. Me preguntó si iba a ir a la boda de Jorge, que él también estaría allí gracias a las brujas de Zugarramurdi o algo así, y que esperaba que no me negase por todo lo de Elena. Algo en mí me empuja a creer que mis amigos quieren que lo nuestro se arregle, pero ni San Isidro sería capaz de solucionar este desastre. «La única que puede cambiar las cosas eres tú», me recuerdo antes de pegar un brinco y verme sorprendida por el timbre de casa.

—Nos hemos encontrado fuera. —Joana mira al repartidor y, después, me dedica una sonrisita curiosa—. ¿Has pedido la cena a mi chino favorito?

—Ya sabes que sí. —Sujeto las bolsas de la comida y le doy las gracias al hombre—. No tenía muchas ganas de cocinar y pensé que era la mejor opción.

—Sin problema. A mí me encanta. —Joana me rodea el cuello con sus brazos, sonríe y

me besa los labios como si hiciera meses que no nos vemos. «Menuda noche he elegido para confesarte las cosas», pienso antes de tragar saliva y sonreírle un poco—. Aunque tú me gustas más.

—Eso no me lo creo. Yo no te cambiaría por el chocolate —admito, y eso provoca que las dos riamos—. ¿Qué tal lo has pasado con tus padres?

—Ni bien ni mal. Ya sabes cómo son.

—Entiendo —digo mientras saco los platos para que nos sentemos a comer—. A veces son un dolor de cabeza. Pero si lo piensas desde otra perspectiva, también lo hemos sido nosotros para ellos. Así que…

—¿De verdad lo fuiste? —pregunta apoyándose en la isla de la cocina—. No te imagino siendo una rebelde.

—Pues sí. No les hacía mucho caso y siempre iba a la mía —confieso recordando el pasado—. Incluso siendo mayor. Eso sí, me arrepiento mucho de no haber hecho caso de sus consejos a veces.

—¿Cómo cuales…?

—¿Te apetece cenar en el sofá o en la mesa? —respondo pasando por alto la pregunta que me ha hecho. Joana se me queda mirando a la espera de que diga algo, así que me decanto por el sofá y llevo ambos platos hasta allí—. Coge el vino. Lo he puesto a enfriar en la nevera.

El silencio que nos rodea en este momento es incómodo y tenso. Sé que tengo que relajarme, pero no es algo que pueda hacer teniendo en cuenta que es muy posible que mi relación con ella se vaya a la mierda esta misma noche.

—Bueno, ¿me vas a contar o lo vamos a tener que dejar ahí? —Apoya las copas sobre la mesita y se sienta cruzando una de sus piernas—. Porque sabes que odio con toda mi alma que me dejen con la curiosidad.

—Hay algo de lo que no hemos hablado —explico de forma breve—. Y sé que debería habértelo dicho porque es muy posible que cuando te cuente cómo me siento, cogerás esa copa de vino y me la echarás a la cara.

—¿Qué pasa? ¿Me eres infiel? —Joana ríe, pero yo soy incapaz de sonreír. Siempre he creído que la infidelidad es muy diferente dependiendo de la persona; que es lo mismo acostarte con alguien que pensar en otra mientras estás con tu pareja, y es lo que me ha pasado a mí desde hace mucho tiempo—. Seguro que no es para tanto.

—Sí que he sido infiel —confieso—. Pero no he estado con otra persona.

—No te estoy entiendo, Vic, o lo eres o no lo eres.

—La infidelidad es muy diferente según la perspectiva o los límites que cada uno se ponga —intento expresarme de la forma más clara posible—. Si en tu mente estuviera otra persona que no soy yo mientras estás saliendo conmigo, yo me lo tomaría fatal y lo sentiría de la misma forma que si te acostases con ella. Así que… bueno. —Aparto la mirada de sus ojos para centrarme en mis manos—, creo que mereces saber que he estado pensando en alguien que no eres tú desde hace un tiempo.

—¿Y quién es esa? —pregunta de manera despectiva, obligándome a poner atención en ella. Odio que haya rebajado a Elena a esa palabra y necesito sujetarme las manos para no mostrar mis emociones—. Porque imagino que tendrá un nombre, ¿no? —Se llena la copa de vino y le da un buen trago—. Vamos, cuéntame.

—Es mi exmujer: Elena.

—¿Tu exmujer? ¿Has estado casada? —afirmo con un movimiento suave de cabeza—.

¿Cuándo? ¿Cuánto tiempo?

—Pues… hace cinco años. Duró año y medio más o menos.

—¿Y por qué se terminó?

—Porque fui una idiota —confieso sin miedo—. Me centré en el trabajo y lo antepuse a ella. La dejé sola, la dañé de muchas maneras y…

—Y ella te dejó, es normal.

—No, fui yo la que decidió que nos divorciásemos —rectifico sus palabras—. Y me arrepiento de eso cada día desde que pasó.

—Entonces… ¿sigues queriéndola? ¿A… Elena?

—No te voy a mentir. —La miro a los ojos—. No sé lo que siento ahora mismo por ella, pero no te puedo decir que mi corazón la haya olvidado.

—¿Y dónde estoy yo en tu vida? ¿Por qué has estado conmigo todos estos meses si no hacías más que pensar en ella?

—Porque pensé que tú eras la persona indicada para seguir adelante y olvidarla del todo —le confieso con franqueza.

—¿Y por qué me estás contando esto ahora? ¿Qué ha cambiado?

—La boda de mi mejor amiga, Carolina, y Jorge, el hermano de Elena —respondo soltando un suspiro—. Ir a Ibiza no solo es un viaje para mí, es…

—Ya veo por dónde vas, ¿quieres que te dé vía libre para volver con tu mujercita? —pregunta con el mismo tono despectivo que antes—. Porque si es por eso, puedes coger tu maleta ahora mismo e irte a la mierda.

—¿No te parece que te estás pasando un poco?

—¿Que yo me estoy pasando? —Se ríe con ironía—. Me estás diciendo que estás colgada por tu exmujer, que has estado conmigo mientras pensabas en ella y… —Suelta una risa más—. Seguro que has follado conmigo imaginándola a ella.

—No he hecho eso nunca.

—Ya, seguro… —Se bebe el resto del vino de un trago antes de levantarse e ir a por sus cosas—. Creo que debería irme. Sé cómo va a terminar esto, así que disfruta de tu viaje y pásalo en grande con tu ex.

—No te vayas, Joana.

—¿Por qué? —pregunta parándose a mitad de camino—. ¿Es que quieres que me quede? ¿Que esté aquí contigo? ¿Que sigamos juntas?

Soy incapaz de darle una respuesta y no sé cuánto tiempo me quedo en silencio, pero una vez que se cierra la puerta de mi casa delante de mis narices, sé que le ha quedado mucho más claro que a mí cuales son mis emociones, y supongo que ahora tendré que descubrirlas de nuevo.





15

¿CÓMO ESTÁ MI HERMANA FAVORITA?

JORGE

Ibiza. 9 de julio, 2024

Aprovechando que mi chica se ha tomado la mañana para estar con sus padres y disfrutar de la playa, he decidido hacerle una pequeña visita a mi hermana. Durante la comida que disfrutamos con mi madre hace unos días, el tema de Victoria salió a la luz y me di cuenta de que la idea del reencuentro la tiene muy tensa. No debe ser fácil saber que tu exmujer, la persona a la que aún amas a pesar de todo, ha seguido adelante con su vida sin ti. Sé que le dije a Carol que no se preocupase, que las cosas irían bien, pero yo soy su hermano y no me quedaré del todo tranquilo hasta que no hablemos. En cuestión de unas horas, Pablo e Iñaki estarán ya en la isla, así que tengo tiempo de sobra para sacar a Elena del despacho y dar un paseo con ella mientras charlamos. He pensado en llevarla a comer, ir al restaurante del mejor amigo de mi padre y probar ese pescadito frito que le sale de muerte; hacer algo diferente y obligarla a centrarse en lo que siente y no en el trabajo o los preparativos de mi boda.

Ana me comentó que desde que mi hermana se enteró de que Vicky tiene novia, no responde sus mensajes. Supongo que lo que menos quiere en este momento es hablar del tema, pero yo necesito que lo haga, saber cómo puedo ayudarla, y no me importa hacerla rabiar con tal de que se abra y me deje ver lo que siente. «Aunque quizá me mande a la mierda», pienso una vez que toco a la puerta de la oficina con los nudillos.

—He pedido que no me molestéis, ¿es tan difícil de entender? —brama hecha una furia desde el otro lado. Cuando giro la manivela y asomo la cabeza, la observo con los codos apoyados en el escritorio y ambas manos agarrándose la cabeza. No digo nada, aunque carraspeo y la obligo a mirarme. Una vez que lo hace, su gesto cambia y se esconde en una sonrisa que es similar a la de mi madre—. ¿Qué haces tú aquí? ¿No tenías que ir a por los chicos al aeropuerto?

—Me han dicho que vendrán ellos solos en taxi, he pensado en venir a verte. ¿Necesito alguna excusa?

—No, pero… —Mira los papeles que tiene delante—. Estoy bastante ocupada por encontrar una floristería que haga arreglos exteriores, y temo tener que buscar en Valencia.

—Verás cómo lo consigues. Yo confío en ti, pero… —Me acerco a la mesa y dejo mis manos sobre ella—. Creo que necesitas salir un poquito de aquí. Tanto trabajo te está comiendo el cerebro.

—Muy graciosito… —refunfuña soltando un suspiro—. Si no sigo con esto, a lo mejor no habrá flores, el cáterin será de *patatíviris* y no tendrás un DJ para bailar después. Y si eso pasa, tu futura mujer me matará, así que déjame trabajar.

—Lo haré si aceptas venir a comer conmigo —insisto provocando que niegue con la cabeza un par de veces—. He pensado ir donde Pedro, hace mucho tiempo que no disfrutamos de una buena fritura.

—Eso es cierto …

—Mira, lo único que quiero es que pasemos unas horas juntos, ¿tan complicado es eso para ti?

—No, pero… —Vuelve a buscar una excusa que es incapaz de encontrar en esa cabecita loca suya. Al final, tras un par de dudas más, suelta un suspiro y se da por vencida—. Está bien. Vámonos, pero solo a comer. Luego me dejas regresar.

—Trato hecho.

Tras luchar contra su cabezonería, deja atrás su cómoda silla y va a por el bolso. Se lo cuelga al hombro y viene conmigo. Le abro la puerta y, cuando pasa por mi lado, me doy cuenta de lo guapa y diferente que se ve; he estado demasiado ocupado y no me he fijado en esos detalles. La sujeto de la muñeca y la freno, prohibiéndole que siga andando.

—¿Qué pasa?

—No te lo había dicho, pero estoy orgulloso de ti. —Me mira con sorpresa en sus ojos —. Sé que estos años no han sido fáciles para ti, que has hecho todo lo posible por seguir adelante y que te esfuerzas porque mi boda sea maravillosa… —añado una vez que la suelto y me coloco frente a ella—. Eres fuerte, increíblemente dura, y pase lo que pase con Victoria estarás bien, ¿vale?

—Sí, bueno… —musita y lleva la mirada al suelo—. Eres mi hermano, ¿qué vas a decir?

—No solo lo digo yo. También lo dice mamá, Carolina, Ana…

—Ellas creen que lo he superado, ¿sabes? Pero no es así… —me revela mirándome a los ojos—. Esto no es fácil. Victoria y yo… —Se lleva una mano a la nuca y lo presiona con fuerza intentando sacarse de encima la tensión que lleva encima—. No sé si voy a ser esa mujer que dices que soy o la misma que estuvo encerrada en su dormitorio durante meses.

—Anda ven aquí… —Abrazarla y refugiarla entre mis brazos me convierte en su muro de contención. La última vez que se echó a llorar contra mi pecho fue la misma noche que regresó a Ibiza tras firmar su divorcio. Estaba destrozada, perdida y ahora la noto igual—. Escúchame… —Al apartarla de mí, busco su mirada y seco sus mejillas con mis dedos. Tiene los ojos enrojecidos y me duele tanto verla así que maldigo el momento en el que a Carolina se le ocurrió remover la mierda invitando a Victoria a nuestra boda—. ¿Te acuerdas de aquel día que me subí al árbol de la casa de los abuelos?

—¿Qué? —pregunta confusa.

—Tú te subiste conmigo a la rama, ¿lo recuerdas? —pregunto otra vez y ella sonríe al rememorarlo—. Te quedaste ahí y esperaste hasta que mi confianza volvió y pude bajar. Tú me hiciste fuerte.

—No es verdad —responde con la voz gangosa por las lágrimas.

—Yo haré eso mismo por ti —aseguro—. Pase lo que pase me quedaré aquí y no me iré de tu lado hasta que confíes en que podrás enfrentarte a todo lo que viene. No me importa lo que tardes…

—¿Y si no lo consigo?

—Siempre te puedes subir a un árbol y quedarte ahí. —Suelta una carcajada.

—Eres un idiota, pero… —susurra y apoya sus manos en mi pecho—. Te quiero.

—Y yo te quiero a ti. —Beso su frente—. Y ahora, vamos a comer.

—Vale.

Cuando me sonríe, sé que pase lo que pase en los próximos días, todo irá mejor.





16

HAY QUE ENFRENTARSE AL MIEDO

ELENA

Ibiza. 9 de julio, 2024

Nunca ha sido fácil para mí expresar mis sentimientos y con los años eso no ha cambiado. Mi psicóloga me ayudó a enfrentarme a ellos, a no tener vergüenza de llorar, a mostrar mi dolor, mi molestia y mi malestar, y aunque he mejorado un poquito, me cuesta mucho hablar de ellos. Ana se ha pasado toda la semana enviándome mensajes, preguntándome si estoy bien, si quiero quedar para hablar y, por no decirle que no, la he esquivado. He seguido encerrada en mi despacho inmersa en el trabajo, y sé que está preocupada por mí, así que le he hecho caso a mi hermano y he ido a verla.

La última vez que quedamos fue la misma que Carolina me confesó que Vicky tenía novia. Me quedé tan bloqueada que ni siquiera fui capaz de terminarme el helado; cogí mis cosas y me marché a casa. No quería ver a nadie, solo quería llorar y desahogarme, y lo hice durante horas hasta quedarme dormida. Imaginarla con otra mujer me dolió tanto que, a pesar de los días, aún siento ese dolor y sé que no puedo guardar esto por mucho que quiera, porque como dijo Jorge: todos se preocupan por mí.

A estas alturas, es obvio que no la he olvidado, que continúa grabada en mi mente, que sigo queriéndola… amándola. Estas últimas noches he navegado entre recuerdos de nuestros días felices y momentos tristes, de nuestras peleas, gritos y frustraciones. No he dejado de preguntarme si podríamos habernos esforzado por encontrar una solución. Aunque ahora ya no hay nada que hacer porque eso es agua pasada, sin embargo, las preguntas me asaltan y no puedo dejarlas ahí atascadas.

Después de aparcar el coche en una plazuela cercana, he decidido dar un paseo y disfrutar de las vistas del mar desde esta zona de la isla. El pueblo de San José, situado al noroeste de Ibiza, es uno de los más bonitos; sus playas son increíbles, con un agua turquesa a través de la cual puedes ver el fondo y una paz que se te graba en el alma. Es maravilloso y muy sanador. Los padres de Ana, después de tantos años veraneando por aquí, decidieron comprarse una casa y, al final, ella se quedó a vivir. Algo que a mí me vino

de perlas después de mi divorcio porque se convirtió en un pilar fundamental al que me aferré con fuerza para no caer. Con un suspiro atascado en mis labios, abandono los miradores y me adentro en las callejuelas cercanas para llegar a mi destino y presionar el timbre. No he avisado de que vendría, pero tardo un poco en ver cómo se encienden las luces y Ana abre la puerta.

—¿Vengo en mal momento? —pregunto con curiosidad—. Tienes una cara que *pa* qué…

—Si me hubieses cogido el teléfono, habrías ayudado a calmar mis nervios —responde —. ¿Tú sabías que Iñaki llegaba hoy?

—Ah… —Junto mis manos a modo de perdón—. Después de lo que pasó, se nos olvidó a Carol y a mí comentártelo. Jorge me dijo que él y Pablo habían pensado viajar antes.

—En fin… —Resopla y deja caer los brazos derrotada—. Supongo que no soy la única que va a tener que enfrentarse al pasado en esta boda. Anda, pasa, ¿tienes hambre?

—¿En serio me preguntas eso? —comento y ella empieza a reírse—. Comí hace horas con mi hermano, acepto todo lo que me pongas en la mesa.

—Es que mi madre me ha dejado una coca de atún que no creo poder comerme entera —explica mientras la acompaño a la pequeña terraza interior. Cuando atravieso la cortina de cuentas, el sonido de los pajarillos que tiene en las jaulas me da la bienvenida y yo me acerco a mi preferido para echarle un vistazo—. Te manda recuerdos, por cierto.

—¿Les has dicho lo de la boda? Mi hermano me ha comentado que están invitados y que no sabe si les llegó la invitación.

—Sí, pero todavía no sé si irán o no. —Se encoge de hombros—. Creo que tienen programado un viaje.

—Bueno, mejor para ti. Así podrás arrimarte a Iñaki todo lo que quieras sin tener sus ojos encima —añado con una sonrisa maliciosa en los labios—. ¿Cuánto tiempo hace que no le ves?

—El año pasado… —Suspira con melancolía—. Me pregunto quién me metió en la cabeza lo de tener una relación de verano.

—Ey, si no llego a empujarte, Iñaki se habría echado otra novia en Bilbao. Y te encantará saber que no tiene a nadie —anuncio y pongo mis brazos en jarras—. Jorge me dijo que sigue soltero.

—¿¡Qué!? —Los ojos de Ana brillan y me parto de la risa—. ¡No te rías, idiota! ¡Tenías que habérmelo dicho! ¿¡Has visto mis pelos!? ¡Ni me he depilado!

—Oh, sí, pobre mujer cromañona llena de pelos… —Me burlo de ella y la abrazo fuerte para calmar sus nervios—. Estás preciosa. Solo tienes que ser natural con él y dejar que todo fluya, ¿vale?

—¿Y si todo se ha enfriado?

—Bueno, si pasa eso, tendrás que aprender a vivir sin él…

En el momento en que menciono esas palabras, me aparto de ella para arrastrar una de mis manos por mi oreja y apartarme el pelo de la cara.

—¿Tú estás bien? —«Ojalá», pienso y niego un par de veces con la cabeza—. Sabía que no. ¿Por qué no me has contestado los mensajes?

—Porque odio tener que hablar de todo esto después de tanto tiempo… —admito una vez que me siento en una de las sillas de madera de la terraza—. No es fácil aceptar que Victoria aún me importa. He intentado por todos los medios convertirla en un recuerdo, tumbar mis emociones y obligarlas a dormir.

—Pero te ha sido imposible…

—Es peor que eso —suspiro y arrugo mi nariz—. Desde que supe que tiene pareja, no he dejado de preguntarme por esa mujer o las que han pasado por su vida desde que yo me marché, por…

—¿Y por qué no nos pediste ayuda a tu hermano y a mí?

—¿Es que tenéis la cura para el mal de amores? Esto es cosa mía. Aunque mirándolo por el lado bueno… —susurro—. Quizá sea lo que necesito para cortar todos los lazos que me unen aún a ella.

—¿El qué? —pregunta sin entender lo que quiero decir

—Verla con su pareja —asiento y empiezo a acariciar mis dedos con un gesto de preocupación—. Eso me ayudará a soltar lo que siento por Victoria.

—¿Tú crees?

—Me he pasado los últimos cinco años reviviendo cada momento, pensando si podríamos haber hecho algo para salvar nuestro matrimonio —explico, y noto que la garganta se me seca y se forma un nudo en el estómago—. Enfrentarme a ella, a la realidad, me ayudará a seguir adelante con mi vida.

Ana se cruza de brazos y muerde su mejilla en silencio. Sé que piensa en algo por la forma que me mira y cuando abre la boca, meto las manos bajo la mesa por miedo a que vea lo nerviosa que estoy.

—Yo creo que estás cagada de miedo —opina sin esconderme sus pensamientos—. Y aunque me lo niegues, sé que te aterra la idea de que Victoria sea más feliz con esa mujer que contigo.

—Puede ser feliz con otra persona —replico al escucharla—. Pero me rompería en mil pedazos saber que yo fui incapaz de hacerlo, ¿lo entiendes? —aclaro y siento que mis ojos se anegan en lágrimas—. Yo luché por Victoria hasta el último momento, pero ella… —Muevo las manos hasta apoyar las palmas sobre el cristal de la mesa—, solo se dedicó a apartarse poco a poco hasta convertir lo nuestro en algo vacío. Nos gritamos tantas veces, le rogué un poco de atención, le pedí que volviese a ser la que era y…

—Quizá se acabó la magia —apunta y, de repente, noto que una flecha me atraviesa el pecho—. Me has contado una y mil veces lo que pasó, pero a veces es así como ocurre, Elena. No sois el único matrimonio que se separa al poco de casarse.

—¡Pero lo nuestro era demasiado fuerte! —recuerdo elevando un poco la voz—. Ese trabajo la apartó de mí y…

—¿Y tú le pediste que lo dejara?

—No. Sabía lo importante que era para ella, pero yo también podría haber… simplemente… —Las lágrimas me caen por las mejillas—. Solo necesitaba saber que seguía siendo la misma mujer de la que me enamoré.

—Me pregunto qué pensará ella ahora mismo.

—Seguro que está demasiado ocupada como para darle vueltas a lo que pasó hace tanto tiempo —aseguro mientras imagino a Victoria con sus gafas y su pelo castaño cayéndole por los hombros—. Además, está con otra. No creo que le importe como para pensar en esto.

—Pues, amiga mía, vas a tener que enfrentarte a tus miedos —lamenta poniéndose en pie antes de perderse por la puerta de la terraza y aparecer con algo para beber—. Carolina me dijo que llega en unos días.

—Sí, su dormitorio está reservado para el viernes.

—Deberías usar tu miedo para fortalecerte y demostrarle que tú también has seguido adelante —aconseja—. ¿O prefieres que te vea llorar por los rincones?

—¡No pienso llorar por los rincones!

—¡Entonces haz caso de una maldita vez! —reclama—. Ya no eres la misma. ¡Mírate al espejo! Hasta tu hermano lo dice —comenta mientras llena un par de vasos con ese licor de limón que tanto nos gusta a las dos—. Eres más fuerte, llevas el hotel tú sola, estás preciosa y, créeme, Victoria no tiene ni idea de lo que se va a encontrar aquí así que deberías aprovecharlo.

—Estás loca…

—Pero me quieres y sabes que no es una locura lo que digo. —Me señala con un dedo y le da un sorbo rápido a su vaso—. Ella tiene que darse cuenta de que tú, amiga mía, eres un tesoro que dejó escapar por idiota.

—No sé si seré capaz de hacerlo…

—No estás sola. —Me guiña el ojo—. Estaré siempre a tu lado. Ya sabes que si tengo que elegir, tú eres mi prioridad. —En ese momento me pongo de pie y, sin decir nada, me siento en sus piernas y me abrazo a ella sumergiendo mi cara en su bonito pelo rizado—. ¿Qué te pasa?

—Eres la mejor amiga que puede existir.

—Di la verdad. —Levanta una ceja—. Soy la sal que le da sabor a tu vida.

Y así, con esa frase, las dos nos echamos a reír y los malos rollos desaparecen, alejándose, relajando nuestros corazones e invitándonos a disfrutar de una de nuestras noches especiales juntas.




17

NO PUEDE SER ELLA

ELENA

Ibiza. 12 de julio, 2024

Hoy es el día y, desde que he llegado al hotel, no he podido separarme de la ventana. Mi padre tenía razón al decir que desde aquí puede verse desde la entrada hasta la zona de la piscina o el restaurante; es un lugar privilegiado que no había aprovechado para otra cosa que no fuese trabajar y, en cuestión de unos minutos, lo usaré para ver llegar a Victoria. Soy como una niña pequeña que no quiere ser vista y, a la vez, una tonta que es incapaz de enfrentarse a lo que más le importa. Ana aún no ha llegado y estoy impaciente por tenerla aquí conmigo. Es gracioso porque me preparó un *outfit* para la ocasión y aunque no he seguido todos sus consejos, sí que he usado el pintalabios melocotón que utilizaba cuando era más jovencita. He recogido mi pelo en una pequeña coleta y he cambiado mis sandalias de diario por unas cuñas con tacón que ha aumentado mi estatura unos cinco centímetros. Parece extraño, pero llevar puesto algo diferente a lo que uso en mi día a día me ha hecho sentir fuerte y capaz de todo.

Tras la conversación que Ana y yo tuvimos hace unos días, me di cuenta de que Jorge tenía razón. No puedo hacer esto sola y doy gracias por no estarlo, pues tendré cuatro manos que me sujetarán y levantarán cuando esto pese demasiado.

Una pequeña brisa con olor a mar me arranca una sonrisa y un suspiro con el que decido sentarme en el borde de la ventana y disfrutar de la calidez de un pequeño rayo de sol que cae sobre mis manos. El cielo brilla en un tono azul radiante que me recuerda a los iris de Victoria y eso remueve mi corazón y despierta todos mis recuerdos con ella. Antes de conocerla nunca había visto unos ojos tan preciosos y, a pesar de tener doce años, me vi atrapada en ellos de una forma inexplicable. «Aunque lo bonito fue descubrir lo hechizantes que eran cuando nos besamos», pienso, y me llevo una mano al pecho como si con ese gesto pudiese apaciguar la tormenta que llevo dentro.

—¿Cómo se ha despertado la chica más guapa de la isla? —pregunta Ana cuando abre la puerta de mi despacho y me ve sentada en la ventana—. Tú quieres que Victoria

descubra que estás desesperada por verla.

—¿Y no es verdad? —Rompo a reír y me muevo para dar una vueltecita y que me vea bien—. ¿Qué te parezco?

—Guapísima. —Hago el gesto de OK levantando un pulgar y la estrecho en un abrazo —. Pero no seas tan obvia, corre las cortinas y mira a través de ellas.

—Has hecho esto más veces, ¿verdad?

—¿¡Yo!? —Se señala con inocencia—. ¡Qué va! —murmura y después, me guiña un ojo —. Solo un par de veces, cuando Iñaki y yo estábamos tonteando y no quería que supiera que estaba enchochada con él.

—Creo que eso lo supo desde que te pusiste celosa porque estaba enseñando a esa chica a ponerse de pie en la tabla de surf —recuerdo y provoco que se ruborice—. Aunque no te fue mal del todo. Después de tu escenita, su actitud con las chicas cambió por completo.

—Yo no se lo pedí…

—Lo hiciste, pero sin palabras. —Me encojo de hombros y vuelvo a acercarme a la ventana, ahora siguiendo su consejo—. ¿Te dijo Carolina cuándo iba a llegar?

—¿Victoria?

—No, el papa de Roma —bromeo y pongo los ojos en blanco—. Llevo aquí toda la mañana y no la he visto por ninguna parte.

—Tranquila, que aparecerá. Carol me dijo que llegaría antes de las dos, y nunca falta a sus promesas.

—Eso lo dirás tú… —musito y me llevo las manos a los bolsillos de mi pantalón—. Me pregunto cómo será su novia.

—Victoria tiene buen gusto, así que será guapísima.

—Gracias, ¿eh?

—Pero tú eres un bombón, de sus preferidos. —Me empuja y le dedico una pequeña sonrisa. De repente, el silencio se adueña del despacho y, como si nos hubiesen cosido los labios, dejamos de hablar. En algún lugar de mi cabeza mi yo más asustadizo no deja de repetir que esto va a ir mal, que no debería haber seguido los consejos de Ana y que tendría que haberme escondido en mi casa. Sin embargo, cuando mis ojos chocan con la figura de Victoria a lo lejos, mis labios se abren de par en par y el calor del amor que siento por ella quema mis inseguridades convirtiéndolas en ceniza.

—No puede ser ella… —digo en voz alta.

—¿Qué? ¿Dónde? —Al levantar la mano y señalar hacia la entrada, Ana lleva su mirada en esa dirección y me sujeta el brazo con una mano—. Ha venido sola.

—Seguro que la novia vendrá detrás —aseguro y estiro mi cabeza como si pudiese ver más allá. «No la acompaña nadie», pienso y, de repente, Carolina y Victoria se abrazan—. Está…

—Diferente, como tú.

—Sí, pero… —Dudo entre todas las cosas que quiero decir—. Se ha cortado el pelo…

—Oye, despierta. —Ana se percata de mi reacción y chasquea sus dedos delante de mis ojos—. Es mejor que vayas quitando esa cara de atontada que se te ha quedado.

—¿Pero tú la has visto?

—¿Te has visto tú? —me sermonea con los brazos en jarra—. ¡No esperarías que después de cinco años fuese a ser la misma que recordabas!

—No, pero…

—Si lo que quieres es que piense que estás la mar de bien y que te importa un pito que tenga pareja será mejor que respires, pongas tu mejor sonrisa y vayamos a la recepción.

—No puedo.—La sujeto de los brazos y entro en pánico—. ¡Está sola! ¡Ha venido sola! ¡Su novia no está!

—Ya lo sé, lo he visto, no hace falta que grites que pareces una adolescente, joder.

—No me dejes a solas con ella —le suplico con miedo y Ana me sujeta de la cara para que me concentre en ella.

—No te va a comer, Elena. Espabila de una vez.

—¿Y si lo hace? —pregunto por pura tontería—. Lo único que no quiero es que nos pongamos a discutir en la boda de mi hermano, no me apetece que todos la recuerden por eso.

—Deja de pensar en lo que pasará y céntrate en el ahora —me aconseja de nuevo—. Victoria está aquí, hace cinco años que no os veis, tendréis un montón de cosas que contaros… Tú sé amable, no la de la ventana de hace unos minutos —recuerda con el ceño fruncido—. No queremos que piense cosas que no son, ¿verdad?

—Sí, bueno…

—Pues ya está. Ahora, vamos. Cuanto antes retrases lo inevitable, peor será.

—Pero… —«Cuanto antes la vea, más imposible me será separarme de ella», pienso mientras que Ana tira de mi mano y abandonamos juntas el despacho.





18

VOLVIENDO A MI ISLA

VICTORIA

Ibiza. 12 de julio, 2024

Tras mi pelea con Joana, respirar el aire del mar me ha ayudado a despejar la mente. Ha pasado casi una semana desde que ella y yo discutimos y no he podido verla para arreglar las cosas. Debo admitir que no me gustó cómo terminó todo: que ella se marchara así, que me cerrase la puerta en las narices… Con Elena, le pillé fobia a las discusiones, por eso colapsé y no pude responder a las preguntas que me hizo tan rápido como ella quería. Sé que no estuvo bien ocultarle todo lo que me estaba pasando y lo que siento, pero ella me importa y lo último que quiero es hacerle daño.

Después de tanto tiempo sin recorrer la isla, creía haber olvidado lo que se experimenta al estar aquí con la brisa del mar rozándote la cara y el sol calentándote las mejillas. No es que no disfrute del verano en Madrid, pero apenas he necesitado de unos minutos para revivir las emociones que me acogieron la primera vez que vine con mis padres y me dejé llevar por el vuelo de las gaviotas sobre nuestras cabezas. Fue inolvidable y, al contrario de lo que esperaba, impresionante. Había cumplido dieciséis años y ellos me prometieron un verano divertido, y vaya si lo fue. Aquella mañana conocí a Elena con doce años y, a partir de ahí, ya no nos pudimos separar. Nuestra relación fue escalando, tuvimos un dulce comienzo y el día que nos besamos por primera vez todo cambió. Nunca he sido tan feliz como lo era estando aquí y me alegra haber regresado a pesar de los problemas que he causado.

Hablé con Carolina antes de coger el avión en la capital. Al parecer no tuvo tiempo de comentarle a Elena que al final venía sola, así que seré yo la que se lo diga una vez que me encuentre con ella. Me pregunto si me estará esperando en el hotel, si estará tan impaciente por saber qué ha sido de mi vida como yo lo estoy por conocer qué tal le han ido las cosas. Quizá no nos encontremos hasta la quedada que ha organizado su hermano para mañana, pero sea como sea, estoy nerviosa y tengo la cabeza hecha un lío.

Me quedan poco más de diez minutos para llegar a Gardenias y estoy deseando

quitarme la ropa para zambullirme de lleno en la piscina. Había pensado ir a la playa, pero prefiero algo más tranquilo y menos agitado. Además, Carol me ha comentado que me esperará en la puerta, así que me temo que no me dejará escapar hasta que le cuente con sumo detalle lo que ha pasado con Joana. Hay cosas que jamás cambiarán, que seguirán como están a pesar del tiempo y es que siempre —siempre— hay un momento perfecto para un buen cotilleo. Aunque esta vez hayan pasado dos años y medio desde que nos vimos por última vez.

No necesito preguntarle al taxista cuánto nos queda para llegar porque las palmeras se levantan en el horizonte escondiendo los edificios blancos del hotel. Tardo un par de minutos en ubicar la entrada repleta de personas que van y vienen con los bártulos necesarios para pasar el día en la playa, y cuando el coche frena pago el viaje y bajo de él para buscar mi maleta y caminar con seguridad hacia el interior. He pasado años veraneando en este lugar, estoy como en casa y eso se nota en cuanto sigo el camino hasta los jardines del centro.

—¿¡Se puede saber dónde va esa madrileña guapa!? —Cuando diferencio la voz y descubro a la persona que pregunta, mi sonrisa se amplía y me es imposible no reír. Mis ojos chocan con los de Carolina, suelto la maleta y las dos corremos hasta fundirnos en un gran abrazo. Está preciosa, con el pelo rizado y rojo cayéndole por los hombros, con esa naricilla redonda y respingona que siempre le dio un toque divertido—. ¡Por fin estamos todos! —me grita al oído y me obliga a saltar con ella—. ¿Cómo ha ido el viaje?

—Tal como lo recordaba —respondo mientras nos damos dos besos y ella se aparta para ir a por mi maleta—. ¿Qué tal las cosas por aquí? ¿Ya lo tenéis todo listo?

—Al parecer hubo un problema con las flores, pero Elena lo ha solucionado todo.

—Elena siempre al rescate —bromeo y después, me dejo arrastrar por ella hacia el interior del hotel—. Ya veo que ha hecho un trabajo increíble por aquí.

—Bueno, Jorge le echa una mano cuando tiene tiempo libre en el gimnasio, pero he de decir que todo el trabajo lo lleva ella. Se ha vuelto un poquito adicta. No sé de quién lo habrá aprendido. —Carolina se echa a reír y le saco la lengua—. Supongo que aún estará en su despacho, por si quieres hacerle una visita.

Por acto reflejo, mis ojos van a parar a la ventana del despacho; Elena y yo visitábamos a su padre cuando éramos niñas con el fin de pedirle dinero para comprarnos tonterías, y ese recuerdo, junto al mecer de las cortinas que veo, me llevan a negar un par de veces.

—Tenía la ilusión de verla a mi llegada —me sincero—. Pero visto lo visto, prefiero que todo se dé de forma natural.

—Lo único que te diré es que lleves cuidado, ¿vale? —advierte dejando de caminar unos segundos—. No quiero que las cosas vayan mal entre vosotras. Y mucho menos que Ana y Jorge se pongan en contra de ti.

—Tranquila. Lo último que quiero es causar un alboroto.

—Entonces, vamos a por la llave de tu habitación y bajemos a la piscina —planea con una sonrisa—. Necesitas tostarte un poquito al sol y dejar atrás el blanco madrileño que llevas contigo.

—¡Pero bueno!

—¿¡Qué!? ¿¡Será mentira!?

Las risas nos acompañan mientras que nos fundimos entre la gente que ya disfruta de Ibiza y de este precioso paraíso en mirad del mar más bonito que he visto jamás.





19

VESTIDA DE HIERRO

ELENA

Ibiza. 12 de julio, 2024

El hotel está abarrotado y la recepción es un ir y venir de personas que salen y entran en un flujo constante. Todos sonríen y disfrutan de sus días de vacaciones al máximo sabiendo que pronto se acabarán y tendrán que volver a la realidad de su día a día, sentimiento que les lleva a vivir todo esto con más intensidad. La boda será en cuatro semanas, y aunque todavía queda mucho tiempo, desde que supe que Victoria estaría aquí, me ha sido imposible no contar los días que faltan para que el mes termine y la magia del hechizo nos lleve de vuelta a nuestras monótonas vidas. Odio decirlo así, pero los mejores instantes siempre llegan a su fin y esta vez desearía que no lo hiciesen.

Cuando Victoria y yo salíamos juntas, la despedida era lo que peor llevaba del verano. No soportaba tener que decirle adiós; pensar que no la vería durante el resto del año me dolía y, aunque vivía al máximo, sufría el vacío desde el primer día que no estaba. Así es como me siento ahora, aunque no tengo idea de si al vernos todo será incómodo y demasiado tosco o, por el contrario, vibrante y natural como lo era antaño.

A pesar de que Ana me prometió que estaría conmigo, ha tenido que irse a atender un problemilla en la tienda que tiene en la zona más comercial de la isla. Me ha dado directrices muy claras, pero en este momento, lo último que quiero es seguir un papel pautado. Sé que no puedo permitirme tenerle miedo a Victoria o que nuestro pasado me afecte tanto, pero es imposible evitar este temblor en las rodillas al pensar que en cuestión de minutos nos miraremos a los ojos tras años de distancia y silencio. No necesito asomarme para saber que han llegado a la recepción porque su característica voz resalta por encima del ruido que me rodea. Siempre le dije que podría ser locutora de radio, que me ponía el vello de punta cuando me susurraba cosas al oído, que debería haberle sacado partido… pero no me hizo caso. Según ella, su voz era solo mía y no quería que nadie más sintiera lo que yo experimentaba cuando me hablaba.

Tras soltar un pequeño suspiro y pasarme las manos por el pelo, me armo de valor y

me aparto de la columna tras la que estoy escondida y empiezo a caminar entre la gente. El sonido de mis tacones marca el ritmo de mi corazón y agradezco que no se den cuenta de mi presencia hasta que me coloco a espaldas de Victoria y Carolina abre los ojos de par en par. Ella sabía que no me iba a atrever a aparecer así como así, pero ahora me siento fuerte frente a una mujer que ha logrado y logrará siempre hacerme temblar.

—Me alegra saber que no soy la única a la que le han sentado bien los años —comento y cuando Victoria me escucha, se gira y queda a medio metro de mí. Mi reflejo cae sobre sus preciosos ojos verdes y, sin poderlo evitar, le dedico una sonrisa emocionada—. Bienvenida a Gardenias, Vic.

—Elena… —dice, y mi corazón empieza a latir deprisa. «Joder, Ana, tendrías que estar aquí», pienso y, sin más, rompo la lejanía y la abrazo—. Gra-Gracias… —tartamudea y, en cuanto nos separamos, me mira con ese gesto de sorpresa casi idéntico al de mi cuñada.

—No me dijiste que vendrías a recibirla.

—Me he levantado con la idea esta mañana —le comento a Carolina mientras le doy un par de besos—. Además, le dije a mi hermano que me avisara cuando fuesen llegando los invitados porque soy yo la que está repartiendo los dormitorios —añado para que no parezca una casualidad—. Pablo e Iñaki ya tienen los suyos, y le he preparado a Victoria uno en especial.

—¿Y eso por qué? —preguntan las dos a la vez.

—Porque ibas a venir acompañada y ya sabes que esos son los más bonitos del hotel —le recuerdo antes de caminar detrás del mostrador y buscar la tarjeta que lleva su nombre —. ¿Tu chica vendrá más tarde? —pregunto por pura curiosidad—. Lo digo por dejar lista una para ella también.

—Ah, eso… —Victoria niega y en sus ojos puedo ver cierto atisbo de incomodidad—. Le salió trabajo, así que no estará en la boda.

—Pero, ¿por qué no le…? —Carolina nos interrumpe y ella le tapa la boca con una mano, en un gesto divertido con el que río.

—Bueno, sea como sea, espero que la disfrutes mucho. —Una vez que estoy a su lado, acaricio una de sus manos y le doy la llave del dormitorio—. Es de las que te gustan.

—Gra-Gracias…

—No me las des. Debo dejaros, aún tengo muchas cosas que hacer —informo mientras me despido de las dos con otro par de besos—. Espero que paséis una buena mañana. Si necesitáis algo, ya sabéis donde encontrarme.

No sé ni cómo soy capaz de mantener la sonrisa, pero una vez que me doy la vuelta de regreso a mi despacho, el cuerpo entero me tiembla y todo gira a mi alrededor. Ha sido un subidón de adrenalina, un encontronazo de emociones que he sentido como una ráfaga de rayos eléctricos chocando contra mí. Al entrar en el ascensor, cuando nadie me ve, soy incapaz de frenar las lágrimas que caen por mis mejillas llevándose el miedo que he sentido estos días.





20

CUÉNTAME CÓMO FUE TODO

ANA

Ibiza. 13 de julio, 2024

He decidido echar el cierre de la tienda y darme unas vacaciones a pesar de que en Ibiza es temporada alta. A mis padres no les ha parecido buena idea, pero tampoco soy un pulpo con ocho brazos y, después de fallarle a Elena ayer, no quiero volver a romper mi promesa y dejarla sola en un momento tan importante como este. Tras irme a toda prisa, le envié un mensaje disculpándome y preguntándole cómo habían ido las cosas. Carolina me dejó varios audios comentándome que fue toda una sorpresa verla allí, que Victoria se quedó petrificada y que apenas pudo decir nada en cuanto la vio. En cambio, Elena no me contó mucho, así que le pedí que quedásemos hoy para desayunar y confesó que era el plan perfecto, que no quería estar mucho en el hotel por si se cruzaba *con quién yo ya sé.* Hoy es la cena de bienvenida que Jorge ha organizado, por lo que será otro buen momento de convertirme en hada madrina y lograr que mi pequeña luzca como una princesa.

Llevo varios minutos sentada en nuestra cafetería favorita, y aunque aún no ha llegado, ya he pedido nuestro desayuno de siempre. Desde la terraza de este precioso local junto al puerto puede escucharse el mar y el sonido de las gaviotas sobrevolando la isla; se percibe una calma que es capaz de tranquilizar al ser más nervioso del universo y te envuelve en una burbuja que te aparta de todos tus problemas. Elena no es la única que está enfrentándose a algo importante estos días. Yo también, aunque lo mío es mucho menos complicado.

Iñaki me envió un mensaje de audio a medianoche. Al parecer, necesita hablar conmigo de algo y espera que tengamos un rato para hacerlo hoy. He sido incapaz de responderle pero he reaccionado con un emoticón para que sepa que le he escuchado. Con el paso del tiempo me he convertido en un pequeño robot que es incapaz de expresar sus emociones por miedo al rechazo, pero ya va siendo hora de que haga algo al respecto si no quiero arrepentirme toda la vida.

Él y yo hemos tenido una historia de altos y bajos, de instantes que no se pueden

olvidar y otros que quisiera borrar. Siempre hemos tenido esa química que es capaz de empujarte a cometer locuras, que te prohíbe despegarte de la otra persona y te invita a ir más allá. Nunca me atreví con él a nada más porque la distancia entre Bilbao y Valencia era mucha, así que nos hemos pasado años tratándonos como dos buenos amigos que saben bien lo que sienten por el otro. Pero ahora, esa distancia ya no existe porque Jorge lo ha contratado en el gimnasio y la noticia ha conseguido que mis planes personales cambien por completo.

—Dime que has pedido ya el desayuno. —Elena, que aparece de la nada, corre la silla y se sienta frente a mí tras darme un beso en la mejilla—. Siento haberme retrasado, me han llamado de la floristería y no he podido subirme al coche.

—No te preocupes, estaba disfrutando del paisaje y pensando en mis cosas —confieso y le regalo una sonrisa para no preocuparla—. ¿Cómo van los preparativos? La última vez que nos vimos, con todo el lío de Victoria, ni siquiera te pregunté. ¿Ya te arrepientes de haberte ofrecido como organizadora?

—Ni lo menciones…. —Se ríe y yo lo hago con ella—. Pero me hace feliz poder hacer esto por Carol y mi hermano. Están muy emocionados y quiero que tengan un día especial.

—Estoy segura de que nos quedaremos con la boca abierta —afirmo antes de colocar una mano sobre la mesa y esperar a que ella la sujete. Por alguna razón necesito saber que está ahí, que las dos seguimos juntas a pesar de todo el tiempo que ha pasado y absorber un poquito de su energía positiva para afrontar una noche complicada—. Además, eres una romanticona y no dudo en que será espectacular.

—Lo único que me importa es que lo recuerden siempre. Con eso me conformo.

—Lo harán, ya verás. —El camarero nos interrumpe y nos sirve unas tostadas con tomate y jamón serrano acompañadas de un par de cafés con mucha espuma—. Ahora, cuéntame, ¿cómo fueron las cosas ayer? ¿Hiciste lo que te dije?

—Creo que no mucho —comenta y arruga la nariz. Puedo ver las dudas en sus ojos grises y cómo, poco a poco, se transforman en inseguridad—. Victoria apenas dijo nada y Carolina… puso los ojos como platos.

—Eso me dijo ayer. Me dejó varios mensajes de audio toda histérica —exagero—. Pero me alegra que, aunque no siguieses mis pautas, todo fuese bien. ¡Chócala! —Levanto una mano y lo hacemos—. Ahora solo tienes que ser tú misma y proteger ese corazoncito a toda costa. Sé que no es fácil, pero odiaría verte sufrir otra vez por ella.

—No voy a dejar que eso pase… —asegura mientras abre el sobre de azúcar y lo deja caer en el café—. No importa lo que pase, lo único que quiero es centrarme en disfrutar de estos días con mi hermano. Además, sería una tonta si no lo hiciera cuando todos estamos aquí, vete a saber tú cuando nos volveremos a juntar.

—Eso es verdad… —murmuro y busco mi teléfono para desbloquear la pantalla—. Iñaki me envió ayer un mensaje de audio, ¿sabes?

—¿Y qué te ha dicho?

—Espera, que te lo pongo. —Tras mover mis dedos sobre la pantalla, subo el volumen y me mantengo en silencio para que Elena lo escuche.

—*Ana, ¿crees que podríamos vernos mañana después de la cena? Tengo algo que hablar contigo y no he querido molestarte hasta ahora. Jorge me ha dicho que la tienda va bien, me alegro por eso. Bueno, ya me dices. Un beso.*

La voz de Iñaki se silencia y yo la miro con una ceja levantada.

—No le he contestado porque no sabía qué decirle.

—Está claro que le urge hablar contigo, así que tendrás que hacerlo —dice dándole un mordisco a la tostada—. Además… —Se cubre los labios con una mano—. Creo que ambos lo necesitáis. Hay muchas cosas inconclusas ahí y estaría bien que las aclaraseis.

—¿Y si me dice algo que no quiero escuchar?

—¿Como qué? —Suelta la tostada y se limpia la mano con una servilleta—. ¿Qué se ha echado una novia en Bilbao?

—¿¡No me dijiste que tu hermano te dijo que estaba soltero!? —grito dándome cuenta de cómo exagero.

—Es solo una forma de hablar. Te lo comento porque hemos estado mucho tiempo separados, cada uno viviendo sus vidas y no sería de extrañar. —Se encoge de hombros—. Además, ahora vivirá aquí…

—Lo sé…

—Bueno, tú no le des demasiadas vueltas y reúnete con él —me aconseja con esa sonrisa que es capaz de convencerte de todo lo que se proponga—. Lo necesitas y más te vale que me cuentes lo que te ha dicho cuando llegues a casa.

—Te lo prometo.

A pesar de la edad que tenemos, unimos nuestros meñiques y sellamos esa promesa de la que no podré escapar y, sin más, nos dedicamos a desayunar y disfrutar del paisaje que nos rodea. Al menos hasta que mi curiosidad se activa y le doy un último sorbo a mi café.

—¿Ya has pensado qué te pondrás para la cena de esta noche?

—Sí —susurra como si no quisiera que la escuchase—. Victoria me regaló un vestido hace unos cuantos años que aún guardo en el armario —recuerda con un toque de añoranza en la voz—. Es de tirantes, ajustado y con un bonito escote en V —cuenta mientras gesticula con las manos—. Creo que es perfecto teniendo en cuenta que Carolina me dijo que después de la cena iríamos a bailar.

—¿A bailar?

—Eso parece. —Se limpia con la servilleta—. La verdad es que me apetece muchísimo. Hace un siglo que no salgo a divertirme.

—Hace un siglo que no haces muchas cosas —le recuerdo y reímos—, pero es un buen plan y es el vestido perfecto. Victoria se quedará muerta.

—No va a ser la única que demuestre lo bien que le han venido estos años separadas, ¿no? —pregunta con cierta inseguridad en la voz—. Si haciendo esto puedo evitar que descubra que aún la quiero, mejor.

—Esperemos que Jorge y Carolina no se vayan de la lengua…

—Confío en mi hermano y sé que no dirá nada —asegura con total confianza, a veces parece que estemos en el instituto con estas cosas, pero también sé cómo se siente—. Él ha visto lo mal que lo he pasado y lo último que hará será decírselo. —«O quizá lo haga porque está preocupado y no quiere que la situación te afecte tanto», pienso mientras que le dedico una sonrisa a mi amiga—. No se meterá en esto, lo conozco bien.

—Esperemos que así sea —respondo y miro a nuestro alrededor—. ¿Te apetece dar un paseo o tienes que volver al hotel?

—He pedido que me sustituyan, así que estoy libre.

—Pues terminamos y nos vamos, es día de mercado y seguro que encontramos algo interesante que comprar —comento, y una vez que nos acabamos el desayuno y nos ponemos de pie, pienso en que me gustaría que Jorge siga los pasos de la alcahueta de su chica y le cuente a Victoria cómo se siente su hermana de verdad.

Aunque nunca se sabe si habrá una pequeña posibilidad de que ambas consigan arreglar lo que perdieron.





21

LAS SORPRESAS DE AMOR

VICTORIA

Ibiza. 13 de julio, 2024

He pasado toda la noche envuelta en una pesadilla que no tenía fin; Joana se presentaba en la boda y provocaba que Elena se sintiera la peor persona del universo solo por bailar conmigo. El sueño se componía de varias escenas, pero la última se me ha quedado grabada en el pecho, conmigo presente, teniendo que elegir qué camino seguir. No sé por qué mi mente se ha empeñado en organizar un espectáculo ficticio de estas características, pero imagino que es su forma de hacerme ver que estoy metida en una lucha entre mi pasado y mi presente. Llevo horas intentando quitarme el malestar que siento por los recuerdos que se removieron dentro de mí al ver a Elena y la incertidumbre que me provoca no tener noticias de Joana. He perdido la cuenta de los mensajes que le he enviado y las llamadas que me ha colgado, y ya no sé qué pensar de lo nuestro.

Van a dar las once y, aunque no tengo mucha hambre, he aceptado la invitación de Carol y Jorge de desayunar juntos. Antes de ir con ellos he aprovechado los minutos que faltan para recorrer Gardenias y visitar esos rincones que en el pasado fueron especiales para Elena y para mí. No he coincidido con ella, ni siquiera la he encontrado en su despacho. Supongo que no ha llegado o que estará ocupada con los preparativos de la boda. Confieso que me gustaría haberme topado con ella y tener un momento a solas para hablar, pero ya tendremos la oportunidad.

El hotel sigue tal cual como lo recordaba. Las paredes blancas del interior tienen esas imperfecciones del adorno de yeso que su padre quiso imitar de las casas griegas, y los toques de color crema y melocotón, se mezcla a la perfección con el verde intenso de las plantas de interior. El lugar se parece a esas casonas mediterráneas en las que pasar el domingo en familia, y ya quiero salir al jardín para descubrir si ha cambiado las mimosas.

El sol pega fuerte y noto cómo me arden las mejillas cuando estoy fuera. Tal como esperaba, la zona más bonita del hotel —y donde Carolina me dijo que se celebrará la boda — sigue siendo la misma que antaño, repleta de árboles que se mecen con la pequeña brisa

marítima y una hierba fresca sobre la que echarse a ver cómo viajan las nubes. Con un suspiro escapándose de entre mis labios y las manos en los bolsillos de mi pantalón camino hasta la terraza del restaurante del hotel. No me lleva más de unos minutos dar con Carolina y Jorge, sentados en una de las mesas. Están acaramelados, se miman y me recuerdan que a pesar de mi relación actual hace mucho tiempo que no noto esas mariposas que te hacen sonreír como una idiota.

—Siento el retraso, chicos, estaba dando un paseo —comento y los interrumpo, obligándolos a levantarse de sus sillas para saludarme. Primero lo hace ella, que me da un par de besos y un abrazo, y después es su chico el que me estrecha entre sus brazos como lo ha hecho toda la vida desde que nos conocemos—. Qué ganas tenía de verte. ¿Cómo te ha ido todo? Ya me han dicho que en el gimnasio todo va de lujo.

—No me puedo quejar. Ya ves, la loca de tu amiga me convenció para colocarme un anillo en la mano —dice enseñándola y, enseguida, recibe un manotazo de Carolina que provoca que rompa a reír a carcajadas—. Fuera de bromas, estoy muy bien. Pero no soy el único, ¿eh? Los años te han sentado de lujo.

—Tampoco es para tanto… —Los tres nos sentamos otra vez y observo las vistas al mar—. Solo hay que verme las ojeras que llevo escondidas bajo las gafas de sol —enfatizo mostrándole mis ojos—. Sigo siendo la misma zombi de hace años.

—Después de todo, que el tiempo no nos quite lo que nos identifica, ¿no? —dice Jorge entre bromas—. Aunque hemos cambiado bastante, es lo que hace el tiempo. Ya no somos unos críos.

—Eso lo dirás por nosotros, porque Pablo sigue siendo el mismo de siempre —le recuerda Carolina levantando una ceja.

—Pablo es un caso aparte.

—La que ha cambiado mucho es tu hermana —reconozco y llamo la atención de Jorge —. Ayer no esperaba verla y me dejó sin habla. Estaba esperando a darme la bienvenida, como a los demás.

—¿Qué? —pregunta confuso—. ¿Vas en serio? —Afirmo un par de veces acomodándome mejor en la silla—. Vaya, hasta a mí me ha sorprendido saberlo.

—Yo no sé qué se tomó para desayunar ese día, pero te juro que no era tu hermana —asegura Carolina—. Estaba… guapísima y…

—¿Atractiva? ¿Segura de sí misma? ¿Encantadora? —cuestiono llamando la atención de los dos—. ¡No me miréis así! La conozco de toda la vida, he estado casada con ella y nunca la había visto tan… —intento explicar—. En fin, que me sorprendió.

—Tanto como para taparme la boca y evitar que le diga la verdad sobre tu chica.

—¿De qué habláis? —Jorge nos mira sin entender nada.

—No le había dicho nada a Joana sobre mi divorcio con tu hermana, y le pedí que no viniese a Ibiza. No me dio tiempo a contarle que quería evitarle a Elena una situación difícil. —Suelto un suspiro—. Ha pasado una semana y no me coge el teléfono, así que podría decirse que estoy casi soltera.

—Pero vamos, que ese día tu hermana no era —repite Carol echándose a reír.

—Quizá fue porque eras tú —asegura su chico—. Hace unos días estaba jodida, la verdad… —Se pasa una mano por el pelo y hace una mueca con los labios—. Le ha sido muy difícil seguir adelante, ha ido a terapia y, si te soy sincero, no creo que le haya servido de mucho. —Yo tampoco lo he pasado bien, pero saber esto provoca que mis ánimos se derrumben y que los colores que me rodean se oscurezcan hasta convertirse en un gris

apagado que me deja helada—. No sé qué se le habrá pasado por la cabeza, solo tengo claro que esto es complicado para ella. Aún te quiere y me tiene preocupado desde que esta señorita —señala a su futura mujer— me dijo que te había pedido ser su dama de honor.

—Tendrías que haberte callado —susurra Carolina delante de mis narices, golpeando el pecho de su prometido—. Pero bueno, ya está hecho y no te preocupes que a Elena le va a ir bien.

—¿Seguro que todavía siente algo por mí?

—Más bien está enamorada, te lo dice el que ha tenido que aguantar sus lágrimas —responde él con franqueza aplastante—. Mira. Ya sabes que no me entrometo en la vida de nadie, pero ella es mi hermana, lo es todo para mí y… —Mueve la cabeza negando—. Sé que tenéis vuestras vidas y vuestros problemas, que os divorciasteis, pero…

—La verdad es que le pedí el divorcio porque tenía claro que no le hacía feliz —confieso después de tanto tiempo y lo miro a los ojos—. Yo era becaria, apenas tenía un momento de respirar, me mangoneaban, se aprovechaban de mí y no podía decir que no porque de eso dependía conseguir o no mis sueños —explico en un intento porque comprenda cómo pasaron las cosas—. Yo abandoné a tu hermana. Pasé por alto muchas cosas de las que ahora me arrepiento y creí que lo mejor para ella era marcharme y dejar que rehiciese su vida.

—¿Rehacer su vida? —Su hermano se echa a reír—. ¿No te ha contado Carolina que ni siquiera ha osado tener una cita con nadie? —pregunta con curiosidad—. Y mira que lo he intentado, pero no ha servido de nada.

—Elena está enamorada de ti, Vicky, aunque te haga creer que no y que le importas un pito —dice ella como si nada antes de robarle un sorbo de zumo a Jorge.

—Pero ahora tengo novia y… —Llevo la mirada hacia el cielo y suelto una risilla—. Sabía que no tendría que haber venido.

—Ya no hay remedio, solo te pido una cosa… —Jorge se remueve y apoya en la mesa—. Ya sabes cómo es mi hermana, no quiero que lo pase mal, así que si no sientes nada por ella y crees que lo vuestro está en el pasado, no des pie a que crea lo contrario. Si vuelves a dejarla no lo superará y lo último que quiero es que se le rompa de nuevo el corazón.

—Jorge, ¿es que no la has escuchado? Que tiene pareja, ¿crees que sería tan tonta de estar saliendo con ella si sintiera algo por Elena? —reflexiona Carolina y suelta una carcajada—. No hagas dramas, que no es para tanto. —Se ríe de nuevo—. Tú ni caso, se ha vuelto muy protector con los años.

—Él tiene razón, no puedo hacerle daño otra vez —comento sin revelar lo que siento de verdad—, te prometo que no haré nada que la dañe.

—Gracias…

—¡Bueno! —exclama Carolina y rompe la tensión que se ha generado de un momento a otro—. ¿Qué te parece si dejamos que Jorge se reúna con Iñaki y Pablo, y nos vamos a la playa juntas?

—Creía que íbamos a desayunar los tres.

—No puedo permitir que Iñaki vaya vestido de surfero a mi boda y que Pablo se presente con una camiseta de Spiderman —dice su chico levantándose de la silla para darme un beso en la mejilla y besar a Carolina en los labios—. Pasadlo bien, chicas. Nos vemos a la noche.

—Lo haremos…

Una vez que él desaparece, me doy cuenta de que esta cita casual era la excusa perfecta

que necesitaba para asegurarse de que Elena iba a estar bien. Y aunque yo he sido incapaz de confesarle que también sigo sintiendo cosas por su hermana, saber que ella lo hace por mí se ha convertido en un pequeño rayo de esperanza. Quizá mis miedos eran absurdos y solo necesitemos algo para que todo arda de nuevo en nuestro corazón, aunque sea egoísta y malévolo no pensar en Joana y lo que se supone que tenemos.





22

DECIDIR CON EL CORAZÓN

VICTORIA

Ibiza. 13 de julio, 2024

El sol se cuela por las persianas y dibuja rayas doradas sobre las suaves sábanas que cubren la cama. Llevo varios minutos frente al espejo y el reflejo de mis ojos cansados me mira de vuelta. En él, en vez de a una mujer emocionada y feliz por lo que ahora vive, observo a una persona que intenta mantener la compostura en mitad del caos. Lo que Jorge me dijo durante el desayuno resuena en mí desde entonces. «Elena está enamorada de ti», una frase simple y fuerte a la vez, ha desatado una tormenta de emociones que amenaza con arrastrarme hacia un camino que, en este momento, ni siquiera sé dónde puede terminar.

Mis manos no dejan de temblar de manera ligera mientras sostengo el delineador e intento trazar una línea sobre mis párpados. Y todo es culpa de ella. No he dejado de preguntarme cómo es posible que después de tanto tiempo, de lo que le hice, de cómo nos divorciamos, continúe sintiendo algo fuerte por mí. Durante este tiempo, Carolina nunca me ha mencionado nada y después de la discusión que tuve con Joana estoy hecha un lío. Primero porque no sé si mi relación con ella está bien, y segundo porque mis emociones por mi exmujer me picotean por dentro.

Cuando pienso en ella se desencadena una montaña de recuerdos y sentimientos que creí sepultados bajo capas y capas de trabajo. Pero ahora que estoy aquí, que he vuelto al lugar donde todo empezó y donde cualquier cosa parece posible, mi corazón late con fuerza advirtiéndome de que no importa lo que haga o piense porque sabe muy bien qué es lo que quiero.

El rímel se desliza por mis pestañas con suavidad mientras intento responder todas y cada una de las preguntas que tengo en la cabeza. El vestido azul que he elegido cuelga en la percha y lo observo a través del espejo como si fuese la clave para desentrañar el enigma que me consume por dentro. No dejo de preguntarme qué debería hacer: ¿Seguir mi corazón o escuchar mi razón?

Me levanto del tocador con la certeza de que no encontraré mis respuestas entre las arrugas de la tela. Respiro profundamente, termino de arreglarme y salgo del dormitorio rumbo al restaurante de Gardenias. Carolina me dijo que Elena había organizado una velada preciosa y ya siento curiosidad por saber si todos estarán allí o seré la primera en llegar. Sé que cenaremos juntos, que luego iremos de fiesta y que pasaremos una de nuestras grandes noches de antaño. Hace siglos que no salgo a beber, a bailar y divertirme, por lo que me apetece tanto como volver a encontrarme con la mujer que una vez me lo robó la razón.

El murmullo de las voces y las risas que proceden del restaurante provoca que me paralice y quede un momento a solas. Inspiro e intento calmar los latidos de mi corazón; y una vez que suelto la tensión de mis nervios, salgo a la luz y miro a mi alrededor buscando un rostro conocido que me dé alguna señal de cuál es el camino que debo seguir. Por el contrario, lo único que encuentro son sonrisas y conversaciones que no me interesan, al menos hasta que unos ojos grises chocan con los míos y una chispa de complicidad brilla en ellos. Algo insignificante pero que consigue encender una hoguera que arde dentro de mí cuando descubro en la sonrisa de Elena las respuestas a todas mis preguntas.

Una sonrisa que pinta un camino que, ahora mismo, me lleva en la dirección que quiero tomar… «Esos labios de color melocotón».





23

GRACIAS POR ESTAR AQUÍ

JORGE

Ibiza. 13 de julio, 2024

Los días han pasado tan rápido que aún no me puedo creer que Carolina y yo estemos a un mes de casarnos. Que nuestra relación haya durado tanto tiempo cómo para asegurarnos un futuro juntos es casi un sueño y esta noche no he podido dejar de sonreír. Recuerdo cuando la conocí como si fuera ayer mismo, cómo se echó a reír al pedirle que saliese conmigo y lo estúpido que me sentí al aspirar a ser el novio de la amiga más guapa de mi hermana. No rendirse fue la clave, otra ir al gimnasio y ponerme cachas, por muy superficial que suene. Aunque ella reconozca que aquella tarde en la playa, cuando yo tenía diez años, provocó que se enamorase de mí.

La terraza más bonita del hotel ha cambiado por completo para acoger una cena demasiado especial. No sé cómo lo ha hecho Elena, pero tengo que agradecerle que cada instante sea único e inolvidable. Sabía que aceptarla como organizadora de nuestra boda fue la mejor idea, pero ahora no dudo en que podría dedicarse a esto si quisiera.

La mesa en la que estamos sentados, está ubicada de tal forma que, a mi espalda, el mar Mediterráneo se hunde en la profunda oscuridad. Se pueden ver algunas luces procedentes de los yates que ondean en las aguas más cercanas de la playa, que disfrutan de la noche estrellada y la brisa fresca que se ha levantado a media tarde. Algunos platos de canapés ya han sido devorados, mientras que otros, con marisco y vegetales, están completos. Los chicos hablan sin parar, no dejan de reír y, por mi parte, no puedo estar más feliz.

A pesar de lo abrumado que me siento, he reparado en lo mucho que nos ha cambiado el tiempo a todas las personas que estamos hoy aquí. Pablo sigue llevando el mismo corte de pelo de cuando era un crío, pero ahora luce una barba espesa que dudaba que tendría en el futuro. Iñaki está mucho más fuerte físicamente, se ha vuelto un chico *fitness* y tiene un tatuaje en el hombro; sin embargo, sigue mirando a Ana como un tonto y me pregunto en qué momento se lanzará a decirle lo que siente. Su Julieta, Ana, intenta por todos los medios encontrarse con su mirada. Carol ríe, disfruta y sus ojos brillan como lo hacen las estrellas

que se han encargado de vestir de lentejuelas el cielo, mientras que Victoria y mi hermana, a pesar de estar sentadas adrede la una junto a la otra, se mantienen separadas por un muro que no se han atrevido a romper.

Una de las cosas que pretendía cuando le confesé lo que siente mi hermana por ella era que se diese cuenta de cómo está el patio. Puede que hayan estado separadas durante cinco años, pero el amor que se fragua en verano crece con el tiempo y se transforma en algo fuerte por muchas marejadas y tormentas que lo azoten. No he dejado de mirarlas y me he dado cuenta de que están jugando a algo que solo puede tener un final, pues Victoria se ha calzado unos pantalones de cuero ajustados y ese escote que lleva dice mucho más que el vestido de color caramelo que se ha puesto Elena esta noche. Las dos se han sorprendido, se han gustado y se han dedicado una mirada cómplice al verse; y ahora, aunque no lo perciban, la tensión entre ellas se puede cortar con un cuchillo.

Mis pensamientos quedan a un lado cuando decido sujetar mi copa de vino y arrastrar la silla para levantarme. Todos saben lo que voy a hacer y se mandan callar unos a otros.

—A ver qué vas a decir, futuro esposo. —Pablo, que no se caya ni debajo del agua, provoca que me ría y ponga los ojos en blanco.

—¿Qué le pasa al marisco, no está bueno? —bromeo sacándole una sonrisa a mi hermana que, sin quererlo, cruza su mirada con Victoria y después pone su atención en mí —. Espero que os comáis todo lo que hay en la mesa, porque si no, os juro que no os invito al banquete.

—¡Pero de qué vas! —exclama Carolina dándome con la servilleta en un muslo.

—Fuera de bromas, hoy es un día muy especial para nosotros. Dentro de un mes habremos hecho oficial que somos marido y mujer, y no podíamos cumplir este sueño sin teneros cerca.

—¡Venga ya! Lo harías igual —exclama Pablo y provoca que todos nos riamos.

—Quiero daros las gracias por estar aquí, por acompañarnos estas últimas semanas y ayudarnos a que los nervios se difuminen un poco —digo dedicándole un guiño a mi hermana—. Y también deciros que llegan días intensos, os quiero listos porque no os pienso dejar descansar.

—Tampoco te pases que algunos tenemos que trabajar —responde mi hermana con la intensa mirada de Victoria puesta en ella—. Además, no te puedes quejar, que la boda no se organiza sola.

—Tú te salvas solo por eso —asiento.

—Si quieres te puedo echar una mano… —Escucho decir a Victoria.

—Bueno, sigue, que si no, no brindamos nunca —insiste Ana cortando la posible respuesta de mi hermana.

—Lo dicho. Sin todos vosotros esta boda no sería la misma y estoy muy feliz por regresar al pasado y a esos días en los que no nos faltaba la risa —recuerdo y levanto mi copa—. Por la amistad, el tiempo y lo que se mantiene presente en nuestros corazones.

Todos chocan sus copas entre sí; Victoria lo hace con la de mi hermana, Ana también, Carol e Iñaki unen las suyas y Pablo, como suele ser típico en él, se pone de pie y recorre la mesa hasta llegar a mí. Los dos nos abrazamos antes de beber y, una vez que saboreo el vino, me doy cuenta de que aún quedan muchas cosas por escribir y mucho por vivir.





24

COPAS DE ALCOHOL Y REVOLUCIÓN

ELENA

Ibiza. 14 de julio, 2024

Supe que esta noche iba a ser difícil en el momento en que Victoria y yo nos vimos a su llegada al restaurante. Me sentía tan nerviosa que me preocupé por llegar antes que el resto del grupo y al verla parada entre las mesas, donde varias personas ya se encontraban cenando, una oleada de calor sofocante provocó que mis nervios se transformasen en una corriente que atravesó mi espalda y me puso el vello de punta. Ana me aconsejó que me cuidase y protegiera, que colocase mi corazón en una cajita a la que Victoria no pudiese entrar, pero… ¿cómo se puede hacer eso frente a la persona que amas?

Ya han pasado unas horas desde que terminó la cena y todos dejamos Gardenias para disfrutar de la Ibiza más nocturna y apasionante. A estas horas la música y las luces de neón lo envuelven todo, y las calles son un ir y venir de personas dispuestas a pasárselo bien. En el interior de la discoteca en la que estamos, el ritmo eléctrico de la canción que está pinchando el DJ se estrella en las paredes del local y también contra mi pecho, aunque a lo único que le presto atención es a los movimientos de mi cuerpo. Siempre me ha gustado bailar porque me hace sentir libre y una parte de mí lo agradece, ya que no lucha contra la que desea liberarse de sus propias cadenas.

He perdido la cuenta de las copas que me he tomado y el alcohol ya empieza a hacer de las suyas. Nunca, en mis treinta y cuatro años me he emborrachado lo suficiente como para perder el norte y hoy no va a ser la primera vez; mi hermano se lo está pasando en grande, también Carol, Ana, Pablo e Iñaki. Hacía siglos que no nos reuníamos y es increíble que nada haya cambiado a pesar de lo ocurrido. Victoria también está con ellos, en mitad de la pista de baile, irradiando esa energía que me resulta imposible de ignorar y que me recuerda a aquellas noches a oscuras en la azotea del hotel. Era nuestro rincón, el lugar donde besarnos, comernos, descubrirnos, amarnos; soñábamos bajo las estrellas y nos despertábamos juntas con la sensación de felicidad corriendo por nuestras venas.

De un momento a otro, nuestras espaldas chocan y la música nos invita a movernos

como dos serpientes deslizándose entre ellas. Noto una de sus manos rozar mi muslo y cómo su perfume a frutas despierta mis sentidos. He tenido suerte de que Ana no se haya dado cuenta de que hemos compartido algunas caricias bajo la mesa. Soy una tonta por emocionarme con algo tan simple. Debería estar molesta porque tenga pareja y se atreva a esto, pero me he pasado cinco años esperando cualquier momento juntas y lo único que quiero es disfrutar.

—Esta discoteca es increíble —me grita al oído una vez que nos giramos y nos miramos cara a cara. Iñaki se ha llevado a Ana a buscar algo de beber y los demás están tan a lo suyo que no prestan atención a lo que pasa entre nosotras. Victoria y yo bailamos juntas y dejamos que nuestros cuerpos sigan el ritmo. Es la primera vez en mucho tiempo que respiramos la una tan cerca de la otra y el calor me fatiga—. Me encanta.

—En Ibiza todas son así —respondo una vez que me animo, pierdo la vergüenza y me sujeto a su cintura. La tensión entre nosotras es palpable; una corriente eléctrica provoca que se me erice la piel cuando el espacio se reduce un poco más y Victoria me mira con esos ojos azules cargados de deseo, curiosidad y pasión reprimida.

—¿Quieres que nos marchemos de aquí? —Me sugiere y niego en un intento por mantenerme fría y distante. Me cuesta porque es como si estuviera nadando contra la corriente, luchando frente a un vendaval que amenaza con arrastrarme hacia la perdición. No entiendo cómo he podido caer tan pronto—. ¿Segura?

Vuelvo a negar. Cada mirada, cada roce de sus manos y la mezcla del alcohol avivan las llamas de un deseo que creía haber enterrado bajo capas y capas de autodestrucción. Y al final, cedo. La música alcanza su punto álgido cuando ella sujeta mi mano y me arrastra hacia otra parte de la discoteca, una más recogida y escondida, un rincón donde ocultarnos y que nadie pueda vernos. Un frenesí de ritmos parece sincronizarse con los latidos de mi corazón, y entonces, en un instante de pura impulsividad, nuestras miradas se encuentran y sé que no puedo contenerme más. Me acerco a ella atrapada en el vértigo del alcohol y del momento, y sus labios se estampan contra los míos en un beso desesperado y tan ardiente que amenaza con consumirnos a las dos.

El mundo desaparece a nuestro alrededor cuando una de sus manos se arrastra por mi trasero agarrándolo fuerte, fundiéndome en una neblina de pasión de la que soy incapaz de escapar. Somos solo ella y yo, dos almas perdidas buscando de manera desesperada una salida. Mis manos se mueven buscándola, tocándola. Nos besamos con una ferocidad que me asusta y emociona a partes iguales, que despierta sensaciones que creía dormidas, recuerdos pasados, instantes vividos. Mi cuerpo reacciona como si no hubiese estado apartado del suyo en años y cuando siento que caigo rendida a sus pies, me separo con brusquedad siendo consciente de lo que estamos haciendo.

—Esto no está bien… —niego con mis labios húmedos e hinchados y coloco mis manos sobre su pecho. Ella me mira a los ojos, acaricia mi mejilla con una de las manos y doy un paso hacia atrás escapando de mis propios deseos—. Tienes pareja, Victoria. No podemos hacer esto.

—Respecto a eso…

La música continúa sonando, la gente baila y me aprovecho de ello para salir corriendo y huir sin terminar de escucharla. Sé que podría quedarme en ese rincón toda la noche e ir mucho más allá… Mi corazón la quiere, no puedo retenerlo; pero esto es mucho más serio, complejo y peligroso de lo que parece, y no sé si soy lo bastante fuerte como para enfrentarlo. No tengo idea de si me sigue o me ha perdido de vista, pero una vez que estoy

en el exterior del local y el fresco de la noche roza mis mejillas, sonrío y vuelvo a respirar. Porque al final, después de lo que acaba de pasar, me he dado cuenta de que nuestra historia no ha terminado del todo.





25

LA REINA DE LA PISTA

VICTORIA

Ibiza. 14 de julio, 2024

Un beso. Eso era lo único que necesitaba para que mi mente se despejase y encontrase las respuestas que buscaba. A mi alrededor las luces de neón han convertido mi realidad en un paraíso psicodélico que da forma y color a mi mundo actual, uno repleto de emociones y sensaciones que revolucionan mi interior. Mi encuentro con Elena ha durado unos minutos pero han sido más que suficientes para darme cuenta de que no es a Joana a quien quiero conmigo en este precioso momento, si no a ella, a la mujer que dejé atrás por una ambición que durante años se transformó en mi meta, y que ahora no es más que una rutina laboral diaria que ha perdido su magia.

Desde nuestro beso hemos cruzado alguna que otra mirada, pero ella ha mantenido una raya que si por mí fuera, rompería y haría trizas esta misma noche. Ni siquiera sé por qué había dudado de lo que Jorge y Carolina me dijeron a primera hora de la mañana, cuando yo misma sentí esa electricidad corriendo por mi piel al verla aparecer en la recepción del hotel hace un par de días. Supongo que todos necesitamos que nos abran los ojos para saber qué camino escoger.

Envuelta en el hechizo que Elena ha echado sombre mí hace ya más de media hora, he encontrado un lugar a salvo junto a la barra que hay en lo alto del local. Desde aquí puedo recuperar un poco el aire, pensar mejor cómo voy a hacer las cosas a partir de ahora y mirarla sin que todo el mundo se dé cuenta de que me ha vuelto loca. Los chicos no se han percatado de nuestro acercamiento durante la cena, ni de nuestra repentina ausencia, por lo que todo está tranquilo. Fue una gran elección contarle a Joana la verdad, pedirle que no viniese porque, de lo contrario, estaría metida en un lío más grande.

Centrándome en ella unos segundos, busco mi teléfono y empiezo a escribirle un mensaje pidiéndole perdón por haberla utilizado, por haber ocupado el hueco que dejó Elena con su compañía y permitir que lo nuestro siguiese adelante aun sabiendo que no la amaba como debía. Lo único que ahora quiero es que hablemos, aclarar las cosas, marcar el

punto final a seis meses en los que he disfrutado y también escapado del caparazón en el que estaba metida. Mis ojos se desvían de la pantalla cuando la música se mezcla con los latidos fuertes de mi corazón; Elena, con ese vestido que le regalé hace unos años, se ha encargado de que no pueda dejar de mirarla y me sienta tonta por no haber luchado por ella. Necesito que hablemos, contarle lo que pasó con Joana, que sepa que mi relación terminó cuando le confesé que aún la quería a ella.

Liberando un suspiro y dándole la espalda al mundo, escribo hasta que termino y envío ese mensaje con la esperanza de poder hablar de todo lo que ha pasado como dos adultas. Sé que lo haremos, pero mi problema ahora está en si estoy segura de querer esperar a hacerlo para dar paso a lo que sea que el destino quiera para Elena y para mí.

—¿Escondiéndote de mí? —Su voz se eleva por encima de la música y, al girarme a mi derecha, mis ojos se encuentran con los suyos a la vez que guardo el teléfono con rapidez—. Puedes seguir con lo hacías, no importa —señala y llama la atención del camarero con una mano. Tiene el pintalabios algo corrido y eso provoca que saboree los míos—. Hablabas con tu chica, ¿verdad? —pregunta con curiosidad acercándose a mi oído, permitiéndome que vuelva a disfrutar de su perfume a rosas y sea incapaz de responderle—. Perdón por lo que pasó antes. No debería de haberme lanzado así.

El pelo dorado de Elena reluce de color rosa a causa de las luces y sus ojos brillan por el alcohol que nos empujó a besarnos y que la ha traído de vuelta a mí.

—Joana y yo nos peleamos —me atrevo a decirle sin pensarlo demasiado—. ¿Quieres que vayamos a hablar a otra parte? Te prometo que no haré nada, me voy a quedar afónica si sigo gritándote así —explico y ella afirma con un gesto.

Sin saber dónde vamos, me guío por sus pasos; quiero evitar recorrer su cuerpo con la mirada, navegar por cada una de sus curvas, observar el contoneo de su cadera y el movimiento de su trasero. El alcohol provoca que no pueda controlar mis impulsos y odio sentirme como una perra en celo. En el exterior, el aire fresco despeja mis sentidos y apenas aguanto el suspiro que se me escapa, tampoco la sonrisa y la necesidad de acercarme a Elena y sentir que volvemos a estar juntas a pesar de los muros que nos separan.

—Estoy alucinando en este momento —confieso y ella me mira sin saber por qué—. Cuando recibí la tarjeta de invitación estuve a un tris de no venir, ¿sabes?

—¿De verdad?

—No me malinterpretes. Yo quería, pero no deseaba hacerte pasar un mal rato y… —Me abrazo a mí misma buscando algo que me dé seguridad—. Sé que cuando nos divorciamos te hice daño, fui una tonta por tomar la decisión yo sola, lo único que se me ocurrió era que vivieses esta boda con una sonrisa en los labios.

—Ya veo… —Se ríe y sujeta uno de sus mechones tras la oreja—. Ni siquiera pensé que pudieras venir, parte de mí creyó en la idea de que Carolina no te invitaría y estaba segura hasta que me lo dijo.

—Imagino que no te sentó bien.

—Para serte sincera, sentí miedo. —Me mira un par de segundos y después suspira—. Estos años sin ti no han sido fáciles. Tuve que acostumbrarme a estar enamorada de ti y no tenerte a mi lado, así que necesité de bastante ayuda para seguir adelante con mi vida.

—Y lo has hecho bastante bien. El hotel está increíble.

—Créeme cuando te digo que Gardenias fue mi mejor terapia —confiesa—. Aunque todo fue bastante caótico al comienzo.

—¿Qué trabajo no lo es?

El silencio nos envuelve y cuando me doy cuenta de la dirección que están tomando nuestros pasos, los recuerdos llegan a mí a la velocidad de la luz y provocan que viaje en el tiempo, a una de esas tantas noches que pasamos juntas antes de casarnos y firmar un «para siempre» que yo misma convertí en polvo al separarnos.

—¿Por qué os habéis peleado tu chica y tú? —pregunta con la duda bañando sus bonitos ojos grises.

—¿De verdad lo quieres saber? —Elena duda en la respuesta y yo me encojo de hombros—. La utilicé. Los últimos seis meses dejé que ella ocupase el hueco que tú habías dejado. Nunca le dije que había estado casada, que tú existías o que aún estaba enamorada, solo dejé que pasara y me acostumbré a su compañía.

—Eso es…

—Uno de mis mayores errores —respondo con franqueza—. Pero ya sabes cómo soy… tomo decisiones sin pensar demasiado en las consecuencias.

Elena se sumerge en un silencio tan profundo que me preocupa haber dicho algo que le haya hecho daño. Me noto tensa y, por primera vez en la noche, soy incapaz de formular alguna frase que mejore la situación. La inseguridad ataca, tanto que me muerdo los labios y me paso las manos por mi pelo un par de veces. No debería haberle dicho nada, tenía que haber cerrado la boca e inventarme una respuesta que fuese lo bastante creíble para dejar el tema.

—¿Ella te importa? —pregunta de repente, enfrentándose a mí.

—¡Claro que sí! —exclamo sin pensarlo mucho—. Es una buena persona, es… fantástica.

—Entonces, ¿por qué le hiciste daño? —añade cruzándose de brazos—. La Victoria que yo conocía no hace esas cosas, no usa a la gente para sentirse mejor —explica con el gesto molesto y algo confundido—. ¿Lo que ha pasado en la discoteca ha sido por eso mismo o también me estás usando?

—No, no ha sido por eso —niego al descubrir qué se esconde en su cabeza—. Tú me importas, por eso mismo no frené nuestro beso. Todos estos años no he dejado de pensar en ti.

—¿Y por qué no has venido? ¿Por qué has esperado hasta este momento para decírmelo?

—Porque tenía miedo de cagarla aún más —me limito a responder—. Aunque parezca una gilipollez, decidí divorciarme de ti porque no deseaba que todo lo que nos unía desapareciera bajo el rencor y el odio.

—¿No hubiese sido más fácil luchar? —Elena se cabrea y, de repente, se le marca esa venilla sobre la ceja—. ¿¡No hubiese sido más fácil quedarte!? —me grita—. ¿¡Tú sabes lo difícil que ha sido esto!?

No tengo respuesta que pueda mejorar la situación y los nervios que siento hacen que mi alrededor tiemble. Por un momento creo que me voy a quedar sin aire y, de pronto, en mitad del caos que se ha desatado, hago lo que el corazón me pide. Sujeto su cara con mis manos y la beso consciente de lo que esto significa, y también de que es junto a ella donde quiero estar y donde debí permanecer cada día de mi vida.





26

TOCADA Y HUNDIDA

VICTORIA

Ibiza. 14 de julio, 2024

Me ha costado más de quince minutos convencerme de que me tengo que separar de Elena y dejarla volver a su casa. Los zapatos cuelgan de una de mis manos y he decidido disfrutar de unos minutos más esta noche mágica. A esta hora, las estrellas brillan en lo alto y el mar se ha fundido con la oscuridad para vestirse con un traje plateado que tintinea gracias a los rayos de la luna. Notar la caricia del agua rozando mis pies me relaja y despeja todos mis sentidos, todavía aturdidos por la bebida y el efecto de un hechizo que ha conseguido que regrese a la vida como un fénix envuelto en llamas. Debo admitir que estoy tan sorprendida como feliz en este momento, que aún tiemblo, que las mejillas me duelen de sonreír y que en mi estómago revolotean un centenar de abejillas que picotean y provocan que todo lo que ha pasado sea mucho más real y auténtico. No quiero irme a dormir porque tengo miedo de que, al despertar, la magia haya desaparecido y me niego a dejarla escapar.

Cuando salí de mi dormitorio esta tarde no esperaba nada de esto, estaba hecha una madeja nervios, tenía un sinfín de preguntas rondándome la cabeza y lo único que deseaba era buscar respuestas a todas ellas. Quería saber si era verdad lo que Jorge y Carolina me habían contado, y una vez que Elena y yo nos miramos, los sentimientos hablaron por sí solos y mi necesidad de besarla burbujeó en mi pecho hasta que se desbordó por culpa del alcohol.

Si me preguntasen en este momento qué es lo que más deseo, diría que dar marcha atrás en el tiempo y no haberme divorciado. Quiero pensar que las cosas pasan por alguna razón, que el destino quería darme un escarmiento y mostrarme todo lo que había perdido por centrarme en mi trabajo; que esta es su manera de decirme: «Victoria, esto es lo que siempre has necesitado. No busques más», pero cuando tomas una decisión ya no se puede rectificar, y lo único que nos queda es aceptar lo que se nos presenta para recuperar un poquito de felicidad. Al recibir la tarjeta de invitación de la boda, el peso del pasado cayó sobre mis hombros como losas de hormigón. Mi primera reacción fue la de fingir que no me

había llegado, que se había perdido como pasa muchas veces con el correo; de hecho, escondí el sobre entre mis papeles del trabajo y continué adelante con mi día a día sin más.

Ese impulso repentino propiciado por mis miedos, quedó en nada cuando pensé en Carolina y supe que no podía hacerle eso. Después de mi confirmación todo pasó tan rápido que tengo la sensación de haber estado metida en una atracción de feria frenética, porque jamás pensé que tendría la oportunidad de rescatar mi matrimonio con Elena. O eso es lo que creo. Ahora ya no me pregunto por los sentimientos que tiene hacia mí, pero sí en si las dos queremos intentarlo, si tenemos el tiempo para que funcione, si estamos dispuestas a dejar atrás los miedos y el pasado y así, darle la bienvenida a un futuro que no sabemos cómo será. Yo fui la mayor culpable de que nuestra primera vez fuese un fracaso, pero ahora las cosas son muy diferentes: soy jefa, puedo elegir dejar mi puesto y volver a ella; buscar otras maneras de conseguir que esta relación se convierta en algo duradero.

Con la brisa fresca rozando mis mejillas, me relajo y pongo atención a mi corazón. Me había olvidado por completo de lo nerviosa, tensa e impulsiva que me pongo cuando la tengo cerca de mí. De haber estado a solas, sé que los besos habrían dado paso a muchas más cosas y la verdad es que me encantaría haber podido disfrutar de ellas. He echado tanto de menos a Elena que cada célula de mi cuerpo reaccionó a sus caricias, a su calor, a su aroma; creo que a estas alturas sigo caliente y me siento como aquella adolescente que soñaba con ella y la evitaba a la mañana siguiente.

A pocos metros de llegar al hotel, llevo la mirada a lo que me rodea dándole vueltas a las cosas que no han pasado entre nosotras. Las dos queríamos vivir juntas toda la vida, explorar el futuro que teníamos por delante, experimentar la maternidad, adoptar un perrito, dejar los años pasar y ver cómo nuestra piel se arrugaba. Tenía la oportunidad entre mis manos y cometí la tontería de anteponer mis sueños a ella, y siempre me voy a arrepentir de haberla hecho sufrir de esa manera. Daría cualquier cosa por hacerla feliz, por traer de vuelta los fuegos artificiales, las risas, los sueños en conjunto, las sorpresas, los regalos…

Dispuesta a alargar este paseo un poco más y prohibirme a mí misma el ir a buscarla, me siento en la orilla y sujeto las piernas contra mi pecho. No puedo evitar preguntarme qué estará haciendo en este instante, si habrá conseguido llegar a su dormitorio y si estará sonriendo tal como lo estoy haciendo yo ahora. Saber lo que pasará a lo largo de estas semanas es imposible, pero de lo que sí estoy segura es que quiero a Elena y haré todo lo posible porque las cosas funcionen. Empezando por hablar con Joana, disculparme con ella y terminar una relación que no debía haber comenzado.





27

EL SUEÑO AL AMANECER

ELENA

Ibiza. 14 de julio, 2024

Hace horas que el sol ha roto la noche en mil pedazos dando la bienvenida a un domingo pintado de resaca y malestar de estómago. Nunca me ha sentado bien el alcohol, pero en mi defensa diré que o bebía o me iba a ser imposible ser la misma Elena de siempre. Cuando Victoria se presentó en el restaurante supe que todo lo que me había aconsejado Ana a lo largo de estos días no iba a servirme de nada y, en efecto, así fue. Han pasado horas desde que nos besamos y aún percibo el roce de sus labios sobre los míos. Me ha costado dormir y, al conseguirlo, me he sumergido en un sueño tan real que parecía de verdad.

En el dormitorio de nuestra casa en Valencia, nos mirábamos a través de la oscuridad de la madrugada, rodeadas de las luces que provenían de la calle y que danzaban sobre las paredes creando sombras que parecían susurrar nuestro pasado compartido. Ella estaba frente a mí con ese brillo en los ojos que siempre me cautivó. Su pelo caía en cascada sobre su cuello desnudo y su sonrisa me llevó en un viaje a través de todas las noches que habíamos compartido juntas. Odié verme a mí misma tan débil ante sus encantos, pero no puedo mentirme y obviar que su cercanía es lo que más eché de menos en estos años y que esos besos rompieron mis intenciones de impedir que mis emociones aflorasen por su culpa.

De un momento a otro, me acerqué a ella incapaz de resistir la atracción magnética que siempre existió entre nosotras. Nuestros cuerpos se encontraron en el centro de la habitación, separados solo por la electricidad que zumbaba en el aire cargado de deseo. Victoria se adelantó a mí y sujetó mi cara entre sus manos con ternura, permitiendo que sus pulgares trazaran líneas invisibles sobre mi piel. El calor de su contacto fue embriagador, una droga que me consumió sin piedad. Sin saber qué me llevó a hacerlo, me incliné hacia ella y sentí su aliento rozar mi boca antes de besarnos. Y durante el sueño lo sentí exactamente igual que en la discoteca, fue algo que despertó todos los recuerdos que había enterrado en lo más profundo de mi ser.

Nuestras lenguas se encontraron en un baile frenético en el que nos faltó el aire y nos sobró la piel. Fue tan intenso que percibí el deseo por rememorar cada roce y cada suspiro que habíamos compartido antes. No existía el arrepentimiento o la contención, solo el fuego que nos consumía desde dentro mientras mis manos recorrían su cuerpo de forma desesperada, memorizando cada centímetro de piel.

Es extraño como un sueño puede ser tan real, pero tengo sus gemidos grabados en mi cabeza, alimentando las llamas que amenazaron con consumirnos cuando nos besamos bajo las luces de neón, a escondidas del grupo y de cualquiera que pudiese reconocernos. Recuerdo que nos despojamos de la ropa a la misma velocidad con la que nos devoramos la una a la otra, que nos acariciamos, mordimos y besamos, demostrando que nuestro amor no había muerto si no que se había convertido en algo más oscuro y salvaje con el paso del tiempo.

No sé si mis manos se movieron, pero sí sentí sus dedos dentro de mí, entre embestidas que marcaron un ritmo frenético y dejaron constancia de que, por más que yo frenase mis impulsos, ella iba a hacer todo lo posible por saltarse cualquier obstáculo y regresar a mí. Ahora soy consciente de que quizá mis propios deseos me llevaron a soñar con ella, a masturbarme con su recuerdo. Sin embargo, no me importa haberlo hecho por el placer que sentí al imaginarme uniéndome a ella y rozar su sexo. El mundo a nuestro alrededor se perdió en la oscuridad y me fundí con ella.

Ha pasado más de una hora desde que me he despertado y aún guardo la sensación de haberme quedado estancada allí. Ya es medio día y me ha costado moverme de la cama. La sonrisa con la que me he levantado provoca que me duelan las mejillas y en mi estómago, a pesar del malestar, percibo el temblor del aleteo de unas mariposillas que extrañaba sentir. Sé que ha sido un sueño, que esa escena de sexo no ha sido más que una vaga representación de lo que quería que hubiese pasado.

No he dejado de preguntarme qué rondará por su cabeza en este momento, si habrá tenido un sueño tan ardiente como el mío o habrá pasado una noche tranquila disfrutando de esa cama de matrimonio que preparé para ella y para su chica. Cuanto más pienso en cómo están las cosas, más miedo tengo de que esto sea una casualidad sin importancia. Temo estar fantaseando, excederme y caer de nuevo en el error de la esperanza y la espera de lo imposible.

Me encantaría poder seguir las pautas de Ana y ser fuerte, pero me es imposible negarme a esos ojos que, al mirarme, borran estos cinco años y lo malo que pasó entre nosotras. Siempre he esperado su regreso, pero ahora queda saber si Victoria quiere lo mismo o si su trabajo —y todo lo que tiene en Madrid— sigue siendo lo más importante.





28

ME QUEDO EN TIERRA

ELENA

Ibiza. 15 de julio, 2024

Este fin de semana de vértigo ha llegado a su fin y para los que tenemos un negocio a nuestro cargo significa que los días de locura se han terminado y tenemos que dar la bienvenida a la rutina del día a día. Al final, ayer no hice mucho, decidí quedarme en casa y encerrarme en mi propia burbuja, disfrutar de lo que estaba pasando y de ese sueño que no he podido sacarme de la cabeza por mucho que lo haya intentado.

Cuando mi hermano me habló de la lista de cosas que tenía pensado hacer con el grupo, le prometí que haría todo lo posible por estar libre, pero los lunes son los más importantes en el hotel y no puedo hacer como que no importa. Al parecer, según lo que ha puesto en el grupo de WhatsApp, ha programado una salida en velero y visitar una de las calas más bonitas de la isla. Aunque me encantaría poder ir con ellos, la responsabilidad está por encima de la diversión y encerrarme en mi despacho me permitirá estar lejos de Victoria y tranquilizarme un poco.

A través de la ventana puedo escuchar los gritos de diversión de los niños que se lo pasan en grande en la piscina. Llevo más de media hora intentando ordenar el organigrama semanal y, aunque quiero centrarme en lo que hago, me es imposible no viajar a ese pasado en el que nada importaba más que pasarlo bien. No soy tonta, me encantaría volver a esos días en los que los problemas no me tocaban o en los que la inseguridad, las dudas y la incertidumbre no existían; pero madurar y cumplir años también trae muchas cosas buenas. Como, por ejemplo, las relaciones y lo que se descubre gracias a ellas.

Después de sacarme de encima el atontamiento provocado por los besos que nos dimos —y ese sueño tan realista— no he dejado de darle vueltas a la conversación que tuvimos. Ana me dijo que protegiera mi corazón, aunque a estas alturas, lo único que quiero es dejarme de tonterías, que las cosas fluyan y descubrir si vale la pena o seguimos donde estábamos aquel otoño.

Las emociones chocan con mi pecho y desconecto un par de minutos del trabajo para

asomarme por la ventana y llevar la mirada a la silueta del mar en el horizonte. Las palmeras que recorren el hotel se mecen con la suavidad del viento y este mismo me invita a cerrar los ojos y respirar profundamente. Sé que todo esto no va a ser fácil, puede que incluso acabe peor que cuando nos divorciamos, pero… ¿prefiero intentarlo y que las cosas vayan mal, o no hacerlo y quedarme con el «y si…» para siempre? Las dudas me abordan y cualquiera de mis amigos me llamaría loca por planteármelo, pero mis sentimientos son tan fuertes que no quiero refrenarlos.

La puerta de mi despacho se abre de pronto y la charla conmigo misma se ve interrumpida por la risa de Jorge e Iñaki.

—La otra noche podías haberme avisado de que te ibas, por cierto —me regaña mi hermano y después, me da dos besos—. Si no fuera porque le cogí el teléfono a Carolina para llamar a un taxi y vi tu mensaje, habría estado dando vueltas por toda la discoteca buscándote.

—Mira que eres exagerado, tío —suelta Iñaki palmeándole la espalda—. Tu hermana es bastante mayorcita para hacer lo que le salga de ahí —añade y le da un toque en el pecho. Jorge se le queda mirando sin saber bien qué decir, y pongo los ojos en blanco. Intuyo que sabe algo, sé que no son tonterías mías, y no quiero que mi hermano se entere de nada por ahora—. Déjala tranquila.

—Ya le has oído. —Me río y mi hermano coloca los brazos en jarra mientras que abrazo a Iñaki y le doy un par de besos—. ¿Qué hacéis aquí?

—Veníamos a convencerte de venir con nosotros —dicen a la vez.

—Os lo comenté, debo organizar toda la semana y si queréis que tenga más tiempo para pasarlo con vosotros, vais a tener que iros hoy sin mí.

—Yo se lo he dicho, pero es muy terco —apunta Iñaki, quien abraza a mi hermano por el cuello y tira de él con la intención de llevárselo—. Anda, deja que tu hermana trabaje. Te prometo que lo cuido.

—De la que te tienes que cuidar es de Ana —matizo sujetándolo del brazo—. Está enamorada de ti —comento sin poder reprimirlo y suelto un suspiro—. No pierdas el tiempo con tonterías, anda.

—¿No has hablado con ella?

—La verdad es que no, estuve… —«Demasiado entretenida con Victoria como para hacerlo», pienso y me encojo de hombros—. ¿Me he perdido algo?

—Sí, le confesé que la quería y creo que estamos saliendo.

—¿¡Crees!? —grito emocionada—. ¡No me fastidies! ¡Ahora sí que necesito ir con vosotros y saber el chisme completo!

—Aún estás a tiempo —avisa Jorge echando una miradita a su reloj—. Salimos en cuestión de una hora. De modo que, si te puede la curiosidad, ya sabes dónde puedes encontrarnos.

—Pero…

—Vámonos, Iñaki, o te sacará toda la información —añade empujando a su mejor amigo por la espalda para echarlo del despacho—. Nos vemos en un rato.

—Eres odioso —le reclamo soltando un bufido.

—¡Aun así me quieres! —grita desde el pasillo segundos después de desaparecer de mi vista.

Soy incapaz de dejar de sonreír y de no sentirme feliz por Ana e Iñaki. Yo sabía que tarde o temprano estarían juntos, que solo necesitaban un pequeño empujón y que las

cosas se pusieran de su parte para conseguirlo. Ahora que él está aquí, cabía pensar que no tardaría mucho en pedirle que fuese su novia y no me ha defraudado. El verano obra su magia y ahora queda saber qué es lo que pasará conmigo y con la mujer a la que en este momento desearía ver.





29

¿DAMOS UN PASEO JUNTAS?

VICTORIA

Ibiza. 15 de julio, 2024

Hace media hora que me despedí de los demás. No es que el plan no me apeteciera, pero, al despertarme, se me antojó otra cosa mucho más interesante, y cuando se me mete algo en la cabeza no hay quien me convenza de lo contrario. Jorge me comentó que Elena se quedaría en el hotel a trabajar, y pese a las advertencias que recibí por parte de Ana antes de que partieran, he decidido no hacer caso y dejarme llevar por el corazón. Después de lo que pasó la otra noche en mi cabeza solo está Elena colapsando mis sentidos. Me costó muchísimo dormir, di un montón de vueltas en la cama y me quedé dormida cuando el sol comenzaba a asomar por el horizonte. En ese momento tuve que contener mis ganas de buscarla porque sabía que las dos necesitábamos estar para digerir lo que nos está pasando, pero no fui capaz de desconectar de esos besos que nos regalamos y la intensidad con la que nos tocamos.

Es una locura pensar que un par de caricias y unos arrumacos puedan tumbar lo que ha pasado en cinco años, pero es así. Cuanto más pienso en Madrid, en mi trabajo, en lo que Alfredo me dejó caer antes de marcharme, menos ganas tengo de volver y regresar a mi vida de antes. Estar en Ibiza ha conseguido que recupere las fuerzas, esa energía perdida, las ganas de todo, la felicidad que me llevaba a levantarme cada día y todo eso que me hacía sentir en paz; ya que me encontraba sumergida en la burbuja de una rutina continua que me convirtió en un robot que vivía para trabajar cada vez más.

Ahora, lo que más deseo es amar y no privarme de nada.

Ayer por la tarde le envié a Joana un nuevo mensaje que ha recibido; tengo el doble *check* azul en el chat, pero no me ha contestado. No sé qué estará pensando, ni la razón por la que no me coge el teléfono, pero me encantaría tener la ocasión de hablar, de explicarme, recuperar esa amistad que teníamos antes de que las cosas se complicasen. No debería haberme dejado llevar por la soledad y la necesidad, pero estos errores ayudan a despertar y mis ojos están bien abiertos en este momento con respecto a Elena.

Esta segunda oportunidad que vivimos puede convertirse en un sueño hecho realidad. Tras cinco años separadas y mucho dolor, desplantes y tristeza, sentir esto es algo que no imaginaba volver a disfrutar. Sé que nuestra relación —en caso de que se dé— no será fácil, que la inseguridad y el miedo hará que las cosas no vayan tan rápidas como yo quiero, pero tenemos que intentarlo. Nos merecemos estar juntas, empezar de cero y, como si fuera nuestra primera vez, escribir esa historia con la que fantaseamos durante tanto tiempo.

Hoy la isla brilla con la intensidad de un sol que me quema la piel y, pese a que mi idea inicial era la de comprar unos granizados y visitarla, he tenido que optar por llegar con las manos vacías e invitarla a salir. No sé si aceptará, aunque espero que sí y así poder revivir con ella una de las cosas que más nos gustaba hacer en el pasado: caminar y hablar. Si se niega, la convenceré, tengo cómo hacerlo; y si debo arrinconarla contra la pared y besarla otra vez, lo haré. En cuanto estoy delante, golpeo la puerta de su despacho con los nudillos.

—Marta, te he dicho que si tenías dudas hablases con Alberto, ¿qué es lo que pasa ahora? —La escucho refunfuñar y necesito tomarme unos segundos para no reír. Nunca me había imaginado a Elena siendo jefa, y cuando estoy a punto de abrir la puerta, lo hace ella pillándome por sorpresa—. ¿Vi-Vicky? —pregunta confundida, arrancándome una sonrisa —. ¿Qué haces aquí? ¿No deberías…?

—Sí, estar con los demás pero he preferido quedarme —respondo apoyándome en el marco de madera con una mano—. ¿Estás muy ocupada? Pensaba invitarte a salir, dar un paseo por la playa… —añado sin dar tiempo a que responda—. Pero si no puedes iré yo sola y me tomaré un granizado.

—¿De nuestra horchatería favorita? —«Sabía que eso sería suficiente para convencerla», pienso y afirmo con la cabeza—. Estaba a punto de terminar, así que puedo tomarme un descanso y volver a esto más tarde.

—¿Segura? No te quiero molestar, Jorge me ha comentado que estabas con la organización de las actividades de toda la semana y sé que es importante —comento a sabiendas de lo que eso significa.

—No te preocupes, de verdad. —Mueve sus manos y camina hacia el interior del despacho para buscar su teléfono y su bolso—. Se me ha antojado desde que lo has dicho y si no me lo tomo ahora, no creo que pueda trabajar tranquila.

—Tan exagerada como siempre, ¿eh?

—Hay cosas que nunca cambian. —Juntas comenzamos a caminar y en cuestión de segundos, Elena se agarra a uno de mis brazos sujetándose a mí—. ¿Disfrutaste el domingo?

—¿Tú qué crees? —Levanto una ceja—. Me costó muchísimo dormir, así que me desperté con unas ojeras que me llegaban hasta las mejillas —exagero y ella se ríe—. Pero no me arrepiento de nada.

Nos quedamos en silencio y, por un momento, tengo miedo de que ella diga lo contrario. Después de lo que pasó en la discoteca temo que dé un paso hacia atrás y culpe al alcohol de ello. Sin embargo, una vez que entramos en el ascensor y nos miramos a los ojos, la química regresa, las abejillas comienzan a picotearme y la electricidad recorre mi piel poniéndome el vello de punta.

—¿De verdad que no te arrepientes de nada? —pregunta y se muerde su labio inferior provocando que suspire.

—Solo de una cosa —respondo, y doy un paso sujetándola de la cintura.

—¿De qué? —rodea mi cuello entre sus brazos, pegando su frente a la mía.

—De haberte dejado ir y no haber pasado contigo la noche —confieso, y ella desvía su

mirada de mis ojos para soltar un pequeño suspiro—. No quería que el día acabase.

—Esto es como Cenicienta. El hechizo siempre termina pasada la medianoche… —Y sin más, se separa para buscar una de mis manos y romper la cercanía. Por alguna razón extraña, presiento que mi respuesta no es la que esperaba. Tenía que haberle dicho que me arrepentía de lo ocurrido en el pasado, pero parte de mí siente que no fue un error porque eso me permitió descubrir lo que quería y necesitaba de verdad—. ¡Por cierto! ¿Sabes que Ana e Iñaki han empezado a salir?

—¿¡Qué!? —Me sorprendo—. ¿De verdad? No me lo puedo creer. *Wow*… —exclamo pensativa—. ¿Cuánto llevaban tonteando?

—Muchos años —me responde abriendo de forma exagerada sus ojos—. Todo empezó el día de nuestra boda, ¿te acuerdas? Menudo espectáculo que dieron en la pista de baile.

—Lo recuerdo como si fuese ayer…

—¿Puedo preguntarte algo? —Elena me toma por sorpresa y se enfrenta a mí—. El día que firmamos el divorcio, dijiste que lo nuestro no tenía otra solución —recuerda sin apartar sus ojos de los míos—. ¿De verdad lo creías?

«Sí, lo creía», pienso y, sin embargo, soy incapaz de decirlo.

—Las cosas no eran fáciles en el trabajo, estaba muy agobiada, no podía dejarlo porque era un pase directo a una vacante del periódico y… —respondo con franqueza sin ocultarle cómo me sentía entonces—. Tú necesitabas algo que no podía darte, que era incapaz de entregarte en ese momento a pesar de que te amaba con locura. No había otra solución para nosotras.

—Sí que lo había, pero no pensaste en ello. Creo que lo decidiste sin tener en cuenta lo que yo quería…

—La verdad es que me arrepiento de muchas cosas —confieso llevada por el miedo y aparto mi mirada de sus ojos—. Pero ya no puede cambiarse. Supongo que lo hicimos y que…

—Y que lo hecho, hecho está, ¿no? —Me regala una mirada repleta de emociones que no puedo describir. Me encantaría asegurarle que podemos recuperar lo que teníamos antes de divorciarnos, pero debo ser clara con ella.

—Lo único que podemos hacer ahora es no dejar escapar esta oportunidad. Aceptar que nuestro amor sigue ahí, que nuestra química es tan fuerte que me hace temblar… —aseguro una vez que se abren las puertas del ascensor—. Es posible que nuestra relación anterior terminase, pero aún podemos darle la bienvenida a algo mucho mejor.

—¿Te refieres a que…?

—A que después de lo que pasó la otra noche me encantaría que lo intentásemos otra vez —respondo con una sinceridad aplastante haciéndole ver que estoy dispuesta a todo, a desechar el pasado y permitirnos disfrutar de lo que tenemos ahora—. Siempre que tú también lo quieras, claro.

—Es lo que quiero… —afirma y las puertas vuelve a cerrarse. Elena bloquea el ascensor y eso me pone de los nervios—. Pero no lo he pasado bien estos años, tuve que ir a terapia porque no encontraba la forma de seguir adelante sin ti y ahora… —Me mira a los ojos—. Ahora estás dónde lo has estado siempre, en mi corazón, en mi cabeza, en todo, y reconozco que estoy asustada.

—No te pido que nos casemos de nuevo, solo que… no te escondas de mí.

—No podría hacerlo —confiesa y se acerca para abrazarse a mi cuerpo—. Créeme, no podría huir de ti. Solo he intentado proteger mi corazón.

—No tienes por qué hacerlo… —prometo antes de apartarla, sujetar su cara entre mis manos y observar mi reflejo en sus bonitos ojos grises—. No voy a hacerte daño otra vez. Te lo prometo.

—No prometas cosas que no sabes si vas a conseguir, Vicky. No tenemos idea de qué va a pasar, y tú y yo lo sabemos bien.

—Entonces, comencemos por esto —insinúo y, sin más, la beso. Ahora mismo no me importa la salida ni el granizado ni ese paseo por la isla. Lo único que quiero es que mi cuerpo le hable, que perciba que mis emociones por ella son fuertes, que lo que le he dicho es tan real que no son necesarias las palabras para explicárselo.

Tal y como sucedió en la discoteca, las emociones se sienten a flor de piel. La cabina del ascensor se nos queda pequeña y aunque no se mueve, comienzo a pensar que voy a tener que acostumbrarme a volar cada vez que la beso. Ya no recuerdo si notaba estas cosas en el pasado, pero, en este instante, tiemblo porque mis ganas de hacerle el amor son aún más grandes que el deseo que tengo de compartir cada minuto a su lado.





30

EL AMOR NUNCA ES SUFICIENTE

ELENA

Ibiza. 15 de julio, 2024

Después de lo del ascensor, no he dejado de pensar en lo que pasará una vez que llegue el día diez y esto termine. Al pensarlo bien, no estaba mal encaminada al comparar lo que nos está pasando con la historia de Cenicienta, porque una vez que mi hermano y Carolina se casen, las cosas volverán a la normalidad, y este bonito hechizo se esfumará. Estoy cagada de miedo, y aunque intento no darle muchas vueltas, la cruda realidad es que no puedo hacer nada para que no ocurra y eso genera en mí una tensión que provoca que mi estado de ánimo sea una veleta que gira al compás del viento.

Victoria y yo hemos roto la lejanía que hasta hace meses nos mantenía separadas, hemos hablado de lo nuestro y de lo que sentimos, pero no de lo que de verdad importa. Aprendí —a base de discusiones y lágrimas— que el amor no es suficiente para que una relación funcione y no estoy en disposición de cometer los errores del pasado por muy perfectas que sean las cosas cuando estamos juntas.

Han pasado cinco años y estoy segura de que hemos cambiado muchísimo, que ya no somos las mismas, que tenemos otras manías absurdas y que hemos madurado y aprendido cosas de la vida que hasta entonces desconocíamos. No quiero estar enamorada del recuerdo de la Victoria del pasado, sino de la mujer que actualmente camina a mi lado con sus gafas de sol cubriendo sus bonitos ojos verdes y su piel suave, algo enrojecida por el calor.

A esta hora de la mañana, el sol cae con fuerza sobre nuestras cabezas, pero gracias a las sombras de las callejuelas, el paseo es mucho más llevadero. El granizado que llevo en la mano está delicioso y lo disfruto tanto como lo hacía en el pasado. Desde que nos encontramos hace apenas tres días, nos hemos dejado llevar por esa química que es imposible de ignorar y nos hemos besado como si el tiempo nunca hubiera pasado entre nosotras; pero, la verdad, es que las cosas no son cómo eran y mucho menos nosotras. Ella quiere que sigamos adelante con lo que está pasando, que disfrutemos de todo, pero yo no

puedo obviar la realidad y sé que lo necesitamos.

—Estás muy callada, ¿en qué piensas? —Su voz corta el silencio, y me veo obligada a fingir una sonrisa porque soy incapaz de encontrar las palabras perfectas que den comienzo a una conversación que no sé si me apetece tener—. ¿Todo va bien?

Me detengo a la altura de una hilera de bancos de madera y, con la intención de hablar, tiro de su mano para sentarnos en uno de ellos.

—¿No te parece que tenemos que hablar de esto? —le pregunto con curiosidad.

—Creía que ya lo habíamos hecho —comenta algo sorprendida—, pero vale. ¿De qué quieres hablar exactamente?

—De tu relación actual, por ejemplo. —Lanzo la flecha como si me ardiese en las manos. Su gesto cambia por uno más tenso y levanto una ceja—. ¿Qué estamos haciendo, Victoria? —Mi voz apenas es un susurro, pero cada palabra lleva el peso de años de dolor y decepción.

—Lo que siempre hemos hecho. Nos dejamos llevar por el momento, sin pensar en las consecuencias.

—¿Y qué hay de ella? Me dijiste que os habíais peleado, pero… —Niego un par de veces y paso una de mis manos por mi pelo—. ¿Habéis hablado? ¿Lo habéis dejado? ¿No crees que no se merece algo así? —explico con amargura en la voz.

—He querido hacerlo, pero no me coge el teléfono.

—¿El teléfono? —suspiro y hago un gesto con la boca—. ¡No puedes hacer esto a través de una llamada! ¡Por favor! —exclamo—. No eres una adolescente, Vicky.

—¿Y qué pretendes que haga? ¿Que vuelva a Madrid solo para esto? —La miro sin saber qué responder—. Las cosas con Joana no tenían que haber pasado. Lo que ocurrió entre nosotras no es tan importante como lo nuestro y no puedo detener mis impulsos porque ella esté dolida.

Sus palabras son tan duras que me sorprende que salgan de sus labios. Por un momento me pongo en la piel de Joana y la rabia arde dentro de mí con la misma fuerza que lo hace el amor que siento por esta mujer.

—No puedes hacer de menos los sentimientos de una persona porque no sean igual a los tuyos —replico colocándome en pie y dejo mi vaso de granizado sobre el banco. Ella se asusta y se levanta sujetándome de un brazo y, entonces, lo veo más claro—. ¡Oh, Dios mío! ¡Le has hecho lo mismo que a mí! ¡Tomaste una decisión sin tenerla en cuenta!

—Las cosas no han sido así. Es más complicado, Elena. Te lo prometo.

—No me mientas. —La señalo con un dedo—. Ya no soy una tonta que se cree todas tus promesas —añado con una frialdad que hasta a mí me sorprende; mi voz tiembla y también lo hace mi corazón. No sé por qué me estoy poniendo tan tensa, pero no me gusta—. ¿Has hablado con ella desde que estás aquí? ¿Sabes cómo se siente o solo has hecho como si no te importara y has seguido con tus propios planes? —Me mira y, por cómo lo hace, sé que no encuentra las palabras para responderme—. Creo que deberíamos dejar todo esto hasta que tú aclares las cosas. No quiero romperle el corazón a nadie.

—Pero Elena… tú y yo…

—Tú y yo estamos divorciadas —apunto y hago visible una situación que no tendría que haber cambiado—. Has estado con ella bastante tiempo, dices que tu relación no es tan importante como la nuestra, pero eso no quita que tengas que hacerle daño. —Niego con la cabeza—. Si quieres que lo nuestro funcione, no puedes cometer los mismos errores del pasado, ¿lo entiendes?

—Vale, pero no te vayas. Por favor.

—Tengo… —Doy un par de pasos apartándome de ella—. Si no lo hago puede que pasen cosas de las que nos arrepintamos.

—Ey… —Victoria se acerca a mí y sujeta mi cuerpo entre sus brazos para prohibir que me mueva del sitio. Estamos en mitad de una calle, las personas se nos quedan mirando y no me gusta ser el centro de atención de las miradas de desconocidos—. Nunca me arrepentiría de hacer algo contigo, ¿está claro?

—¿Tú crees? —cuestiono con los ojos enrojecidos por la tristeza y la rabia—. ¿Y qué pasará cuando llegue agosto y te tengas que ir? ¿Qué ocurrirá conmigo? —añado con la voz rota—. No soportaría verte marchar y… —Bajo la mirada echándome a llorar—. Si pasa así solo será un amor de verano y nada más… No me dolerá.

De pronto, la sujeción de Victoria cede y sus brazos caen a cada lado de su cuerpo liberándome de una cárcel que me hacía sentir como en casa; las dos nos miramos sin saber qué más decir y aprovecho para marcharme y dejarla ahí, en mitad de nuestra isla, en medio del lugar que nos vio crecer y aprender a amar.





31

POR QUERER HACER REALIDAD UN SUEÑO

Valencia. 13 de marzo, 2018

Aquella tarde el sol se filtraba a través de los ventanales del salón del apartamento que Victoria y Elena habían alquilado meses antes de casarse. Con el paso de los meses lo convirtieron en su hogar; cada rincón estaba adornado por fotografías que rememoraban un pasado vivido y disfrutado juntas. Sin embargo, a lo largo de los últimos meses habían luchado porque su matrimonio se mantuviese a flote y se podía notar en el aire esa tensión que dolía y las ahogaba.

Elena había cambiado sus planes porque su mujer le pidió que se quedase en casa con ella, y llevaba más de media hora mirándola con una mezcla de frustración y resignación. Victoria, en cambio, estaba absorta, tenía sus ojos pegados a la pantalla del ordenador portátil y no prestaba atención a lo que le comentaba.

—¿Me has escuchado? Victoria, ¿puedes dejar eso y mirarme?

—Sí, cariño, dame un segundo. Estoy a punto de terminar. —Sus dedos se movían a toda velocidad por encima del teclado mientras que Elena, resignada, se apoyaba en el respaldo del sofá en un intento por calmar sus emociones un poco—. Tengo que terminarlo antes de las diez.

—No sé para qué me pediste que me quedase en casa —comentó soltando un suspiro —. Es preferible que me digas la verdad, antes que tenerme aquí esperando por ti.

—¿Qué te parece si pedimos comida china? ¿Te apetece?

—Me apetece, pero… ¿Vamos a tener tiempo para cenar juntas? Porque al paso que vamos…

—Te gustaría esta noticia. El turismo en la ciudad de Valencia —anunció su mujer sin ni siquiera mirarla a la cara—. Deberíamos disfrutar de un día de playa, ¿tú qué dices?

—Sí, claro, como sea como esta noche…

—Por supuesto, podemos dar paseos a la luz de las estrellas —respondió Victoria colmando la paciencia de una Elena que hasta el momento se había controlado y que se

movió lo suficiente como para bajar la tapa del ordenador de su mujer interrumpiendo su trabajo—. ¿¡Pero qué coño te pasa!?

—¿Que qué me pasa? —Se cruzó de brazos y la fulminó con la mirada—. Lo que pasa es que siempre estás más interesada en eso que en mí, ¿te has enterado de lo que te estaba diciendo?

—Sabes que estoy trabajando, que tengo que entregar esto. Eso no quiere decir que no me importes —respondió frunciendo el ceño, dolida a causa de las palabras de su mujer—. No mezcles las cosas.

—¡Es que se trata de nosotras! ¡De nuestro matrimonio! ¡Te lo dije! —Elena, con el dolor acumulándose en su pecho, notó que sus emociones comenzaban a desbordarse—. ¡Se está yendo todo a la mierda y tú solo estás centrada en tu trabajo!

—¡Sabes que no puedo dejarlo! ¿¡Cuántas veces te lo tengo que recordar!? —suspiró frustrada—. Entiendo lo que me estás diciendo, pero… ¿¡qué quieres que haga? ¿¡Que lo deje todo!?

—Yo no quiero que dejes nada, solo que me entiendas y te des cuenta de que yo también soy importante, ¡joder! —exclamó molesta—. Siempre tienes algo mejor que hacer que pasar tiempo conmigo.

—No es justo que me reproches eso. Cuando acepté el trabajo sabías bien que no iba a ser fácil —señaló como si eso fuese suficiente—. Esto hará que nuestro futuro sea mejor.

—¿Qué futuro? ¿Un futuro en el que estamos separadas compartiendo la misma casa?

—No exageres, por favor. Eso no va a pasar.

—¿De verdad lo crees? Porque yo ya no lo sé. No tengo idea de qué significa estar contigo. —Victoria, ante las palabras de su mujer, apoyó el ordenador en el sillón y se levantó para acercarse a ella e intentar calmarla.

—Vamos, cariño. Así no arreglamos nada.

—No puedo calmarme, es demasiado —confesó sintiendo que el dolor ahogaba su corazón—. No puedo seguir fingiendo que todo está bien cuando en realidad no es así. ¡Estoy sola, Vicky! ¡Te necesito! ¡Me has pedido que me quede y aquí estoy! ¿¡Qué más quieres de mí!?

—Discúlpame, lo siento mucho. No quería que llegásemos a esto.

—Pero lo hemos hecho… —Elena, con los ojos llenos de lágrimas se dio cuenta de que por más que expresase lo que sentía, Victoria jamás reaccionaría—. Y yo ya no puedo luchar sola. Estoy cansada y a ti parece no importarte nada.

—Venga, no digas eso. Te amo y me importas mucho más de lo que puedas imaginar —aclaró con desesperación.

—El amor no solo son palabras, son hechos. Es estar aquí, ahora, mañana, conmigo. —Elena tragó saliva mientras recibía un abrazo de su mujer—. Pero tú llevas meses que vives por y para tu trabajo, que te has olvidado de momentos importantes, que ni siquiera te has disculpado o has hecho que me sienta especial. Cómo pretendes que esto funcione, ¿eh?

Victoria no supo qué hacer o qué decir porque su mujer tenía razón. Desde que habían llegado a Valencia tras su luna de miel, su vida había cambiado por completo y se había dejado absorber por el periódico.

—Te prometo que lo haré mejor —susurró apoyando su frente contra la de su mujer—. Por nosotras.

Elena se separó de ella para mirarla a los ojos y buscar en ellos algún rastro de la mujer de la que se enamoró. Pero lo único que vio fue a una extraña atrapada en sus propias

obligaciones y ambiciones, aterrada por perderla, dolida por estar viviendo una situación así.

—No sé si puedo seguir creyendo en tus promesas, Victoria. Las has roto tantas veces que… —Con la tristeza bañando sus ojos grises, Elena dio un par de pasos apartándose de su mujer—. Ya me has decepcionado muchas veces, y creo que no puedo soportar una más.

—No, por favor. No digas eso.

—Lo nuestro ya no tiene lógica. —Se encogió de hombros—. Ya no sé si puedo seguir luchando por algo que parece estar destinado a romperse y desaparecer.

—Dame otra oportunidad. Te prometo que lo haré mejor.

Elena ya no sabía si había esperanza para ellas, si alguna vez podrían volver a ser felices juntas y si a Victoria le importaba tanto como para esforzarse porque las cosas fuesen mejor. El silencio llenó el salón envolviendo a las dos en un dolor que esta vez sí que compartían.

—Creo que me iré con mi madre unos días. Necesito tiempo para pensar y así tú… —susurró sin ser capaz de mirarla a los ojos—. Quizás así se te despeje la mente y pienses mejor las cosas… Lo necesitas.

—Venga, Elena, no te vayas.

—No me estoy yendo —respondió ella con un nudo en la garganta—. Pero no puedo seguir así, esperándote, rogándote, luchando por ti mientras tú ni siquiera te das cuenta de lo que sufro.

—Pero…

—Deja que lo haga —rogó Elena.

Victoria asintió con pesar a sabiendas que no había nada que pudiese retener a su mujer y por eso se quedó en silencio, viendo como ella se marchaba a su dormitorio para hacer las maletas. La amaba, siempre lo había hecho; pero, al final, era cierto eso que decían de que el amor nunca es suficiente en una relación, porque estaba viviendo cómo este se debilitaba y se rompía despacio, delante de sus propios ojos y todo por querer hacer realidad sus sueños.





32

DEJA QUE TE LO EXPLIQUE

VICTORIA

Ibiza. 15 de julio, 2024

Presenciar la marcha de Elena hace poco más de veinte minutos, rescató de mi memoria un recuerdo que hasta entonces ni siquiera sabía que guardaba. Ella y yo discutíamos mucho, pero de entre todos los desencuentros, ese instante concreto se me quedó grabado por ser el que me abrió los ojos. Hasta ese día no había prestado atención a su estado emocional y verla tan rota, tan decepcionada y dolida conmigo, me dejó bastante tocada. Aquella noche me costó muchísimo dormir, lo hice en el sofá del salón y cuando desperté la mañana siguiente estaba sola en una casa llena de recuerdos vividos juntas. Me rompí en mil pedazos al darme cuenta de que todo era por mi culpa y cuando me recompuse, busqué una solución. Lo hice en solitario, ni siquiera me senté con ella, la excluí como, al parecer, lo hice desde que nos casamos.

Después de separarnos tardé meses en adaptarme a su vacío; tuve que mudarme y luchar contra mis emociones mientras que trabajaba en un periódico que absorbió y destrozó todo lo bueno que tenía. Lo único que puedo rescatar de aquel momento es que después de tanto sufrimiento conseguí un puesto en la sección que yo quería, y eso mismo me llevó directa a Madrid, donde alcancé todos mis sueños. Ahora, mientras camino rumbo a su despacho, me pregunto si todo eso valió la pena.

Elena tiene tanta razón al molestarse conmigo que hasta siento vergüenza de mí misma. He vuelto a cometer el mismo error y, de no ser por ella, ni me habría dado cuenta. Mi relación con Joana está ahí y, mientras tanto, estoy buscando reconducir un matrimonio al que yo misma le di fin. Sé que mi actitud no ha sido la mejor y aunque no sé si servirá de algo, tampoco puedo permitir que el día termine sin explicarme y confesar por qué estoy haciendo las cosas así.

A esta hora del día el hotel está repleto de gente que va y viene; también la piscina, el restaurante y la recepción. Me lleva más de quince minutos llegar hasta el último piso y una vez que estoy frente a la puerta, cierro los ojos y suelto un suspiro. No sé qué quiero decirle,

porque es tanto lo que me agobia que no sé por dónde empezar. Sin embargo, decido tocar y esperar a que me ella me deje pasar.

—Elena soy yo, Vicky —hablo desde el otro lado esperando que me escuche—. ¿Puedo pasar? No podemos dejar esto así, tenemos que hablar. —Su silencio hueco me preocupa y eso me empuja a abrir la puerta—. ¿Elena?

El despacho está vacío y me pregunto dónde puede estar. Quizá haya pasado mucho tiempo, pero seguimos siendo las mismas y eso me lleva a seguir los impulsos de mi corazón e ir a buscarla ahí donde se escondía siempre que teníamos que separarnos al final del verano. La azotea fue ese rincón especial, testigo de conversaciones importantes, confesiones y muchos besos. Y, cuando llego, abro la puerta y choco con la figura de Elena; siento que si dejo escapar esta oportunidad, jamás podré arreglarlo con ella.

—Sabía que estarías aquí. —Se gira en cuanto me escucha con una mezcla de sorpresa y tristeza en los ojos—. Este sitio siempre fue tu escondite preferido.

—¿Qué haces aquí?

—¿Tú qué crees? —respondo colocándome a un metro de ella—. Sé que merezco que estés molesta conmigo, que sigo siendo la misma idiota que cometió aquellos errores, pero deja que hable y me explique, por favor —suplico juntando las palmas de mis manos—. Las cosas han ido muy rápido entre nosotras y necesitamos hablar.

—No lo puedo negar. Pasamos de no saber cómo saludarnos a no parar de besarnos. —Se abraza a sí misma y relaja su postura—. Se nos da bastante bien hacer las cosas al revés.

Con el ambiente mucho más relajado entre nosotras, decido caminar. Puedo notar la decepción en sus ojos porque ya la he visto en ellos muchas veces, y por eso llevo la mirada hasta la silueta del mar en el horizonte. Necesito pensar bien en todo lo que quiero decirle porque una mala palabra o frase puede mandarlo todo a la mierda, y me niego en rotundo. Así que respiro profundamente y la miro.

—Siento haber tomado la decisión de separarnos sin tener en cuenta cómo te sentías —digo con sinceridad—. Después de aquella pelea en la que te volviste a Ibiza, me abriste los ojos y me hiciste ver que estabas agotada, que sufrías, que no podías más. Yo no quería hacerte daño, y tampoco podía dejar mi trabajo, así que fue la única salida que encontré.

—La más fácil, dirás. —Da media vuelta y se coloca junto a mí. Yo me tomo unos segundos para observarla, para ver cómo los rayos de sol convierten sus ojos grises en azulados—. Pero yo también tengo cosas por las que pedirte perdón. Fui muy dura, no me puse en tu piel, te exigí más de lo que podías dar y bueno… —Se encoge de hombros—. Sé que fue complicado para ti y…

—Supongo que no era nuestro momento —sentencio llamando su atención inmediata —. Quizá deberíamos de haber pensado más con la cabeza y no tanto con el corazón. No lo sé.

—Ahora es absurdo meditarlo. —Afirmo con un gesto a sabiendas de que es verdad—. Lo único que quiero es que hagamos bien las cosas. No podemos estar juntas mientras tú tienes una relación con otra. Y yo no puedo estar contigo sin…

—¿Sin qué?

—Sin tener ganas de besarte, de tocarte, de…

—De hacer el amor conmigo —interrumpo su frase y sus ojos brillan con esa intensidad que me eriza la piel—. Yo también lo deseo. Desde que vi la invitación de boda en el buzón de mi casa no he dejado de pensar en ti, en nosotras. Te juro que jamás pensé que esto pasaría. Estuve a punto de no venir y ahora…

—¿Te arrepientes de haberlo hecho?

—No. Me arrepiento de haber sido tan tonta como para dejarte ir de la forma en la que lo hice —confieso y me acerco a ella para estrecharla entre mis brazos—. Teníamos que haber pasado todos estos años juntas, habernos apoyado, haber vivido… —susurro con la voz tomada a causa de las emociones—. Éramos mucho más que una pareja, y… Dios… —Sumerjo mi rostro en su cuello, embriagándome con el aroma de su piel—. Ahora mismo quisiera borrar el pasado y tener la oportunidad de demostrarte que te amaba de verdad.

—Eso es imposible —murmura sujetándose con fuerza a mi ropa, apartándome y, a la vez, asegurándose de que no voy a moverme de ahí—. Además, nunca dudé de eso, el día que firmamos nuestro divorcio supe que aún me querías. Por eso te lo pregunté, ¿no te acuerdas?

—¿Y por qué lo firmaste?

—Porque tenía la esperanza de que te darías cuenta del error y vendrías a buscarme. Pero…

—No lo hice. —Elena afirma mientras me pierdo en sus bonitos ojos grises—. Sé que hay cosas que no puedo arreglar, pero hay otras que aún estoy a tiempo de mejorar.

—¿Cuales?

—Estas…

Sin pensarlo mucho, rompo nuestra lejanía y uno mis labios a los suyos iniciando un beso que llevo queriendo darle desde hace horas. Hay muchas cosas que he hecho mal en mi vida, pero la más importante fue dejarla a ella y ya no lo pienso repetir. Sé que tengo que hacer mejor las cosas, que no quiere que le prometa nada, pero me esforzaré porque vea que ya no soy la misma. Empezando por esto, por seguir mi corazón antes que a mi cabeza y amarla como debí hacerlo los cinco años que estuvimos separadas.





33

TEMBLAR, VOLAR Y VOLVER A SOÑAR

ELENA

Ibiza. 15 de julio, 2024

A lo largo de mis casi treinta y seis años, he aprendido que el amor es capaz de hacerte vibrar, suspirar, soñar y, sobre todo, volar. Había olvidado por completo que una vez que tu corazón se hunde en él, te sientes en una nube flotando por el espacio y te conviertes en una pluma que se desliza con suavidad llevada por el movimiento del viento. Después de tanto sufrimiento, el dolor había borrado todo lo bueno que descubrí gracias a Victoria y han sido sus labios pegados a mi cuello los que han provocado que me nazcan alas y me convierta en un fénix renacido de entre las llamas.

Ella siempre tuvo un don especial de apartar de la mente las dudas, las inseguridades, los miedos, algo con lo que hacer desaparecer lo malo a través de unos besos que recibo mientras noto cómo mi cuerpo despierta del letargo. Ya no estamos en la azotea, no sé en qué momento la hemos dejado para terminar en mi despacho, pero la intensidad con la que me toca ha provocado que despierten en mí los recuerdos de nuestro maravilloso pasado.

El aire que entra por la ventana está cargado de una electricidad que parece envolvernos en un torbellino de sensaciones que ya no se puede controlar. Desde que nos reencontramos en la recepción del hotel hace apenas tres días, hemos estado jugando al gato y al ratón, dejándonos llevar por los impulsos y provocando que esto ya sea imparable. Sé lo que dije, que no podíamos seguir adelante porque estaba mal, que Joana podía sufrir por nuestra culpa, que era peligroso, pero ya no lo soporto y creo que Victoria tampoco; hemos acabado metidas en el ojo de un huracán en el que el deseo arde y quema todo lo que toca.

Con sus manos enredadas en mi pelo, su mirada se encuentra con la mía. Siempre se nos ha dado bien comunicarnos con un lenguaje secreto que solo nosotras entendemos, así que no necesito que hable para saber qué es lo que quiere o cómo lo quiere. El tiempo se detiene y nuestro mundo se paraliza prolongando una agonía que nace por la necesidad de sentirnos, ir más allá, descubrirnos de nuevo, alcanzar las estrellas y elevarnos del suelo.

Victoria se acerca a mí y yo la evito hasta que mi espalda choca con la madera de la puerta y suelto un quejido. Me recorre con la mirada con una intensidad que me deja sin aliento y, aunque estoy a tiempo de detenerla y poner fin a esta locura, no lo hago; la sujeto de la camisa que lleva puesta y tiro de ella para estamparla contra mí, reduciendo la distancia, obligándola a que recorra mi cintura y atrape mi trasero entre sus manos para embestir con sus caderas. Ella sonríe mientras me muerde los labios y sisea de placer cuando la agarro del cabello y enrosco una de mis piernas entorno a su cuerpo.

La necesidad de su contacto es como una droga que me consume, una adicción a la que no me puedo resistir y que provoca que gima del gusto cuando nuestros labios se encuentran en un beso que enciende fuego en lo más profundo de mi ser. Es salvaje y apasionado, tal como lo fue en la discoteca, como lo soñé aquella noche en la que me masturbé con su recuerdo; nuestras lenguas se encuentran en un baile frenético, exploran cada rincón y recoveco de nuestras bocas con una ferocidad que me convierte en una presa frente a su cazador.

Solo con pensar en sus dedos dentro de mí, explorando a su antojo mi sexo, me humedezco y me echo a temblar. Mis manos se aferran a su piel con desesperación como si tratara de mantenerme a flote en un mar de sensaciones, mientras ella parece leerme la mente y levanta la fina tela de mi vestido tocándome a su antojo. Siento que me vuelvo loca cuando se desliza hasta encontrar mi entrada y juguetea con su pulgar. Estoy mojada y el deseo por descubrir si ella también, me invita a buscar el borde de su pantalón de lino y acariciar la suave piel que yace debajo de su ropa interior.

El calor de su cuerpo es tan atrayente que me pego a ella con necesidad. Deseo más con cada segundo que pasa y gimo sobre su boca, jugueteando con mi lengua, mordiéndole los labios, el cuello, el lóbulo de la oreja y esa clavícula repleta de lunares que en el pasado conté infinidad de veces. Desconecto por completo y, con una rapidez desesperada, nuestros cuerpos se funden en un abrazo ardiente que amenaza con consumirlos por completo.

Cada roce es una explosión de placer y cada gemido es testimonio de la pasión que nos atrae. Estoy aturdida, mis ojos no son capaces de enfocar con claridad y como si jamás nos hubiésemos tocado, nos perdemos en el éxtasis del momento. Nuestro alrededor se desvanece y nos quedamos en mitad del torbellino, moviéndonos al compás, acariciándonos como si no fuésemos a tener ninguna oportunidad más. Me dejo llevar por lo que siento y, en cuestión de segundos, mi cuerpo empieza a tambalearse hasta llegar al orgasmo. Sé que lo hacemos juntas porque jamás olvidaría sus gemidos y una vez que consigo ser consciente de lo que ha ocurrido, todo se llena de luces y de colores que no sabía que existían.

Victoria me libera, abraza mi cuerpo y me refugia entre sus brazos como si quisiera extender el tiempo. Ya no hay más que hacer, ya no existen los límites ni las barreras, y la libertad que siento en el corazón provoca que mis ojos se llenen de lágrimas y que los labios me tiemblen al recibir los suyos. A partir de ahora nuestra vida ya no será igual y, por mucho que lo intentemos, no podremos ocultar cuánto nos queremos.

Me encantaría pensar que todo lo que pasará será ideal, pero hay muchas cosas que tienen que cambiar para que eso pase y tengo miedo de que nuestro amor no sea suficiente.





34

MARIPOSAS EN EL ESTÓMAGO

VICTORIA

Ibiza. 17 de julio, 2024

El sol se pone en el horizonte mientras me preparo para lo que será una noche especial. El cielo ya está bañado en los tonos típicos del atardecer del verano y, en el interior de mi dormitorio en Gardenias, lo único que se percibe es el canto de las palmeras al verse mecidas por el viento. Han pasado dos días desde que Elena y yo lo hicimos en su despacho, dos días en los que mi corazón ha bailado al ritmo de una bachata. Sigo sin creerme que esto esté pasando, pero no es un sueño, es real, y por más que lo intente soy incapaz de mantener a raya a esas mariposas que revolotean libres dentro de mí.

Esta mañana, los chicos han hecho planes para salir a cenar. A Carolina se le había antojado hacerlo en un velero en mitad del mar, pasar la noche bajo las estrellas, beber y tener una fiestecilla. Pero mientras ellos discutían, yo mantenía una conversación con Elena y la invitaba a tener una cita conmigo. La última vez que organicé algo así para ella fue poco después de casarnos. Estábamos metidas de lleno en un momento dulce y romántico, y todo fluía entre nosotras sin esfuerzo.

Tras decirme que sí, me puse las pilas para organizar una velada llena de sorpresas que ni siquiera espera disfrutar. Primero, una cena en uno de nuestros restaurantes favoritos junto a la playa, con velas y el murmullo del mar de fondo. Segundo, unas horas bajo las estrellas en la azotea con una botella de champán, algo dulce y una mantita bajo la que refugiarnos de la humedad de la isla. Lo que más ganas tengo es que este día marque un antes y un después, mostrarle que lo nuestro no se ha dado por pura impulsividad, que no es una locura y que debería haber pasado hace mucho.

Con el maquillaje listo, me doy prisa en vestirme y voy a coger un taxi en la puerta del hotel. No hay peligro de que los chicos nos descubran porque hace unas horas que salieron y me alegro, ya que no quiero tener que enfrentarme a las preguntas de Carolina o las miraditas de odio de Ana. Fue Elena quien me pidió que no le contásemos esto a nadie hasta que yo arreglase las cosas con Joana, y creo que es mejor así porque quiero disfrutar

de ella sin que nadie opine sobre esto.

Este par de días hemos vuelto a ser ese par de adolescentes que vivían a kilómetros de distancia y se mensajeaban de manera continua. Sé que está algo estresada con los últimos detalles de la boda, que no ha dejado de pensar en mí, que ha soñado conmigo y que se muere de ganas por volver a hacerme el amor. No sé cómo Carolina no se ha dado cuenta de lo feliz que estoy. Supongo que la boda la tiene tan dispersa que deja pasar detalles que, en otro momento, no obviaría.

El viaje en taxi se me hace largo y, al llegar al puerto, no tardo en chocar con la figura de Elena a lo lejos. Va vestida de blanco, su pelo está recogido en una pequeña coleta y la sonrisa le ilumina la cara; había olvidado lo que se siente cuando el corazón te da un vuelco en el pecho y necesito respirar profundo para calmarme. Ella ni siquiera se da cuenta de que he llegado hasta que cubro sus ojos con mis manos y le regalo un beso en el cuello.

—Me pregunto si lo haces aposta —susurro en su oído y le acaricio la piel con la punta de mi nariz—. Estás preciosa, mi amor. —Ella sonríe y, aunque soy incapaz de mirarla a los ojos, sé que brillan de sorpresa y emoción—. ¿Llevas mucho esperando?

—Solo un poco, lo suficiente como para ver el atardecer en el mar. —Se gira y me mira de arriba abajo—. Tú tampoco te ves mal, ¿eh? Aunque… —Se acerca a mi oreja y, tras un pequeño mordisco, susurra—: El vestido de la discoteca me gustó muchísimo más.

—Eso… —No sé cómo lo consigue, pero mis mejillas arden de repente y, por primera vez en años, me he puesto nerviosa por su culpa—. Será mejor que nos movamos o te obligaré a montar en el taxi para ir de vuelta al hotel.

Elena se sujeta a mi mano y, tras darle un beso en la mejilla, tiro de ella dirigiéndola hacia el restaurante. El sol todavía no se va y el cielo es un lienzo pintado de azul y morado. Por alguna razón noto que el tiempo se ha detenido atrapándonos en una burbuja llena de amor de la que es imposible escapar.

—¿Puedo saber dónde me llevas? —pregunta a la vez que entrelaza nuestros dedos en un gesto de complicidad—. Me tienes un poco impaciente.

—¿De verdad que no tienes idea? Piensa un poco y mira donde estamos. —Sin decirle absolutamente nada, me dejo llevar por la nostalgia. Una de las veces que Elena y yo estuvimos aquí fue cuando celebramos nuestro compromiso. Esa misma mañana le había pedido matrimonio durante un paseo por el mercadillo de Las Dalias y fue uno de los instantes que marcaron un antes y después en nuestra vida—. Siempre tuviste un don para encontrar los sitios más románticos y quería que esta noche fuese especial.

—¿Vamos a…? —El brillo en los ojos de Elena amenaza con deslumbrarme cuando descubre dónde vamos y yo confirmo sus pensamientos con una sonrisa—. Es uno de mis rincones favoritos…

—Y no había otro mejor para oficializar lo nuestro —añado y beso el dorso de su mano acelerando un poco el paso.

Tengo ganas de llegar, que nos dejemos llevar por el arrullo del mar y disfrutemos de una velada que termine tal como lo hizo el lunes, con las dos abrazadas bajo las sábanas blancas de mi cama.

—Antes de llegar quiero decirte algo. —Elena, nerviosa, frena mis pasos y, al mirarme, la alegría expresada en su gesto impide que me ponga de los nervios—. El otro día no te lo dije, pero… yo también estoy dispuesta a luchar por lo nuestro —murmura tan suave que necesito acercarme un poco más a ella para escucharla bien—. No quiero que pienses que eres la única que tiene que demostrar su interés por las cosas. No me voy a rendir. Pase lo

que pase, ¿vale?

He cargado con la culpa de lo que pasó entre nosotras estos últimos cinco años y que ella esté dispuesta a batallar conmigo, a no rendirse y hacer todo lo necesario porque funcione me llena de felicidad y me lleva a creer que el futuro que nos espera estará lleno de cosas maravillosas.

—Yo tampoco voy a hacerlo y…

—Lo sé, pero no lo prometas —me dice y acaricio su mejilla antes de besarla—. Ahora vamos, todavía nos queda mucha noche por delante y varias sorpresas que darte.

—¿Tantas? —pregunta sorprendida.

—Las suficientes para provocar que esa sonrisa tan bonita tuya nunca se apague —respondo con seguridad.

Las mariposas aletean en mi ombligo y mi corazón palpita y baila en mi pecho dispuesto a superar cualquier obstáculo que se interponga en nuestro camino.





35

BESOS QUE SABEN A FUTURO

ELENA

Ibiza. 17 de julio, 2024

Antes de casarnos, Victoria y yo siempre encontrábamos la manera de hacer de algo sencillo, un momento dulce y bastante romántico. Teníamos esa clase de complicidad que nos llevaba a saber a la perfección lo que queríamos y eso nos ayudaba a conseguir que las cosas más simples fuesen inolvidables. Cuando me sugirió tener una cita y disfrutar de Ibiza como lo hacíamos años atrás, no me esperaba que fuese a cumplirlo de manera tan estricta. Visitar nuestro restaurante favorito, conversar, contarnos cosas que no sabíamos la una de la otra me ha hecho sentir cómoda, tranquila, en paz. Estos días a su lado no he dejado de preguntarme si habría cambiado mucho, si su vida en Madrid había provocado que la Victoria del pasado se perdiera bajo la sombra de una más obsesiva y metódica. Pero no, sigue siendo la misma que se olvida el café sobre la mesa de la cocina porque llega tarde o la que se duerme en el sofá porque está tan cansada que no le quedan ganas de nada.

Hace unas horas que el sol dio paso a la luna y tras un breve paseo por la playa, el hotel se ha convertido en nuestra última parada. Lo hemos pasado tan bien juntas que no quiero volver a casa y, aunque no se lo he insinuado, espero que esta noche me atrape entre sus brazos y no me suelte.

Ya es noche cerrada y la oscuridad nos envuelve en una manta espesa y oscura salpicada de estrellas. Desde la azotea de Gardenias se pueden ver las luces de otros hoteles incrustados en las rocas y las farolas de la isla crean líneas de luz allá donde lleves la mirada. Llevamos sentadas aquí más de una hora, disfrutando de nuestra compañía y del sonido del mar que rompe. Hemos pasado una velada preciosa, la cena estaba riquísima y me alegra haber descubierto que nuestra relación se mantiene a pesar del tiempo que hemos estado alejadas.

A mi lado derecho descansan nuestras copas de champán a medio beber y nos hemos dejado caer sobre una manta, abrazadas, en silencio, mirando esos puntos que tintinean en el cielo e invitan a soñar con los ojos abiertos. Hace un buen rato que la conversación se

quedó muda y, aunque siempre he apreciado estos instantes, parte de mí se tensa conforme pasan los segundos. Sé que es porque tengo miedo, porque me aterra que todo esto no funcione y que de un momento a otro empiecen a aparecer problemas que conviertan lo nuestro en un imposible.

—Estaba pensando… —murmuro antes de incorporarme un poco y mirarla a los ojos —. No quiero que creas que te meto prisa, pero podrías aprovechar estas semanas para hacer un viajecito exprés a Madrid.

—¿Ya te has cansado de mí? —pregunta, suelta una risilla y, justo después, se queda callada. Sé que sopesa la idea dándole vueltas a las cosas y pensando en lo que pasará una vez que regrese a la capital—. Supongo que no me queda otra. —Se levanta para abrazarse las piernas contra su pecho—. Algo me dice que Joana espera que lo haga y que esa es la razón por la que no responde mis llamadas así que…

—Aún quedan semanas para la boda. No creo que a Carolina le importe —explico y busco una de sus manos a la vez que me siento a su lado—. Si le explicas lo que pasa, lo único que hará será llevarse las manos a la cabeza y gritar de la emoción. —Me echo a reír —. Creo que es ella quien más quiere vernos juntas de nuevo.

—Ella y tu hermano. No lo dejes fuera del paquete.

—¿Jorge? —Niego con un movimiento de cabeza—. Dudo mucho que a mi hermano le emocione especialmente, él ha estado conmigo todo este tiempo, sabe lo mal que lo he pasado y lo último que desearía es verme otra vez contigo.

—Pues fue él quien me confesó que aún estabas enamorada de mí. —Victoria me dedica una mirada cómplice y yo abro los ojos sin creérmelo—. Lo sé, yo también me sorprendí cuando me lo contó. Carolina no quería, pero él lo soltó sin más y…

—Estoy flipando…

—Al parecer, la única que se niega en rotundo a esto es Ana —añade con cierta tristeza bañando sus ojos—. Me costará un poco más conseguir que su rencor hacia mí cambie. Pero no la juzgo, eres su mejor amiga y no debe haber sido fácil para ella.

—Solo quiere que sea feliz —digo y después, me dejo caer en su hombro—. Ella sabe que estoy enamorada de ti, que lo que más he deseado es que aparezcas por la isla y me digas que te quedas —suspiro y nuestros dedos comienzan a jugar entre sí—. Es un poco terca, pero al final lo comprenderá.

—Me pregunto si se habrán dado cuenta de algo…

—Yo no los he visto mucho desde la discoteca —confieso y busco su mirada—. ¿Has pasado tú tiempo con ellos?

—Con Iñaki sobre todo. Ya sabes que él y yo somos casi como hermanos —me dice y se muerde el labio—. Pero cabe la posibilidad de que hayan notado la sonrisa boba que se me pone cuando nos mensajeamos.

—¡Vicky! —exclamo y enderezo mi espalda, dándole un manotazo en el brazo.

—Estoy segura de que están apostando para ver cuánto tardamos en enrollarnos — añade y niego sorprendida—. ¿Que no? Tú espera y ya verás.

—Todo ha pasado en tres días, ¿te das cuenta? Si lo que dices es verdad, no habrá acertado ninguno. Ha sido un subidón, como una droga de las fuertes.

—Y mira que a mí no me gustan esas cosas —comenta y las dos reímos—. La verdad es que parece un sueño y tengo la sensación de que en algún momento desaparecerá.

Descubrir que las dos nos sentimos de la misma manera, que tememos que no sea real, me hace sentir completa y acompañada. Me encantaría poder contar con mi hermano ahora

mismo, hacerle saber cómo estoy y recibir uno de sus grandes consejos. Pero no quiero que nadie más se meta en lo que pasa, que solo seamos nosotras las que decidamos qué hacer o hasta dónde llegar.

—¿Puedo hacer algo para dejarte claro que no estás soñando? —pregunto mirándola a los ojos, y con la yema de mis dedos acaricio su pelo, la piel de sus mejillas y también de su cuello.

—Creo que sí…

—¿El qué? —murmuro con suavidad.

—Primero, bésame… —pide y, antes de que pueda continuar su frase, uno mis labios a los suyos dando paso a un instante tierno y cargado de amor—. Y segundo, quedándote conmigo esta noche. Prometo ser muy buena contigo.

—¿Tan buena como la vez pasada? —cuestiono con una sonrisa pícara y una ceja levantada.

—Una siempre puede superarse…. —confiesa y cuando vuelve a besarme, con sus manos en mi rostro y su lengua buscando la mía, sé que no voy a poder negarme a nada de lo que me pida.





36

LAS SORPRESAS QUE DA LA VIDA

JORGE

Ibiza. 18 de julio, 2024

Tras mucho suplicar he conseguido que al final salgamos juntos de senderismo y que Elena deje su trabajo, aunque aún no sé cómo. Me alegra que aceptase la propuesta sin rechistar y, pensándolo bien, admito que me gustaría que no tuviese tantas responsabilidades. Ahora me siento un poco culpable por dejar que cargue con todos los preparativos de la boda, pero cada vez que la veo sonreír y la escucho reír, sé que es feliz y es lo que más me importa.

La noche pasada Carolina y yo hablamos de que después de todo el jaleo que se formó con lo de Victoria, las cosas entre ellas parecen ir mejor de lo que pensábamos. Los dos tenemos la teoría de que han aclarado las cosas; sin embargo, ella va más allá y me ha dejado caer que seguro que han hecho alguna cosita más. Yo no tengo la cabeza para imaginar tanto, solo quiero que el ambiente del grupo sea más relajado y que podamos disfrutar de la compañía de todos como lo hacíamos antes.

Pablo e Iñaki han hecho apuestas respecto a la relación de mi hermana y, aunque no me hace ni pizca de gracia, me han obligado a participar. No tengo idea de quién será el ganador o si alguien habrá acertado, solo me quedo con la idea de que queremos lo mismo: que vuelvan a estar juntas.

El día luce ideal para pasarlo en la montaña; no hace tanto calor como los pasados y la brisa ayuda a que el sol no queme mucho. Llevamos más de media hora de camino y a pesar de ser el único que está acostumbrado a hacer esto casi a diario, no he escuchado queja de nadie.

—¡Jorge, tío! ¿Pretendes que recorramos toda la isla?

—Ya decía yo que este silencio era demasiado bueno para ser verdad —exclamo y el resto se ríe.

—No os riais. Algún día echaréis de menos mis quejas —suelta Pablo.

—Tú di que sí —afirma Victoria y recibe de mi hermana una sonrisa cómplice que dura

unos segundos, pero que Carolina percibe lo suficiente como para darme un codazo y que no me la pierda.

—Será mejor que dejéis de hablar y aceleréis el paso, quiero que lleguemos a la torre a media mañana y si seguimos así, no volvemos hasta pasada la media tarde —protesto y el bufido de Pablo provoca que Iñaki le dé un empujón amistoso.

—Vamos, que no es para tanto, solo nos quedan un par de kilómetros.

—Este tío está loco… —señala otra vez—. Hacía siglos que no andaba tanto.

—Todavía puedes dar media vuelta —le anima mi hermana con ese gesto bromista que tanto la caracteriza—. Eso sí, si te pierdes, luego no nos culpes. Aún recuerdo la vez que fuimos a hacer la ruta del Faro des Moscarter y Portinatx. Casi tenemos que llamar a la policía.

—Tampoco te pases —murmura él avergonzado—. Era de noche y ya sabes que yo no veo bien a esas horas del día.

—Ya, claro… —responden Victoria y mi hermana a la vez—. Anda, sigamos. Cuanto más nos retrasemos, más tarde volveremos —le anima la primera y después, se sujeta al brazo de Pablo para seguir el ritmo que marco.

El silencio nos envuelve a todos y durante más de veinte minutos nos dedicamos a disfrutar del paisaje de este extremo de la isla; desde aquí se puede ver a lo lejos los acantilados, como rompen las olas contra las rocas y las diferentes tonalidades que adquiere el mar Mediterráneo según sus profundidades.

—Este lugar es espectacular, ¿eh? —Victoria, que se coloca a mi lado, pone sus brazos en jarra y me dedica una sonrisa cansada—. Aunque reconozco que esta vez te has pasado. —Ríe y señala a Pablo—. Creo que ya no lo veremos hasta la boda.

—Eso le pasa por no levantarse del sillón —le respondo levantando la voz y recibo de mi amigo una peineta que provoca mi carcajada—. Me alegra que lo estés pasando bien —le comento ahora a Victoria—. Parece que las cosas van bien entre mi hermana y tú.

—Solo necesitábamos un poquito de tiempo —me explica y busca a Elena con la mirada—. No todo lo muerto parece estarlo de verdad.

Mi hermana, que no ha perdido detalle de nuestra conversación, pasa por nuestro lado y camina hasta adelantarnos. Me encantaría poder estar a solas con ellas y preguntarles de manera más cercana, pero, a la vista de que no va a poder ser, me trago mis preguntas y avanzo hasta sujetarme del brazo de Elena.

—¿Me vas a decir qué es lo que ha provocado que te brillen los ojos? —le susurro para evitar que Carolina y Ana nos escuchen—. Porque si crees que soy tonto, hermanita mía, estás muy equivocada.

—Ya has hablado con ella —me dice, y una vez que la miro a los ojos, me dedica un guiño que después se transforma en una pequeña risa—. Deja de pensar en mí y disfruta de esto. Sé que es uno de tus lugares favoritos desde niño.

—¿¡Queda mucho!?

—¿Tú estás bien? —pregunto interesado y paso olímpicamente de Pablo.

—Mucho mejor que bien. —Mi hermana me da un beso en la mejilla y una vez que me sonríe, sé que lo que dice es verdad.

El día que Carolina me contó que le había pedido a Victoria ser su dama de honor, lo primero que pensé es que estaba loca. Discutimos durante horas porque parecía ser el único consciente de todo lo que desenterraría su regreso a la isla; pero, al parecer, estaba bastante ciego porque no era capaz de darme cuenta de que lo único que necesitaba mi

hermana para ser feliz era eso mismo: que Vicky volviese.

Supongo que hay cosas que se me escapan de las manos y a las que no puedo poner freno, y los caprichos del destino son una de ellas. No sé qué es lo que él espera que pase, si saldrá algo bueno de esto o tendré que presenciar cómo mi hermana vuelve a hundirse o será la misma de antes gracias a Victoria. No estoy seguro de tener la paciencia suficiente para esperar que algunas de esas dos cosas pasen, pero ahora, lo único que puedo hacer es asegurarme de que Elena estará bien y que, en un futuro, recuerde estos años como el tiempo que necesitó para seguir adelante con una relación que en algún momento de nuestra vida todos quisimos imitar.




37

SONRISAS MÁGICAS

VICTORIA

Ibiza. 18 de julio, 2024

Estoy tan cansada que apenas me siento las pestañas. Llevo más de veinte minutos pidiéndole a mi cuerpo que reaccione y aunque he conseguido levantarme de la cama, la verdad es que no tengo energía para nada. Carolina no ha parado de enviarme mensajes toda la tarde, rogándome que salgamos a dar una vuelta por la isla y, al final, he tenido que mentirle y decirle que no estaba bien para no contarle que tenía un plan más tranquilo, íntimo y entretenido para esta noche. Elena no tiene ni idea de que voy a ir a verla, pero así es mejor porque la sorpresa será todavía mayor.

Hacía tanto tiempo que no me pegaba tal palizón a caminar que puedo sentir agujetas hasta en los dedos de los pies. Soy consciente de que estaba en baja forma, pero lo que no me imaginaba es que tuviese tan atrofiados los músculos de las piernas. Años atrás era la única que se atrevía, junto con Iñaki, a acompañar a Jorge en sus expediciones, pero ahora… soy incapaz de andar varios kilómetros sin notar que me dan calambres hasta en el culo.

Si quiero llegar a casa de Elena antes de la cena, tengo que ponerme en marcha cuanto antes; camino por el dormitorio mientras me quito la ropa y, al llegar al baño, me meto de lleno bajo el chorro de agua fría. El tiempo que me tomo en la ducha me permite volver atrás y recordar cómo nos han mirado todos a lo largo de la expedición. Sé que somos el centro de atención, que el grupo entero espera a ver qué pasa entre nosotras y aunque lo he intentado, me parece que hemos sido un poco obvias. Porque, la verdad, aunque lo hayamos intentado es imposible poner freno a lo que sentimos.

Con una sonrisa en los labios, cierro los ojos, apoyo mis manos en los azulejos y permito que el agua recorra cada centímetro de mi cuerpo. El contraste de temperatura activa mis músculos y produce un pequeño hormigueo que se desliza por mi piel. Elena se cruza por mi cabeza; ha sido muy difícil para mí no besarla, no sujetarla de la mano o dedicarle alguna caricia. Pero admito que frenar mis impulsos tiene su lado bueno, porque ahora mis ganas de verla han aumentado bastante.

Enrollada en la toalla camino por el dormitorio hasta sentarme en el borde de la cama y empezar a vestirme con ropa cómoda y ligera. Mientras lo hago pienso en la conversación que Carolina y yo tuvimos nada más llegar a Ibiza, y en la que me contó que Elena había reformado para sí misma uno de los *chalets* de la zona vip de Gardenias. No me dio muchos detalles, solo me dijo que las vistas desde el jardín eran espectaculares y que reconocería la casa casi de inmediato. En ese instante fue bastante interesante para mí saber que nuestra separación nos había obligado a las dos a mantener la mente ocupada en mil cosas. Que, después de lo ocurrido, seguíamos juntas solo que a kilómetros de distancia.

Ahora, y tras lo que ha pasado durante estos días, lo que más deseo es que esta segunda oportunidad se llene de momentos dulces y felices, de sonrisas y risas retumbando por todas partes. No estoy dispuesta a que nada ni nadie derrumbe este nuevo capítulo en nuestras vidas, ni siquiera mi trabajo o mis propias ambiciones; me he jurado a mí misma que mi relación con ella estará por encima de todo lo demás.

Ya en el exterior del hotel, me dejo llevar por los latidos de mi corazón y pongo rumbo a los senderos de tierra iluminados hasta la zona más apartada y relajada de Gardenias; Jaime, el padre de Elena, mandó construir todo con la finalidad de ofrecer a sus clientes más pudientes, un lugar exclusivo en el que esconderse y pasar su tiempo lejos de los curiosos. Recuerdo que, al venir a Ibiza por primera vez, todo eran barracones de hormigón. Pero ahora es un paraíso iluminado por pequeñas antorchas que culminan en un puente precioso de madera blanca y una puerta de seguridad.

Si no llega a ser porque Carolina me dio el código de acceso la misma mañana que Jorge me confesó que Elena estaba enamorada de mí, no tendría manera de atravesar este lugar. Por un momento, me noto nerviosa al saber qué habrá más allá, pero una vez que la cruzo, me veo inmersa en un barrio comunitario bastante tranquilo donde los coches de última gama están aparcados en la puerta y varias cámaras vigilan lo que hay a mi alrededor. En silencio, y sin llamar demasiado la atención, camino por la acera hasta que me veo atraída por las contraventanas de uno de los *chalets*; de un color azul intenso, más griego que ibicenco, que resaltan sobre la pintura blanca y las hiedras de las paredes. Sé que he llegado a mi destino sin tener que investigar mucho porque soy capaz de verla a ella en esos pequeños detalles.

Sin pensármelo mucho, me acerco a la puerta y pulso el timbre. Espero que por aquí no haya ningún jugador de fútbol porque entonces tendré que pedirle un autógrafo para mi padre antes de hacer otra cosa. Aunque lo primero que me encuentro son los ojos grises de Elena encontrándose con los míos a través del cristal de la puerta.

—¿Se puede saber qué haces aquí? —pregunta sorprendida—. ¿Cómo…?

—¿Tú qué crees?

—Te juro que voy a matar a Carolina… —menciona y yo me echo a reír—. Es incapaz de cerrar la boca cuando se trata de un secreto.

—Bueno, si quieres hago que no he venido y me voy.

—Qué tonta eres. Es que… —Se apoya en la puerta y la abre un poco más invitándome a pasar—. Creía que estarías cenando con los demás y me ha sorprendido verte aquí.

—Te juro que estuve a punto de quedarme en el hotel. Cuando a tu hermano se le mete algo en la cabeza, no hay quien lo pare. Tengo el cuerpo adolorido.

—Ya sabes cómo es. Yo le dije que era una locura, pero…

—Pero siempre hace lo que le da la gana. —Las dos reímos y, por fin, después de unos segundos de conversación, rompemos la lejanía y nos abrazamos—. Este lugar es precioso.

Me ha costado muy poquito reconocerla.

—Ah, ¿sí? —me pregunta con ese tono de voz que me seduce e invita a besar sus labios.

—Hay sueños que al final se hacen realidad. Está igual a cómo me comentaste que lo harías cuando eras una niña.

—Cuando volví a la isla lo primero que necesitaba era un lugar alejado donde nadie me molestase y, bueno, este *chalet* estaba casi en la ruina, no tuve que pensarlo mucho.

—Pues es precioso… —Me dedico a recorrer el salón que se extiende hasta la cocina y una terraza desde la que imagino se verá el mar—. Y muy tuyo. —Señalo la decoración repleta de conchas que hay en un cuadro apoyado sobre la pared—. ¿Estabas muy ocupada?

—Que va… preparaba algo de cenar, ¿te quieres quedar?

—Por supuesto que sí —digo entre susurros—. Sabes que no me voy a negar.

—¿Te apetece un vino? —pregunta y yo acepto con la cabeza antes de soltarla para tomarme la libertad de echar un vistazo a un montón de fotografías que tiene sobre un aparador—. No pude deshacerme de ellas… —comenta cuando sujeto una de nosotras—. ¿Recuerdas esa tarde?

—Aún me acuerdo de tu cara cuando viste el anillo —rememoro mirándola a los ojos para dejar el marco en su lugar y seguir sus pasos hacia la cocina—. Me pasé toda la semana pensando en cómo pedírtelo. Tu hermano decía que debía hincar la rodilla en el suelo, y Carolina que debía organizar una velada romántica inolvidable.

—Menos mal que no les hiciste caso. —Se ríe y sirve vino para las dos—. Me hubiese perdido el poder celebrarlo con todos.

—A veces lo ideal es no hacer caso de los consejos de los demás.

—Siempre es mejor. —Me cede una de las copas y camina hasta la terraza donde, una vez que salimos, noto la brisa del mar removiendo mi pelo—. Aunque espero que tú aceptes mis recomendaciones.

—Claro que sí —le hago saber regalándole un beso en la mejilla—. Fíjate si es así, que he pensado que al final sí que me iré unos días a Madrid. Le he estado dando muchas vueltas a todo y creo que es lo mejor.

—¿Lo has hablado con Carolina?

—Todavía no. La verdad es que no he encontrado el momento perfecto.

—Verás como no pasa nada. —Se acerca a mí y se abraza a mi cuerpo con suavidad—. Eso sí, cuando te vayas, me va a tocar aguantar todas sus preguntitas.

—Te las arreglarás, estoy segura.

—Solo espero que puedas arreglar las cosas con Joana y bueno… —murmura sin saber bien qué más decir—. Tengo algo de miedo, ¿sabes?

—No tienes por qué. —Dejo la copa en el poyete de la ventana para así, rodearla mejor con mis brazos—. Mi relación con ella no será un problema.

—¿Me lo prometes?

—¿Ahora me dejas hacer promesas? —pregunto y busco su mirada—. Luego no me eches la culpa.

—Solo hazlo y cállate —refunfuña y nos reímos.

—Te lo juro.

Durante varios minutos dejamos que el silencio nos envuelva. Desde la terraza se puede escuchar el mar y ver la luna en lo alto. No puedo evitar disfrutar de esos instantes e imaginar cómo será mi futuro a su lado. Soy feliz con Elena y quiero seguir siéndolo toda mi

vida.





38

CON EL CORAZÓN TEMBLANDO

ELENA

Ibiza. 19 de julio, 2024

Si a principios de año alguna persona me hubiese dicho que hoy en día Victoria y yo estaríamos juntas, no le habría creído. Sé que está pasando, que es real, que nada tiene que ver con esos sueños que me han acompañado, y no soporto no encontrar la manera de calmar lo que siento. Anoche, tras su visita repentina, pasamos una velada íntima de esas que hacía mucho que no disfrutábamos. Lejos de la pasión que nos envolvió las pasadas veces, en esta ocasión solo cenamos en la terraza mientras hablábamos de cómo íbamos a contarle al resto que estábamos saliendo. Victoria y yo nos reímos muchísimo con cosas insignificantes que vivimos estos últimos años. Yo le conté sobre la separación de mis padres y cómo me hice cargo de Gardenias después de que mi padre se largase abandonándolo todo, de los primeros meses de Jorge en el gimnasio, incluso de los celos de Carolina cuando se enteró que una de sus alumnas le acosaba. Y ella me habló del periódico, de lo complicado que le ha sido tener su propio despacho y de las tonterías que tiene que aguantar de sus jefes. Se notaba que queríamos una noche —más allá del sexo y el contacto — compartiendo emociones y experiencias.

El reloj que tengo sobre el escritorio marca las once de la mañana y me pregunto si estará disfrutando de la playa tal como me comentó que haría. Me encantaría acompañarla, tostarme un poquito al sol y dejar a un lado mi trabajo, pero hoy es uno de esos días en los que no me puedo escapar. Con la boda de mi hermano a la vuelta de la esquina, tuve que hacer algunos pedidos extras con los que no contaba y necesito saber si ha llegado en buenas condiciones antes de anunciarle a los novios que todo está preparado para el gran día.

Dispuesta a salir del despacho y marchar al almacén, me abrazo a los albaranes y reviso mi teléfono móvil mientras camino por el pasillo rumbo al ascensor. Victoria me ha enviado un par de mensajes que respondo de manera rápida acompañados de varios emoticones, un beso y un te quiero que me hace sonreír. Hacía muchísimo que no me sentía

tan bien, tan viva y con tanta energía, y me alegra que ella sea la culpable. Subo al ascensor directa a la última planta y la soledad que me rodea provoca que suspire y me apoye contra el espejo que hay a mi espalda. Aún estoy aturdida y abrumada, y notar las mariposillas revoloteando dentro de mí tampoco ayuda.

Cuando la campanilla anuncia que he llegado a mi destino, camino sin prestar atención a las personas que me rodean. Escucho el saludo de mis trabajadores y sigo adelante tras corresponder alguno, al menos hasta que alguien me sujeta del brazo y tira de mí para que deje de caminar.

—Señorita ocupada, ¿llevas tapones en los oídos y no me escuchas? —me pregunta Ana provocando que me tense y me suelte de su agarre con brusquedad—. Llevo llamándote desde que has salido del ascensor.

—Me has asustado —comento mientras me froto el brazo—. Lo siento, es que tengo en la cabeza muchas cosas.

—Ya lo veo, ya —suspira y lleva la mirada hacia los papeles que traigo conmigo—. ¿Estás muy ocupada? ¿A dónde vas?

—Tengo que repasar los pedidos que han llegado esta mañana. Pedí algunas cosas para la boda y necesito saber que todo está correcto —explico llevándome un par de mechones tras la oreja—. Te juro que es la última vez que me postulo a organizar una boda.

—Ya te dije que era una locura, pero como nunca me haces caso…

—Sabes que sí, así que no digas tonterías. Pero dime, ¿qué haces por aquí? ¿Vienes a ver a Iñaki?

—La verdad es que venía a verte a ti.

—¿Ahora qué he hecho? —pregunto como si fuese una niña que ha cometido alguna travesura—. Tengo la sensación de que todo el mundo me mira como si hubiese hecho algo malo.

—Eso lo sabrás tú —responde y levanta una ceja interesada—. ¿Hay algo que hayas hecho y que quieras confesar?

«Ya echaba de menos a la Ana de siempre», pienso y niego antes de responder:

—¿Yo? ¡Nada! ¿Qué podría hacer si me paso todo el día trabajando? —exclamo en un intento porque deje de pensar cosas raras—. ¿Quieres venir conmigo y hablamos? Aún me quedan muchas cosas por hacer después de esto y…

—Sí, anda, así me cuentas que ha pasado con Victoria.

—No te rindes nunca, ¿verdad? —Resoplo.

—Te conozco muy bien y si creías que no iba a notar tu cambio de estado por estar con Iñaki, la llevas clara. Sé que pasa algo que no me has contado. —Ana golpea los papeles con un dedo y después, vamos rumbo al almacén—. Y si hay algo que nos quedó muy clarito a todos ayer es que se os ve muy bien. Demasiado bien, diría yo —insiste.

—A veces las personas adultas arreglan sus problemas. Eso es todo.

Por un momento tengo ganas de salir corriendo y esconderme bajo tierra para no tener esta conversación con ella, pero es imposible. Sé que no se lo tomará bien, que en cuanto le cuente que Victoria y yo estamos juntas y que nos hemos acostado, pondrá el grito en el cielo y me llamará de todo.

—Ya, y pretendes que me crea que esas miraditas y sonrisas que os regalasteis son fruto de una conversación adulta y ya está, ¿verdad? —comenta y, de repente, noto que las mejillas me arden—. No soy tonta, Elena. —Me sujeta del brazo y me obliga a mirarla—. Puedes contarme lo que sea, soy tu mejor amiga y lo que más deseo es que estés bien.

—¿De verdad?

—¡Claro que sí! —exclama con seguridad sintiéndose un poco ofendida por mi pregunta—. Lo único que quiero es que seas feliz.

—Victoria y yo estamos saliendo, Ana.

—¿¡Qué!? ¡Tú estás loca! —Una vez que grita se tapa la boca con ambas manos y se da cuenta de por qué no le había dicho nada desde que nos besamos en la discoteca, poco después de que ella llegase a la isla—. ¿Cuándo…?

—¿Eso importa? —pregunto y me muerdo el labio inferior en un intento por no sonreír por el recuerdo de lo que hemos hecho estos días—. Ahora todo está bien entre nosotras y estoy tan feliz que no puedo ocultar la sonrisa que me pone a diario.

—Ya veo… —murmura y, de pronto, siento que estoy a punto de recibir un sermón que no sé si deseo escuchar—. ¿Y qué ha pasado con su pareja? ¿Se la ha tragado la tierra? —me reprocha con tal acidez en la voz que necesito girarme para mirarla a la cara—. Te lo pregunto porque, al parecer, te has olvidado de la tarde que pasaste llorando porque Victoria iba a venir a la boda con ella.

—¿Y eso qué tiene que ver ahora?

—¿En serio me lo estás preguntando? —Se ríe con sorna—. Todo sigue igual a como estaba antes de que llegase a Ibiza y tú estás viviendo en tu propia burbuja —argumenta cruzándose de brazos—. Victoria está poniéndole los cuernos a su novia contigo —comienza a enumerar—, vive en Madrid, tiene su trabajo en el periódico y una vez que Carolina y Jorge se casen se irá y tú te quedarás aquí.

—Eso no es…

—Ah, espera, ¿ya habéis hablado de lo que ocurrirá cuando los fuegos artificiales se terminen? —me interrumpe y provoca que se me forme un nudo en el estómago—. ¿Cómo puedes ser tan ilusa y dejarte llevar por sus tonterías? ¡Te lo dije! ¡Tienes que protegerte! ¡Y ni puto caso me has hecho!

—¿¡Y tú qué coño sabrás de nosotras!? —le grito enfurecida y con los ojos llenos de lágrimas—. ¡Eres mi amiga! ¡Mi alma gemela! ¿¡Te das cuenta de que no necesito un sermón así!?

—¿Y quién pretendes que te abra los ojos? ¿Tu hermanito? —Chista con la lengua—. Él siempre ha idealizado tu relación con Victoria y, por lo visto, te ha arrastrado hasta sus brazos.

—Jorge no tiene nada que ver con esto.

—Entonces la alcahueta de tu futura cuñada —añade sin apartar sus ojos de los míos —. Me contó que la razón por la que había invitado a Victoria a la boda es porque estaba segura de que una vez que os vieseis arreglaríais las cosas.

—Por lo visto Carolina es la única que sabe mirar con el corazón y no con los ojos —sentencio y me abrazo con más fuerza a los papeles que llevo—. Ya no quiero hablar de esto contigo. Así que, si me disculpas, me voy. Tengo que seguir con mi trabajo.

Con un nudo en la garganta me doy media vuelta y voy hasta el almacén. No sé qué es lo que más me duele, si saber que Ana es incapaz de ver lo feliz que estoy o que avoque sobre Victoria todos los problemas que hemos tenido y tendremos en el futuro.

—Elena, espera. —Me quita las llaves de las manos y yo, histérica y muy cabreada, se las arrebato para volver a lo que estaba a punto de hacer—. Quiero lo mejor para ti, que vuelvas a ser feliz. No quiero que te hagan daño. Sería insoportable ver cómo te parten el corazón otra vez.

—Ya soy bastante mayorcita para saber qué es lo que tengo que hacer con mi vida, Ana. —La amplitud del almacén nos recibe y aunque hay varias personas trabajando en él, me giro para enfrentarla—. Lo que me parece aún más increíble no es el hecho de que Victoria y yo estemos juntas, es que seas incapaz de ver que todo lo que pasó hace años es agua pasada y que esto que estoy viviendo ahora es… —Mis ojos se llenan de lágrimas y necesito pasarme una mano por ellos—. Ella me hace increíblemente feliz. Y sí, aún tiene pareja, ¿y qué? Confío en que todo se va a arreglar.

—¿Ella te ha dicho que se quedará aquí?

—No hemos hablado de nada de eso aún, pero te lo vuelvo a decir; pase lo que pase, arreglaremos las cosas como adultas que somos —respondo con una franqueza que hasta a mí me sorprende.

—Sé que por más que te aconseje harás lo que te dé la gana, pero… —Se encoge de hombros—. Alguien tenía que ponerte los pies en la tierra antes de cometer una locura.

—¿Sabes de lo que me arrepiento cada día? —apunto y ella niega un par de veces—. De haber sido tan egoísta con Victoria y no haber visto que ella tampoco lo estaba pasando bien. Tenía un trabajo que la absorbía, que la maltrataba y unos jefes que ni siquiera pensaban en dejarla dormir —explico—. Yo lo único que hice fue añadirle más presión. También me equivoqué, Ana, y ella no me lo ha reprochado nunca.

—Pero ella tendría…

—Las dos deberíamos de habernos apoyado. Y he aprendido que sí, el amor es importante, pero para que una relación funcione tiene que haber mucho más que eso —añado llevándome una mano al pecho—. Sin comprensión y apoyo es imposible que algo dure tanto como se desea.

—Entiendo…

—Ella tomó una decisión errónea y sí, salimos muy mal paradas, yo lo pasé muy mal. Pero ahora estamos bien y en lo único que pienso es en pasar el resto de mi vida a su lado —confieso—. Y haré lo que sea necesario para conseguirlo.

—¿De verdad crees que después de tanto tiempo lo podréis hacer?

—Nunca se sabe qué es lo que pasará en el futuro, pero no me voy a quedar de brazos cruzados y no intentarlo —admito con el corazón temblando—. Quiero sacarme esta espina que llevo clavada dentro de mí.

—¿Y si todo sale mal?

—Al menos sabré que las dos lo hemos intentado. —Le dedico una sonrisa con la que oculto la marejada de emociones que ahoga mi corazón en este momento—. Necesito que me apoyes, Ana. Llevo días ocultándote todo esto y no puedo estar aguantándome cómo me encuentro por miedo a que nos critiques.

—Sabes que siempre te voy a apoyar en todas las decisiones que tomes —asegura y se funde en un abrazo conmigo—. Pero también tienes que entender que siempre me preocuparé por ti.

—Hay cosas que nunca cambiarán.

—Jamás.





39

DEJARLO TODO POR ELLA

VICTORIA

Ibiza. 19 de julio, 2024

Los días han pasado volando y, a pesar de haberlo intentado una y otra vez, Joana sigue sin responderme las llamadas. He empezado a creer que lo está haciendo a propósito, que por alguna razón sabe por qué la estoy llamando y que está midiendo el tamaño de mi paciencia a puñados. Desde que Elena me comentó que debía hacer bien las cosas y que no le importaba que volviera a Madrid para aclararlo todo, le he dado muchas vueltas a todo lo que me está pasando y a los pasos que quiero dar de cara al futuro. Por un lado está acabar con mi relación y por otro, mi trabajo.

Tras mi última conversación con Alfredo, me quedó claro que él me quiere como subdirectora del periódico, aunque ni me preguntó si yo estaba dispuesta a ocupar ese puesto o si tenía otros planes. Sé que pensó en mí porque es una manera de asegurarle a Pepa que tendrá a su lado a una persona dócil, pero yo ya estoy cansada de que me mangoneen y no tomen en cuenta mis decisiones. Elena no tiene idea de que estos últimos meses me he sentido bastante abrumada por todo y que he pensado incluso en buscar otra cosa más sencilla: ser solo columnista, aprovechar lo que he aprendido todos estos años para sacar un libro y disfrutar de escribir.

Tal y como le comenté que haría, voy camino de la playa con la toalla al hombro y los pies hundiéndose en la arena. Carolina me envió un mensaje a primera hora para vernos en el chiringuito que queda justo al lado. He decidido aprovechar el paseo para intentar llamar a Joana, aunque ya son seis las veces que lo he hecho y seis las que me ha colgado. A mi alrededor todo el mundo disfruta del día como si fuese el último que pasan en la isla. Aún les queda más de un mes para su vuelta a la rutina y la energía positiva que desprenden sus risas se me contagia lo suficiente como para borrar mi malestar por tener que volver a Madrid y dejar a Elena aquí.

Frustrada, suelto un suspiro y, una vez que lo hago, mis ojos chocan con la figura de Carolina a lo lejos; lleva un bikini negro a juego con el pareo y se mueve al ritmo de la

música que se eleva desde una radio que un grupo de chavales tiene puesta. Aunque no es eso lo que me llama la atención, sino la mirada que me echa cuando da conmigo.

«Presiento que se avecina tormenta», pienso a unos pasos de llegar hasta donde se encuentra y darle un par de besos.

—¿No crees que deberías evitar pasar todo el día en la playa? Vas a parecer una cebra el día de tu boda.

—No digas tonterías, sabes que hago *topless* —responde quejicosa—. ¿Cómo has dormido? ¿Sigues teniendo agujetas?

—Dile a tu futuro marido que me duele hasta el culo. —Me lo sujeto con ambas manos y empiezo a reír—. Te juro que voy a estar recordándoselo toda la vida.

—No vas a ser la única. Pablo dice que no piensa salir del dormitorio hasta la boda. —Nuestras risas se mezclan con la de los niños que juegan a nuestro alrededor y en cuanto encontramos un hueco que nos gusta a las dos, extendemos las toallas sobre las que nos sentamos. El sol quema, puedo notarlo en mis hombros y decido cerrar los ojos y dejarme llevar por la calidez del momento y así, borrar de mi cabeza cualquier preocupación; no puedo permitir que la actitud de Joana me estropee estos días—. Jorge y yo hemos pensado una cosa… —comenta Carolina llamando mi atención—. ¿Te parece bien ayudar a Elena con nuestra despedida de solteros? —añade mirándome a los ojos—. Ella ya tiene una idea, pero se ha encargado de todas las cosas de la boda y no queremos darle tanto trabajo.

—¿Y por qué yo? —Levanto una ceja con curiosidad.

—Porque tú eres mi mejor amiga, y Elena es la hermana de Jorge. Además, así tendréis más tiempo para estar a solas —dice y no puedo evitar reírme al ser consciente de lo que busca—. ¿Por qué te ríes?

—Por nada. Se lo comentaré a Elena a ver qué se le ha ocurrido… —susurro y me dejo caer de espaldas sobre la toalla, colocando mis brazos detrás de mi cabeza.

—Parece que os va bien —comenta y se coloca a mi lado—. ¿Habéis arreglado las cosas?

—Hemos hecho mucho más que eso —confieso y me tapo el sol de los ojos con una mano—. Pero eso queda entre Elena y yo, no pienso contártelo.

—¡Joder, Vicky! ¡No puedes dejarme así!

—Lo siento, pero es lo que hay. —Me río—. No puedo estar contándote todo lo que haga con ella porque eso sería como hablarte de mis cosas más íntimas.

—Espera… ¿qué habéis hecho ya?

—Ya te lo he dicho, mucho más que hablar. —Muevo las cejas un par de veces.

—¿¡Os habéis besado!? ¿¡Y acostado!? —Me da un empujón—. ¿¡Y cuándo pensabas decírmelo!? ¿¡Nunca!?

—La idea era que nadie se enterase —suelto un suspiro—. Eres muy pesada y si no te lo cuento, lo descubrirás y después armarás un drama. Así que…

—Pero… ¿y Joana?

—Ese es el gran problema —replico y me giro para apoyarme de lado en la toalla—. La he llamado varias veces para intentar hablar con ella de lo que está pasando y decirle que lo nuestro ha terminado. Pero no me coge el teléfono. Elena lo sabe, estuvimos hablando de eso y me aconsejó tomarme unos días para regresar a Madrid y arreglar las cosas. Así que, al final, voy a tener que hacerlo si quiero que todo esto funcione.

—Pero espera… ¿estás segura? Tú tienes tu trabajo en Madrid. Toda tu vida está allí… —argumenta como si yo no lo supiera—. ¿Pretendes tener una relación con Elena a

distancia o qué?

—Sé que lo tengo todo en Madrid, pero nada de eso me sirve si ella no está conmigo —admito ante ella y me recojo el pelo detrás de la oreja—. Además, últimamente las cosas en el trabajo me están agobiando un poco y tengo un jefe que es… en fin, ya sabes —comento —. Quiero hacer bien las cosas y no me importa nada más.

—¿Ni siquiera perder tu puesto en el periódico? —Niego y ella sujeta mis manos entre sí emocionada—. Sabes que una vez que Jorge se entere de esto te va a dar la charlita, ¿verdad?

—No espero menos de él —confieso y agacho la mirada a nuestras manos—. Yo quiero muchísimo a Elena, Carol. Y la idea de volver a perderla me duele mucho más de lo que puedas imaginar.

—Yo lo único que quiero es que las dos estéis bien. Sois mis amigas y necesito saber que sois felices. No me importa si estáis juntas o separadas.

—Esperemos que juntas… —Me río y ella conmigo—. Gracias por preocuparte por nosotras.

—Es lo que hacen las amigas. Eso sí… —Levanta un dedo—. Como la cagues otra vez, te juro que Jorge no será el que te eche a patadas de esta isla.

—No lo haré, te lo aseguro.

—Más te vale.





40

LAS PIEDRAS DEL CAMINO

VICTORIA

Ibiza. 20 de julio, 2024

Elena y yo llevamos un par de días comunicándonos solo a través de mensajes. Siento que en vez de cuarenta y ocho horas, han pasado un par de semanas y tengo tantas ganas de verla que me subo por las paredes. Desde la otra noche que pasamos juntas me quedó más claro que necesito ordenar un poco mi vida si quiero que las cosas funcionen, y ayer, tras la conversación con Carolina, me di cuenta de que no solo está el asunto con Joana, sino mi trabajo y todo lo que eso conlleva.

No le había confesado a nadie que me sentía sobrepasada en el periódico; a mí me encanta lo que hago, mi puesto como jefa del área internacional es increíble, pero no puedo estar en un lugar que me drena las energías y me obliga a alimentarme a base de café. Tarde o temprano las cosas que más ilusión te hacen pueden acabar siendo las que más odias, y eso es lo que me pasa ahora mismo. Ya no tengo claro si quiero pasar toda mi vida en el periódico y mucho menos si estoy dispuesta a dar todo lo que tengo por ver mi nombre reflejado en los créditos.

A lo largo de estos últimos días he estado llamando con insistencia a Joana. No he parado de marcar y colgar, he sido tan insistente que tengo la sensación de que tarde o temprano descolgará; pero ya estoy cansada de su actitud enfadada y tensa. No entiendo por qué razón tengo que estar detrás de ella continuamente, pues ya no tengo dieciocho años y la paciencia se me agota conforme pasan los segundos. En cuanto llegue a Madrid, voy a ir a buscarla para hablar y dar por acabada sí o sí nuestra relación, y no me va a importar cómo reaccione. Lo ideal sería que las cosas fuesen sencillas, pero está claro que será mucho más difícil de lo que pretendo.

—Maldito sea el día que esto empezó… —repito en voz alta una vez que salta el contestador automático y escucho su mensaje grabado. Suelto un suspiro y hundo una de mis manos en mi pelo—. Es que… ¡joder! —exclamo y, cuando estoy a punto de lanzar el teléfono, Joana me devuelve la llamada y no me lleva más de un segundo responder—.

¡Aleluya! ¿Ya te has cansado de mi insistencia?

—Acabo de llegar de París. ¿Se puede saber qué te ha pasado para que me llames tanto? —pregunta soltando un bufido—. Me dijiste que estarías ocupada con tus amigos.

—¿En París?

—Sí, bueno, Alfredo me pidió que lo acompañase —comenta con desgana—. Pero ya estoy de vuelta. Cuéntame, cariño, tengo más de treinta llamadas y un centenar de mensajes. Creo que terminaré antes si me lo dices tú.

—Mañana vuelvo a Madrid.

—¿Por qué? —pregunta con interés—. ¿Me echas mucho de menos? —De repente, me doy cuenta de que nuestra relación sigue por su parte y que no puedo contarle todo por teléfono—. ¿Vic? ¿Estás ahí?

—Sí, perdona —respondo—. Entonces, ¿Alfredo ya está en París?

—¡No! ¡Para nada! —exclama—. Está en Madrid.

—Ah, vale, genial —murmuro algo inquieta—. Quería hablar con él de unas cosas y por eso necesito volver a casa.

—No has hablado con Pepa, ¿verdad?

—¿Debería? —pregunto sin más—. No he recibido ni un mensaje de ella.

—Corre el rumor de que se están haciendo cambios en la plantilla —menciona y a mí se me enciende una pequeña luz en la cabeza. De pronto, me viene a la cabeza la conversación que tuve con Alfredo antes de volar a Ibiza y me tenso al mismo tiempo que mi corazón se me paraliza—. Al parecer van a despedir a algunas personas, y a otras las van a ascender.

—Cuando hablé con Alfredo me contó que estaban buscando a alguien para ocupar el puesto de subdirección —explico algo confusa y bloqueada—. Me dijo lo de Le Monde, pero no imaginaba que fuese a pasar tan rápido.

—Bueno, cuanto antes, mejor. Odio que mi futuro esté en el limbo.

—No te preocupes, tú tienes tu puesto asegurado.

—Espero que tú también —comenta sin más—. No me gustaría quedarme sola en el periódico, la verdad.

—Sí, bueno… —En ese momento, recibo un mensaje de Elena y coloco el manos libres y poder teclear una respuesta—. Ya veremos qué pasa en el futuro —logro decir y después, suelto un suspiro—. Mañana cuando llegue, te buscaré, ¿vale? Quiero que hablemos de una cosa.

—Qué misteriosa… —murmura con segundas intenciones—. Estoy deseando verte. La última vez que lo hicimos las cosas no fueron muy bien y te echo de menos.

—Ni siquiera me dejaste hablar —recuerdo brevemente—. Todo hubiese sido mucho más fácil si no te hubieses ido de mi casa. Necesitaba contarte cómo me sentía y…

—Querías romper conmigo, lo vi en tus ojos, por eso me fui —me interrumpe.

—No quería eso —admito con franqueza.

—Lo que tú digas.

—Mira, lo único que quería que entendieses es que Elena siempre será la mujer de mi vida —digo sin pensar demasiado las cosas—. Ella y yo crecimos la una al lado de la otra y nos enamoramos. Mi vida a su lado fue maravillosa y fui yo la que decidió divorciarse —añado—. Cometí un grave error al hacerlo, lo he llevado clavado en mi corazón desde hace cinco años y es una espina que no se va por nada del mundo. Ni siquiera porque conozcas a otra persona.

—Así que sigues enamorada de ella.

—Te lo he dicho ahora mismo. Siempre lo estaré —aseguro dándole un par de pistas sobre lo que pasará una vez que llegue a Madrid—. Pero bueno, mañana o pasado hablaremos de todo esto, ¿de acuerdo?

—Está bien.

—He quedado con mis amigos para cenar y les prometí que iría con ellos —miento a la vez que me acaricio el cuello—. Las promesas no se tienen que romper.

—No te preocupes. Pásalo bien.

—Lo haré.

Una vez que la llamada se corta, intento tragar y aflojar el nudo que se me ha hecho en el estómago. Joana no tiene ni idea de lo que pasará mañana, o quizá sí y está disimulando. Lo único que tengo claro es que son muchas las cosas que quiero hacer una vez llegue a Madrid; primero con nuestra relación, luego con mi trabajo y, para finalizar, con el futuro que quiero compartir junto a Elena.





41

¿LAS SEGUNDAS OPORTUNIDADES SON REALES?

ELENA

Ibiza. 20 de julio, 2024

Tras la conversación que tuve con Ana, mi cabeza ha sufrido un pequeño colapso. Le he dado muchas vueltas a la situación y, aunque en un principio me molesté al escucharla, tenía razón al admitir que mi situación con Victoria es peor de lo que era hace cinco años. Yo vivo aquí y, después de dar palos de ciego, he encontrado algo que me encanta hacer y ella tiene toda su vida en Madrid. Estamos en dos extremos y no puedo evitar preocuparme por todo; ahora mismo la relación que mantiene Victoria con Joana está en un segundo plano comparado con el resto de problemas.

En un intento por hacer de este sábado uno menos pesado —y soltar los miedos que llevo dentro— me he escapado del hotel para ir al mercadillo a comprar un par de cosas con la idea de llevarlas a casa de mi madre y comer con ella. Además, hoy he tenido suerte pues estaremos solas, cocinaremos juntas y, si todo va bien, podré contarle lo que me ocurre sin miedo a que me juzgue. Ella ha pasado por lo mismo que yo, estoy segura de que me entenderá y necesito que alguien me escuche y me aconseje, aunque luego sea yo la que deba decidir.

Tras salir del mercado con un par de bolsas, me monto en el coche y pongo rumbo a San José. Conducir siempre me ha ayudado a despejar la mente y mientras circulo por la carretera no puedo evitar pensar en Jorge, Ana y Carolina. A lo largo de estos días, Victoria me contó que mi futura cuñada y mi hermano no han dejado de hablar con ella desde que llegó a Ibiza. Supongo que es inevitable que estén preocupados por nosotras, pero no estoy segura de querer que nos recuerden lo mal que nos fue a las dos en el pasado; necesitamos que nos apoyen y que nos animen a creer que lo nuestro funcionará esta vez.

En el interior del coche el tiempo pasa tan rápido que ni siquiera me doy cuenta del momento en el que llego al que fue mi hogar. Sé que cuando mi madre me mire a los ojos

sabrá la verdad que se esconde tras mi expresión. Así que intento poner mi mejor sonrisa y llamo al timbre y, en cuanto abre, levanto las bolsas para que ella las vea y la abrazo dándole una sorpresa.

—¿Se puede saber qué haces aquí, cariño? —pregunta sorprendida con una sonrisa en la cara—. ¿Te has perdido otra vez?

—Pensé que podríamos pasar la mañana juntas. He estado en el mercado y he comprado una dorada que… —Río como una niña inocente—. ¿Podrás hacer una *rostidera* para las dos?

—¡Por supuesto que sí! —responde y, ya en casa, camino hasta la cocina y dejo todo lo que llevo conmigo—. Jorge no me dijo que venías.

—Está ocupado con los amigos, mamá —comento con una sonrisa en la cara—. Además, tampoco se lo comenté. Me apetecía que estuviésemos un ratito a solas.

—Un día de chicas. —Se ríe y me da un pequeño empujón con el trasero mientras me ayuda—. Espera, ¿has comprado bizcocho?

—Es tu favorito, ¿no?

Ella sonríe también y me regala un beso maternal en la mejilla. Una de las cosas que caracteriza a mi madre es esto, lo dulce que es con todo el mundo. Siempre me he preguntado la razón por la que mi padre se separó de ella, pero me alegra que, al menos, después de lo mal que lo pasó, sea feliz con la vida que tiene aquí.

—¿Te parece si hacemos una limonada bien fresquita? Encontré estos limones y…

—Son los mejores. ¿Cómo van los preparativos? ¿Ya está todo listo?

—Sí, por fin —exclamo agotada—. Ayer llegaron los últimos pedidos y ya tengo todo listo. Solo espero que Jorge se deje de planecitos y nos permita descansar un poco.

—Ya me comentó que os llevó de senderismo.

—Está loco —opino y comienzo a reírme mientras que coloco los limones a mi lado y busco un cuchillo—. Todavía quería que diésemos la vuelta por toda la costa y que pasásemos la mañana por ahí caminando. —Muevo la cabeza con un gesto de negación—. Menos mal que Pablo no dejó de quejarse que si no, aún estaríamos todos durmiendo.

—Ya sabes cómo es. En eso salió a tu padre.

Cuando ella menciona a papá, me muerdo el labio inferior y me quedo en silencio durante segundos. Al menos hasta que ella se separa de mí y camina por la cocina buscando todo lo necesario para limpiar la dorada y empezar a preparar la comida.

—¿Cómo van las cosas con Victoria? —me pregunta interesada—. Me imagino que no está siendo fácil.

—Bueno, de eso mismo te quería hablar…

—¿Ha pasado algo? —insiste—. Sabes que puedes contarme lo que sea, ¿verdad?

—Lo sé, mamá… —suspiro y le regalo una pequeña sonrisa—. Es que… —Dejo de cortar los limones y me giro hacia ella—. ¿Tú crees en las segundas oportunidades?

—Claro que sí, pero ¿a qué viene esa pregunta?

—Victoria y yo… —La miro y me llevo el pelo tras la oreja—. Sé que esto te va a parecer extraño, pero después de tanto tiempo…

—¿Qué, cariño? —presiona casi desesperada.

—Nos besamos y… ya sabes, mamá —confieso—. Después de eso sentí que las cosas entre nosotras no habían terminado, que aún podíamos arreglarlo si así lo queríamos —explico mordiéndome el labio inferior—. Y ahora estamos bien, como antes de que nos divorciásemos, y Ana… bueno… —Niego un par de veces—. Ella empezó a decirme que

pensase en lo que quiero, que abriese los ojos, que me asegurase de que las cosas no iban a ser como en el pasado…

—¿Y tú que quieres? —pregunta mi madre mirándome a los ojos—. Sin importar lo que piensen los demás, ¿qué es lo que te grita el corazón?

—Que no deje pasar la oportunidad y que lo intente…

—¿Y a qué viene tanto miedo? —Sonríe y acaricia mi mejilla—. Sé que no lo has pasado bien por culpa de lo que ocurrió con ella, pero eso no quita que puedas ser feliz de nuevo. Ojalá yo hubiese tenido una oportunidad con tu padre. Te juro que no la habría desaprovechado.

—Lo único que quiero es que estemos bien y que aprendamos de los errores. Pero supongo que no todo el mundo tiene por qué verlo así.

—Piensa que tu hermano y Ana te vieron en tu peor momento. Digan lo que digan lo harán porque intentan evitar que vuelvas a pasar por eso. —Sujeta la dorada entre sus manos y la lleva bajo el grifo para empezar a escamarla—. No los juzgues por querer cuidar de ti y agradece que los tienes contigo.

—Lo hago pero me hacen sentir juzgada.

—Eso tiene una solución, cariño. Demuéstrales que lo tuyo con Victoria puede funcionar y. entonces, ya no hablarán. Eso sí —me advierte levantando un dedo y señalándome—. Si al final no lo hace y ellos tienen razón, debes ser humilde y aceptar tu error.

—No sería tan tonta como para no hacerlo.

—Anda, ven aquí… —me pide y me regala un beso en la mejilla—. Espero que todo se solucione y que algún día la traigas a comer —añade—. Ahora que me has contado esto, te puedo decir que no me gustó que os separaseis. Hacíais una pareja preciosa —menciona mirándome a los ojos—. Yo no sé qué pasó, ni las razones que os llevaron al divorcio, pero… a veces las relaciones no tienen un patrón igual a todos. Cada una es especial, diferente y las soluciones no tienen por qué ser las mismas que para otras. Nadie debería aconsejar sobre relaciones, pero…

—Hay que aguantarse. No queda otra.

—Lo importante es que tú seas feliz, y si volver con Victoria es lo que te produce esas cosquillitas en el estómago… adelante —me anima—. Pase lo que pase, yo estaré aquí, como siempre.

—Gracias, mamá…

—No me las des. Y ahora, ayúdame.





42

YO SOLO QUIERO QUE SEÁIS FELICES

JORGE

Ibiza. 20 de julio, 2024

Ahora que los chicos y yo hemos acabado de comer, he decidido dejarlos y aprovechar el tiempo de la siesta para hacerle una visita a Victoria. Carolina me comentó ayer por la tarde que las cosas entre mi hermana y ella van bastante bien, y aunque estoy muy feliz por las dos, no puedo evitar preocuparme. Sé que estos cinco años han sufrido mucho, que se han arrepentido de haber optado por el divorcio como única solución a sus problemas y que se han querido incluso más de lo que lo hacían entonces. Pero ahora ya no viven juntas, tienen sus vidas por separado y no sé si serán capaces de encontrar un término medio que las haga feliz.

Mientras camino por los pasillos del hotel rumbo al dormitorio que Elena preparó para Victoria, no he dejado de darle vueltas a los movimientos extraños del destino. A lo largo de este tiempo me pregunté por qué había permitido que se divorciaran, pero ahora mismo, sé que pasó para que maduraran como personas. Mi hermana, por aquellos años, había empezado a estudiar su carrera, y Victoria empezaba a trabajar en lo que había soñado toda su vida. No era el momento perfecto para ellas. Carolina me dejó caer que las dos han roto todas las barreras que se habían interpuesto y así evitar caer, lo que me empuja a creer que las cosas van enserio.

Golpeo la puerta con los nudillos y guardo las manos en los bolsillos de mi pantalón. Nunca se me ha dado bien ser paciente y, al ver que no me abre, vuelvo a llamar con más fuerza. Miro mi reloj y resoplo, son las cinco de la tarde y a lo mejor está disfrutando de la playa antes de volver a Madrid. Pero Victoria aparece al otro lado.

—¿Jorge? —pregunta sorprendida—. Creía que era Carol la que llamaba.

—No, bueno… —Me río y me llevo una mano a la nuca—. Lo siento. Me ha contagiado su manía de insistir hasta que me hagan caso.

—Todo lo malo se pega —comenta con una sonrisa en los labios—. Estaba hablando con mi jefa por un asunto del trabajo, ¿necesitabas algo? Estaba a punto de ir a ver a tu

hermana —añade y se lleva el pelo detrás de la oreja.

—Elena está en el pueblo, ha ido a ver a mi madre. Aunque no sé si habrá vuelto —informo y carraspeo justo después—. Venía a hablar contigo.

—¿También me vas a dar la charla por lo nuestro? Carolina me advirtió de que lo harías.

—¿A ti qué te parece? —Señalo al interior de su habitación—. ¿Me dejas pasar o vamos a la cafetería y nos tomamos algo?

—Podemos hablar aquí y después tomarnos un café.

—Está bien… —En cuanto se hace a un lado, camino hasta que choco con la cama de matrimonio y la amplitud de un dormitorio listo para una pareja—. Elena no se dejó un solo detalle, ¿eh?

—Bueno, creía que vendría acompañada. No la culpes.

—Carol me comentó que vuelves a Madrid unos días. —Me hago el interesado mientras que tomo asiento en uno de los sofás de descanso—. ¿Hay mucho lío en el periódico?

—Si te soy sincera, ya sabía que iban a pasar algunas cosas por allí —me confiesa y se sienta en el borde de la cama—. Aunque no vuelvo para eso. —Hace una pausa y recoge un par de mechones tras su oreja cruzando sus piernas—. Lo hago para terminar mi relación con Joana. No sé si te lo comentó Carolina, pero nos peleamos y, bueno, han pasado cosas que…

—Con Elena, imagino.

—Cuando llegué y vi a tu hermana algo se desató dentro de mí —explica con un tono de voz nervioso—. Al principio creí que era algo normal, pero la noche que salimos a cenar… —suspira—. Pasaron cosas que ni siquiera yo me esperaba.

—No me cuentes detalles, por favor. —La freno antes de echarme a reír—. No puedo seguir con esa relación cuando estoy enamorada de tu hermana.

Que Victoria se sincere así delante de mí dice mucho. Puedo ver la seguridad en sus ojos verdes y eso me tranquiliza lo suficiente para relajarme y acomodarme mejor en el sillón. No quiero entrometerme mucho, tampoco sonar duro con ella y por eso me tomo unos segundos antes de hablar. Si está pasando esto es porque así debe ser; soy de los que piensa que todo tiene una razón oculta y con ellas no iba a ser menos.

—Entonces, vas en serio con Elena… —murmuro sin más.

—Quiero a tu hermana, Jorge. Siempre lo he hecho —responde con sinceridad—. Cuando nos separamos cometí el error de creer que eso sería lo mejor para las dos, pero no lo fue y, al vernos, no hizo falta más que mirarnos a los ojos para saber que todo seguía ahí, pero dormido.

—¿Y cómo pretendes estar con Elena y a la misma vez trabajar en Madrid?

—Sobre eso mismo estaba concertando una cita con mis jefes —responde y señala el teléfono—. Joana me dijo esta mañana que están haciendo cambios en la plantilla.

—Sigues sin responder mi pregunta. —Aprieto los labios y levanto una ceja—. Y no es que no me preocupe lo de tu trabajo, pero ahora mismo es lo que más te puede joder a la hora de estar con Elena.

—Eso ya lo sé, Jorge.

—Es que por más que lo intente… Mi hermana vive y tiene el suyo aquí, y tú en Madrid. Cuéntame cómo se puede mezclar eso. —Muevo las manos y me acaricio los dedos—. Porque yo no encuentro nada que case ahí.

—No se lo he contado a Elena aún, pero tengo pensado dejar el periódico y…

—¿Dejarlo? ¿Después de todo lo que te ha costado estar ahí? ¿Te das cuenta de que fue por ese puesto que te divorciaste de mi hermana? —le recuerdo antes de colocarme de pie.

—¿Y qué pretendes que haga? ¿Que me quede allí y vuelva a romper con ella?

—No. Yo lo único que estoy haciendo es abrirte los ojos para que veas la realidad de las cosas —añado en son de paz—. Lo que más deseo es que seáis felices, pero es que no puedes dejarlo todo y ya está. Si haces eso ahora, puede que en un futuro te arrepientas y ¿sabes quién tendrá la culpa? —pregunto mirándola a los ojos—. No puedes abandonar todo por una persona, ni siquiera por mi hermana. Debes buscar un término medio. —Victoria, que hasta entonces mantenía la sonrisa, me mira con expresión desencajada y sin saber bien qué decir. Sé que he sido duro y demasiado realista, por eso me acerco a ella y me agacho para conseguir que nuestras miradas estén a la misma altura—. Escúchame, ¿tú quieres que todo funcione con Elena?

—¿A ti qué te parece? —responde y suspira—. De todas maneras, había pensado dejar el periódico, pero no el periodismo. Se lo comenté a Carolina, quizá me convierta en columnista o escriba un libro. Hay muchas opciones.

—Esa idea me gusta mucho más. —La golpeo con suavidad en la nariz—. Te juro que soy el primero que quiere que os vaya bien. No te imaginas lo feliz que me hace escuchar a mi hermana reír.

—Imagínate a mí.

—¿Quién me iba a decir a mí que mi boda iba a ser lo que necesitabais para volver? —pregunto con tono irónico—. Si lo llego a saber, le habría pedido matrimonio a Carolina mucho antes.

—Para serte sincera, fuiste un poco lento, ¿eh?

—Tú fuiste demasiado rápida —señalo—. Aún me acuerdo de la cara de mi hermana cuando se lo propusiste delante de todos.

—Fue el momento perfecto, no me fastidies.

—Si tú lo dices… —Me echo a reír—. Ahora vamos a por ese café. Se me ha antojado algo con chocolate y Elena me dijo que los chicos del restaurante hacen un *brownie* que está para chuparse los dedos.

—¿Y cómo es que yo no sé nada de eso?

—Es lo que tiene ser el hermano de la jefa —presumo y, en cuanto coge sus cosas y los dos dejamos atrás la habitación, lo hago con la sensación de que esta vez las cosas entre ellas irán mucho mejor.





43

ES LA SOLUCIÓN A NUESTROS PROBLEMAS

VICTORIA

Ibiza. 20 de julio, 2024

He sido incapaz de contarle a Jorge toda la verdad y eso me está carcomiendo por dentro desde que nos despedimos; mi conversación con Pepa no fue tan buena como yo creía que sería y odiaría que todos pensasen que tengo una soga al cuello y que sigo atada a mi trabajo igual que en el pasado. La verdad es que me encantaría no tener que volver a Madrid, pero no me queda más remedio si quiero desprenderme de todo lo que me prohíbe dar comienzo a mi relación con Elena.

En la redacción las cosas están muy revueltas; los despidos, los cambios de sección, los traslados y los ascensos han puesto todo patas para arriba, y no me extraña. No es de buen gusto conocer que te han echado a la calle sin haber ocasionado ningún problema o tener que irte a otra sucursal de la península cuando tienes familia e hijos. Al parecer, mis presentimientos respecto al puesto de subdirección eran ciertos y aunque me negué a aceptarlo por teléfono, Pepa rechazó en rotundo mi decisión.

Mientras camino en dirección a la casa de Elena, no puedo evitar pensar en esto. Ella no tiene ni idea de la decisión que tomé de dejar el periódico y dedicarme a otras cosas, pero no puedo ocultárselo. Tiene que saber con lo que me encontraré una vez que pise Madrid, y que pienso luchar por lo nuestro por muy complicado que sea. Se merece sinceridad y se la voy a dar.

El fresco aroma del jardín y el suave arrullo de las hojas de las palmeras al mecerse con la brisa del mar, me invita a cerrar un momento los ojos y respirar. Las cosas nunca son tan fáciles como uno se las imagina, pero estoy dispuesta a enfrentarme a lo que sea que se me ponga por delante y conseguir que mi futuro con Elena sea real. Ahora mismo es lo que más quiero, lo que necesito; voy a hablar con Pepa y Alfredo, y no voy a permitir que nadie me mangonee a su antojo.

Con la luz de los farolillos cayendo sobre mí, atravieso el puente de madera que une los dos extremos del hotel para adentrarme en los *chalets* y buscar el de Elena. Me es imposible no sonreír al observar el contraste de colores en la lejanía, y mucho menos frenar los latidos de mi corazón una vez que escucho los acordes de su guitarra sonar. Hacía muchísimo tiempo, desde antes de casarnos, que no la oía tocar, y por eso me tomo unos minutos para quedarme en silencio y disfrutarlo. No tenía ni idea de que había retomado sus clases, pero me alegra haber estado aquí en el momento correcto porque su música ha logrado que mi estado de ánimos cambie por completo.

El tiempo se consume rápido y decido interrumpirla tocando el timbre. Elena tarda unos segundos en aparecer y en cuanto abre la puerta y choca con mis ojos, puedo ver cómo estos brillan cargados de un amor que he echado de menos lo que considero una vida. Ni siquiera me da tiempo a saludarla porque baja un escalón, enrosca sus brazos a mi cuello y me deshace en un beso tierno con el que colma mi pecho de unas mariposas que juraría me hacen volar. Estoy tan enamorada de ella que me quedo atontada.

—Parece que alguien me ha echado de menos… —susurro sobre sus labios al separarnos y nos quedamos ahí, mirándonos la una a la otra en la penumbra de la noche.

—No sabía si vendrías y se me ocurrió recibirte así.

—Podría haberme quedado unos minutos más escuchándote —le hago saber mientras que estrecha su mano con la mía y me invita a entrar en su casa—. ¿Cuándo me ibas a decir que seguías tocando?

—¿Nunca? —responde y se echa a reír—. La verdad es que lo retomé hace muy poco. Quería darle una sorpresa a mi hermano y a Carolina. Pero no sé si llegaré a la boda.

—Vaya… Pues lo deberías intentar porque estoy segura de que les encantaría.

—Gracias. —Me regala un piquito y después, se lleva las manos a la cintura—. ¿Quieres algo de beber? ¿Un vino?

—Sí, claro. Lo que te apetezca a ti —exclamo una vez que nos encontramos en medio del salón—. Y si tienes algo de picar, también.

Antes de que Elena ponga rumbo a la cocina, reconozco en sus ojos esa clase de emociones que yo misma llevo por dentro: la incertidumbre, el miedo, la esperanza, la felicidad, el deseo… Lo que nos está pasando es muy fuerte y aunque las cosas están bien, mi viaje a Madrid y todo lo que pasará allí me lleva a pensar que la voy a cagar y a estropear esta magia que ha vuelto a nuestras vidas.

Escucho el ruido del corcho y decido acudir donde está y apoyarme en una columna cercana para no perderme un detalle de ella: sus finos labios, esa naricilla de punta, sus hoyuelos, la suavidad con la que el sol ha tostado su piel, el color dorado de su pelo y unas manos que siguen haciéndome vibrar de placer. Fue maravilloso darme cuenta de que el tiempo no había hundido mi amor por ella en el olvido, pero ahora, cuando la tengo delante y me entrega mi copa, presiento que lo que sentía apenas era nada con lo que cargo en el corazón en este momento.

—¿Me vas a decir qué te pasa y por qué me miras así? —pregunta y, sin apartar sus ojos de los míos, le da un sorbo al vino.

—Hoy me ha visitado tu hermano —respondo y llevo la mirada hacia la guitarra, que está apoyada entre los cojines de uno de los sofás—. Me dijo que lo que más desea para las dos es que seamos felices.

—Al menos hay dos personas que no se dedican a recordarnos todo lo que hemos vivido —me comenta y camina a mi alrededor hasta sentarse en un pequeño sillón de

mimbre acolchado que hay cerca del ventanal de la terraza—. Mi madre me comentó que a ver cuándo te llevo a verla. —Se ríe y deja la copa sobre la mesita de centro antes de que yo la imite y me quite las sandalias para acomodar mis piernas en lo alto—. Estuve en su casa toda la mañana, me vino bien hablar con ella.

—Jorge tampoco lo hizo mal —confieso—. Aunque estoy segura de que no fue tan dulce como Paula. Dile que pronto iré a verla.

—Mi hermano es el *señor directo* —añade entre risas recogiéndose un mechón de pelo detrás de la oreja—. Espero que no se pasara mucho. A veces se le olvida que la mayor de los dos soy yo.

Dispuesta a contarle las últimas noticias, agarro mi copa y le doy un sorbo largo. Me encantaría no tener que decirle nada a Elena, pero me prometí a mí misma que haría las cosas bien, que le hablaría de lo que me preocupa y que encontraríamos soluciones juntas.

—La verdad es que me ayudó a pensar un poco en todo —confieso y le dedico una sonrisa—. Pero, bueno, la cosa es que ha pasado una cosa y pensé que debías ser la primera en saberlo.

—¿El qué? —pregunta preocupada—. ¿Tus padres están bien?

—Sí, sí, el problema no va con ellos —explico y le dedico una breve sonrisa—. Es algo que me concierne a mí. La verdad es que estoy preocupada y tengo miedo de contártelo porque me aterra que pienses que las cosas siguen igual que hace años.

—Así que es sobre el periódico… —comenta en voz baja y suelta un suspiro—. ¿Qué es lo que ha pasado?

—No te lo dije porque no esperaba que fuese a ir a más, pero, un par de días antes de llegar a Ibiza, mi jefe me hizo una pequeña visita y me contó que el puesto de subdirección iba a quedar disponible porque él se marchaba al periódico Le Monde, en París —le hago saber—. La cosa es que me comentó que estaban buscando sustituto y que yo tenía todas las papeletas para ocuparlo.

—Espera, espera… —Me frena—. ¿Estás diciéndome que te ofrecieron el puesto de subdirección? —Levanta una ceja sorprendida.

—Así es. Pero yo no lo quiero —aseguro casi de inmediato—. Ahora mismo no es una de mis aspiraciones de cara al futuro, la verdad.

—Pero es increíble, Vicky. Es…

—Tengo pensado dejar el periódico, Elena —añado interrumpiéndola—. Y antes de que me digas que no puedo hacerlo. Sí, sí que puedo. Es la única solución que nos queda para hacer que lo nuestro funcione. Lo que quiero ahora mismo es estar contigo, volver a ti y que nada ni nadie me impida ser feliz. Estos años me he puesto al límite en el trabajo, lo he dado todo, y regresar a Ibiza, verte, me ha hecho recordar que sí, cumplí un sueño, pero dejé atrás a la persona con la que quería disfrutarlo.

—Pero si vuelves aquí conmigo, no… —murmura dándose cuenta de lo que estoy diciendo—. ¿Quieres dejar de trabajar allí después de todo lo que te ha costado, después de lo que pasamos? —pregunta fulminándome con la mirada—. No puedes hacer eso.

—Ser periodista no es quedarse sentado en un despacho repasando noticias escritas por otros. —Me levanto de mi asiento y me acerco a ella—. No necesito estar allí para seguir escribiendo, disfrutar de mi trabajo y hacer lo que me gusta. ¿Lo entiendes?

—No me perdonaría ser la razón por la que abandones tu sueño… —asegura con los ojos brillando a causa de las emociones que han aflorado de un momento a otro—. Estoy segura de que te arrepentirías con el paso del tiempo y terminarías echándome a mí la

culpa, y no quiero pasar por eso.

—Escúchame… —Sujeto su cara entre mis manos—. Esto que tenemos es lo que más me importa ahora. De lo único que me arrepiento en esta vida es de haberte dejado, y la idea de tener que hacerlo otra vez y volver a Madrid, me ahoga.

—Prométeme que harás todo lo posible por encontrar la manera de seguir siendo feliz más allá de mí —me pide con los ojos repletos de lágrimas—. No podremos hacer que nuestra relación funcione si no lo consigues.

—Te lo prometo, pero no llores, por favor.

—Todo irá bien, ¿verdad? —pregunta y afirmo antes de besarla.

—Nada ni nadie lo estropeará.

—Está bien…





44

ENFRENTARSE A LA REALIDAD

ELENA

Ibiza. 21 de julio, 2024

Hacía mucho tiempo que no pasaba la noche en vilo. Después de que Victoria se marchase de casa, el miedo y las inseguridades me atacaron y rompí a llorar. No quise mostrarme preocupada por lo que pasará, pero no puedo evitar estarlo y no darle vueltas a las cosas. Me había olvidado de que cuando las cosas van bien siempre pasa algo que las destroza, y ahora me aterra pensar que lo nuestro va a terminar.

Frente a mis ojos, el sol ya pinta los colores del amanecer y, aunque su luz me molesta, estoy en el mismo lugar en el que he pasado las horas; enroscada en una de las hamacas de la terraza, cubierta con una manta fina y con el corazón tembloroso. Tendría que haberle hecho caso a Ana y haber sido más realista, abrir los ojos y poner bien los pies en el suelo. Quizás así no me dolería tanto esta situación y no me preocuparía. Puede que exagere, que me lo esté tomando muy a pecho, pero ya he pasado por esto antes y, aunque deseo confiar en las promesas que Victoria me ha hecho, intento prepararme para lo peor.

Anoche saqué del fondo del armario un pequeño baúl de recuerdos, una caja en la que almacené esas cosas que significaron algo importante para mí. Releí las cartas que nos dedicábamos, me reí con las tonterías que nos contábamos, acaricié algunas conchas que ella recogió para mí y recordé instantes que captamos en un centenar de fotografías guardadas, pero jamás pensé que encontraría el anillo con el que me pidió matrimonio y que llevé puesto hasta que se sustituyó por el de oro blanco el día de nuestra boda.

Victoria nunca fue romántica pero aquel día consiguió que nuestro paseo por el mercado de Las Dalias fuese increíblemente mágico. Si cierro los ojos, aún soy capaz de escuchar los silbidos de mi hermano, los gritos de Ana y Carolina y como todos —incluidos Iñaki y Pablo— nos rodearon para formar una piña y ponernos a saltar. Estábamos a un paso de alcanzar el cielo y supe que siempre estaríamos juntas. No importaba el futuro, nada ni nadie podría romper el lazo que nos unía. Por aquel entonces fui una ilusa que se construyó castillos de arena. Imaginar mi vida junto a Victoria me hacía soñar despierta y

cuando llegamos a Valencia, encontrándonos con otra realidad, la decepción y la tristeza me superaron. Sé que tengo la culpa de que me afectara de esa manera, que fui egoísta y poco comprensiva; tenía otra mentalidad muy diferente a la actual, y la verdad es que al pensarlo me siento muy tonta. Y lo que me preocupa en este momento es haber caído en el mismo error.

Con lágrimas en mis ojos, me paso las manos por ellos y suelto un suspiro. Me pregunto por qué razón el destino no ha dejado que disfrutemos un poco más del azúcar que estábamos comiendo la una de la otra. Podría habernos dejado vivir un poquito más, dejarse de tonterías y decisiones, borrar de nuestro camino todas las dificultades… Sé que quiere probar si lo nuestro es fuerte, si hemos aprendido de las cosas que hicimos mal, si hemos abierto los ojos y visto que el amor nunca es suficiente para que una relación funcione. Pero estoy cansada de las pruebas, de los retos y de las piedras en el camino, y no sé si tengo fuerzas para enfrentarme a mis miedos y seguir adelante.

******

Ibiza. 15 de junio, 2016

El sol caía con fuerza sobre las telas que cubrían los puestos del mercadillo de Las Dalias aquella mañana. El grupo entero había decidido dejar la playa y la diversión para dar un largo paseo y disfrutar de la isla de una manera diferente. Victoria y Elena paseaban entre la multitud sumergiéndose en la belleza de las artesanías expuestas a lo largo y ancho de la plaza. El resto las acompaña testigo de una relación que, con el paso de los años, se había reforzado y fortificado; todos las idealizaban y estaban seguros de que nada podría separarlas y romper el lazo que las unía.

Elena, con una sonrisa en los labios, se detenía de tanto en tanto para observar la joyería hecha a mano con curiosidad; le fascinaban los pequeños detalles y no podía evitar examinar cada pulsera, sortija y collar con admiración.

Mientras que ella se perdía en las maravillas del mercado, Victoria no podía evitar fijarse en lo que su chica hacía. Le encantaba observarla en silencio, verla reír, ilusionarse, sorprenderse y ser feliz. Estaba tan enamorada de esa chica de ojos grises que lo sintió en el corazón. Con mucho cuidado y sin que se diera cuenta, se acercó a uno de los vendedores y seleccionó un anillo que reflejase el brillo de los ojos de Elena; no era una gran joya, estaba hecho de resina y pequeñas piedritas de colores, pero lo que importaba era el significado, por lo que se acercó a ella sonriente y con determinación.

—Mira ese collar, Vicky. Es precioso… —Elena señaló hacia uno de los puestos con ilusión—. Lleva los colores del atardecer desde la playa, ¿verdad?

—Sí, es precioso, seguro que te quedaría perfecto con el vestido blanco que te regaló tu madre por tu cumpleaños —respondió Victoria de forma cariñosa.

Elena, sin hacer mucho caso de lo que le contestó su novia, siguió hacia adelante y se detuvo frente a otro puesto examinando con curiosidad algunas pulseras para parejas; sin embargo, unos platos de cerámica de colores llamaron tanto su atención que se soltó de la mano de Victoria para atravesar la plaza. Y esta, atrapada en la marejada de emociones que sentía, aprovechó la oportunidad para llevar a cabo su plan.

—Elena, ¡espera! —gritó y llamó la atención de su novia casi de inmediato hasta que

las dos se quedaron en el centro—. Mira lo que he encontrado por ahí. —Ella levantó la mirada y sus ojos se iluminaron al ver el anillo en la mano de su chica—. ¿Te gusta?

—¡Claro que sí! Pero, no deberías cogerlo… —murmuró cerrando la mano de Victoria para que nadie viese que se lo había llevado sin pagar—. ¿Lo vas a comprar?

—Ya lo he hecho —respondió y buscó la mano de Elena para colocarlo con cuidado en su dedo—. Espero que no te lo quites, al menos, hasta que nos casemos.

El corazón le dio un vuelco al darse cuenta de lo que Victoria hacía, pero el miedo a anticiparse y lo que sentía en ese momento se apoderó de ella.

—Es… ¿Eso qué quiere decir? —Victoria sujetó las manos de Elena entre las suyas y sonrió.

—Significa que quiero pasar el resto de mi vida contigo —respondió sin más—. Quiero construir un futuro a tu lado… —añadió y acarició una de sus mejillas—. Te amo muchísimo.

—Y yo a ti… más de lo que puedas imaginar.

El mundo entero pareció desvanecerse a su alrededor y sus amigos irrumpieron en aplausos y vítores al darse cuenta de lo que acababa de suceder. Victoria y Elena se abrazaron con fuerza y compartieron la alegría de su compromiso con quienes más las querían sabiendo que el camino que tenían por delante sería difícil, pero conscientes de que juntas podrían enfrentarse a cualquier cosa que el destino trajese.





45

BAJO UNA NOCHE DE ESTRELLAS

VICTORIA

Ibiza. 21 de julio, 2024

Durante las últimas horas en Ibiza he centrado un poco más la cabeza. En Madrid me esperan cosas a las que ni siquiera pensaba que me tendría que enfrentar y que ahora suponen un gran bache en el camino que me lleva directo a conseguir lo que deseo. Era muy consciente de que mi trabajo había supuesto un gran problema en mi relación con Elena, pero lo que no me imaginaba es que hubiese absorbido mi energía, mis fuerzas y mi felicidad hasta el punto de coronarse como ese demonio chupa almas que no te deja ni vivir. Mis conversaciones con Elena, Jorge y Carolina han conseguido allanar un camino que, hasta el momento, estaba oculto detrás de la maleza. Frente a mis ojos tengo la gran oportunidad de recuperar lo que me hacía sonreír y soñar y, a pesar de que estaré agradecida a estos cinco años frenéticos por enseñarme tanto, es momento de poner punto final a algo que ya no quiero ni me llena como lo hacía hace tiempo.

Nadie, ni siquiera Pepa y Alfredo, tiene idea de las ganas que tengo de mandar todo a la mierda. Pero es así. Desde que rogué al 2024 estabilidad emocional, he estado sumergida en un viaje frenético lleno de instantes que me han puesto de los nervios, han sacado lo peor de mí y me han devuelto esa esencia perdida tras montones de folios y tinta negra. Admito que ser periodista me encanta, que me pasaría escribiendo para los demás toda la vida, pero es agotador darlo todo y no recibir nada a cambio.

Tras mucho buscar, he conseguido un asiento en el vuelo que hay para Madrid mañana a medio día y, por mucho que necesite volver y poner en orden esta locura, lo que más quiero ahora es disfrutar de esta velada en Ibiza con los chicos. Elena ya tenía una idea para hacer de esta despedida de solteros algo mágico, así que solo tuve que ayudarla a comprar lo que necesitábamos de la cena y poco más.

La noche ha caído hace horas y a mi alrededor el mundo sigue su curso como si nada. Pablo e Iñaki pelean como dos niños, mientras que Carolina y Ana se ríen a carcajadas y disfrutan de la cerveza que llevan entre las manos. Hace un rato que Jorge se ha metido en

casa siguiendo los pasos de su hermana y aunque me hubiese encantado perseguirlo, la verdad es que he preferido quedarme junto a la hoguera. Sé que Elena necesita hablar por más que ya lo hayamos hecho, tiene miedo y está preocupada por lo que pueda pasar.

Vuelvo a la realidad gracias al fuego que chasquea en el centro del corrillo que hemos hecho después de la barbacoa. El tiempo nunca fue buen aliado de los enamorados y ahora mismo noto que está poniéndome una soga al cuello. Si no hago lo que debo hacer voy a perder una oportunidad maravillosa.

Decido darle un sorbo a la cerveza y la dejo en el suelo para levantarme e ir a hablar con Elena; Jorge y yo nos encontramos por el camino, nos abrazamos y me regala un beso en la mejilla con el que me entrega la fuerza suficiente para seguir adelante. Mis pasos fuertes avisan a su hermana y cuando nuestras miradas se encuentran, apenas soy capaz de controlar mi impulso de besarla y abrazarla. Por extraño que parezca necesito esto para poder respirar y asegurarme de que todo irá bien.

—Deberías estar con ellos… —susurra sobre mis labios con suavidad—. No quiero que piensen que pasa algo malo. Jorge ha venido a hablar conmigo porque nos ha notado raras a las dos.

—Bueno, ya sabes que tiene un radar para eso —comento y provoco que sonría—. Solo necesitaba estar un momento a solas contigo. Tengo la sensación de que el tiempo pasa muy rápido y no quiero que esta noche se termine.

—¿También tienes miedo? —pregunta y yo afirmo apoyando mi frente contra la suya —. Es una sensación extraña, pero no puedo frenar la idea tonta de que una vez que baje del avión en Madrid despertaré de este bonito sueño.

—Créeme, yo estoy igual. Por eso que me está costando tanto disfrutar de este día. — Con sus brazos alrededor de mi cuello, me fundo con ella en un abrazo. Puedo imaginar la razón por la que está tan mal y no soporto ser la culpable—. Las cosas irán bien, ¿verdad?

—Te lo prometo —aseguro sin ser capaz de saberlo con seguridad—. Pase lo que pase haré todo lo que esté en mi mano para que las cosas mejoren. Sé que tengo muy poco tiempo, pero lo conseguiré y llegaré a tiempo para la boda. —Elena se separa de mí con un par de lágrimas mojando sus mejillas y, con los pulgares, las hago desaparecer; pero no puedo evitar que se me forme un nudo en el estómago—. Perdóname por hacerte sentir tan insegura a mi lado —me disculpo con la voz tomada—. Solo yo tengo la culpa de que no puedas dejar de pensar en que todo irá mal, que mi trabajo será la razón por la que volvamos a romper y…

—No digas eso… —comenta y busca mi mirada para fundirse conmigo en un mar de emociones en el que navegamos juntas desde que nos reencontramos—. Yo también tengo que aprender a que nada es como era antes, a que esta nueva oportunidad está aquí porque es nuestro momento. Estoy cagada de miedo, no te voy a mentir, pero debo ser fuerte y espantar mis demonios. Eres mi mujer y yo también te tengo que apoyar a ti.

—¿Tu mujer?

—Nunca has dejado de serlo, Vicky. Te amo. Te amo tanto como lo hacía aquel día en la playa o como aquella mañana en el mercadillo de Las Dalias. Sigo haciéndolo incluso más que el día que nos casamos o nos divorciamos… —responde con los labios temblando—. Lo hago más que nunca.

—Y yo a ti, y te juro que lo hago como jamás lo había hecho antes —correspondo regalándole un beso que sabe a miedo y esperanza a partes iguales—. Te prometo que esto no quedará así. No me importa lo que esté pasando en Madrid, yo quiero estar aquí y dar

rienda suelta a esos sueños que no tuvimos tiempo de hacer realidad.

—Como ser…

—¡Tortolitas! ¿¡Pensáis salir o qué!? —nos interrumpe Pablo, que grita desde el jardín.

—Será mejor que lo hagamos… —me aconseja.

—Sí… —respondo y la vuelvo a besar en los labios mientras que la estrecho entre mis brazos—. Y sonríe, porque lucharé por esto como debí haberlo hecho hace mucho mucho tiempo.




46

ACORDES DE GUITARRA Y UN AMOR

ELENA

Ibiza. 21 de julio, 2024

La conversación con Victoria ha conseguido que la noche mejore. No ha dejado de sujetar mis manos, de asegurarse que estoy bien y de besarme haciendo más real que está enamorada de mí y que luchará por lo nuestro. La verdad es que tengo miedo de que todos sus esfuerzos no den sus frutos, pero lo único que puedo hacer ahora mismo es ser fuerte, creer en ella y disfrutar de este momento tan especial.

Estar rodeada de los demás, que ellos formen parte de esta nueva historia que escribimos le da a todo más importancia. Yo fui la que le pidió a Victoria que no mencionase nada, pero el amor no se puede ocultar y aquella mañana que recorrimos la isla al resto les quedó claro que las cosas entre nosotras estaban muy bien. Ana es la única que se mantiene neutral, que espera el momento en que las cosas exploten y tenga que recogerme del suelo, mientras que los demás no han dejado de mirarnos con esa complicidad de hace años.

—¿Qué os parece si mañana hacemos otra ruta? —propone Jorge y rompe el silencio que se ha formado de repente.

—¿Tú quieres que llegue andando a tu boda o arrastrándome? —responde Pablo.

—Creo que con la del otro día, es más que suficiente, ¿no? —los interrumpo y salvo mi hermano, todos ríen—. Sé que hay sitios preciosos, pero podríamos pedirle el barco a Xavier e ir a visitar una de las calas, no sé —insinúo y busco la mirada de Victoria—. Me perdí el pícnic la última vez.

—Y Victoria también —replica Carolina con una sonrisa—. Es buena idea.

—Conmigo no contéis —dice ella llamando la atención de los demás—. Ya te conté que tenía que volver a Madrid, tengo que hacerlo por trabajo. Las cosas están un poco revueltas por allí.

—Pero estarás para la boda, ¿no? —pregunta Iñaki preocupado después de que Ana chasquee su lengua.

—Sabéis que no me la perdería por nada del mundo. Pero tengo unas cosas que hacer

antes de volver y establecerme aquí —explico y Ana abre sus ojos por la sorpresa—. Quiero que todo vaya bien con Elena y voy a tener que ajustar algunas cosas.

—Ya sabes lo que hablamos —menciona mi hermano guiñándole a Victoria un ojo y levantándose de repente—. Voy al aseo. Ahora vengo.

Me es inevitable no perseguir con la mirada a mi hermano. Necesito frenar el impulso de levantarme e ir a hablar con él de nuevo, pero, en cuanto Vicky sujeta mi mano, es su sonrisa la que calma todos mis nervios y me invita a soñar con que este verano no estará lleno de despedidas o disgustos, sino de nuevos comienzos y amor, mucho amor.

—Podéis ir sin mí a las calas. Ya lo haremos juntos a mi vuelta —dice ella provocando que Carolina sonría y afirme con un movimiento de cabeza—. Al final, voy a tener todo el tiempo del mundo para disfrutar de este lugar.

—Tal como has querido siempre... —recuerda la futura novia y yo sonrío al saber que es verdad.

No sé cuántos minutos pasan, pero Iñaki los llena con chistes malos que nos hacen reír a carcajadas y obliga a dejar a un lado las cosas importantes de la vida. Hacía tanto que no disfrutábamos de algo así que me alegra haber organizado esta barbacoa para despedir la soltería de dos de mis personas favoritas en el mundo. Carol, con la que cruzo la mirada un par de segundos, me sonríe y yo le correspondo hasta que mi hermano me coloca la guitarra frente a los ojos.

—Toma, tócate algo. —Levanto la mirada sorprendida—. No me mires así, sé que llevas haciéndolo desde hace meses. Y los chistes de Iñaki son tan malos que a este paso nos morimos de un ataque.

—¡Ey! ¡No te pases! —se queja él—. Son graciosos, ¿o no, cariño?

—Si tú lo dices… —le responde ella provocando las risas de todos.

—Pero hace mucho que…

—Hazlo, te escuché la otra noche y sé que puedes —me anima Victoria y me muerdo el labio inferior buscando en mi cabeza los acordes de alguna canción.

—Está bien, pero no os aseguro que quede bien… —advierto y sujeto el instrumento con mis manos, lo coloco sobre mis muslos y acaricio las cuerdas con los dedos—. Hace unos días escuché esta canción en la radio y, bueno, creo que es perfecta para una noche repleta de amor.

Jorge se sienta junto a Carolina y pasa uno de sus brazos por su espalda para refugiarla del fresco de la noche. Mientras que Ana se deja caer sobre el pecho de Iñaki y se abraza a su cintura. Pablo es el único soltero entre nosotros, pero sé que tarde o temprano encontrará a un chico que le llene la vida de mariposas.

«Allá va», me animo a mí misma, y los acordes de la canción *Me sabe a sal*, de Marta Santos, empiezan a sonar a la misma vez que cierro los ojos y me dejo llevar. La primera vez que la escuché, me imaginé cantándosela a Victoria así, con la guitarra entre mis manos, mirándola a los ojos. Y ahora que tengo la oportunidad de hacerlo, casi no puedo controlar los nervios ni el temblor de mi corazón.

—*No hace falta que me mires otra vez…* —susurro con suavidad y regreso a la realidad de la noche, llevando mi mirada hacia Victoria—. *Porque cuando yo te veo, se me ponen los ojitos del revés. Estas calles… Lucen hoy mejor que ayer. Porque estando aquí a tu vera, se me pone de gallinita la piel.* —Estas palabras, dedicadas por completo a ella, ocasionan que me regale un beso en el hombro y que todos sonrían ante la escena—. *Ya no quiero recordar lo que significa estar sin ti… Solo quiero inventar… Alguna que otra excusa pa salir…* —alargo la

última palabra y atizo las cuerdas con las manos dándole ritmo a la canción—. *Porque me sabe a sal, el tiempo cuando no estás conmigo…* —entono con una sonrisa en los labios—. *Porque quiero volar y no hace falta un motivo…* —En seguida, Ana y Carolina se unen a mí dando lugar a un pequeño coro que se mezcla a la perfección con mi voz—. *Reinventar las mil y una noches contigo, otra vez. Y quizá me pierdo en ti…*

El sonido de la guitarra, se mezcla con el arrullo del mar, el canto de los grillos y el latido de mi corazón. No me da miedo expresar con mi voz que estoy enamorada, que tener a Victoria conmigo es maravilloso, que estoy feliz si la tengo a mi lado y que me encantaría tener todo el tiempo del mundo para inventar y dar forma a esos sueños que alguna vez tuvimos juntas.

—*Si sonríes, yo me voy a enloquecer…* —continúo mirando a todos—. *Esto no entraba en mis planes, creo que hoy me gustas más que ayer. Y cuando cierro los ojos y pienso aparece tu nombre…* —canto una vez que mi mirada se posa en Victoria y que ella me dedica un «te quiero», que despierta las mariposas en mi estómago—. *Dime qué has hecho que mi corazón ahora ya no se esconde…*

Al final, los siete cantamos a coro y juntos rompemos el silencio de la noche a gritos convirtiendo ese momento repentino en uno que, seguro, seremos incapaces de olvidar.





47

NO QUIERO DECIRTE ADIÓS

VICTORIA

Ibiza. 22 de julio, 2024

La noche ha pasado volando y después de brindar por los novios una veintena de veces, el alcohol y el sueño han hecho mella y los chicos se han marchado dejándonos a Elena y a mí a solas. En lo alto del cielo la luna brilla con tanta fuerza que hace vibrar el mar bajo un montón de lentejuelas que parpadean como lo hacen las estrellas sobre nuestras cabezas. Yo me he quedado porque me niego a dar fin a este día y porque aún tengo mucho que decirle a la mujer que me ha dedicado una canción que se me ha quedado grabada en el corazón. Elena lleva unos minutos enfrascada en la cocina, ordenando todo lo que hemos usado para la cena. Desde donde me encuentro, apoyada en el frigorífico, la observo como si fuese la primera vez que la veo sumergida en las tareas de la casa. Ni siquiera se ha dado cuenta de que estoy aquí y eso me invita a quitarme las sandalias y caminar descalza hasta rodear su cuerpo entre mis brazos y besarla en el cuello.

—Deberías dejar esto para mañana… —susurro cerca de su oído y acaricio su piel con la punta de la nariz. Elena, con las manos llenas de espuma, cierra el grifo y gira su cabeza con suavidad para mirarme a los ojos—. Me quedan unas horas para estar aquí y no sé tú, pero yo quiero pasarlas contigo.

—Si no lo hago, mañana no tendré ganas de recogerlo —me susurra y roza su nariz con la mía—. Pero si lo que me estás pidiendo es quedarte aquí conmigo hasta que debas irte… La respuesta es sí —añade un segundo antes de unir sus labios a los míos en un beso suave, lleno de amor, tan dulce como lo es ella y tan íntimo que hace desaparecer todos los problemas que hemos tenido a lo largo de estos días.

La cocina se convierte en nuestro rincón y en cuanto se gira por completo entre mis brazos y que la arrincono entre mi cuerpo y el mueble, iniciamos un momento que he querido disfrutar desde que pisé su casa hace horas.

Mi cabeza parece haber borrado el recuerdo de la última vez que disfruté de la sensación de tener las manos de Elena enroscadas en mi cintura, cuando noté su lengua

juguetear de manera pícara con la mía o me quedé sin aire por un mordisco en los labios. No es nuestra primera vez, pero lo noto así y me siento agradecida de poder reescribir una historia que yo misma terminé.

Tras un pequeño impulso, se sienta sobre la encimera y rodea mi cuerpo con sus piernas. Me es imposible no acariciar sus muslos, no disfrutar del suave tacto de su piel bajo la yema de los dedos, del calor que desprende o del vaivén de nuestras lenguas en un baile que, de repente, cesa para permitirnos ser conscientes de lo que está pasando. Decido acariciar una de sus mejillas y entrecierra los ojos dejándose llevar por el roce. Es maravillosamente perfecta y no sé cómo lo voy a hacer para estar lejos de ella durante días.

—Lo que te dije hace rato era verdad —le recuerdo con la intención de que se le grabe muy adentro—. Pienso hacer todo lo que esté en mi mano para que lo nuestro funcione y podamos estar juntas el resto que nos queda de vida.

—¿Crees que nos irá bien? —pregunta mientras acaricia mi cuello y pone toda su atención en mí—. Ahora mismo lo único que deseo es atraparte entre estas paredes, atarte a mi cama y no dejarte ir. Tengo la extraña sensación de que una vez que te marches, ya no volverás.

—Ni lo sueñes —susurro y sujeto su rostro entre mis manos—. Aquí es donde quiero estar y, pase lo que pase, volveré.

—No me falles o te juro que volaré a Madrid para darle una patada a ese culo tan bonito que tienes —enfatiza dándome un pequeño pellizco en el culo, provocando que me eche a reír.

—Lo que pienso hacer es recuperar estos años que hemos estado separadas… —susurro muy cerca de sus labios y paso mis manos por su cintura para tirar de su cuerpo e impulsarla hacia el mío—. Pienso empezar esta noche.

—¿Qué tiene de especial…? —me pregunta con curiosidad.

—Que se cumplen siete años desde que nos casamos —respondo—. Y los aniversarios se tienen que celebrar.

—Parece que fue hace un siglo…

—Lo sé.

Dispuestas a dar fin a una noche que ya no se repetirá, dejamos que nuestras emociones tomen el control de la situación; yo pierdo la cabeza y ante la necesidad de recordar cómo es cada centímetro de su cuerpo, le quito el vestido que lleva puesto. Elena, casi desnuda, baja de la encimera y entre risas —y varios besos— me lleva de la mano para subir las escaleras que nos dirigen hasta su dormitorio. Antes de entrar por la puerta, mi vestido cae al suelo y las dos la atravesamos en las mismas condiciones, y en cuanto chocamos con los límites de la cama, caemos sobre ella. Sentir el peso de su cuerpo sobre el mío y ser apresada entre sus piernas es una sensación que no sé cómo explicar. No me privo de mirarla, de tocarla, de acariciarla, de despertar de este sueño al que hemos dado forma con el paso de los días.

Nuestros labios se juntan de nuevo en un beso, ahora salvaje y apasionado, mientras que nuestros cuerpos, anhelando el contacto del otro, se buscan con una urgencia que ya conozco de otras veces. Estoy abrumada por la intensidad de mi propio deseo y son mis manos las que buscan la piel desnuda de Elena con una urgencia que por un momento me parece frenética y desesperada.

Las caricias son devastadoras, cada roce de sus dedos me hace temblar de placer y, una vez que estos encuentran el camino que se esconde entre mis piernas, gimo tan alto que mi

espalda se curva y comienzo a temblar. Ella es experta en tocarme y yo vibro bajo su cuerpo, amarrándome con fuerza a unas sábanas que ya llevan escrito mi nombre y el suyo.

Creo estar volando cuando busco su boca y mi lengua roza la suya, cuando mis manos atrapan su trasero y la obligo a mover las caderas contra mi cuerpo simulando unas embestidas que me ponen la piel de gallina. La acaricio, la toco, la descubro y grabo en mi cabeza cada curva que la compone y, en cuanto voy más allá y mis dedos se adentran en ella con brusquedad, todo explota en un fuego capaz de consumirnos por completo.

Sus gemidos de placer llenan el aire mezclándose con los míos en una sinfonía de éxtasis que compartimos. Nos movemos en armonía, sincronizadas, como si estuviésemos bailando una danza repleta de lujuria. Cada roce de sus manos es una deliciosa tortura, pero me obligo a mantenerme cuerda y no dejar de mirarla.

Tenerla cerca de mí, con sus pechos moviéndose al compás de nuestras caricias es increíble. Igual que el sudor que brilla en nuestra piel provocando que gima más, a la vez que me arrastra una ola de placer que me lleva al abismo en cuestión de segundos. Sé que ella llega al orgasmo porque se me mojan las manos y me atrapa los dedos al punto de romperlos. No cedo, ni siquiera cuando me quedo sin fuerzas y comienzo a tambalearme por su culpa. Solo sé que en cuestión de segundos estoy volando y que gritamos a conjunto una vez que nos corremos.

Nos desplomamos sobre el colchón, el mundo se desvanece a nuestro alrededor y nos abrazamos con fuerza, dedicándonos besos, caricias, sonrisas; tenemos la respiración entrecortada y, mientras nos recuperamos del vendaval de emociones que nos ha consumido, puedo vislumbrar mi futuro a su lado, juntas para toda la eternidad.





48

LA ESPERANZA DE UN NUEVO AMANECER

ELENA

Ibiza. 22 de julio, 2024

Cuando cerré los ojos, el cielo empezaba a pintarse de los colores del amanecer. Ahora, el suave resplandor del sol se filtra por las cortinas y baña mi habitación en una luz cálida y reconfortante. Estoy recostada en la cama, con el brazo de Victoria bajo mi cuello y el otro rodeándome por la cintura; ella duerme profundamente, su rostro está sereno y sus labios curvados en una sonrisa suave que me roba la mía. Han pasado horas desde que nos entregamos por completo la una a la otra, y aunque no ha sido la primera vez desde que volvió a la isla, sí que ha sido la más especial de todas. Celebrar nuestro séptimo aniversario no era algo que pensáramos al empezar el año, pero ahora todo parece perfecto a pesar de que no lo es.

Sé que pronto tendré que despertarla, que hay otra realidad fuera de estas cuatro paredes y que hay que enfrentar el día que tenemos por delante. Aunque por ahora quiero aferrarme a este instante, a la sensación de tenerla a mi lado porque una vez que el velo se rompa, ella tendrá que coger un avión y yo no sé si estoy preparada para dejarla ir.

Nuestra relación ha sido un viaje lleno de altibajos y momentos de incertidumbre, sin embargo, el resto parece encajar. Quiero confiar en que todo lo que pase a partir de ahora será para bien, que estaremos juntas y que solo tengo que ser fuerte y esperar a que ella lo consiga. Victoria ya no es la misma que antes, es mucho más madura, más segura de sí misma y sé que lo dará todo por nosotras.

El reloj de mi mesita de noche marca las nueve de la mañana, me acerco con cuidado y trazo pequeñas caricias en los contornos de su rostro. Puedo notar el latido de mi corazón al tocarla, y como mi amor por ella crece tan rápido, igual que amanece el día.

—Vicky… —murmuro con suavidad—. Tienes que despertarte, cariño.

Gime de forma suave, parpadea un par de veces y una vez que su mirada se encuentra

con la mía, puedo ver la confusión que se refleja en sus ojos mientras vuelve a la realidad que nos rodea.

—Buenos días —responde somnolienta abrazándose a mi cuerpo un poco más fuerte —. ¿Qué hora es?

—Son las nueve… —respondo con una sonrisa apoyándome en su pecho—. Nos tenemos que levantar, tu vuelo sale a las doce, ¿te acuerdas? —Ella suspira, se tensa y en cuanto la miro a los ojos, veo la preocupación empañándolo todo—. No quiero que llegues tarde…

—Lo sé… —me dice y se sienta en la cama pasando las manos por el pelo—. Si te soy sincera no quiero irme, odio tener que hacerlo y perderme estos días contigo.

—Yo tampoco quiero que lo hagas, pero ya lo hemos hablado, es para bien. Además, tienes que ir a hablar con tus jefes y… —Antes de terminar, me arrastro por la cama hasta abrazarla por la espalda. No puedo evitar sentirme preocupada por ella, por nosotras, pero una de las cosas que he aprendido a lo largo de estos cinco años es que debí apoyarla más y ser mucho menos egoísta—. Todo irá bien, estaremos juntas pase lo que pase. Confío en ti, Vicky. Confío en que lo nuestro es fuerte.

Al escucharme, gira la cara y nuestros ojos se encuentran en un gesto de complicidad que me hace sonreír; juntas podemos superar cualquier cosa que se interponga en nuestro camino y eso nadie lo va a cambiar. Estamos destinadas a estar al lado de la otra, nuestro amor es fuerte y sin importar lo que pase, sé que lo haremos bien.

—Anda, vamos. Te acompañaré a por tus cosas y te llevaré al aeropuerto.

—No necesitas hacerlo, sé que estás ocupada y… —responde una vez que me pongo de pie y tiro de ella para que me siga hasta el baño.

—Sabes que no vas a hacerme cambiar de opinión, soy muy cabezota —le recuerdo con una ceja levantada—. Voy a estar sin ti muchos días, así que déjame decidir a mí.

—Está bien…

—Quiero estar contigo todo el tiempo posible —confieso—. Esto va a ser doloroso y me gustaría creer que lo vamos a hacer por algo bueno.

—Lo será —me asegura.

Bajo el agua de la ducha nos besamos mientras empieza un día que nunca esperé vivir; una despedida que sabe a esperanza, un final que tendrá otro comienzo nuevo una vez que ella vuelva y podamos dar rienda suelta al amor que sentimos. Victoria y yo nunca tuvimos que separarnos, siempre me arrepentiré de estos cinco años sin ella, pero me alegra saber que después de todo hemos aprendido y que ahora que volvemos a estar juntas, tenemos claro qué es lo que queremos.

A menudo, lo más duro pasa para abrirnos los ojos y madurar, y nosotras hemos tenido que perdernos para reconocer que no podíamos estar la una sin la otra.





49

SEPARARME DE TI, DUELE

Valencia. 25 de octubre, 2019

Habían pasado unos días desde que firmasen los papeles de divorcio, y esa era la última mañana que Elena iba a pasar en la casa que habían alquilado para iniciar su vida en matrimonio. Su hermano Jorge iba a recogerla en pocos minutos para ir juntos al puerto donde cogerían el *ferry* en dirección a Ibiza; pero ella, sentada en el taburete del tocador, todavía no podía creerse lo que estaba pasando. Abrumada por todo, se negaba a dejar el dormitorio que había compartido con Victoria durante esos dos años. Ahora, un lugar tan lleno de vida al comienzo, estaba impregnado con el eco vacío de los momentos que vivieron juntas y se desvanecían frente a sus ojos como si jamás hubiesen existido.

Después de firmar los papeles, de ver cómo su ahora exmujer se marchaba sin dedicarle una sola mirada, supo que se le quedaron un montón de sentimientos atascados en su interior. En la puerta tenía preparadas las maletas, sabía que no tendría otra oportunidad de verla, así que se le ocurrió despedirse de ella mediante una carta.

No tenía ni idea de si Victoria la leería en algún momento, pero la esperanza no frenó sus dedos y tampoco sus emociones. Una por una dejó grabada cada palabra de su puño y letra y, al terminar, dejó caer el bolígrafo sobre el papel. Elena se quedó mirando el papel con los ojos empañados por las lágrimas. Con un suspiro dobló el folio con cuidado y lo depositó sobre la almohada que solía compartir con Victoria junto a su anillo de bodas. Una parte de ella quería quedarse, aferrarse a los recuerdos y a la esperanza de un futuro juntas, pero sabía que tenía que seguir adelante y dejar que lo demás fluyera, como las aguas del mar.

Con paso vacilante salió del dormitorio y cerró la puerta tras de sí, llevándose consigo aquel amor que nunca moriría, ni siquiera en la distancia o el silencio, el tiempo o el espacio.

Querida Victoria,

No sé por dónde empezar a llenar esta hoja que ahora mismo, me parece demasiado pequeña para expresar todo lo que siento. Me duele el alma mientras escribo, pero no sé por qué no podía irme sin hacerlo, quizá para poner un punto final, quizá para dejar abierta una puerta que no quiero cerrar del todo.

Las palabras se me atascan en la garganta como si intentaran escapar de esta prisión de emociones que se ha vuelto mi corazón desde que tomaste la decisión de separarnos. No ha sido fácil, ¿verdad? Decidir que nuestra historia debía acabar así, en un silencio incómodo, en unas palabras rotas y un vacío que ahora mismo parece no tener fin.

Recuerdo cada momento que pasamos juntas, desde aquella mañana que nos conocimos en la playa hasta los días que nos tomábamos de la mano para caminar al atardecer y compartir mucho más que miradas y sonrisas. Éramos solo unas niñas entonces, con sueños tan grandes que apenas cabían en nuestro pequeño mundo. Y, sin embargo, esos sueños, esos anhelos, forman parte ahora del océano que nos separa.

Tengo la certeza de que todo ha cambiado. Nosotras lo hemos hecho. Nos hemos transformado en sombras de lo que fuimos, atrapadas en un laberinto de decepciones y desencuentros que parecen no tener salida. Vic, ¿cómo hemos llegado hasta aquí? ¿Cómo hemos dejado que el amor que nos unió se convierta en esta carga que nos arrastra hacia el abismo?

Me pregunto si alguna vez podré olvidar tu risa, tus caricias, el calor de tu piel contra la mía. Me pregunto si podré volver a dormir sin sentir tu presencia a mi lado, sin anhelar el roce de tus labios. Me pregunto si alguna vez podré sentirme completa de nuevo.

A pesar de todo lo que ha pasado, quiero que sepas que te amo. Te amo con cada fibra de mi ser, con cada latido de mi corazón. Y aunque ahora mismo el dolor de esta separación amenaza con devorarme, sé que lo que siento por ti siempre estará ahí, como una luz que guía mis pasos en la oscuridad, como el faro que lo hace con los pescadores en alta mar.

No importa lo que nos depare el futuro, siempre llevaré en mi corazón la esperanza de que algún día, de alguna manera, regresarás y podremos seguir adelante con esto. No sé si es una locura pensarlo. No sé si es demasiado pedirte que no te olvides de lo que nos prometimos.

No sé si algún día leerás estas palabras, pero quiero creer que, de alguna manera, llegarán a ti y te recordarán que, pase lo que pase, siempre habrá un lugar en mi corazón donde tú estarás presente.

Te amo, Victoria. Ahora y siempre.

Con todo mi amor,
Elena





50

EXTRAÑA EN MI PROPIA VIDA

VICTORIA

Madrid. 22 de julio, 2024

Volver a casa tan pronto no estaba en mis planes, y sentirme como una visitante en la ciudad en la que he vivido más de cuatro años, tampoco. Ahora mismo, la incomodidad se adueña de todo lo que me compone y lo único que quiero es darme una ducha, comer algo rápido y descansar. Durante el viaje he estado pensando y comenzaré a embalar mis cosas para no retrasarme y volver lo antes posible a Ibiza. Le he enviado un mensaje a Joana comentándole que mañana pasaré por la redacción y, en cuanto llegue a casa, llamaré a Elena para decirle que ya estoy aquí.

Dentro del taxi y con la mirada puesta en las calles, no dejo de pensar en lo que ha pasado estas semanas y en cómo ha cambiado mi vida desde que nos reencontramos. Admito que no imaginaba nada de esto, pero ahora presiento que es lo mejor que podía haberme pasado en la vida; pues he escapado de mi burbuja, he abierto los ojos, me he dado cuenta de cuáles son mis valores y qué es lo que deseo en el futuro. Estoy segura de que habrá muchas personas en el mundo a las que su trabajo les importe lo suficiente como para sacrificarlo todo, pero yo no he sido feliz apartando el amor y deseo traerlo de vuelta.

Mi padre me dijo una vez que mi ambición me llevaría a perder la oportunidad de vivir grandes cosas en la vida. Fue durante una conversación después de mi divorcio, y ahora he descubierto a lo que se refería. Él y mi madre no tuvieron un matrimonio fácil; sin embargo, a pesar de las dificultades, siempre encontraron la forma de encontrarse en un punto medio y hacer que funcionara. Yo estoy enamorada de Elena y cargo en mi corazón una seguridad que jamás había sentido antes. No sé qué pasará cuando hable con Pepa y con Alfredo, pero lo único que sé es que quiero compartir mi vida con ella y no me asusta la idea de sacrificarlo todo por hacer realidad este sueño.

Cuando el taxi se mete de lleno en la calle de Alcalá, sé que quedan apenas unos minutos para llegar al Parque de la Quintana de los Molinos y, por tanto, a mi casa. Un *chalet* adosado de dos plantas y ladrillos rojos del que me enamoré el primer día que lo

visité. En un pestañeo el conductor se desvía, y pensar que esta noche la pasaré a solas me lleva a suspirar. Me encantaría poder estar con Elena, organizar una pequeña salida, ir a cenar a cualquier restaurante cerca del puerto, ver el amanecer en la playa y hacer el amor con ella. No sé cómo le contaré a mis padres todo esto, pero sé que no se lo van a creer.

El residencial me acoge, solo quedan un par de manzanas y cuando lo hacemos, veo a Joana en la pared de la que cuelga mi buzón. Estoy tan sorprendida que me cuesta unos segundos buscar mi cartera y, en ella, el dinero. Esperaba tener unas horas y pensar bien en todo lo que quiero decirle, hacerlo de una forma más íntima.

—Disculpe. Quédese con el cambio —indico al taxista una vez que reacciono, y cuando abro la puerta y salgo, ella me dedica una sonrisa y me besa paralizándome—. ¿Qué… qué haces aquí? —atino a preguntar.

—Quería darte la bienvenida —comenta y sujeta mi rostro entre sus manos. Un nudo extraño se me anuda en el estómago, pienso en Elena y, antes de que se lance a por mis labios de nuevo, sujeto sus manos y me separo de ella—. ¿Qué pasa?

—Estoy muy cansada. Solo quiero soltar las maletas y darme una ducha —contesto con franqueza—. No hacía falta que hicieras esto.

—¿Qué tiene de malo? —añade y, en cuanto la escucho, camino hacia mi casa—. Además, pensé que no había otra forma mejor de pedirte perdón. La última vez no acabó bien y bueno… ya sabes.

—Entiendo… —Busco las llaves en mi bolso y abro la puerta para entrar al jardín.

—Pero bueno, ahora estás en casa, ¿te apetece que salgamos a cenar juntas esta noche?

—La verdad es que no —respondo con seguridad mirándola a los ojos—. Creo que necesito un poco de tiempo para recolocar un poco las cosas, quiero hablar contigo, pero antes… —Me llevo una mano a la cabeza—. En fin, ya hablamos, ¿de acuerdo?

—¿Recolocar un poco las cosas? No te entiendo…

—Todo ha cambiado bastante —le digo sin más—. Ahora te dejo, ¿vale? Pasa bien el resto del día.

—Pero, Vic… —Me sujeta de un brazo y me prohíbe continuar—. ¿Qué es lo que ha pasado? Sé que fui una tonta por no coger el teléfono, pero… es que estaba molesta y…

—Espera… ¿no me dijiste que estabas en París y que por eso no habías respondido? —pregunto confundida—. ¿Lo hiciste adrede? —Joana me mira a los ojos y, en ese momento, sé que me ha mentido—. ¿Qué era lo que querías? ¿Que te persiguiese? ¿Que te rogase?

—¡Me pediste que me quedase aquí! —exclama molesta—. Tú has estado con tu exmujer y estoy segura de que te lo has pasado de maravilla con ella, ¿me equivoco?

Lo vivido con el Elena estos últimos días pasa por delante de mis ojos y, aunque temo que mi respuesta pueda desatar la furia de Joana, sé que no voy a encontrar un mejor momento para decirle todo lo que siento.

—No —respondo sin rodeos—. Quería esperar a mañana para hablar contigo, pero va a ser ahora. Así que entra. No quiero que lo hagamos aquí en medio. —Abro la puerta, me hago a un lado y la dejo pasar. La casa sigue oliendo al ambientador floral al que estoy acostumbrada; solo unos pocos rayos de luz atraviesan las ventanas y el silencio se me mete dentro. Joana me acompaña y cuando cierra tras de sí, estallo—. Elena y yo nos hemos acostado.

—Espera, ¿qué?

—Lo que has escuchado —añado sin moverme de mi lugar—. Estos días he querido hablar contigo para disculparme, para hacerte saber que fui una tonta que no debió

permitir que lo nuestro pasara —explico sin apartar la mirada de sus ojos—. Yo no me encontraba en mi mejor momento, era vulnerable, deseaba sentirme querida, que alguien me ayudase a calmar mis heridas y tú llegaste sin más. Sé que te utilicé, que estos seis meses nos lo hemos pasado muy bien, pero… —Niego con un gesto y trago saliva—. Ella siempre ha sido la mujer de mi vida y no puedo seguir adelante con lo nuestro. No cuando lo que más quiero es compartir mis días a su lado.

—Así que se ha terminado…

—Ni siquiera tuvo que haber empezado, si te digo la verdad.

—Vale, entonces, será mejor que me vaya. —Se da media vuelta para abrir la puerta y salir de mi casa.

Solo cuando me quedo a solas, suelto mis cosas y me dejo caer en el sofá del salón con los ojos cerrados. Extraño los rayos de sol, el sonido del mar, el aroma a sal… me encantaría estar en Ibiza, abrazada a ella, disfrutando de la playa y de sus besos. Tengo un sabor amargo en la boca y un nudo en la garganta; no me gusta hacer daño a las personas, pero lo de Joana era inevitable.

Mi teléfono suena y el vacío que me rodea, desaparece al mismo tiempo que también lo hace mi malestar. Ver el nombre de Elena en la pantalla me arranca una sonrisa, aunque es mi corazón el que palpita a toda prisa, devolviéndole la fuerza y la energía.

—Hola, madrileña, ¿ya has llegado a casa? —pregunta ella desde el otro lado de la línea —. Sé que me dijiste que me llamarías, pero tenía ganas de escucharte.

—Termino de quitarme los zapatos —explico, y me desabrocho las sandalias para subir los pies al sofá—. Estoy agotada. He pensado que pediré una pizza, me daré un baño y me iré a dormir. ¿Qué planes tienes tú?

—Mi hermano me ha dicho de ir a casa de mi madre a cenar, pero, si te soy sincera, no me apetece nada.

—¿Y eso por qué? Deberías ir y pasarlo bien con ellos —opino y llevo la mirada a mi alrededor—. Al menos tú puedes hacerlo.

—He pensado que podríamos organizar una cena familiar cuando vuelvas —comenta y me arranca una sonrisa—. Ya tengo ganas de que estés aquí. No sé si podré controlar a Carolina yo sola.

—Deja que lo haga tu hermano, se va a casar con ella. —Mi comentario provoca que nos riamos—. ¿Sabes qué me ha pasado cuando he bajado del avión?

—No, ¿el qué?

—He sentido que esta ya no es mi ciudad. Y ahora que estoy en casa tengo la sensación de que aquí vivía otra persona. Supongo que es porque estas semanas en Ibiza ha despertado a la Victoria de hace años.

—Y me encanta que haya pasado… —confiesa entre susurros—. Ojalá estos días pasen volando.

—En nada estaré allí, ya lo verás. Mañana a primera hora iré al periódico a hablar con mis jefes, y una vez que salga, buscaré el billete de vuelta.

—Me parece perfecto…

—Ahora te dejo, y ve con la familia y disfruta, ¿vale? —insisto.

—Lo haré, pesada.

—Te quiero muchísimo —recuerdo y esbozo una sonrisa.

—Y yo mucho más a ti.




51

EL PUESTO DE MIS SUEÑOS

VICTORIA

Madrid. 23 de julio, 2024

Son las once de la mañana y me quedan cinco minutos para llegar a la redacción. Dejar el coche aparcado y disfrutar de un paseo ha sido la mejor elección que pude haber tomado durante el desayuno porque la caminata me ha venido de perlas para ordenar todo lo que tengo en la cabeza desde hace días. Tengo claro lo que quiero, pero antes debo hablar con Pepa y con Alfredo y desechar la idea de ser subdirectora del periódico, aunque sea el puesto de mis sueños.

Antes de llegar a la puerta, freno mis pasos y observo mi reflejo en los cristales de los ventanales de mi izquierda. Ya no quiero ser la mujer que se pasaba en estas oficinas gran parte de su vida y, pase lo que pase, nada cambiará mi decisión de dejar todo este mundo para seguir adelante con mi vida profesional y personal en otra parte. Además, ayer por la noche recibí la llamada de un compañero que trabaja en la revista Europa Press y los ojos se me abrieron de inmediato. Voy a verme inmersa en muchos cambios, y estoy dispuesta a vivirlos.

—¿Piensas quedarte ahí mucho tiempo? —Joana, que lleva un café entre las manos, se coloca a mi lado y me observa a través del reflejo—. Pepa y Alfredo ya están arriba, les he dicho que no tardarías.

—Gracias por avisarlos. —Después de haber roto, la tensión entre nosotras es palpable y soy incapaz de sentirme cómoda a su lado—. No quiero que esto se alargue demasiado.

—¿Se puede saber a qué se debe tanto misterio?

—Alfredo y Pepa me han elegido para ser la subdirectora del periódico, pero no voy a aceptarlo. —Cuando lo menciono, Joana coloca una mano en mi brazo y tira de mí para fijarse bien en mis ojos—. Mi relación con Elena y este mundo son incompatibles, quiero recuperar el tiempo que hemos perdido juntas por estar casada con este trabajo.

—¿¡Tú estás loca!? ¡Este es tu sueño! —exclama sorprendida—. ¡No puedes hacerlo solo porque tengas remordimientos de conciencia!

—¿Remordimientos de conciencia? —pregunto y suelto una carcajada seca—. Tú no tienes idea de lo que Elena y yo vivimos por culpa de mis ambiciones, Joana. Así que mejor cállate —le sugiero para así dejarla atrás y caminar hacia la puerta con seguridad.

—¡Espera! ¡Victoria! —grita y me frena con una mano—. Piénsalo bien. ¿Estás segura de que serás feliz en Ibiza? ¿De que no te arrepentirás de todo?

—Ahora mismo de lo único que me arrepiento es de haber sido tan idiota cómo para divorciarme de Elena —respondo mirándola a los ojos—. En Ibiza he sido la niña y la mujer más feliz del mundo, así que la respuesta es sí, sé que lo seré y que no me arrepentiré.

—Si Elena te quisiera te habría prohibido dejar tu trabajo solo por estar con ella.

—Lo ha hecho —afirmo—. Yo quería dejarlo todo. Olvidarme del periódico, escribir columnas, publicar un libro… —explico llevándome un par de mechones detrás de la oreja —. Pero ella me pidió que no lo hiciera y aquí me tienes. —Incapaz de encontrar otra razón por la que atraparme, resopla y niega un par de veces—. Somos mucho más que un matrimonio divorciado, antes de todo eso había una amistad. Me conoce mucho más que tú y que cualquier persona que exista, y sabe muy bien que trabajar en este periódico era mi sueño. Pero ahora tengo otras aspiraciones y quiero cumplirlas.

—¿Y cuáles son? ¿Convertirte en pescadora? —suelta con ironía.

—No. Volverme a casar y formar una familia —sentencio.

—Si tan segura estás, adelante. Que Pepa y Alfredo se encarguen de convencerte de esto porque es una completa locura, y sé que te arrepentirás por completo.

—Que te vaya bien, Joana.

Dispuesta a seguir adelante con mis planes, camino hacia el interior del edificio. Sé que su reacción no será la única a la que me deba enfrentar, que mis jefes se llevarán las manos a la cabeza y me llamarán idiota, que me obligarán a pensármelo bien y que Alfredo querrá manipularme tal como lo hizo en el pasado. Con un dolor insistente en la cabeza, me meto en el ascensor y busco mi teléfono a toda prisa. Necesito hablar con Elena, contarle lo que está pasando y lo que ha pasado desde que llegué; quiero que sepa que he roto con Joana. La echo de menos, me encantaría que estuviese aquí y apoyarme en ella, pero sé que cuando vuelva y nos abracemos, todo quedará en nada.





52

EL MIEDO A QUE TODO SE REPITA

ELENA

Ibiza. 23 de julio, 2024

Victoria estará reunida con sus jefes ahora mismo. No he dejado de mirar el teléfono desde que el reloj marcó las once y ya han pasado dos horas y sigo sin tener noticias de ella. Sé que debo estar tranquila, creer que no pasará nada malo, pero no puedo evitar darle demasiadas vueltas. Tengo miedo de que se repita lo que ocurrió en el pasado, que su trabajo altere todos nuestros planes y se olvide por completo de las promesas que me ha hecho.

En un intento por calmar mi estado de nervios, he dejado el despacho y he bajado a la cafetería para tomarme una tila. A mi alrededor el mundo sigue adelante como si nada; las sonrisas iluminan la sala y la risa de los niños disfrutando de la piscina chocan con las paredes ambientando un día más de verano. Quisiera ser uno de ellos, olvidarme hasta de dormir, comer a deshoras y disfrutar de un helado bajo los rayos de sol. Estoy cansada de ser adulta, de los problemas, las complicaciones y los dolores de cabeza.

Libero un suspiro, sujeto mi teléfono entre las manos y busco mi chat con Victoria, redactando un mensaje sencillo y simple. Una vez que le doy al enviar, doy un sorbo a la taza y me dejo caer en la silla.

—¿Elena? —Carolina aparece delante de mis ojos, con el pelo sujeto en un moño desenfadado y el gesto algo cansado—. ¿Estás bien? No tienes buena cara.

—Mira quién lo dice… —apunto, y se sienta enfrente—. ¿Ya te están atacando los nervios?

—No lo sabes tú bien… —confiesa intentando sonreír—. ¿También estás de los nervios?

—Peor —respondo—. Victoria me dijo que hoy iría a ver a sus jefes. Recibí un mensaje de ella a primera hora pero todavía no me ha llamado y estoy en mitad de un ataque de ansiedad.

—Y luego le dices exagerado a tu hermano —señala y niega un par de veces—. Seguro

que se ha liado a hablar con sus compañeros. Ya te llamará y será para contarte buenas noticias.

—Yo lo que espero es que no la líen como siempre y vuelva a tiempo para la boda, porque si no, te juro que esta vez sí que la mato —aseguro y ella se echa a reír.

—Lo haremos las dos. ¿Dónde se ha visto una boda en la que la novia no tenga dama de honor? —pregunta, levanta una ceja y volvemos a reír—. Pero hablando en serio, no te preocupes. Confío en que esta vez lo hará bien.

—Me encantaría poder sentirme tan segura como tú. Parte de mí no deja de sentir miedo —explico llevando la mirada a mis manos—. Supongo que es por todo lo que pasó. Temo regresar al pasado y volver a sufrir de esa manera.

—Deberías verlo por el lado positivo —comenta llamando mi atención—. No sois las mismas que hace años. Ahora sabéis bien cuales fueron vuestros errores, y sé que haréis todo lo posible por no caer en lo mismo.

—Ojalá sea así… —murmuro—. Bueno, ¿y tú qué? ¿Ya estás lista para lo que viene?

—La verdad es que estoy impaciente —me cuenta dejándose caer en el respaldo de la silla—. Y aunque le diga a tu hermano que se calme, yo llevo los nervios por dentro.

—Yo también estaba así la semana antes de casarme con Victoria, pero disfrútala al máximo. Te diría que no la vas a sentir una segunda vez, pero… —Me encojo de hombros—. Nunca se sabe qué es lo que pasará en el futuro. Mírame a mí.

—Mi madre también me ha dicho lo mismo que tú —dice algo resignada—. Y aunque intento estar calmada, soy un maraca. Por eso he pensado ir un rato a la playa… a ver si el mar me relaja.

—¿Mi hermano irá contigo o se quedará con los chicos?

—No creo que tarde mucho en aparecer —responde y lleva la mirada a su espalda—. Iñaki y Ana tenían una cita. —Mueve las cejas con gracia—. Así que ha quedado con Pablo para desayunar. Deberías venir, así te despejas un poco.

—Quizá lo haga…

—¡Venga! —insiste—. No pretenderás estar encerrada hasta la boda, ¿verdad?

—¿Y qué si lo hago? —pregunto con tono juguetón.

—Que llamaría a Victoria para que vuelva corriendo y te saque a rastras de tu casa.

—Ni se te ocurra decirle nada. —La apunto con un dedo—. Lo que menos quiero es que se preocupe por mis inseguridades.

—¿Tú confías en Victoria?

—¡Claro que lo hago! —exclamo sin pensar—. Sé que lo que ha pasado estas dos semanas le importa y que no es una tontería. Me prometió que haría todo lo posible porque esto funcione y lo tengo muy claro.

—Entonces, simplemente, cree en su palabra y no tengas miedo de nada. —Bufo al escucharla—. ¡Y no relinches! Que pareces un caballo.

—¿Por qué habláis de caballos? —pregunta Jorge que aparece de la nada y se sienta justo a mi lado—. Esperad, si es algo muy guarro, prefiero que no me lo contéis.

La risa que nos provoca hace que los nervios y el malestar que sentía se esfumen. Estos últimos años he aprendido que superar los baches del camino a solas no es lo más adecuado, que necesitamos de unas manos que nos acompañen, de un abrazo cuando nos sentimos perdidos y unos ojos que nos guíen en mitad de la oscuridad. Carolina y Jorge se convirtieron en mi faro y, gracias a ellos, ahora soy capaz de mirar cara a cara a mi futuro con una sonrisa dibujada en los labios. No importa cómo vaya todo, ahora ya no estoy sola

porque ellos estarán siempre conmigo.





53

EL PLAN PERFECTO

JOANA

Madrid. 24 de julio, 2024

Han pasado un par de días desde que Victoria y yo lo dejamos de manera oficial, y no puedo creerme que, al final, nuestra relación se haya visto afectada. Tuvimos una fuerte discusión antes de que se marchase a Ibiza, yo sabía que esto pasaría tarde o temprano, pero jamás pensé que ocurriría así. Ahora ni siquiera puede soportar estar a mi lado, su actitud hacia mí ha cambiado y estoy segura de que le han lavado el cerebro estos días. Antes de ser su pareja fui su amiga y, aunque me gustaría comprenderla, la parte más egoísta de mí, esa que aún la ama, se niega a aceptar que lo vaya a dejar todo por bailarle las gracias a su exmujer. Victoria está ciega, es obvio que no ha pensado bien las cosas y que necesita que la espabilen; es absurdo que sus esfuerzos se vayan a ir a la mierda por abandonar su vida para marcharse a una isla en la que no hay nada.

El sonido del teléfono rompe el silencio sacándome de forma brusca de mis pensamientos y, al levantar la mirada, veo el nombre de Alfredo parpadeando en la pantalla. No tengo ganas de hablar con nadie, pero respondo la llamada con un suspiro resignado escapándose de entre mis labios.

—Joana, Pepa y yo necesitamos que vengas a la oficina de inmediato —dice sin rodeos con ese tono autoritario—. Hay un asunto urgente que debemos discutir los tres.

—Ahora mismo estoy ahí —respondo a la par que mi corazón se acelera ante la brusquedad de sus palabras. Sé la razón por la que está tan molesto, no debe ser fácil darse cuenta de que tu pupila se niega a seguir los pasos que tú mismo le has marcado. Con una sonrisa tranquila en los labios, me levanto de mi silla y me dirijo hacia el despacho. A través de las cristaleras los veo discutir, estoy segura de que es por Victoria y me pregunto qué quieren de mí ahora—. Ya estoy aquí, ¿qué es lo que ocurre?

Alfredo intercambia una mirada significativa con Pepa antes de responder, y yo decido sentarme en la silla que hay libre frente al escritorio. No sé qué han estado planeando y no sé si quiero saber lo que se les pasa por la cabeza, pero esa parte de mí, la más dolida y

magullada por la situación, me invita a quedarme donde estoy y esperar.

—Se trata de Victoria —comienza Alfredo con el gesto repleto de muecas y la voz fría —. Ha renunciado al puesto de subdirección, y no podemos permitir que eso pase.

—Pero eso es asunto de ella, ¿qué puedo hacer yo para remediarlo?

Para mi sorpresa, se sienten igual que yo, así que me acomodo mejor en la silla y me cruzo de brazos dispuesta a escucharlos.

—Sabemos que es su vida, que no tenemos derecho a influir en sus decisiones, pero Victoria es una pieza fundamental en nuestro equipo —añade Pepa con el gesto compungido y preocupado—. No podemos permitir que lo deje todo para irse con sus amiguitos de Europa Press.

—¿Qué? ¿Cómo que Europa Press?

—¿No te lo ha contado? —pregunta mi jefe sorprendido—. Al parecer, Asís Martín y ella tienen una muy buena relación y le ha ofrecido formar parte de la agencia.

—Joder… —exclamo algo abrumada por la noticia—. ¿Y qué proponéis que hagamos?

—Creemos que la clave para retener a Victoria en la redacción es su relación con Elena. —Alfredo sonríe con malicia y se apoya con ambas manos sobre la madera del escritorio—. Y ahí es donde tú entras en juego. Sabemos que has estado saliendo con ella varios meses y que encontrarás la forma de que esa maldita relación se rompa. Ya lo hice una vez, cuando me di cuenta de que Victoria valía mucho la pena, pero esta vez no puedo estar implicado.

—¿Y eso por qué? —me limito a preguntar.

—Ella me conoce, ya sabe cómo trabajo —añade sin más.

—Así que estáis dispuestos a jugar con los sentimientos de Victoria… —comento mirándolos a los dos—. ¿Y qué gano yo con esto?

—¿Qué te parece el puesto actual de Victoria? —comenta Pepa—. Si conseguimos que ella se quede, estará libre y no tenemos a nadie mejor que tú para ocuparlo.

Ninguno muestra una sola señal de arrepentimiento, están dispuestos a jugar sucio para conseguir lo que quieren y, por un momento, las dudas me asaltan. Victoria se me cruza por la cabeza y aunque ahora todo es diferente entre nosotras, la idea de perderla me duele; así que mientras intento barajar todas las opciones que tengo, me doy cuenta de que ya he elegido en cuanto recibo un mensaje de ella y se me altera el corazón.

—Sabemos que esta no es una situación ideal, Joana —añade Pepa mirándome a los ojos—. Pero, a veces, en el mundo del periodismo, hay que tomar decisiones difíciles para lograr nuestros objetivos.

—Lo haré —respondo con seguridad—. Contad conmigo para lo que sea. No voy a permitir que deje todo esto porque quiera vivir un cuento de hadas.

—Así me gusta. Eres una chica lista, llegarás muy lejos.

Una vez que Alfredo me abraza, la piel se me pone de gallina. No me importa cuáles serán las consecuencias de esto, pero haré todo lo que esté en mi mano para evitar que Victoria cometa una locura.





54

LO TENGO MUY CLARO

VICTORIA

Madrid. 25 de julio, 2024

Pepa y Alfredo siguen reunidos y, mientras que espero a que terminen, he empezado a recoger mi despacho y meter las cosas en cajas. El martes me dieron cuarenta y ocho horas para que pensase bien en mi decisión, y aunque les dije que no cambiaría de idea, ellos insistieron en que me tomara un par de días para darle vueltas. Pero, tal y como les comenté, estoy dispuesta a dar por zanjado mi tiempo en el periódico, que necesito una manera diferente de disfrutar de mi trabajo y lo haré estando junto a la mujer que amo.

Ahora que he vaciado el escritorio y he descolgado unos cuadros que compré para adornar un poco este rincón, todo se ve hueco y silencioso, como si nadie lo hubiese habitado durante estos últimos años. Sé que voy a extrañar el ritmo de la redacción y que guardaré los recuerdos vividos aquí con mucho cariño, pero ya va siendo hora de que le dedique tiempo a otra clase de sueños.

Carolina me ha enviado un par de mensajes y me contó que Elena se ha enfocado al cien por cien en su trabajo para no pensar en lo que está pasando, y me preocupa que le esté afectando. Tendría que haber sido lo bastante fuerte para decir que no cuando tuve que hacerlo, pero no tenía ganas de discutir y eso me ha llevado a estar mucho más tiempo aquí de lo que en principio prometí. Mientras termino de meter el cactus que me regaló Joana en una de las cajas, me veo sorprendida por un par de toques y su repentina presencia. No hemos dejado de discutir desde que cortamos y, para ser sincera, tenía la esperanza de que nuestra amistad no se rompiera también.

Apenas le dedico una sonrisa, pero ella camina y se sienta en el mismo sillón que ocupó Alfredo durante su última visita a mi despacho.

—Por lo que veo ya has tomado una decisión —comenta para romper el silencio que se ha formado entre nosotras—. Me parece increíble que lo vayas a dejar todo por amor.

—No lo voy a dejar. Hay muchas formas de ser periodista en nuestro país —explico dándole la espalda y recogiendo algunos libros—. El trabajo no lo es todo y algún día te

darás cuenta.

—Ahora mismo no hay nada más importante que mi nuevo puesto.

—Quizá lo entiendas cuando te veas sola a los ochenta años —replico mirándola ahora a los ojos—. Aún tienes tiempo de encontrar a alguien que valga la pena. Yo a tu edad estaba a punto de casarme.

—¿Te casaste hace siete años? —pregunta y yo afirmo apoyándome en la mesa.

—No ha pasado mucho, pero parece toda una eternidad. —Sonrío al recordarlo—. Yo estaba igual de obsesionada que tú por este trabajo, así que di todo de mí y al final… —suspiro cruzándome de brazos—. Me quedé muy sola. Te aconsejo que no sigas mi camino.

—Está claro que no lo haré. No se me pasaría por la cabeza dejar un puesto de subdirección por una relación que ni siquiera sabes si va a ir bien —sentencia y, cuando estoy a punto de abrir la boca para responderle, veo a través de los ventanales del despacho que Pepa y Alfredo terminan su reunión.

—Dejo mis cosas aquí. Ahora vengo. Si llama alguien a mi teléfono deja que suene.

—Sí claro, sin problema.

******

ELENA

Con el teléfono apoyado en mi oreja, me acomodo mejor y quito la goma que sujetaba mi pelo en una pequeña coleta. La brisa del mar mueve algunos mechones que causan pequeñas cosquillas en mi rostro y eso me arranca una sonrisa que acompaña los latidos inquietos de mi corazón. Estoy deseando escuchar la voz de Victoria y pasar unos minutos con ella, aunque sea a través del teléfono. Desde que hablamos y me dijo que sus jefes ya saben que se va a marchar del periódico, las cosas están mucho más tranquilas y ya quiero que vuelva a casa, poder abrazarla y dejar atrás todos los problemas para centrarme en nosotras.

El tono pasa y la llamada se corta de manera tan repentina que me invita a volver a marcar, y una vez que Victoria descuelga, las maripositas vibran dentro de mí provocando que me muerda el labio.

—¿Hola? Eres Elena, ¿verdad? —me responde una mujer a la que no conozco de nada —. Soy Joana, Victoria está ahora mismo un poquito ocupada.

—¿Joana? —pregunto con algo de miedo—. ¿Qué haces con su teléfono?

—Se lo dejó aquí y pensé que, siendo tú, sería algo importante.

—¿Dónde está ahora?

—Reunida con Pepa y Alfredo —se limita a decirme—. Estarás contenta, le han ofrecido el puesto de subdirección e intentan hacer todo lo posible porque se quede, no quieren que se vaya.

—Espera, ¿qué acabas de decir?

—¿Yo? —pregunta algo confundida—. Nuestros jefes le dieron cuarenta y ocho horas para que lo pensase bien. Vic aún tenía dudas y, bueno, por lo que veo desde aquí, las cosas van bastante bien.

—¿Vic? —Niego un par de veces—. No… —tartamudeo sin saber bien qué decir o qué hacer—. Yo… —murmuro—. ¿Eso es verdad?

—¿Por qué te iba a mentir? Victoria es la mejor, es la pupila de Alfredo y estoy segura de que va a conseguir que cambie de idea —responde—. Debes estar orgullosa. Tu exmujer es una maravilla, Elena. Es una pena que no hayas podido ver lo buena periodista que es. Lo que me parece increíble es que le permitas dejarlo todo, ¿no crees que eres demasiado egoísta?

—¿Egoísta?

—Sí, pero bueno, al parecer tú eres más importante que todo esto. Aunque para mí, es una gilipollez —me confiesa y provoca una sensación amarga dentro de mí—. ¿Quieres que le diga que has llamado?

—No hace falta.

—Vale… —responde—. Bueno, pues ha sido un placer, Elena. Espero que la boda de tu hermano vaya bien. Me quedé con ganas de conoceros a todos.

Antes de ser capaz de responder algo más, cuelgo la llamada. Estoy abrumada, confusa, molesta y frustrada. Aun no entiendo por qué razón Joana ha contestado el teléfono, ni por qué ha sido tan dura conmigo. Victoria no me contó nada sobre lo de sus jefes ni tampoco de su insistencia para que no se marche del periódico, y el *shock* provoca que me llegue a preguntar si es cierto que soy una egoísta por permitir que deje un trabajo en el que es muy buena.

Las lágrimas brotan de mis ojos casi sin esperarlas y, cuando estas caen por mis mejillas, me doy cuenta del daño que me han hecho las palabras de Joana en apenas un momento. Es cierto que Victoria está desperdiciando la oportunidad de alcanzar su mayor sueño, perolo hace por mí, por nosotras, por nuestra relación. Y, al final, soy yo quien se va a convertir en la culpable de esto, sin haberlo querido nunca.





55

TIENES QUE HABLAR CON ELLA

ANA

Ibiza. 25 de julio, 2024

A pesar de las ganas que tenía de pasar con Iñaki un día completo en la isla, he tenido que hacer de tripas corazón y desechar mis planes para ir a ver a Elena. No sé lo que ha pasado, pero en los mensajes que nos hemos enviado he podido notar que no está bien. Ella es esa clase de personas que se traga sus emociones, que se encierra en su propia burbuja y desaparece. Recuerdo que, cuando vivía en Valencia, todas nuestras conversaciones eran mediante videollamada; me frustraba muchísimo no poder abrazarla, así que cuando volvió me prometí que siempre que me necesitase estaría ahí, e intuyo que hoy es uno de esos momentos.

Ya es la hora de la cena, he buscado un par de pizzas, algo para beber y un par de bolsas de chucherías para que la noche se haga mucho más corta. No sé si tendrá hambre o no, pero al menos yo sí que podré llenar el estómago.

Cuando llego a su casa, las luces no están encendidas y me hace dudar en si estará o no; sin embargo, una vez que voy hacia el jardín y choco con ella en la terraza, se hace más obvio que le pasa algo. Elena está en una de las tumbonas, con los ojos puestos en las estrellas ajena a todo lo que sucede a su alrededor. Tengo el presentimiento de que las cosas con Victoria no van bien y aunque intento no hacer conjeturas, es casi imposible.

Con la cena en las manos camino hasta acercarme a ella llamando su atención de inmediato.

—Ya veo por qué no querías que viniera —comento levantando una ceja—. Para ver este espectáculo tu sola, ¿eh? —Cuando nuestras miradas se encuentran, se seca las lágrimas y yo le dedico una sonrisa que no desaparece ni cuando nos damos un par de besos.

—No era necesario que vinieses.

—¿Y dejarte llorar sola? ¿Qué clase de amiga hace eso? —Con cuidado, dejo las cosas que llevo conmigo y arrastro una tumbona que coloco a su lado—. Me prometí a mí misma

que estaría contigo cuando lo necesitases, y aquí me tienes —le recuerdo y busco una bolsa de chucherías que abro deprisa—. Desembucha. Te hará bien soltar eso que llevas dentro.

—No es nada… —suspira y se roba una gominola en forma de fresa—. Ya sabes que Victoria está en Madrid.

—Si me vas a confesar que la echas de menos, es obvio, pero tanto como para llorar… —Levanto una ceja.

—Hoy he llamado a Vicky y ha sido Joana la que ha cogido el teléfono. —Al escucharla, me llevo un puñado de chucherías a la boca—. Al parecer ella estaba reunida y, bueno, descolgó.

—Ah… joder… —Me atraganto y pongo a toser—. Ya había pensado mal.

—Victoria me dijo que iba a dejar el trabajo, pero sus jefes se niegan a que lo haga —explica y necesito acomodarme en la tumbona para poder prestar más atención a lo que me cuenta—. Le ofrecieron el puesto de subdirección y Joana me ha culpado de todo lo que está pasando. Me ha dicho cosas muy… en fin, yo no quería esto, ¿sabes?

—¿Entonces qué querías? —pregunto con curiosidad—. Tú sabes bien que para que esto funcionara, o tú o ella teníais que sacrificar algo. Victoria ha tomado una decisión madura, no a lo loco y es posible que otras personas te vean como la culpable, pero… ¿y qué?

—A mí no me hace gracia…

—A ver si me entero. —Dejo las golosinas a un lado—. Tú y ella os divorciasteis porque Victoria se pasaba la vida en su trabajo, y ahora que se ha dado cuenta de que lo vuestro puede funcionar y lo ha dejado, ¿dices que no te hace gracia? —pregunto sin entender nada —. ¿A qué viene eso ahora?

—¿Qué pasará si en unos años me culpa por estar amargada? —se cuestiona con preocupación—. Ella ama su trabajo. Además está el ascenso, iba a ser subdirectora, como su padre —explica preocupada—. ¿Qué hará cuando se dé cuenta de que aquí no puede trabajar como lo hace en Madrid?

—Pero ella ya sabrá todo eso que estás preguntándote, Elena —respondo sin darle demasiadas vueltas—. ¿Tú crees que no se habrá tomado su tiempo para decidirlo? Sabes bien cómo es Victoria, joder. Las dos lo sabemos.

—Sé que lo habrá hecho. Pero eso no quita que sea una buena decisión.

—Entonces, ¿qué propones tú para que lo vuestro funcione? —pregunto cruzándome de brazos—. Si ella no deja el periódico, tienes que dejar tú el hotel, ¿lo harías?

—Sabes que no puedo hacerlo. No tengo a nadie que sepa llevarlo bien y mi hermano tiene su gimnasio.

—¿Entonces qué esperas que haga Victoria? Alguna tendrá que arriesgarse un poco.

—¡Yo no quiero correr riesgos! —exclama nerviosa.

—¿Has hablado con ella de esto? ¿Le has contado lo que ha pasado? —Le miro a los ojos—. Yo creo que antes de ponerte así, deberías tener una conversación con Victoria. — Encoge sus rodillas y aprovecha para esconder la cara entre sus piernas. Puede que las cosas no sean fáciles de llevar, pero no consigo entender por qué se niega a ver que Victoria lo daría todo por recuperarla. A veces, tiene actitudes que dan ganas de hacerle espabilar—. Debes dejar de darle vueltas a lo que piensen los demás y centrarte en ti.

—Tengo miedo de que las cosas vayan mal… —susurra—. No me lo perdonaría…

—Victoria ya es mayorcita y estoy segura de que no está haciendo ninguna locura — aseguro en un intento porque se dé cuenta—. Sea como sea, lo hará bien.

—¿Tú crees?

—Sí, y a ella también —respondo con sinceridad—. Sabes que fui la primera en criticarla y fustigarla por todo lo que te hizo. Pero estos días la he visto ser feliz, con ese brillo especial en los ojos y sé que te quiere tanto o más que antes.

—Sigo sin creer que estemos otra vez así… —murmura con una pequeña sonrisa en el rostro—. Es… cómo vivir un sueño.

—Bueno, los sueños se cumplen de vez en cuando. Así que no está mal.

Elena se mueve en su tumbona y se pasa a la mía para fundirse en un abrazo conmigo.

—Gracias por no hacerme caso y venir a verme. Eres la mejor amiga que podría tener.

—Vas a tener que recompensarme con creces —digo entre risas—. Iñaki tenía un plan bastante romántico para esta noche, y me lo has fastidiado.

—Tengo helado de chocolate en el congelador —comenta antes de separarse—. Podemos comerlo juntas después de las pizzas mientras vemos una película, ¿qué te parece?

—El mejor plan para una noche de verano como esta.





56

LOS DESEOS DE FUTURO

ELENA

Ibiza. 26 de julio, 2024

Quedan oficialmente ocho días para que Carolina y mi hermano se casen y, como era de esperar, los nervios están a flor de piel. Los del cáterin me han llamado esta mañana para confirmar la hora, y la floristería a la que le encargué los adornos ya está preparándolo todo para el sábado que viene. Lo único que queda es ir a recoger los vestidos y el traje de mi hermano, pero me ha dicho Carolina que en la *boutique* están terminando de ultimar unos detalles y que hasta mañana no podremos ir a por ellos.

Yo me encuentro algo más tranquila después de mi conversación con Ana y de haber recibido un par de mensajes de Victoria. No he querido contarle nada sobre la conversación que tuve con Joana porque creo que es algo que tenemos que hacer cuando vuelva y, para no desesperarme tanto, he decidido ponerme manos a la obra con los jardineros y dejar esta zona mucho más bonita de lo que está. Llevamos unas horas con la pérgola de forja y sé que están cansados de mí por ser tan tiquismiquis.

—Vale, creo que ahora sí que está en su sitio —le comento al encargado de mantenimiento, que se coloca a mi lado y observa desde la distancia—. Quería que el atardecer se viera a sus espaldas y ahora está ideal.

—Va a ser una ceremonia preciosa —afirma—. Espero que tu hermano y su chica sean muy felices.

—Y yo. Siempre he pensado que hacían una pareja maravillosa.

—Si ya no nos necesitas, me llevaré a los chicos a darle un repaso a la zona tropical —explica—. Me pegas un grito si ves que esto se desmonta, ¿vale?

—Que no te quepa duda. Aunque yo la veo bien.

—Nunca se sabe. —Se encoge de hombros—. Es la primera vez que monto una cosa de estas. Nos vemos.

Con la pérgola lista y el sol cayendo sobre mi cabeza con fuerza, busco mi teléfono para inmortalizar la imagen y adjuntarla a un mensaje que no tardo mucho en escribir y enviar a

Victoria. Me encantaría que estuviese aquí ayudándome, pero ya tendremos tiempo de estar juntas y aburrirnos de la compañía de la otra.

Una vez que veo la fotografía en nuestro chat, sonrío y pongo rumbo hacia mi despacho. Aún me quedan cosas por hacer, tengo que organizar los dormitorios para la familia de Carolina y, por supuesto, la *suite* nupcial. Mi hermano no tiene ni idea de que he estado construyendo cuatro dormitorios vip junto a la costa, incrustados en la piedra y dispuestos de tal manera para que las personas que las disfruten, no sean interrumpidas por nadie. Deseo que tengan un día inolvidable y que vivan esa jornada con la ilusión que yo sentí cuando me casé con Victoria.

Casi a punto de entrar al ascensor, mi teléfono vibra y una vez que desbloqueo la pantalla, se me salta la sonrisa al ver que es una respuesta de Victoria.

Aún tengo unas cosas que hacer por aquí, pero te prometo que llegaré a tiempo. Tu hermano se va a echar las manos a la cabeza cuando vea lo bonito que ha quedado todo. Recuerda prohibirle que pise el jardín, así la sorpresa será mayor. Yo estoy deseando verte. Te quiero más.

Con mariposillas en el estómago, me apoyo en el cristal del cubículo y comienzo a escribir con algo de prisa. No tenerla aquí conmigo está siendo difícil, pero no me importa teniendo en cuenta que, cuando vuelva, lo hará para no tener que marcharse más. En ese momento las palabras de Joana atraviesan mis pensamientos y con un nudo en la garganta, comienzo a redactar mi respuesta:

No te preocupes. Lo he enviado con mi madre para evitar que él y Carolina lo vean todo. Apenas queda una semana y quiero que sea una sorpresa para ellos, aunque lo más grande lo recibirán el sábado. ¿Ya has echado un vistazo a los billetes? Mira que no quiero sustos a última hora.

Tengo hecha una reserva, pero no te diré para cuándo. Me gusta pensar que la impaciencia hará que tengas muchas más ganas de verme y que eso provocará que no quieras separarte de mí el resto de la noche.

Tengo el impulso de decirle que estoy dispuesta a pasar con ella esa noche y el resto de mi vida, pero decido no comentar nada y redactar otra cosa mucho más divertida:

Pienso obligarte a bailar. Y si te niegas, que sepas que no me importa, porque lo vas a hacer igual.

Ya veremos, Elena. Ya veremos.

Y, sin más, estos poquitos mensajes han provocado que mi día mejore.




57

NO PIENSO DEJAR QUE LO HAGA

JOANA

Madrid. 28 de julio, 2024

Hoy me he propuesto hacer algo muy sencillo y complicado a la vez. Por lo que veo desde la ventana de mi dormitorio, Victoria sigue en Madrid y eso quiere decir que aún tengo una oportunidad para evitar que mande toda su vida a la mierda. No he dejado de preguntarme que tendrá Elena de especial para que se le haya antojado volver con ella y echar a la basura su trabajo de años, pero no pienso permitirlo.

Por lo visto, Victoria no tiene ni idea de la conversación que tuve con su chica y eso es buenísimo para mí, porque si no, el plan no funcionaría. Mi idea es visitarla y hacer lo que siempre he hecho: seducirla. Sé que le gusto, que le atraigo, que nos lo hemos pasado en grande juntas y que no se va a poder resistir al modelito que he elegido llevar esta noche. No sé cómo lo haré, pero le prometí a Alfredo esta mañana que la relación con Elena se rompería esta misma noche y, una vez que eso pase, obtendré el ascenso que siempre me he merecido.

Dispuesta a darlo todo, me miro en el espejo que hay colgado junto a la puerta de mi casa y me retoco el pintalabios con uno de los dedos. La primera vez que Victoria y yo nos acostamos, lo hicimos después de una fiesta en la que el champán era lo único que se bebía y hoy no será menos. He pensado que no hay mejor manera de celebrar el futuro que con un brindis y, en cuanto estoy lista, me marcho con dos botellas que gotean de lo frías que están. Con una sonrisa inocente en los labios, miro a un lado y otro de la calle, y cruzo entre medio de los coches aparcados con algo de prisa. Tocar el timbre se me complica, pero cuando lo hago, la espera se hace muy corta porque Victoria aparece con esa sonrisa que siempre me ha vuelto loca.

—No te esperaba, ¿qué haces aquí? —pregunta sorprendida y yo levanto las dos botellas de champán.

—Pensaba que no estaría mal brindar por el futuro. —Le sonrío y guiño un ojo—. Pronto te irás a Ibiza y no sé cuándo nos volveremos a ver, así que…

—Anda, pasa. —Abre la puerta para mí—. ¿Tienes planes para después?

—¿Por qué lo dices?

—Por el modelito. Siempre he creído que el violeta te sienta muy bien.

—Y yo siempre he pensado que fue este el vestido lo que provocó que nos acostásemos la primera vez. —Victoria me mira a los ojos sin pestañear y, durante un momento, tengo el impulso de dar un paso hacia ella y romper el silencio con un beso que le deje los labios temblando—. ¿Ya estás haciendo la mudanza? Qué rápida.

—Sí, bueno, he estado ocupada organizando todas las cosas que quiero llevarme a Ibiza —comenta y llevo la mirada a las cajas que hay escampadas por todo el salón.

—Son muchas cosas… —apunto después de darle las botellas y fisgonear un poco el contenido de alguna de ellas; solo hay libros, algunas cartas, fotografías—. Pero es normal, llevas mucho tiempo aquí —recalco llevándome las manos a la espalda—. ¿No te da un poquito de pena dejarlo todo?

—Siempre es difícil abandonar el lugar donde has estado tanto tiempo —responde y saca un par de copas de uno de los armarios del salón—. Pero lo interesante llega después, cuando tienes que empezar de nuevo.

—Pues a mí no me gustan nada los comienzos —confieso sentándome en el sofá, cruzando una de mis piernas con suavidad—. Odio la incertidumbre, no saber qué pasará… —Niego con la cabeza—. Horrible.

—Lo bueno es no hacerlo sola —me explica—. Yo tengo la suerte de tener a Elena conmigo.

—Debe de ser una mujer increíble para que dejes todo por ella.

—Sí que lo es, pero no lo hago por ella. —Se sienta conmigo para quitarle el precinto a una de las botellas—. Elena es una mujer maravillosa. Tiene la magia del mar en los ojos y es una auténtica belleza.

—Escuchándolo así, parece una sirena.

—Una con el pelo dorado —añade y se ríe—. Mira, te enseño una fotografía.

Victoria me cede la botella para que sea yo la que sirva el champán y rebusca en la galería del teléfono. En un par de segundos pone delante de mis ojos una fotografía de su exmujer.

—Es bonita… —comento y lleno las copas—. Tiene una sonrisa expresiva.

—Es su marca personal —comenta y pasa la fotografía—. Estos de aquí son Jorge y Carolina.

—Los que se van a casar —recuerdo.

—Exactamente, y por aquí… —susurra pasando imágenes en la pantalla—. Aquí. Esta es de la ruta de senderismo que hicimos juntos no hace mucho, mira. —Pongo las copas en la mesa y con su teléfono entre mis manos, me dejo caer en el respaldo del sofá viendo las fotografías—. Por ahí tienes más de estos días.

—Lo has pasado en grande, ¿eh? —insinúo mientras finjo mirarlas.

—Es lo que tiene reunirse con los amigos —responde sin prestarme atención.

—Y con los viejos amores —puntualizo. Antes de soltar su teléfono, busco con rapidez la guía de las últimas llamadas y, al ver el nombre de Elena entre ellos, lo presiono para hacer una llamada y dejarlo boca abajo en la mesita que tenemos delante—. Ahora tenemos que brindar.

—¿Lo quieres hacer tú? —afirmo con la cabeza—. Pues adelante…

—Veamos… —susurro colocando un dedo sobre mis labios—. Por nosotras, por todo lo

que hemos vivido, cada momento disfrutado y los besos que nos hemos dado. Por lo que viviremos en el futuro y que aún desconocemos —propongo mordiéndome el labio.

—Hemos vivido muchas cosas juntas, ¿eh? —comenta y suelto una pequeña risita—. Nos lo hemos pasado bastante bien…

—Demasiado… —susurro y choco mi copa contra la suya—. Es una pena que no podamos disfrutarlo más. No tenías que haberme dejado, te vas a arrepentir.

—Son cosas que pasan.

—Aunque… lo que pasa en casa, se queda aquí, ¿recuerdas? Tú lo dijiste —pregunto y levanto una ceja de manera sugerente—. Aún estamos a tiempo de disfrutar de tu última noche en Madrid.

—Ojos que no ven, corazón que no siente, ¿no? —pregunta sin darse cuenta de nada—. Estás loca por completo —añade y lleva el champán a sus labios.

—No te lo dije, pero… aún te quiero, Vic, y me niego a que te marches de aquí sin hacértelo saber. —Al dejar la copa sobre la mesa, finjo tirar el teléfono sobre la moqueta que cubre el suelo bajo los sillones y, en cuanto lo cojo, cuelgo la llamada sin que Victoria se dé cuenta de nada—. Mira que soy patosa… —comento dejándolo ahora boca arriba—. ¿Qué me dices?

—Sabes que no puedo.

—Tenía que intentarlo —Me encojo de hombros y le doy un sorbo a la copa—. Elena tiene mucha suerte de tenerte.

—Y yo de tenerla a ella. No tiene ni idea de lo feliz que me hace.

—Estoy segura de que sabe muy bien qué es lo que sientes —aseguro con una sonrisa fingida, llevando la mirada a mi alrededor—. Me parece que voy a dejar que sigas con esto. Si te entretengo, no vas a terminar nunca.

—¿Y qué hago con el champán?

—Quédatelo y disfrútalo antes de irte a Ibiza —respondo y me acerco lo suficiente para darle un beso intenso y lento sobre los labios—. Ya nos veremos, Vic. Pasa buena noche.

—Y tú… —tartamudea sorprendida.

Mientras camino por su casa, sabiendo que he cumplido con mi cometido, no dejo de pensar en cómo se serán las cosas en las próximas veinticuatro horas.





58

CON LAS MANOS TEMBLANDO

CAROLINA

Ibiza. 28 de julio, 2024

Hace más de quince minutos que Elena ha salido corriendo a la terraza tras recibir una llamada repentina de Victoria; ha venido a huevo que lo hiciera porque Jorge y yo acabábamos de anunciar que todos están invitados a compartir con nosotros el viaje de novios, y seguro que se lo está comentando. Fui yo la que propuso que buscásemos un destino que poder disfrutar con todo el grupo y me emociona poder vivir algo así con ellos.

He dejado a los demás en la mesa para levantarme e ir a buscarla. Quiero aprovechar que habla con Vicky para comentarle que tengo su vestido en el dormitorio y que los arreglos que le pidió a la modista han quedado perfectos. Faltan seis días para el gran día, el próximo sábado estaré casada y cada vez que miro a Jorge a los ojos, no me puedo creer que hayamos llegado hasta este punto. A los dos nos ha costado muchísimo abandonar la casa de nuestros padres, conseguir ser solventes y no depender de nadie, pero ya estamos aquí y puedo tocar con la yema de mis dedos este sueño que empezó una noche de verano bajo las estrellas. Es muy emocionante.

La risa de Pablo e Iñaki queda atrás en cuanto salgo a la terraza y choco con el brillo de la luna en lo alto. Siempre me he visto atraída por ella, y por eso me tomo unos segundos para observarla antes de llevar la mirada a mi derecha y chocar con una Elena pálida y paralizada. Tengo el mal presentimiento de que ha pasado algo, pero, antes de hacerme falsas ideas, decido caminar hasta ella.

—Ey, ¿es que has visto un fantasma? —pregunto cuando estoy a su lado—. ¿Elena? —Muevo mis manos delante de su cara—. ¿Estás bien? —Ella se fija en mis ojos y, de repente, los suyos se le llenan de lágrimas—. Oye, ¿qué ha pasado? Me estás asustando. —Queriendo buscar respuestas, miro a un lado y a otro hasta darme cuenta de que su teléfono está en el suelo—. ¿Le has contado a Vicky lo del viaje? —Su gesto se descompone y las lágrimas caen con más fuerza por sus mejillas—. ¡Me quieres responder! —La zarandeo un poco—. ¡Jorge! —grito desesperada y espero que él me haya escuchado.

Por suerte, tarda muy poco en aparecer y lo agradezco muchísimo, porque ya no sé qué hacer.

—¿Qué pasa?

—Creo que a tu hermana se le ha roto algo —bromeo con las manos en la cadera—. No me responde y no deja de llorar —menciono acariciándome la frente—. Su teléfono estaba en el suelo.

—Elena. —Jorge la sujeta de las mejillas y le seca las lágrimas con los pulgares—. ¿Ha pasado algo con Victoria? ¿Todo está bien con ella? —De repente, Elena niega y se pone a temblar—. ¿Qué ha hecho ahora? —Ella se abraza a su hermano y, sin fuerza en el cuerpo, se deja caer hasta obligarlo a hacerlo también—. Joder. ¡Llama a Victoria y mira a ver qué ha pasado!

—Vale… —Tras la orden de Jorge, camino hasta el interior para buscar en mi bolso mi teléfono y llamarla. La última vez que vi a Elena así fue el día que viajamos a Valencia para apoyarla después del divorcio, y todo esto me da muy mala espina. No quiero que nadie escuche la conversación y por eso me meto en la cocina.

—¿Qué tal va todo, futura señora Torres? ¿Ya has recogido los vestidos?

—Respóndeme a una cosa —le pido sin contestar las preguntas que me ha hecho—. ¿Qué le has hecho a Elena esta vez?

—¿Yo? Yo no he hecho nada. Ni siquiera he hablado con ella.

—Hace más de veinte minutos que la has llamado —le recuerdo—. Mira, Vicky, la última vez que la vi así fue cuando os divorciasteis —añado llevándome una mano a la cabeza—. Ahora mismo Jorge está con ella y…

—Te juro que no sé de qué me hablas —dice preocupada—. Yo no he cogido el teléfono para nada.

—¡Dile de mi parte que no quiero verla en Ibiza otra vez! —grita Jorge desde lo lejos hecho una furia y cuando llega a mi lado, me arrebata el teléfono de las manos—. ¿¡Me estás escuchando!? ¡No quiero verte por aquí más! ¡Olvídate de mi hermana y disfruta muchísimo de tu nueva vida!

—Jorge, no digas esas cosas… —Le sujeto de un brazo—. No puedes…

—¡Se ha enrollado con Joana y no sé cómo mierda ha pasado, pero Elena se ha enterado! —me grita—. Y tú no te hagas la tonta —le dice a Victoria esta vez—. No es la primera vez que la cagas con mi hermana, pero esta vez, te has coronado.

Jorge me tira el teléfono y soy incapaz de reaccionar.

—¿Hola? ¿Jorge? ¿Carol? ¡Yo no he hecho nada! —Escucho a Victoria gritar desde el otro lado de la línea.

—¿Es verdad que te has enrollado con Joana?

—¿Qué tontería es esa? —me pregunta desesperada—. ¡Estoy haciendo las maletas! ¡Estoy embalando mis cosas para llevármelas a Ibiza! —me grita en un ataque de nervios—. ¿¡Cómo voy a estar liándome con otra cuando quiero pasar mi vida con Elena!?

—No me has contestado.

—¡Que no! Solo nos hemos tomado una copa y… —De repente, la llamada se queda en silencio y a mí me da miedo preguntar—. Será zorra…

—¿Quién?

—Creo que sé qué ha pasado para que Elena malinterprete todo —suelta y niego un par de veces por lo surrealista que me parece todo—. Joana estaba viendo unas fotografías de Elena en mi teléfono y… ¡Joder! —Desde el otro lado me llegan golpes y ruidos que, más

que tranquilizarme, me ponen aún más de los nervios.

—No estoy entendiendo nada…

—Te llamo mañana, ahora tengo que hablar con Joana —pide, y me cuelga dejándome con muchas preguntas sin responder.

Con la mirada perdida en la pantalla vacía del teléfono, pestañeo un par de veces intentando ordenar en mi cabeza toda la información que tengo. Quiero creer que es un malentendido, que las cosas van a ir bien, pero… «¿Cómo se puede arreglar una infidelidad?», pienso para mí misma.

—¿Qué es lo que está pasando? Jorge no me deja entrar al dormitorio de Elena. —Ana, que acaba de llegar, señala hacia la puerta.

—Victoria la ha vuelto a cagar. Y esta vez de forma garrafal.




59

¿QUIÉN TE CREES QUE ERES?

VICTORIA

Ibiza. 29 de julio, 2024

A pesar de ser la una de la madrugada y de haberme pasado todo el día empaquetando mis cosas en cajas, el cabreo que siento ha conseguido que mi agotamiento desaparezca. Tengo los gritos de Jorge grabados en mi cabeza y no necesito preguntar por Elena para saber lo que estará sufriendo en este momento. No me puedo creer que Joana me la haya jugado así. Solo a ella se le ocurriría algo tan sucio para retenerme en Madrid, pero las pruebas están en mi teléfono y en esa supuesta llamada que yo hice mientras que estábamos brindando en el salón de mi casa por el *futuro.* Con la acidez del estómago en mi garganta, empujo la puerta de forja de su casa y entro en el jardín. Aporreo la puerta con ganas de tirarla abajo. Me hago daño en las manos, pero eso es lo mínimo comparado a lo que Elena estará sintiendo ahora mismo, y saberlo me parte el corazón. En mi mente tenía estructurado el plan perfecto, iba a llegar pasado mañana a la isla para darle la sorpresa de su vida y decirle que nada ni nadie me movería de su lado. Ahora, ni siquiera creo que pueda arreglar este destrozo.

Las luces del porche se encienden y en cuanto la puerta se abre, Joana aparece con un salto de cama a través del cual puedo ver mucho más que su piel.

—¿Te has retractado en tu decisión y sí que quieres pasar una buena noche conmigo? —me pregunta y arrastra una mano por la madera, mirándome a los ojos con esa clase de lujuria por la que me dejé llevar tiempo atrás

—Tenemos que hablar. —Sin decirle nada más, la sujeto por la muñeca y la empujo hacia el interior.

—¿¡Se puede saber qué te pasa!? —se queja y yo cierro la puerta.

—¿Te crees que no me iba a enterar de lo que has hecho? —pregunto y camino hacia ella, quedándome a unos pocos centímetros de su cara—. ¿Por qué has llamado a Elena mientras estábamos brindando? —insisto y arrincono su cuerpo contra la pared—. ¿¡Qué ganas jodiéndonos la vida!? —grito provocando que bote del susto.

—Ah, eso… —Se lleva una mano a su pelo y lo recoge hacia uno de sus hombros—. ¿Ya te han dicho que es mejor que no vuelvas? —Sonríe con malicia—. Sabía que mi plan para que te quedases aquí era perfecto. —No sé qué es lo que me pasa, pero sus palabras provocan tanta rabia en mí que ni siquiera me da tiempo a pensar mi reacción y mi mano derecha se estampa contra su mejilla—. ¿¡Qué coño haces!?

—Has conseguido que la única oportunidad que tenía de ser feliz se vaya a la mierda —digo con la voz tomada por las lágrimas, la frustración, la rabia y el dolor—. No sé qué ganas tú con esto, pero te juro que no a mí —aseguro con un nudo en la garganta—. A partir de hoy no quiero ver tu estúpida y sucia cara.

Con ganas de vomitar, me aparto de su lado y decido marcharme a casa.

—Victoria, por favor… —Noto que una de sus manos me sujetan y, cuando me giro, Joana me suelta—. No te vayas así, yo… solo hice lo que me pidieron. Alfredo quería que te quedaras e insistió en que hiciese cualquier cosa para conseguirlo.

—¿Alfredo? —pregunto y me echo a reír ante tanta estupidez—. Le puedes decir de mi parte que se meta su periódico por el culo, ya puede buscarse a otra.

Tras soltarme, sigo caminando y Joana se interpone.

—¿Es que no ves que estás echando tu vida a perder?

—¿Y tú no te das cuenta de que estás perdiéndote cosas maravillosas por dedicarte a un trabajo que no te aporta nada más que dinero? —pregunto y la quito de mi camino—. Espero que algún día abras los ojos y pienses en regalarte esa clase de felicidad que proviene del amor de las personas que te quieren de verdad.

—¡Eres idiota! —me grita—. ¡Te vas a arrepentir de esto! ¡Ya lo verás!

—De lo único que me arrepiento es de haberme perdido cinco años maravillosos de mi vida por toda esta mierda —señalo y siento una punzada en el corazón—. Pero esto era lo que necesitaba para seguir adelante sin remordimientos, y vamos que si lo pienso hacer.

Antes de que Joana vuelva a interrumpirme, abro la puerta de su casa y camino sin mirar atrás. Hay muchas cosas en las que tengo que pensar ahora mismo, pero antes de hacerlo necesito liberarme del peso de las emociones que cargo por dentro porque si no, sé que seré incapaz de buscar una solución que ponga punto final a esta puta locura.





60

LAS FORMAS DE SANAR UN CORAZÓN ROTO

JORGE

Ibiza. 29 de julio, 2024

Después de lo que ha pasado, he obligado a los chicos a marcharse al hotel. Carolina se ha llevado a rastras a Ana, que no quería irse de aquí sin saber cómo estaba mi hermana. Al final, el único que se ha quedado soy yo, aunque espero que mi madre no tarde mucho en llegar para echarme una mano. Elena está en su cama, me ha costado un mundo que dejase de temblar y me explicase con claridad lo que había pasado, pero después de eso ya no he conseguido que diga nada más. Se ha encerrado en el dormitorio con pestillo y apenas escucho nada a través de la puerta.

—Ey… —Golpeo la puerta con los nudillos—. Te he hecho una tila y mamá no tardará en venir. Le he pedido a Carol que la llamase … —Apoyo mi frente contra la madera y cierro los ojos—. Elena, no puedes encerrarte —murmuro y suelto un suspiro—. Me prometiste que jamás volverías a hacerlo.

Antes de que pueda apartarme, la puerta se abre y cuando mis ojos se posan en ella, puedo reconocer a la mujer que vi años atrás; su cara está pálida, sin brillo, descompuesta.

—No deberías haberle dicho nada, no hacía falta. —Me roba la taza de la mano y cuando está por cerrar, se lo prohíbo.

—Claro que sí, y me importa una mierda lo que me digas —espeto preocupado por ella —. Ya he vivido esto antes, y no pienso dejar que vayas por el mismo camino.

—Bueno, al parecer estoy destinada a ir por la misma mierda toda la vida —responde en cuanto me da la espalda y camina hasta la cama, donde se sienta después de dejar la taza en la mesilla. Con las piernas abrazadas contra su pecho, apoya su cabeza y deja que su mirada se pierda en sus pensamientos—. No entiendo por qué Vicky me ha hecho esto…

—Porque el ser humano es el único que tropieza con la misma piedra una segunda vez. —Me siento junto a ella y sujeto una de sus manos—. Supongo que no tiene remedio.

—Supongo… —murmura con la voz tomada por las lágrimas.

—Elena, quiero que me perdones. Si hubiese frenado a Carolina y le hubiera pedido que no invitase a Victoria, nada de esto habría pasado. —Se mueve para abrazarse con fuerza a mi cuerpo—. Debería de haberlo previsto y…

—No digas eso… la culpable soy yo —confiesa—. Mi amor por Victoria me cegó por completo y lo único que vi fue pura fantasía —susurra y rompe a llorar de nuevo—. ¿Por qué ha hecho que la crea para después hacerme esto?

—No lo sé…

—Es que… —Se separa y me mira a los ojos—. ¿Quién llama a su pareja para que escuche una conversación tan…?

—Espera… —En ese momento, reacciono y mi estado emocional cambia por completo —. ¿Has dicho que solo has oído una conversación? —pregunto obligándola a mirarme.

—Sí, creo que era eso —duda—. Pero la llamada se colgó antes de que pasase algo más, y lo agradecí porque no sé si hubiera podido soportarlo.

—O sea, que no escuchaste nada más que a Joana y a Victoria hablando, ¿no?

—Te lo acabo de decir —ratifica con sus ojos rojos clavados en mí—. ¿A qué viene tanta pregunta?

—¿Te das cuenta de que es posible que hayas malinterpretado las cosas? —pregunto abriendo una posibilidad que hasta hace unos minutos no existía, ni siquiera para mí—. Dices que solo las has escuchado hablar. ¿Estás segura de que Victoria sería capaz de engañarte?

Elena me mira sin saber qué responder y entonces, endereza su espalda para pensar mejor las cosas. Yo me llevo una mano a la nuca, busco mi teléfono, y empiezo a escribir un mensaje rápido a Carolina:

> Creo que esto ha sido un malentendido. Mi hermana me ha dicho que solo escuchó a Victoria y Joana hablar, pero que la llamada se terminó antes de que ocurriese nada. ¡Joder! Llámala y habla con ella. Y pídele disculpas de mi parte, por favor.

—Vicky no me haría eso, ¿verdad? —La pregunta es la que me invita a apartar los ojos de la pantalla y centrarme en ella—. Pero es que… Joana estaba invitándola a pasárselo bien con ella, y… —vacila un momento y pone su atención en mis ojos—. ¿Y si se ha dejado llevar por ella? ¿Y si ha dicho: «Bah, esto se queda aquí, Elena nunca lo sabrá»? —pregunta imitando la voz de Victoria—. Tengo miedo, Jorge….

—Tienes que empezar a dejar de guiarte por el miedo, no eres la mujer joven que se casó hace unos años, pero sí lo pareces cuando te dejas absorber por lo malo, mira tu actitud, Elena. —Me regala una caricia en mi mejilla y después me sonríe—. Seguro que si lo mirases con otra perspectiva te darías cuenta.

—¿Y qué pasa si me equivoco?

—Yo lo único que te puedo decir es que la confianza es lo más importante en una relación —explico acercándome a ella y sujeto sus manos entre las mías—. No puedes seguir adelante con una persona si no confías en ella, porque eso hará que sufras. Sea como sea, las dos os merecéis ser felices…

—No sé qué hacer…

—Quizá te vendría bien hablar con ella —sugiero y hago una mueca graciosa—. Aunque después de mis gritos no sé si se atreverá a volver a Ibiza.

—Te has puesto hecho un bruto…

—Nadie toca a mi hermana —replico y la estrecho entre mis brazos—. Tu situación con ella es compleja, pero antes de tomar cualquier decisión tenéis que hablar. —Le regalo un beso en la mejilla—. No te quedes con nada dentro. Sé sincera con ella y si no confías en lo que te dice, no sigas adelante por mucho que te duela.

—Me encantaría que ella estuviese aquí ahora…

—Lo siento, chicos, el taxi se ha retrasado, ¿qué ha pasado? —pregunta mi madre, que irrumpe sin pensarlo.

—Creo que necesito un descanso, mamá. ¿Puedo pasar unos días en casa contigo? —Mi madre que no entiende nada, se acerca a Elena y la estrecha en un abrazo maternal que consigue arrancarme una sonrisa.

—Es normal que estés así. Has estado trabajando mucho y el estrés de la boda… —menciona mirándome a mí—. Podrías haberla ayudado un poco. —Me golpea en el brazo culpándome—. Tu hermana no es una máquina.

—Pero yo…

—Gracias, mamá… —susurra Elena.

—No me des las gracias. Sabes que puedes volver a casa cuando quieras —comenta y después, me señala con la mirada—. Y tú también. Sois mis pequeños y siempre tendréis las puertas abiertas pase lo que pase.

Cuando ella nos abraza, noto que volvemos a ser esos críos que necesitan una tirita para curar las heridas de su corazón partido. Niños adultos que, al final, están aprendiendo a seguir adelante con sus vidas.





61

BUSCANDO UNA SOLUCIÓN

CAROLINA

Ibiza. 29 de julio, 2024

Cuando recibí el mensaje de Jorge, mis nervios se calmaron lo suficiente como para relajarme y dejarme dormir; pero preferí no llamar a Victoria y permitir que las cosas se calmasen un poco. Hoy me he levantado con otra actitud. Todo pasó muy rápido y es posible que Ana me guarde rencor por echarla de casa así, pero era lo mejor teniendo en cuenta que siempre verá a Victoria como la culpable de todo lo malo que le pase a Elena. A mí me encantaría que abriese un poco los ojos, que se diese cuenta de que no hay malos ni buenos, que las cosas no son blanco o negro.

El día que Jorge anunció que se iban a divorciar, me costó muchísimo comprender por qué dos personas que se amaban tanto como ellas podían romper su relación, así como si nada. Con el tiempo supe que solo ellas podían saber la razón y tomar tal decisión. Lo gracioso es que todos estos años que he estado en medio de las dos las he visto echarse de menos, amarse en la distancia y recordarse de manera continua; seguían juntas a pesar de estar separadas y por eso decidí romper su lejanía con mi boda.

A solas en el dormitorio que mi futura suegra habilitó para mí y para mi chico, camino hasta el pequeño diván que hay junto a la ventana y me siento en él para llevar la mirada hacia el mar. Jorge me comentó que hablase con Victoria, que me disculpase con ella, pero ni siquiera sé cómo enfrentarme a la conversación teniendo en cuenta que también dudé de ella en cuanto escuché que se había enrollado con Joana.

Con el teléfono en la mano, marco su número y presiono el manos libres a la vez que suelto un pequeño suspiro. Me encantaría no estar a kilómetros de distancia, poder abrazarla, pero debo conformarme con esto. Quiero que vuelva y que todo vuelva al punto en el que estaba la noche que celebramos la despedida de solteros todos juntos.

—Ey… —exclamo cuando la llamada se descuelga y me llevo una mano a la nuca sin saber bien qué añadir—. No estaba segura de que me cogieras el teléfono.

—Teniendo en cuenta que todos habéis dudado de mí, no debería haberlo hecho —

responde con un tono de voz apagado—. Quizá la Victoria orgullosa de años atrás os habría mandado a la mierda, pero a la de ahora le importa mucho más arreglar las cosas, aunque tenga que dar veinte mil explicaciones.

—No es necesario que las des. Al parecer, Elena malinterpretó la conversación —le explico apartándome el pelo de la cara—. Según nos ha dicho, la llamada se cortó antes de que ocurriese nada, pero después de todo lo que habéis pasado… imagino que su miedo habló por ella. Y no la excuso, pero bueno… ya sabes.

—¿Ella está bien? ¿Sabe que no pasó nada?

—No, pero imagino que tiene claro que se ha equivocado. Tendrás que explicárselo tú cuando vuelvas —respondo mordiéndome el interior de la mejilla—. Jorge me ha dicho que siente todo lo que te gritó por teléfono. A veces puede ser muy bruto.

—Se toma su papel de hermano mayor al pie de la letra —asiente y suelta un suspiro —. Entonces, imagino que no tengo vetado el ir a Ibiza.

—Nunca lo has tenido… —murmuro—. Es más, me encantaría que hubieses venido antes. Pero imagino que las cosas tenían que pasar así.

—He mandado a la mierda al periódico, así que estoy oficialmente en paro y con mucho tiempo libre para estar allí. Me ofrecieron la posibilidad de trabajar desde Ibiza, de ir y venir cada cierto tiempo, pero… —anuncia y yo bajo los pies del diván sorprendida—. Alfredo le pidió a Joana que hiciese cualquier cosa por retenerme en Madrid, y yo no puedo trabajar para alguien así.

—Perdóname por todo esto… —confieso con un nudo en el estómago—. Y no haberme creído tus palabras cuando me dijiste anoche que no había pasado nada. Estaba muy confundida y…

—No te preocupes. Ahora lo que importa es arreglar las cosas con Elena.

—Se ha ido a casa de su madre estos días —le hago saber—. Ahora mismo debe estar echa un lío.

—Es normal. Hemos estado cinco años separadas. Es mucho tiempo y, aunque no lo queramos, nos ha afectado y ya no somos las mismas —medita en voz alta—. Nuestro pasado fue difícil, sé que mi forma de actuar no fue la mejor, que eso ha sido lo que ha generado su inseguridad y no sé cómo hacer para que eso cambie y confíe en mí.

—Quizá te vendría bien convertirte en ella por unos días —confieso mordiéndome el labio—. Ya me entiendes, a que le hagas saber que no eres la misma, que estás dispuesta a todo con ella, que vas a hacer lo que esté en tu mano para hacerla feliz.

—Quizá tengas razón…

—Siempre la tengo —replico y eso provoca que Victoria se ría—. Entonces, ¿estás haciendo las maletas? ¿Tienes mucho que traerte?

—Sí, ya tengo algunas cajas amontonadas por aquí, pero hoy no podré hacer nada más —explica—. Mis padres ya han llegado de viaje y quiero contarles todo lo que ha pasado. No sé cómo se lo tomarán, pero quiero creer que me entenderán y me apoyarán en todas las decisiones que tome.

—Estoy segura de que sí…

—Tengo la reserva de avión para el viernes. ¿Ya tienes los vestidos? ¿Quedaron bien?

—¡Buah! —exagero—. Cuando veas el tuyo vas a flipar. Aunque bueno, la que lo hará es Elena. Igual que tú cuando la veas a ella.

—Estoy deseando hacerlo…

—Y, por cierto, con todo este lío ni te has enterado —comento entre risas—. Jorge y yo

hemos pensado que os vengáis todos a celebrar el viaje de novios con nosotros. Aún no tenemos un destino fijo, pero si todo va bien, será Mykonos.

—Elena siempre ha querido ir allí, ¿ya lo sabe?

—No tiene ni idea, pero quería decírtelo a ti, por si quieres prepararle alguna sorpresa… —propongo con una sonrisa pícara en los labios—. Sé que ahora mismo las cosas no están bien, pero estos días, he podido ver en tus ojos que lo único que quieres es pasar con ella el resto de tu vida, así que…

—Siempre tramando cosas…. ¿cuándo cambiarás?

—Nunca, querida… —bromeo colocando la voz de Jack Sparrow.

—Bueno, creo que te voy a dejar… Dile a Jorge de mi parte que todo está bien y que cuide de su hermana hasta que yo llegue.

—Se lo diré y tú, lleva cuidado. Todo irá bien.

—Eso espero…





62

TE AMO AHORA Y SIEMPRE

ELENA

Ibiza. 31 de julio, 2024

Todo ha pasado tan deprisa que tengo la sensación de estar en el Furius Baco, la atracción del parque de Port Aventura a la que mi hermano me obligó a subir el verano pasado. Estoy tan mareada que ni siquiera puedo levantarme de la cama y las piernas me tiemblan tanto cómo lo hace mi corazón. Hacía mucho que no me sentía así. Y lo peor de todo es que no he parado de darle vueltas a que juzgué a Victoria por algo que escuché y que no era verdad. Mi hermano tenía toda la razón cuando habló conmigo, porque la confianza es una de las bases de una relación y yo ya no soy la misma mujer que antes. Yo creo en los sentimientos que Victoria tiene por mí porque pude sentirlos en mi piel, pero el miedo a volver a cometer los mismos fallos que nos llevaron a la ruina se quedó grabado como un pequeño trauma dentro de mí y ya no sé qué hacer para superarlos.

Soy consciente de que no puedo permitir que el pasado me frene y me impida reescribir esta historia que parece funcionar mucho más ahora que hace cinco años; por eso lo que más quiero es arreglarlo todo y poder seguir adelante.

Llevo un par de días encerrada en un dormitorio que fue mío en algún momento. Cuanto más recorro todo lo que hay a mi alrededor, más extraña me siento en este mundo; los motivos marineros se mezclan con los peluches de *crochet* a los que tan aficionada era cuando tenía menos años, y sobre la pared hay un montón de fotografías que representan aquel tiempo en el que mi amor por Victoria era como la estrella polar. Mi única preocupación era cómo decirle a mi padre que quería estudiar turismo en Valencia y olvidarme del hotel que ahora es toda mi vida.

El tiempo me ha cambiado muchísimo en la mayoría de aspectos, y cada paso que he avanzado, o decisión que he tomado, ha dado lugar a la mujer que soy ahora. Al mirarme al espejo que hay sobre la puerta del armario no reconozco a esa niña que fui salvo por pequeños detalles pero tampoco a la adolescente de las fotografías o la mujer que estuvo casada con Victoria. Soy una versión más madura de mí, quizá temerosa y cuidadosa, pero

me gusto mucho más ahora.

Sentada en la cama, paso una por una las fotografías que tengo en el teléfono y que he ido acumulando desde que Victoria llegó a Ibiza. Hace años, después de mi divorcio, lo único que deseaba era volver atrás y reescribirlo todo, pero ahora lo que más quiero es saber qué pasará mañana. Si ella estuviese ahora mismo aquí, le diría lo que siento, pero después de cómo se puso mi hermano con ella no sé si la volveré a ver. Guardo la esperanza de que, a pesar de este lío, regrese y podamos abrazarnos, besarnos y hablar de nuestro futuro mientras que nos miramos a los ojos. Yo sé que la amo, que ella me ama y me siento tontísima por haberme visto engañada por unas palabras que lo único que buscaban eran hacernos daño.

Dejo el dormitorio, bajo las escaleras que conectan la planta de arriba con la de abajo y abandono el malestar de los últimos días para sonreír y volver a ser la de siempre. Camino por casa hasta que unos ruidos en la habitación de invitados me llaman la atención y una vez que me asomo por la puerta, veo a mi madre con el traje de mi hermano entre las manos.

—Mira qué bien me vienes —añade animándome a echarle una mano—. Quiero dejar el traje de tu hermano preparado y si está un segundo más en la bolsa, se llenará de arrugas. —Sin decir nada, la ayudo a levantarlo y lo cuelgo en uno de los brazos de la lámpara—. Carolina me ha dicho que tu vestido es precioso, ¿al final elegiste el violeta?

—Qué va —respondo dedicándole una sonrisa—. Ella y Ana me dijeron que el rojo me quedaba mucho mejor, y bueno, les hice caso —añado y suelto un pequeño suspiro—. La verdad es que es precioso. Y muy sexy.

—Estoy segura de que te verás maravillosa. —Me da un beso en la mejilla—. ¿Ibas a salir?

—Había pensado en ir al hotel. Llevo varios días sin aparecer por allí y estoy convencida de que tengo el escritorio lleno de papeles que revisar —confieso encogiéndome de hombros—. Ya lo decía papá: «No dejes para mañana lo que puedas hacer hoy».

—¡Y qué razón tiene ese refrán! Pero no trabajes mucho y acuérdate de que tu hermano viene a comer.

—No te preocupes, no me olvidaría nunca. Pero será mejor que guardes eso y evites que Carolina lo vea. —Cuando me acerco al perchero que hay junto a la puerta, me cuelgo el bolso al hombro, le doy un beso en la mejilla y cojo las llaves de casa—. Estaré aquí para ayudarte con la comida, ¿vale?

—Está bien, cariño. Lleva cuidado. —Una vez en la calle, los rayos de sol caen sobre las paredes blancas cegándome los ojos y eso me obliga a colocarme las gafas—. ¡Ay, qué cabeza tengo! ¡Espera, Elena! —Mi madre llama mi atención cuando estoy a punto de empezar a caminar hacia el coche, me da una carta sin remitente y a mi nombre—. Llegó esta mañana para ti. No pone de quién es, pero supongo que es alguien de la familia diciendo que no vendrá a la boda.

—Qué raro… los sobres de la boda son azules, pero sí, la revisaré en el despacho y se lo diré a Jorge después —comento moviéndola entre mis manos para observarla con curiosidad—. A ver quién es el listo que avisa a última hora. Seguro que el tío Rafael.

—Que no te quepa duda. —Se ríe—. Ya te dejo tranquila —añade y cierra la puerta tras de mí.

Al levantar la mirada, las ramas de la palmera que adorna la plaza en la que corría y

jugaba cuando era una niña se mueven gracias a una ligera brisa. Cierro los ojos un par de segundos y empiezo a caminar. En un día y medio será la boda y aún me quedan algunas cosas que hacer para que el hotel esté listo por completo. Jorge no tiene ni idea de que una vez que se digan el famoso *sí, quiero* se lanzará un fantástico castillo de fuegos artificiales. Tampoco que una pequeña banda de música tocará para amenizar la velada y que le espera una noche de bodas impresionante.

Cuando me monto en el coche, lo primero que hago es encender el motor, poner la radio y sintonizar mi emisora favorita; me coloco el cinturón y empiezo a circular dejando atrás el bonito pueblo en el que nací. Esta zona de la isla siempre me ha parecido un sueño, con las carreteras serpenteando con suavidad entre las colinas cubiertas de pinos y arbustos mediterráneos. A ambos lados, los muros de piedra se levantan y marcan el camino. El aroma de las flores silvestres y el mar se cuela por la ventanilla envolviéndome en una fragancia que solo Ibiza me puede ofrecer.

Una de las cosas que más me gustaba de acompañar a mi padre cuando era una niña era esto, la diversidad de paisajes que este lugar ofrece. A la derecha, las playas de arena blanca se funden con las aguas turquesas del mar. A la izquierda, los pinos bailan de forma suave con la brisa; el verde intenso contrasta con el azul del cielo creando una paleta de colores que le robaría el corazón a cualquiera.

Desde que me saqué el *carnet* y puse por primera vez mis manos en el volante, descubrí la razón por la que muchos dicen que conducir te aporta una sensación de libertad que solo eres capaz de percibir cuando el viento se cuela por la ventanilla y agita tu pelo. Por extraño que parezca, después de lo que ha pasado, me noto fuerte y capaz de superar todo lo que se me ponga por delante. No tengo ni idea de cuando volveré a ver Victoria, si lo haré antes de la boda o tendré que esperar a que llegue ese día; pero sea cuando sea le confesaré lo que siento sin miedo, sin la sombra del pasado sobre mi cabeza, sin el peso del dolor sobre mis hombros y mi corazón. Es obvio que me encantaría que estuviese aquí conmigo y que fuera mi compañera en este pequeño y corto viaje, siendo la razón de mi risa continua. Pero algo me dice que sigue cerca de mí a pesar de los kilómetros que nos separan.

Con la sensación de necesitar un momento para respirar, busco un saliente y aparco el coche, apago el motor y dejo que las vistas del mar calmen los latidos de mi corazón; llevo dos días queriendo llamarla, ella tampoco lo ha hecho y me pregunto quién será la que se lance a romper este silencio que nos mantiene en una extraña burbuja.

La canción *Sunsetz*, de una de mis bandas favoritas, convierte este instante en algo íntimo y personal. Ni siquiera me doy cuenta de que mis ojos abandonan lo que tengo delante para chocar con el sobre que he dado en el otro asiento. Lo sujeto entre las manos y, por extraño que parezca, noto que algo despierta dentro de mí. Lo único que me acompaña es esta melodía triste y dulce, y lo agradezco porque en cuanto rompo el cierre y saco lo que hay en su interior, no encuentro la respuesta a una invitación, sino una carta escrita que provoca que me tiemble al corazón.

Querida Elena,

Espero que esta carta llegue cuanto hasta ti antes de que lo haga yo y que, al leerla, puedas sentir las emociones que mi corazón carga consigo en ese momento. Desde que nos reencontramos hace ya unas semanas, cada instante a tu lado ha sido como un sueño del que no he querido despertar. Estos días a solas me encontré con una carta que tú me escribiste a mí hace un tiempo, y por eso que he decidido escribirte estas líneas.

El malentendido de hace unas noches, cuando creíste que Joana y yo nos habíamos acostado, ha provocado que tiemble de miedo. Pensar que nos imaginaste a mí y a ella teniendo esa clase de encuentro me dolió, pero no te juzgo porque yo hubiese pensado lo mismo. Te aseguro que no pasó nada de eso y que jamás podría hacerte algo así. Tú eres mi amor, mi todo; no dejes que todo esto oscurezca lo que hemos construido juntas desde que llegué a Ibiza y nos reencontramos.

Cada momento a tu lado ha sido para mí como un regalo, un recordatorio de lo que hemos compartido y lo que aún nos queda por vivir. Verme reflejada en tus ojos, en tus gestos, en cada sonrisa que me has regalado, en cada caricia que nos hemos entregado, en cada beso que nos hemos dado… ha sido tan magnífico como las noches que nos hemos amado. ¿Acaso podría querer algo más?

Sé que nuestras vidas tomaron caminos muy diferentes, que hemos pasado por momentos muy complicados y que, al final, el tiempo nos separó mucho. Pero lo que nos une es más fuerte que todo eso, más poderoso que cualquier obstáculo, y quiero creer en un futuro en el que estaremos juntas compartiendo cada amanecer y atardecer, en el que nuestros corazones latan al compás como lo hacen ahora a pesar de los kilómetros que nos separan.

Me disculpo por los errores que he cometido y por las veces que he herido tus sentimientos. Eres la luz que ilumina mi vida, la fuerza que me impulsa a ser mejor cada día, la razón por la que quiero despertar cada mañana con una sonrisa en los labios. Te prometo que pase lo que pase daré lo mejor de mí para que todo lo malo que vivimos quede sepultado bajo mucho cariño y luces a todo color.

Ya no puedo imaginar mi vida sin ti. Eres mi amor, mi mejor amiga, mi compañera de aventuras y sueños. Quiero llenar el mundo de risas a tu lado. No importa lo que el futuro nos depare, necesito que sepas que siempre estaré con los brazos abiertos, esperándote. Te amo, Elena. Te amo más de lo que las palabras pueden expresar, más de lo que mi corazón puede contener. Eres mi razón de ser, mi inspiración, mi todo. Y aunque estos días no hemos estado juntas, no quiero que olvides lo enamorada que estoy de ti.

Nos veremos pronto, mi vida. Recuerda, seré la chica que te ama con todo su ser y la que, una vez que te mire a los ojos, ya no se apartará de ti.

Te amo, ahora y siempre.
Victoria.





63

DE VUELTA A CASA

VICTORIA

Ibiza. 31 de julio, 2024

Al contrario de lo que deseo, esta noche me hospedo lejos de Gardenias. Me hubiese encantado dormir con Elena, pero a Jorge se le metió en la cabeza la idea de darle una sorpresa a su hermana y me hizo un hueco en la casa de su madre. Al comienzo fue una situación un poco incómoda, pero todo se calmó una vez que me tomé mi tiempo y hablé con Paula. Tener que esperar hasta mañana se ha convertido en lo que me mantiene en vilo. Bueno, eso y escuchar a Jorge y Carolina pasándoselo en grande en la habitación de al lado.

Desde que me he metido en la cama no puedo parar de pensar en cómo será mi vida una vez que el fin de semana termine y el resto vuelva al lugar en el que debería estar. Ahora que ya no estoy atada al periódico, le he dado vueltas a mi situación y he decidido hablar con Asís y aceptar el puesto que me ofreció cuando supo que las cosas no estaban bien. No todo ha terminado para mí, pero ahora todo será mucho más tranquilo y eso me permitirá poner toda la atención en lo que quiero de verdad: a Elena. Deseo recuperar el tiempo perdido, así que dejaré que sea el destino quien me guíe en el futuro.

Jorge me ha comentado que mi carta llegó a tiempo, que su hermana le contó que la había leído. Me pregunto cómo se habrá sentido al leer su contenido y si estará tan desesperada como lo estoy yo por verla. Todas mis cosas llegarán a Ibiza en cuestión de días y no dejo de sonreír al pensar que Elena tendrá que buscar espacio para todo. Por suerte, tiene un dormitorio libre que podré usar como despacho y su armario es lo bastante grande para poder meter mi ropa. Ni siquiera le he preguntado si quiere que compartamos casa, pero no necesito hacerlo porque algo dentro de mí me susurra que es lo que deseamos las dos.

Al final, la visita a mis padres no fue tan mal como yo esperaba. La verdad es que estaba cagada de miedo, pero ellos fueron los primeros en decirme que estaba cometiendo un error al divorciarme de Elena. Nunca les di la razón, siempre me mantuve con el orgullo alto y mucha seguridad, pero romper mi coraza y contarles todo lo que estaba pasando, me

permitió ser un poquito más feliz y sacarles de encima esa preocupación que tenían al ver que mi única aspiración en la vida era encerrarme en el despacho del periódico.

Estas últimas horas he pensado mucho lo que Carolina me dijo sobre Mykonos. Sé que debajo de sus insinuaciones, me sugirió que le pidiera a Elena que se casara conmigo de nuevo, pero todo lo que hemos vivido me ha sabido a nuestras primeras veces y creo que las cosas tienen que darse poco a poco. No quiero que nuestro pasado sea el último que recordemos, deseo escribir otro muy diferente y especial; así que lo primero que haré será confesarle que la amo tal como lo hice aquella tarde en la orilla de la playa, mirándola a los ojos, besando sus labios, disfrutando de ese castillo de fuegos artificiales y de una noche completa a su lado.





64

EN APENAS UNAS HORAS

ELENA

Ibiza. 3 de agosto, 2024

Son las seis y media de la tarde, las flores han transformado el jardín principal del hotel en un paraíso primaveral y las sillas que pedí para la ocasión están esparcidas a un lado y otro de mí en forma de abanico. He conseguido escaparme un momento para echar un vistazo a cómo ha quedado el resto, y estoy emocionada por ver cómo reaccionará mi hermano una vez que vean esto. Apenas tengo unos minutos antes de que la maquilladora esconda mis ojeras bajo capas y capas de maquillaje, pero antes quería respirar un poco y echar un vistazo a mi teléfono. Desde la carta que recibí de Victoria ya no he sabido nada de ella y me pone nerviosa pensar que no llegará a tiempo.

Aquí arriba, desde el mirador de Gardenias, puedo ver como luce el mar este día. Las manchas rosadas provocadas por la luz del sol se deslizan por sus aguas turquesas como un manto de seda, y luce tan bello que parece una pradera repleta de flores. Sabía que una boda al anochecer iba a ser mágica pero, ahora que lo estoy viendo con mis propios ojos, me emociona haber acertado de pleno.

—Ey, ¿no crees que deberías estar arreglándote? —Ana, ya vestida con su precioso vestido azul celeste en palabra de honor, se apoya en la baranda e imita mi postura—. La gente va a llegar en nada y tú sigues a medio hacer.

—Necesitaba un respiro. Llevo un día de locos… —admito mirándola a los ojos—. ¿Dónde has dejado a Iñaki?

—Ah, bueno. —Rueda los ojos—. Ya sabes, está con Pablo y con tu hermano, son como uña y carne. No se separan ni a sol ni asombra.

—Y no creo que lo hagan nunca. —Me río—. Parece que nada ha cambiado, que el grupo sigue exactamente igual. Aunque luego pestañeas un momento y, al abrir los ojos, puedes ver que ni siquiera somos los que éramos cuando teníamos… ¿cuántos? ¿diez años?

—Quizás unos poquitos más —responde y deja caer su cabeza en mi hombro—. Es increíble que Jorge y Carolina se vayan a casar.

—Y que tú estés con Iñaki.

—Y tú con Victoria —menciona y me giro para mirarla a los ojos—. Hay algo que he querido decirte estos días, pero no encontraba el momento.

—¿El qué?

—Verás… —murmura y se lleva una mano a la oreja para recogerse un pequeño mechón de su pelo—. Sé que he sido muy cruel con ella y bueno… —Duda y agacha la mirada—. Estos años no he hecho más que juzgarla y me he dado cuenta de que estaba un poco ciega.

—Bueno, son cosas que pasan…

—Pero que se pueden rectificar —añade y afirmo con la cabeza—. Así que bueno, espero que llegue a tiempo y que podáis disfrutar de esta noche y de muchas más juntas.

—¡Cómo te quiero! —exclamo y la rodeo con mis brazos para estrecharla contra mi pecho—. Si no llega, te permito que le grites —comento y nos echamos a reír—. Pero, en serio, ojalá que venga porque si no…

—Este día no será tan especial.

—Va a serlo —admito, me agarro de su brazo para tirar de ella y comenzar a caminar de vuelta al hotel—. Estoy segura de ello.

—Y yo también.





65

UN CAMINO DE PÉTALOS ROSAS

JORGE

Ibiza. 3 de agosto, 2024

Por más que intente no emocionarme, tengo el corazón encogido a causa de mis propios sentimientos. Estoy parado de pie en el altar y, desde que llegué, no he podido parar de agradecerle a mi hermana el trabajo que ha hecho; estoy embriagado a causa del aroma de las flores que adornan la pérgola y cada rincón de este jardín, y todo es tan romántico que parece haber salido de un cuento de hadas. En las sillas, nuestras familias y amigos se mezclan y esperan porque la mujer de mi vida haga su entrada triunfal y a mi izquierda, junto al resto de mis amigos, está Elena, mi persona favorita.

Cuando Carolina me comentó que había conseguido que cambiase de opinión respecto al vestido, jamás pensé que se presentaría con uno tan sexy y de color rojo. Nunca la había visto así, tan segura de sí misma, tan feliz, tan atractiva y aunque no se lo he preguntado, sé que su intención al elegirlo era que Victoria se diese cuenta de lo que había perdido. Aunque ahora que las dos están juntas, algo me dice que provocará muchas otras cosas que no quiero ni imaginar.

Mi hermana no sabe que Vicky está en la isla desde ayer, y me alegra, porque eso quiere decir que no se imagina lo que pasará en cuanto la música empiece a sonar. No le he preguntado cómo está, pero en sus ojos grises puedo ver la tristeza que le provoca pensar que ella no ha venido. Organizar esta sorpresa es lo mínimo que podía hacer después de lo mucho que ha hecho por mí y por lo que ha pasado, ya que estos años han sido los peores de su vida y lo único que quiero es que sea tan feliz como lo soy yo.

—¿Estás nervioso? —me pregunta en un susurro que me obliga a mirarla a los ojos y apartar mi atención del camino de pétalos que Carolina y Victoria recorrerán en cuestión de unos minutos.

—¿Quién no lo está el día de su boda? —respondo y ella me da un beso en la mejilla.

—Cuando me casé con Victoria temblaba y estaba segura de que me iba a caer por el camino. —Ríe en recuerdo del pasado—. Por suerte lo hice cuando ella ya estaba conmigo,

que si no…

—Fue un día memorable.

—Lo memorable fue el moretón que me salió en las rodillas. Ojalá no olvides nada de este día, Jorge.

—Seguro que no lo haré… —prometo y acaricio su mejilla—. Gracias por todo lo que has hecho por nosotros, y no me refiero a esto, si no a tus consejos, tu apoyo, tus ánimos. Sin eso no habríamos llegado hasta aquí.

—No seas idiota. Estabais destinados a vivir este momento —me confiesa—. Lo supe desde el primer día y ahora, mírate. —Lleva sus manos a mi traje y recoloca las flores de la solapa—. El azul te sienta de muerte.

—Y a ti el rojo. Estás preciosa.

—Esa era la idea —comenta y suelta una risilla—. Aunque la otra era que a Victoria se le cayese la baba. ¿Sabes si ha llegado a tiempo?

—Esta mañana dejé a Carolina atacada de los nervios por eso mismo —digo en un intento porque no sepa que la estoy mintiendo—. No sé nada más.

—Supongo que malinterpreté la carta que me envió y que al final no vendrá… —La música empieza a sonar y los nervios me atacan por dentro—. Bueno, ya ha llegado el momento.

—No me sueltes la mano —pido y entrelazo sus dedos con los míos.

—Sé muy feliz, hermanito, y nunca te olvides de abrir tu corazón —me aconseja para regalarme un beso en la mejilla y colocarse en el otro extremo del altar susurrándome un *te quiero* que me llega al alma.

El silencio nos rodea de repente y los invitados se ponen en pie para recibir a dos pequeñas copias de Carolina; las hijas de su hermana gemela, que avanzan por el pasillo causando las risas de todos. El cámara que Elena contrató capta una infinidad de fotografías pero yo apenas le presto atención porque lo único que quiero grabar en mi memoria es el instante en que la chica de mis sueños aparezca delante de mis ojos.

Pierdo la noción del tiempo cuando los segundos suman más de diez. Necesito cerrar las manos para contener unos nervios que jamás había sentido, y mi corazón tiembla desesperado al punto de invitarme a salir corriendo. Sin embargo, todo cambia una vez que los reflejos azules del vestido de Victoria rompen por completo el blanco de los pétalos y mi atención va a mi hermana, cuyos ojos están abiertos por la sorpresa, bañados en unas lágrimas que permanecen ancladas a sus pestañas como pequeñas perlas de felicidad. Es una lástima que no puedan tener un reencuentro de película, pero ya tendrán tiempo de eso y de mucho más.

—Estará aquí ahora mismo —me susurra Victoria antes de darme un par de besos—. Gracias por este momento.

—Deja de hablar y ve a por mi hermana o creo que se desmayará.

Cuando ambas se reúnen se regalan una mirada cómplice que dice mucho más que las palabras. Todos los presentes nos centramos en el final del pasillo, preparados para ver a la estrella de la noche: Carolina, que no tarda en aparecer convertida en una princesa de cuento de hadas. Noto que se me va a salir el corazón con la primera sonrisa que me regala y cuando está a mi lado, un escalofrío recorre mi cuerpo y hace temblar mis rodillas.

Nunca me había sentido tan seguro de lo que quiero en mi futuro hasta que ella se acerca a mí, me sujeta una de las manos y me mira a los ojos. Sí, quizá Elena tenga razón y el destino quiso esto para nosotros, pero ahora que es real, que lo hemos conseguido, el

mundo parece incluso mejor.

—Lo hemos conseguido… —dice Carol con una sonrisa en los labios, leyéndome la mente—. Y con todos aquí —susurra.

—Un sueño hecho realidad.

—Te amo —susurro cerca de su oído.

—Yo a ti mucho más.





66

AZUL, ROJO, Y UN FUTURO JUNTAS

VICTORIA

Ibiza. 4 de agosto, 2024

La noche ha caído sobre la isla bañándola con esa magia que reluce a modo de estrellas. A mi alrededor los invitados bailan y se divierten al ritmo de una canción de Maluma, beben y se reúnen con sus amigos para celebrar un momento que, en lo personal, ha sido inolvidable. Tengo los pies agotados de tanto brincar y dar vueltas, y el corazón me vibra con una fuerza que hacía muchísimo que no sentía. Desde el lugar en el que me encuentro, puedo ver a Elena sonreír y reír junto a su hermano, disfrutando y moviendo su vestido con las manos. Las bodas son así, únicas. No importa cuántas veces te cases, todas tienen algo especial y en el caso de esta quizá sea el hecho de habernos juntado todos después de tantos años separados.

Con una copa de champán en la mano, bebo y llevo la mirada a mi espalda. El mar ruge al chocar con las rocas de los acantilados y desde el mirador del hotel, puedo sentir su aroma a sal y a libertad. No sé cuántas veces deseé a lo largo de estos años estar justo aquí, con los ojos cerrados y el corazón en calma. Sé que lo necesité y que me prohibí a mí misma encontrar mi propia paz y, ahora, sé que el problema que tenía era que había arrancado de mí una parte que era indispensable en mi día a día. No ver a los chicos, no poder pasar las vacaciones con ellos, no estar con Elena… todo era dolorosamente dañino, y lo sufría en silencio. Estaba sumergida en una depresión que ni siquiera yo misma reconocía.

Frente a mis ojos, la luna pinta el mundo de destellos plateados y estos provocan que mi cabeza vague en sus propios pensamientos. Aún no me creo ser merecedora de este premio, tengo la oportunidad de dar comienzo a un nuevo capítulo de mi vida, con nuevos sueños por cumplir, con las personas que quiero cerca de mí y en la isla que siempre he querido vivir. No me va a ser fácil empezar de cero, llevar desde aquí mi trabajo, pero sé que lo haré bien y que me adaptaré porque es lo que ahora mismo deseo. Además, tengo la suerte de poder compartir mis días con la mujer que amo… aunque, para que eso ocurra, todavía tengo una cosa por hacer.

Al girarme y darle un sorbo a mi copa, me encuentro con Elena mirándome a los ojos sin pestañear. Sin que yo le diga nada, se aproxima y permite que vea esas curvas que se han visto acentuadas gracias al vestido que lleva puesto y que me dejó con la boca abierta y el corazón ardiendo. Es preciosa, no me cansaré de decírselo, y en cuanto está a mi lado la recibo con un beso que ella corresponde con ese amor que siempre hemos compartido.

—Creía que no encontraría un momento para estar a solas contigo —le susurro sobre los labios una vez que nos separamos—. ¿No estás cansada de tanto bailar?

—Aún me queda energía para rato —replica y su sonrisa provoca mi risa—. ¿Tú estás cansada? Podemos ir a casa si quieres…

—No, no, estoy en el lugar perfecto ahora mismo —añado abrazándola por la cintura, apoyándome en la baranda y sintiendo la brisa del mar rozando mi nuca—. Estar contigo es lo único que me importa, lo sabes, ¿verdad?

—Siempre lo he sabido —admite y lleva la mirada al cielo que se extiende sobre nuestras cabezas—. Aunque supongo que yo también tuve algo de culpa por cómo pasaron ciertas cosas —intenta explicarse—. Además, el malentendido… bueno… —Se encoge de hombros—. Siento habérmelo creído, no debí permitir que mis miedos hablaran por mí.

—A veces es imposible no hacerlo. —Acaricio su mejilla con una de mis manos—. Pero eso ya no importa, porque ahora estamos juntas y lo demás está en segundo plano.

—¿Ya has pensado qué harás con el trabajo? ¿Tienes alguna idea?

—Un buen amigo me ha conseguido un puesto en una agencia de noticias y la verdad es que creo que voy a aceptar —comento con una sonrisa ilusionada—. No voy a tener que moverme de aquí salvo por cosas puntuales, ni tendré que trabajar a tiempo completo y podré formar una familia si quiero. —Elena me mira y se muerde el labio inferior para buscar al resto del grupo—. Y estaré aquí todo el tiempo del mundo para ayudarte y vivir esa vida que tanto hemos deseado.

—Es una pena que al final hayas tenido que dejar todo eso…

—Bueno, a veces hay que soltar —comento mientras que la acerco mucho más a mi cuerpo—. Y ellos tampoco actuaron bien. Me habría quedado en el periódico si me hubiesen dado otras opciones. Ya sabes que era mi sueño, pero bueno… a la larga estoy segura de que las cosas no hubiesen cambiado y no podía permitirme perderte otra vez. ¿Y qué quieres que te diga? No pienso estar más tiempo alejada de ti.

Elena sonríe y, al mirarla a los ojos, descubro que mis palabras han provocado que estos brillen con una intensidad mágica que hacía mucho que no disfrutaba.

—¿Y por dónde quieres que empecemos? Porque…

—Quiero casarme contigo. —Le prohíbo seguir—. Aunque eso depende de ti… —añado y busco un indicio de negación en sus ojos—. Sé que hemos pasado mucho tiempo separadas, que tenemos aprender a convivir otra vez, que ya no somos las mismas, pero… —Elena se acerca y antes de continuar, besa mis labios con una seguridad que bloquea mis sentidos y paraliza el tiempo.

—Ya lo estamos… —murmura justo cuando se separa de mí—. Nunca me separé de ti, Vicky. He seguido unida a ti a lo largo de todos estos años y no importa si tenemos o no un papel firmado, sigo siendo tu mujer.

—Entonces, tendrás que llevar esto… —Al moverme, ella se separa de mí y yo busco en los bolsillos de mi vestido una caja negra de joyería que había guardado conmigo como recuerdo de lo que un día fuimos.

—No puedes haberlos guardado… —exclama y afirmo un par de veces una vez que la

abro delante de ella y le enseño nuestros anillos de boda—. ¿Por qué no los tiraste?

—Supongo que yo también guardaba la esperanza de que algún día volveríamos a reencontrarnos.

—Es nuestra segunda oportunidad… —me recuerda y sujeta el anillo entre sus dedos —. ¿Tú sabes la suerte que tenemos?

—Lo sé —afirmo y busco el suyo para observarlo y recordar el día que nos dimos el *sí quiero*—. No es la primera vez que hago esto, pero sigo sintiendo que las rodillas me flaquean —explico sujetando su mano y deslizando ese arco de brillantes por su dedo—. A partir de ahora, olvidémonos del pasado y reescribamos nuestra historia. Hay muchas cosas que aún no hemos hecho juntas.

—¿Como qué? —pregunta mientras sella nuestra unión colocándome el anillo.

—Adoptar un perro —respondo levantando una ceja y ella se echa a reír.

—Entonces tendremos que hacer una lista —me advierte—. Porque yo también quiero hacer algunas cosas.

—¿Como cuáles?

—Ser madres —dice y mi corazón empieza a latir a toda prisa—. Siempre quise serlo contigo. Llenar nuestra casa de niños… ¿te imaginas?

—Claro que sí… —aseguro con una sonrisa—. Pero primero, antes de eso, recuperemos el tiempo perdido y disfrutemos de los días que vengan.

—Me parece perfecto. —En cuestión de segundos, nuestras voces se mezclan con la música y el ruido, poniendo final a un pasado repleto de miedos y sufrimiento, dando comienzo a una historia que estoy deseando vivir al máximo.

AGRADECIMIENTOS

A mis personas favoritas de este mundo, por ser esas estrellas que le dan brillo a mi vida, por acompañarme y apoyarme, por sujetarme la mano e invitarme a seguir. No sabéis lo mucho que os agradezco que existáis.

DEL ANONIMATO AL SALTO LITERARIO

En el atractivo y apasionado universo de la literatura romántica surge una nueva voz que ha conquistado corazones desde su reciente incursión en la autopublicación. Verónica Espinosa, una autora apasionada, ha tejido un cautivador tapiz repleto de amor y emociones que comenzó mucho antes de que se conociera su nombre.

Desde su infancia, Verónica se vio envuelta en el fascinante mundo del romance. Las novelas, con sus tramas intrincadas y sus personajes inolvidables, capturaron su corazón desde temprana edad. Sin embargo, no fue hasta la adolescencia que encontró en la escritura una vía para explorar y expresar sus propias emociones.

Su pasión por el romance floreció con cada palabra que plasmaba en el papel, convirtiendo sus escritos en un reflejo auténtico de sus experiencias y anhelos más profundos. El amor, en todas sus formas y matices, se convirtió en el hilo conductor de su narrativa, tejiendo historias que ahora resuenan en los corazones de quienes se han aventurado a adentrarse en sus novelas.

A pesar de su innato talento, mantuvo sus creaciones en la intimidad durante años. Fue en el verano del año 2023 cuando, al final, decidió compartir su primera historia con el mundo. Un valiente salto hacia lo desconocido que reveló no solo su destreza narrativa, sino también su compromiso con la representación LGTBIQ+ en el género romántico.

Las novelas de Verónica Espinosa son más que simples relatos de amor, son testimonios vibrantes de la diversidad y la riqueza de las experiencias humanas. Sus personajes llenos de vida desafían los estereotipos convencionales y dan voz a aquellos cuyas historias a menudo se pasan por alto en la narrativa tradicional.

Con un estilo literario que envuelve al lector en una danza de emociones, esta autora ha llegado para quedarse en el panorama de la novela romántica lésbica. Sus obras, impregnadas de sinceridad y pasión, son un regalo para aquellos que buscan el amor en todas sus formas, recordándonos que, al final, el corazón no conoce barreras ni etiquetas.

Así, la pluma de Verónica Espinosa se erige como una luz brillante en el horizonte literario, iluminando el camino para las generaciones futuras de lectores y escritores que ansían ser parte de un mundo donde el amor es la fuerza que une todas las páginas de la vida y la ficción.



TODAS LAS NOVELAS DE LA AUTORA



TODAS LAS NOVELAS DE LA AUTORA:

amazon